

RAY CELESTIN

JAZZ PARA



EL ASESINO  
DEL HACHA

Nueva Orleans, 1919

Mientras la música inunda la ciudad, un asesino  
en serie golpea con su hacha en cada esquina

de

Lectulandia

Nueva Orleans, 1919.

Un peculiar asesino en serie, que mata con un hacha, siembra el terror en la capital del *jazz*. El inspector Michael Talbott se esfuerza en atraparlo, pero no es el único que lo intenta. Por un lado, Luca D'Andrea, un expolicía que ha pasado los últimos años en la cárcel tras ser denunciado por Talbott, al que la mafia le ha encargado que lo encuentre ya que al dar muerte a varios italianos está poniendo en peligro la credibilidad de su «servicio de protección».

Por otro, Ida, una entusiasta lectora de Sherlock Holmes que trabaja para la agencia de detectives Pinkerton, que se ha implicado en la investigación para demostrar su valía con la ayuda de un joven trompetista llamado Louis Armstrong.

Cuando cada uno por su lado está a punto de descubrirlo, el asesino lanza un peculiar desafío a todos los habitantes de Nueva Orleans a través de la prensa: o suena *jazz* en sus casas el martes a las 12.15 de la noche o se arriesgan a ser sus próximas víctimas. Y todo ello cuando el cielo se va oscureciendo y una gran tempestad amenaza con anegar la ciudad.

**Lectulandia**

Ray Celestin

# **Jazz para el Asesino del Hacha**

ePub r1.0

Titivillus 19.05.16

Título original: *The Axeman's Jazz*  
Ray Celestin, 2014  
Traducción: Mariano Antolín Rato

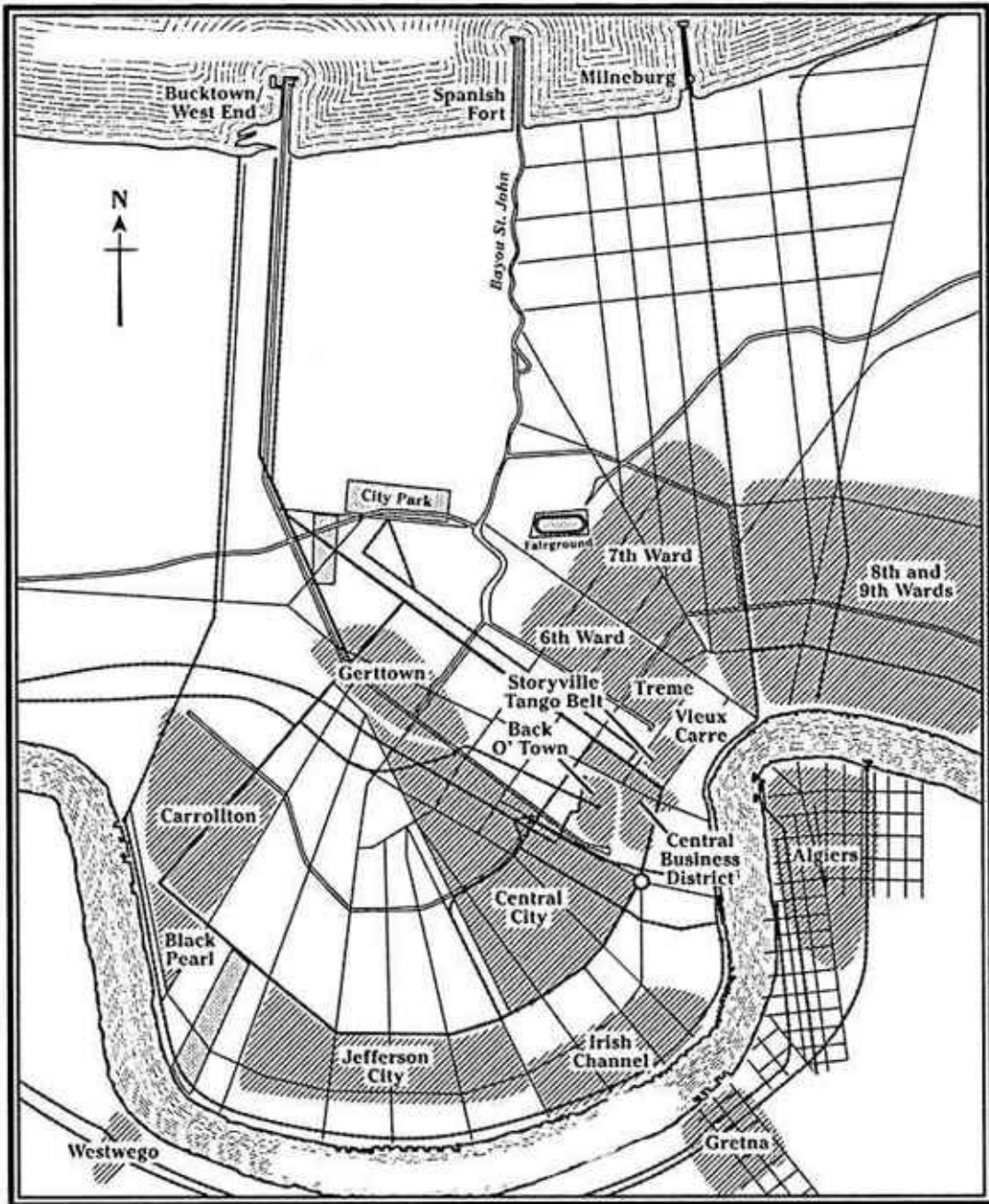
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Al capitán Alex y a mis padrinos*



«Cuando toco, pienso en momentos y cosas del pasado que me proporcionan una imagen de lo que toco. Como imágenes en movimiento por delante de mis ojos. Un pueblo, una chica conocida tiempo atrás, un viejo que viste una vez no recuerdas dónde».

LOUIS ARMSTRONG

Esta novela está basada en hechos reales.  
Entre 1918 y 1919 el Asesino del Hacha de Nueva Orleans mató a seis personas.  
Las cartas del Asesino del Hacha incluidas son transcripción de las originales, no obra del autor.



# PRÓLOGO



*Nueva Orleans, mayo de 1919*

**J**OHAN RILEY ENTRÓ apresuradamente en la redacción del *Times-Picayune*, de Nueva Orleans, hora y media después de la que se suponía que era su hora de entrada al trabajo. Se sentó a su mesa, tomó aire lenta y profundamente, y alzó la vista para pasearla por la sala. A pesar de su aturdimiento, consiguió apreciar que sus colegas le miraban con disimulo y se preguntó hasta qué punto su aspecto debía parecer descuidado. Había pasado fuera la noche, en su sitio habitual de la avenida de los Campos Elíseos, y se llevó la mano a la cara para asegurarse de que ya no estaba sudando. Cuando sus dedos se toparon con una barba de al menos dos días, se arrepintió de no haberse mirado en un espejo antes de entrar.

Miró su mesa y sus ojos se encontraron con la máquina de escribir. Su armazón negro, la media luna de las barras de los tipos, sus palancas y teclas, todo lo que en cierto modo hacía parecer intimidante a aquella cosa, fría y dura y de otro mundo, y comprendió que todavía no se encontraba en condiciones de ponerse a escribir. Necesitaba unos cuantos cafés y un paquete de cigarrillos, y puede que un *brandy* de los de mediodía, antes de sentirse en condiciones de enfrentarse a cualquier cosa que exigiera un cerebro a pleno rendimiento, así que decidió liquidar lo que quedaba de la mañana con algo que se aproximara a la idea de trabajo. Se levantó y dio unos pasos indecisos hasta la bandeja de entrada donde estaban las cartas al director. Cogió todas las que pudo, sujetándolas contra el pecho, y regresó a su asiento.

La correspondencia era la habitual: ciudadanos furiosos, gente con quejas, sabelotodos, y los que utilizaban la página de cartas como una tribuna para discutir con otro. Eligió para publicar unas cuantas de las diatribas más largas porque llenaban la página con más facilidad, y luego rebuscó entre las cartas de gente que aseguraba haber visto al Asesino del Hacha. Desde que habían empezado los asesinatos unos meses atrás, la redacción estaba inundada de cartas de ciudadanos preocupados que juraban que habían visto al Asesino del Hacha cuando iba a cometer alguno de los asesinatos. Riley suspiró y se preguntó por qué aquellas personas mandaban esas cosas al periódico y no al departamento de policía. Encendió un cigarrillo y agarró la última carta del montón. Era un sobre de aspecto poco corriente, de fino papel de arroz, sin datos del remitente y la dirección del periódico escrita con

una caligrafía enmarañada y llena de borrones con un líquido color teja que él deseaba que fuese tinta. Dio una calada al cigarrillo y la abrió con una uña.

Infierno, 6 de mayo de 1919

Estimado mortal:

No me han atrapado y nunca lo harán. Nunca me han visto porque soy invisible, tanto como el éter que rodea vuestra tierra. No soy un ser humano, sino un espíritu y un demonio del ardiente infierno. Soy lo que vosotros, vecinos de Nueva Orleans, y vuestra estúpida policía llamáis el Asesino del Hacha.

Cuando lo decida, saldré a reclamar otras víctimas. Sólo yo sé quiénes serán. No dejaré más pista que mi hacha ensangrentada, bañada con la sangre y los sesos de aquellos a los que haya mandado abajo a hacerme compañía.

Si queréis, podéis decirle a la policía que tenga cuidado de no irritarme. Eso sí, soy un espíritu razonable. No me molesta la forma en que han llevado a cabo las investigaciones hasta ahora. En realidad, los policías han sido tan absolutamente estúpidos que no solo me han divertido a mí sino también a Su Satánica Majestad, Francis Josef, etc. Pero decidles que se anden con cuidado. Que no intenten averiguar lo que soy, pues más les valdría no haber nacido que provocar la cólera del Asesino del Hacha. No creo que sea necesaria esa advertencia, pues tengo la seguridad de que la policía siempre me evitará, como han hecho hasta ahora. Son listos y saben cómo mantenerse lejos de todo daño.

Es indudable que vosotros, vecinos de Nueva Orleans, me consideraréis el más horrible de los asesinos, lo que soy, pero podría ser mucho peor si quisiera. Si lo deseara, podría hacer una visita a vuestra ciudad todas las noches. Podría matar si me lo propusiera a miles de vuestros ciudadanos más insignes, pues mantengo una relación íntima con el Ángel de la Muerte.

Bien, para ser exacto, a las 12:15 de la noche (hora terrestre) del próximo martes voy a pasarme por Nueva Orleans. Con mi infinita misericordia, voy a haceros una pequeña proposición. Esta es:

Me gusta mucho la música de *jazz*, y juro por todos los demonios de las regiones infernales que no será atacada ninguna persona en cuya casa esté sonando a plena potencia una banda de *jazz* a la hora que acabo de mencionar. Si todo el mundo tiene una banda de *jazz* tocando, bien, entonces mucho mejor para vosotros. Una cosa es segura y es que sobre algunos de los que no oigáis *jazz* el martes por la noche (si hay alguno) se abatirá el hacha.

Bien, como tengo frío y ansío el calor de mi Tártaro natal, y ya casi es hora de dejar vuestra estancia terrenal, interrumpiré mi discurso. Esperando que publiquen esto, que eso pueda servir de algo, he sido, soy y seré el peor espíritu que haya existido nunca tanto en la realidad como en el reino de la fantasía.

EL ASESINO DEL HACHA

RILEY DIO UNA CALADA a su cigarrillo, dejó la carta y se preguntó si su autor era de verdad el Asesino del Hacha, y, si no lo era, quién demonios podría mandar algo así al periódico. Auténtico o no, sería un pecado no publicarlo. Riley sonrió y se puso de pie, y sus colegas se volvieron para mirarle cuando se dirigía al despacho del director. No se molestó en preguntarse si debería comunicárselo a las autoridades antes de imprimirlo; en casos como aquel era mejor pedir disculpas que permiso. Lo publicarían y la ciudad lo leería, y se originaría un caos, y Nueva Orleans podría sumirse en la espiral de la noche más importante hasta la fecha.

# PRIMERA PARTE



# 1

## *Un mes antes*

AL OESTE DEL BARRIO FRANCÉS, en la zona pobre de la parte alta de la ciudad a la que los de Nueva Orleans llaman *Battlefield*, un entierro de negros avanzaba con lentitud entre el brillo como de granito de un amanecer con niebla. Los asistentes, vestidos con trajes negros y con velos, la mirada baja, quedaban reducidos a sombras cuando se desplazaban entrando y saliendo de la bruma, un efecto que le daba al entierro un aire espectral, como si de algún modo el desfile en su conjunto se dispusiera a dirigirse al Hades.

El entierro había empezado justo después del amanecer, cuando habían sacado el ataúd a hombros de la casa mortuoria, cargado en el coche fúnebre y los asistentes se habían reunido en la calle. Una vez quedó dispuesto todo, el mariscal había tocado un silbato estridente de modo prolongado, y las cinco bandas de música contratadas para la ocasión la emprendieron con una versión lenta y conmovedora de *Cerca de ti, Señor*.

El mariscal, un viejo de aspecto señorial y rostro sombrío que llevaba sombrero de copa, levita y guantes de un amarillo brillante, dio media vuelta y encabezó el cortejo por las calles agrietadas y salpicadas de hierba. Le siguió inmediatamente el coche fúnebre tirado por caballos y con cortinas de raso; penachos de plumas negras se agitaban con la brisa. Detrás iba la desconsolada familia sollozando en sus pañuelos, y después las cinco bandas de música, cada uno de los integrantes con sombrero de copa y levita y las chaquetas adornadas con charreteras y borlas. Cerraba el cortejo un conjunto apretado de allegados, deudos y niños andrajosos de la calle conocidos como la segunda línea, golfos que no tenían nada mejor que hacer que seguir los desfiles el día entero, aunque eso significara que se dejaran llevar, como siguiendo el canto de las sirenas, a uno de los muchos cementerios de la ciudad.

El hombre que enterraban era miembro de varias asociaciones de negros —Zulú Aid and Pleasure Club; el Odd Fellows; el Diamond Swells; el Youg Men Twenties; el Merry-Rounds—, y en su camino hacia el cementerio el cortejo se había detenido en cada una de las salas de reunión para que así los miembros del club pudieran despedirse de su camarada. Solo entonces se dirigió el cortejo al cementerio, y las canciones se fueron volviendo más melancólicas conforme avanzaban. Cuando el coche fúnebre entró en el cementerio, todos los instrumentos callaron a excepción de los tambores, que redoblaban con un ritmo desolado, solitario, con el sonido de los palillos amortiguado con un pañuelo para imitar el de los bombos militares. Y cuando al fin el cortejo llegó a la tumba, el tambor también calló, y durante un breve

momento imperó el silencio.

Entonces el predicador inició sus letanías, que entonaba contra el viento sibilante, y cuando terminó, la familia arrojó tierra a la tumba, uno a uno, un proceso que poseía su propio ritmo y cadencia. Y después de que el último deudo hubiera arrojado su puñado de tierra, y los terrones hubieran resonado en el ataúd y se hubieran deslizado por los lados, el grupo se volvió expectante hacia el mariscal, que se mantenía unos metros detrás, temblando sobre una franja de tierra desigual, la brisa agitando las vueltas de los pantalones de su traje.

El viejo recibió las miradas con los ojos muy abiertos y nublados, y después de unos largos segundos de silencio en los que susurró el viento, asintió, se llevó la mano al pecho y dio la vuelta a la banda que lo cruzaba para lucirla del lado apropiado en los días de desfile, un lado de deslumbrantes colores vivos, un dibujo africano de cuadrados rojos, dorados y verdes que brillaron en la niebla. Y casi al instante, como si un espíritu se hubiera apoderado de la gente, el entierro se transformó. Los miembros del club les dieron la vuelta a sus insignias de socios, la banda se puso la chaqueta del revés, aparecieron sonrisas, el mariscal hizo sonar el silbato y antes de darse cuenta la banda estaba tocando música de baile: una selección lasciva, ruidosa e irónica: *Oh Didn't He Ramble*. Los trompetistas resonaron, la segunda línea bailó entre las tumbas y los miembros del club abrieron botellas de *bourbon* y cerveza para brindar por el fallecido. Una atmósfera de carnaval recorrió el desfile y lo llevó serpenteando por el cementerio y de vuelta a las calles, donde se unió más gente a la celebración, y la siempre creciente masa de los que querían jugar emprendió la marcha hacia el velatorio.

Mientras el cortejo fúnebre atravesaba ceremoniosamente la ciudad, ateniéndose a su rito tan bien ensayado de música y movimiento, una chica delgada de diecinueve años, con un vestido rojo pimienta y que respondía al nombre de Ida Davis, lo contemplaba con atención. No le había resultado muy difícil dar con el entierro: en Nueva Orleans el sonido se desplazaba sin demasiados obstáculos; era una ciudad llana, con edificios bajos de madera, descampados, ríos y lagos. Su padre, un músico, había señalado con frecuencia el fenómeno, y decía que casi era como si a la ciudad la hubieran construido en forma de instrumento para que difundiera la música. Cuando tocaba una banda —y las bandas de Nueva Orleans eran especialmente ruidosas—, se podía oír desde todos los sitios de la ciudad.

Así que la chica había seguido el sonido y encontrado el cortejo, y ahora lo contemplaba con una mueca de desagrado. No es que menospreciara a los borrachos que lo formaban, ni a los gorriones, ni siquiera a los andrajosos niños callejeros de la segunda línea. Más bien era la ironía de todo eso lo que lamentaba. Luisiana era un sitio donde a los negros se les permitía pocas veces expresar de modo abierto su cultura, y un entierro era una oportunidad excepcional para hacerla pública, para que se tratara al oprimido con solemnidad, y eso era lo que le hacía fruncir el ceño: que la única vez que se permitía que a un negro lo trataran con ostentación era cuando ni

siquiera estaba vivo para apreciarlo.

Se bajó de la acera y recorrió la hilera de los integrantes del cortejo examinando las caras de los músicos en busca de su mejor amigo, puede que su único amigo: un joven de rostro rechoncho que tocaba una de las segundas cornetas y que todavía no había cambiado la pronunciación de su nombre por la forma francesa *Louey*, y al que aún conocían Ida y todos los habitantes de *Battlefield* como Lil' Lewis Armstrong.

Le localizó bastante pronto, a la cabeza del cortejo, tocando una versión a ritmo rápido de *High Society*. Lewis se fijó en ella y enarcó las cejas; luego, sin perder el ritmo ni desafinar, hizo una complicada floritura con la corneta a modo de saludo. Algunos de los que estaban cerca lo celebraron como beodos y Lewis entregó su corneta a uno de los de la segunda línea, un niño larguirucho, descalzo, con una raída camisa blanca.

Lewis se apartó del desfile y se acercó, sus andares entorpecidos por los pantalones de chaqué demasiado pequeños que llevaba puestos. Lewis, de casi diecinueve años, era regordete y de piel oscura, con una cara redonda que resultaba perfecta para una sonrisa inconfundible. Ida era opuesta a él en casi todos los aspectos: delgada y lánguida, con una piel de un matiz solo un poco más oscuro que la leche y una cara de almendra que hacía volverse a la gente. También era un poco introvertida: una timidez derivada del hecho de tener la piel lo suficientemente clara como para pasar por blanca, un rasgo que la hacía contar con pocos amigos en el *Battlefield*.

Lewis se quitó la chistera y sonrió.

—Hola, Ida —dijo—, ¿estás bien?

Su voz era potente y profunda, rasposa por el tabaco y el alcohol, y a ella le sorprendió al oírla que no le traicionase ni un toque de embarazo o curiosidad. Hacía meses que no lo veía, y ahora había aparecido, de entre todos los sitios posibles, en el *Battlefield*, sin avisar y sintiéndose avergonzada.

—Estoy bien —dijo, sonriendo sin energía. Había venido a pedirle un favor, a pedirle ayuda para una investigación. Pero ahora que estaba con él, no sabía en absoluto cómo hacerle saber lo que quería. Llevaba mucho tiempo sin verle y resultaba difícil hablar imponiéndose al ruido de las bandas, que llegaban a un estridente *crescendo* en su versión cada vez más extravagante de *High Society*.

Lewis le lanzó una mirada de asombro y ella imaginó que él suponía que pasaba algo.

—Si quieres hablar —dijo— puedo reunirme contigo luego en el velatorio.

Ida había tenido la esperanza de evitar el velatorio.

—Claro —contestó, preguntando por encima de la música—. ¿Dónde es?

Lewis le sonrió, con brillo en los ojos.

—Solo tienes que seguir a la banda —dijo, encogiéndose de hombros, y antes de que Ida se diera cuenta los dos soltaban una risita. Luego la saludó con la chistera y corrió de vuelta al desfile. La banda atacó el comienzo de la *Polka del barril de*

*cerveza* e Ida vio que el de la segunda línea devolvía la corneta a Lewis. Luego su amigo ocupó de nuevo su puesto, mezclándose con el desfile de trajes negros que ondulaba dando tumbos calle adelante, su resplandor de música y ruido apagándose una vez más entre la bruma.



UN LANDÓ NEGRO DE LA POLICÍA atravesaba las calles llenas sumidas en la niebla de Little Italy. El conductor hacía sonar frenéticamente la bocina intentando evitar accidentes. Daba virajes al pasar junto a puestos del mercado y carretas alarmando a los peatones, y de vez en cuando se rozaba contra los bordillos y las aceras de madera de las calles más estrechas. En el cruce de las calles Upperline y Magnolia, dobló con el coche una esquina muy pronunciada y se detuvo chirriando a media manzana de una tienda de comestibles. En la parte de atrás del vehículo, el inspector Michael Talbot se echó hacia atrás en su asiento y soltó un suspiro de satisfacción.

—Bien conducido, Rez —dijo.

—Gracias —contestó el conductor sin apreciar el sarcasmo. Por el cristal que separaba a los dos hombres, Michael vio que el conductor abría un reloj de bolsillo y comprobaba el tiempo.

—Siete minutos y veinticinco segundos —dijo el conductor, un hombre robusto y moreno que se llamaba Perez—. Eso va a ser un récord —añadió, sonriendo de modo resplandeciente a Michael por el espejo retrovisor. Michael le devolvió la sonrisa sin ganas; todavía tenía algunas náuseas.

Perez buscó en el tablero de mandos un cuaderno de notas y con la punta de un lápiz escribió la hora. El departamento de policía de Nueva Orleans había recibido su primera flota de coches de motor solo unos meses antes, y los conductores de los distintos distritos habían hecho, le parecía a Michael, algún tipo de apuesta sobre lo rápido que podrían hacer sus distintas rutas. Tres de los nuevos coches ya se habían averiado, uno de ellos por culpa de Perez.

Michael dejó que el estómago se le asentara durante un momento y arqueó la espalda para mirar fuera por la ventanilla trasera del coche. Sus ojos se fijaron en la vulgar tienda de comestibles de la esquina unos metros más allá. Era una de las tiendas típicas de emigrantes italianos que estaban apareciendo por toda la ciudad: de una planta, con la tienda delante, la vivienda al fondo, un patio para el reparto en la parte de atrás, y un letrero de chapa que proclamaba el nombre del dueño balanceándose encima de aquel edificio chapucero. Michael suspiró y se pasó la mano por la cara, deslizando los dedos por las marcas que agujereaban sus mejillas.

En el exterior de la tienda, entre los coches del departamento de policía y de la oficina del forense, se había reunido un grupo de gente: italianos del barrio a los que un cordón de agentes contenía sin demasiado entusiasmo. Michael se dijo que no era la multitud habitual que siempre parecía materializarse en la escena de delitos siniestros: gente que pasaba, vecinos, periodistas, desocupados que perdían el tiempo en la esquina de la calle sin nada mejor que hacer. A este grupo de ahora no lo había reunido una curiosidad macabra. Se encontraba allí porque estaban asustados, y a Michael se le encogió el corazón al verlo. Conocía lo suficiente de la naturaleza

humana para saber que no costaba mucho que una multitud con miedo se volviera violenta.

—En pleno mundanal ruido —murmuró para sí mismo.

—¿Qué dice? —preguntó Perez, alzando la vista del cuaderno de notas con el rostro fruncido y echando una rápida ojeada al espejo retrovisor. Pero Michael ya había abierto la puerta del pasajero y, poniéndose su sombrero, bajaba a la calle.

Anduvo hacia el extremo del cordón policial, con la esperanza de que no se fijasen en él, ya que hacía el camino más largo, pero Michael era un tipo singular que se movía con brusquedad y resultaba fácil de distinguir. Les sacaba la cabeza a la mayoría de los hombres, tenía unos miembros desgarrados y torpes y una cara roja y picada de viruela. Cuando se acercaba al cordón, se bajó el ala del sombrero, pero un periodista de ojos maliciosos se cruzó casualmente en su camino en el momento menos apropiado. Michael vio que le daba un codazo y le susurraba algo a uno de sus colegas, y al instante la multitud entró en erupción. Las cámaras se dirigieron a él y se dispararon fogonazos de magnesio que deslumbraban y mandaban al aire unas nubecillas de hollín que motearon la niebla. Los periodistas gritaron su nombre y le hicieron preguntas en voz muy alta. Frases airadas en italiano acompañaron su paso. Reconoció unas cuantas palabras muy conocidas y continuó abriéndose paso entre el gentío y al cabo de unos segundos de empujones llegó al cordón y lo traspasó. Saludó con la cabeza a unos cuantos agentes que conocía, hombres de expresión dura y aspecto aburrido, ninguno de los cuales se molestó en responder. Un policía de local joven y decidido, con un uniforme azul muy almidonado, bajó corriendo los escalones delanteros para saludarle.

—Buenos días, señor. Las víctimas están por este lado —dijo el policía, un novato que se llamaba Dawson, recién llegado de la guerra y dispuesto a demostrar lo que valía. Alzó la mano hacia la entrada de la tienda sonriendo, y Michael pensó que había algo de *maître* de un restaurante en el gesto. Le dio las gracias con la cabeza y Dawson le precedió por los escalones delanteros al interior sombrío de la tienda.

El establecimiento estaba rodeado por todas partes de hileras de limpios estantes de pino llenos de latas de pescado, carne y diversos productos italianos que Michael nunca había visto. Barricas de aceite de oliva estaban apiladas junto a una pared, y las vigas tenían orégano seco colgado, lo que en opinión de Michael le daba a la tienda el aspecto de una gruta.

En el extremo más alejado había un mostrador de cristal lleno de panes y quesos de olor raro, y una cortadora de fiambres, con su manivela y hoja redondas brillantes, y un jamón todavía puesto en la bandeja. La caja registradora se encontraba junto a ella y, como esperaba Michael, intacta. Más allá estaba la puerta que daba a la parte del edificio que funcionaba como vivienda. Se acercaron y Dawson volvió a alzar la mano. Michael, inseguro de lo que hacer con el chico, asintió y sonrió. Se quitó el sombrero y cruzó la puerta.

El cuarto de estar era reducido, lo iluminaba una luz grasienta y resultaba aún más

pequeño debido a los agentes que lo abarrotaban. Dos patrulleros hacían el inventario, un médico de la oficina del forense estaba inclinado sobre uno de los cuerpos, y un fotógrafo, un francés que tenía un estudio donde hacía retratos en Milneburg, preparaba un nuevo rollo de nitrato para su cámara.

Michael examinó la habitación: una mesa de madera oscura y un aparador ocupaban la mayor parte del espacio, una ventana daba a la fachada de la casa vecina, y al fondo una puerta comunicaba con la cocina. Ninguno de los muebles estaba tumbado ni volcado, y un libro con los evangelios todavía seguía en un extremo de la mesa. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado de flores, amarillentas y con manchas de humedad. Fotografías de ancianos sicilianos sombríos competían por el espacio de la pared con una acumulación de imágenes religiosas chillonas: crucifijos, madonas, postales de catedrales. En el espacio que llevaba a la cocina estaban los cuerpos de las dos víctimas, extendidos sobre el linóleo en un charco de sangre oscura, resinosa.

Michael atravesó la habitación y se arrodilló al lado de los cuerpos. La mujer era baja y gorda, con la piel envejecida y el pelo color sal. La sangre seca había adherido su camisón a los michelines de su barriga, señalando la curva de su cuerpo. Michael no pudo distinguir los rasgos de su cara, que había sido tan brutalmente agredida con un objeto afilado que más que una cabeza humana parecía una especie de cráter, alrededor de cuyo borde zumbaban frenéticamente un puñado de moscas.

El marido estaba caído junto a la ventana. La visión de Michael quedaba tapada en su mayor parte por el médico, que todavía examinaba el cuerpo, pero pudo observar que el hombre tenía unas heridas semejantes a las de su mujer. Su brazo derecho estaba extendido y señalaba un aparador, cuyos cajones más bajos tenían rayas de sangre de la anchura de unos dedos.

Michael movió la cabeza a los lados y lanzó una última mirada de pena a los dos cadáveres. Había aprendido que era mejor no detenerse en las brutalidades con las que se tenía que enfrentar en su trabajo, así que se santiguó, un gesto simbólico que en cierto modo le ayudaba a aislarse de todo aquello, luego se estiró y suprimió la tensión de sus rodillas. Detrás de él el fotógrafo disparó y el fogonazo del magnesio explotó en el silencio.

Michael se secó la sangre de las suelas de sus zapatos Florsheim en la ya destrozada alfombra persa, pasó por encima del cuerpo de la mujer y entró en la cocina. Habían dejado un hacha junto a un aparador, apoyada en su rugoso mango. Michael se fijó en fragmentos de hueso dispersos por la hoja manchada de sangre seca. En el fregadero había más sangre y unas cuantas partículas de barro. La puerta de la cocina que daba al patio trasero había sido forzada desde el exterior; en torno a la cerradura, una explosión de madera astillada. Michael salió al patio, y el frío de la mañana se le aferró a la cara. Por los tres lados altas cercas de madera ocultaban la vista y proporcionaban al patio una quietud fantasmal. Junto a la puerta había una desordenada pila de leña y más allá un espacio árido que solo ocupaban hierbajos y

chatarra oxidada. Michael paseó la vista alrededor un momento, luego volvió al pegajoso calor del cuarto de estar.

—¿Dawson? ¿Qué tenemos hasta el momento? —Tiró de una silla por debajo de la mesa, se sentó e hizo un gesto a Dawson para que le imitara. Dawson se sentó y leyó un cuaderno de notas con tapas de cuero brillantes.

—Las víctimas eran el señor Joseph Maggio y su mujer. Cincuenta y ocho y cincuenta y un años, respectivamente. Inmigrantes sicilianos. Dueños de la tienda desde hace un par de años. Los vecinos dicen que vinieron de alguna parte de Gretna. Llamé a la central. Ninguno de los dos tenía antecedentes.

Michael asintió. El señor y la señora Maggio encajaban en el perfil: tenderos sicilianos sin relaciones con la delincuencia, elegidos al azar. En los tres ataques anteriores, el asesino que la prensa había llamado el Asesino del Hacha, había entrado en las casas de las víctimas de noche y como sugería el nombre, las había despachado con un hacha, dando muestras de considerable placer al hacer lo que hacía, y sin el menor interés en robar o abusar sexualmente. Aparte de en la casa de los Maggio, el Asesino del Hacha ya había entrado en tres casas más y había matado entre otros a un niño pequeño y a su madre. Y con cada ataque la violencia había aumentado, haciéndose más pavorosa y enloquecida.

—Los vecinos no vieron nada anormal —continuó Dawson—, a nadie que entrara; a nadie que saliera; ni gritos o alaridos; tampoco ruidos de forzar la puerta.

—¿Medio de entrada?

—Nada que indique cómo entró o se marchó. Y está el cerrojo, señor. Estaba echado por dentro cuando se descubrieron los cuerpos.

El asesino tenía la costumbre de marcharse de las habitaciones de ese modo. O bien salía por ventanas que dejaba cerradas, o corría los cerrojos desde fuera después de haber terminado. Esas explicaciones no habían impedido que la prensa presentase al Asesino del Hacha como una especie de ser sobrenatural con capacidad para atravesar paredes. Nueva Orleans fue una ciudad supersticiosa en los mejores momentos, y ahora una parte notable de sus habitantes creía que sufría el ataque de algún demonio.

—¿Quién abrió de una patada la puerta de la cocina? —preguntó Michael, recordando la escena del fondo de la casa.

—Eso lo hizo... —Dawson hojeó su cuaderno de notas—. El agente D. Hancock, señor. La sobrina de la mujer descubrió los cuerpos. Ayudaba en la tienda. Cuando llegó esta mañana no respondió nadie, así que dio la vuelta hasta atrás. Distinguió el cuerpo de la mujer por la ventana. Hancock fue el primero en llegar.

—¿Alguna carta del tarot? —preguntó Michael.

Dawson asintió, se estiró hasta el aparador y entregó a Michael dos cartas manchadas de sangre. Michael las examinó: las cartas de la Justicia y el Juicio. Al igual que las que encontraron en las víctimas anteriores, estaban hechas sin reparar en gastos, pintadas a mano, mayores que las cartas normales y realizadas en chillones

rojos y púrpuras, con los perfiles en tinta negra y dorada. La de la Justicia presentaba a un hombre de túnica sentado en un trono, con una espada en una mano y una balanza en la otra. La del Juicio mostraba a un ángel que sobrevolaba un paisaje desolado, infernal, mientras un grupo de pecadores desnudos le suplicaban desde el suelo. En el reverso aparecía el complicado dibujo monocromo habitual de todos los naipes, pero este tenía representaciones de animales muy pequeños integrados en el dibujo. Los animales parecían gritarse unos a otros, protestando contra su prisión geométrica.

—¿Dónde las encontraron? —preguntó, devolviéndole las cartas a Dawson.

—En la cabeza de las víctimas, señor —dijo Dawson tímidamente—. Metidas en las heridas.

Michael asintió. Sabía que a veces la mafia deja cartas del tarot en el lugar de sus ejecuciones, cartas de aviso para que la gente sepa lo que les pasa a los que no acatan las normas. Pero Michael también sabía que la mafia no hace carnicerías con abuelas y niños. Y si el ataque era una ejecución, ¿qué había hecho una pareja de personas mayores temerosas de Dios para merecerla?

La mayor parte de los homicidios los cometen personas que conocen a las víctimas, y en Nueva Orleans cada comunidad se relaciona con los suyos. Si han matado a un siciliano, lo más probable es que lo haya asesinado otro siciliano. Y como todas las víctimas habían sido tenderos, y los tenderos sicilianos estaban invariablemente relacionados con la mafia, todo apuntaba en una dirección: la Familia. Pero la brutalidad de los ataques y el hecho de que dejaran cartas del tarot, con sus vínculos con el vudú, habían convencido a media ciudad de que el Asesino del Hacha era un negro; a pesar de que ni una sola persona había visto al asesino. En barrios de toda la ciudad a los hombres de color los perseguían por las calles grupos enfurecidos. Solo era cuestión de tiempo que se produjese un linchamiento.

El Asesino del Hacha estaba atizando la desconfianza en una ciudad ya de por sí recelosa. Cada comunidad de Nueva Orleans se aislaba de sus vecinas; los criollos de color al norte; los irlandeses al sur; los negros al oeste; los italianos en Little Italy, en el centro; con enclaves de otros grupos —chinos, griegos, alemanes, judíos— dispersos como peones en un tablero de ajedrez. Sólo en el mismo centro de la ciudad, en el Barrio Francés, en Storyville, en el distrito financiero, había cierta mezclanza. La segregación originaba desconfianza, y la desconfianza aumentaba la segregación. Y ahora había un Asesino del Hacha que prendía fuego a todo eso, haciendo que todas esas personas aisladas produjeran chispas al rozarse unas con otras, y Michael era el hombre en quien la ciudad confiaba para que pusiese fin a todo aquello.

Desde algún punto del patio trasero el ruido de un pájaro carpintero que agujereaba un árbol penetró en la habitación. El forense se estiró en ese momento, gruñendo al hacerlo. Era un viejo de tez rojiza y aspecto corpulento. Adornaba su labio superior, un cuidado bigote blanco peinado según el estilo victoriano en dos

grandes arcos de morsa.

—Mis rodillas ya no son lo que eran —dijo con una voz áspera de fumador de puros. Se apoyó en la mesa, dejándose caer en una silla junto a Michael, y sacó de su bolsillo unos Fonseca. Le ofreció uno a Michael, que lo rechazó con un gesto de la mano.

—Prefiero los míos —dijo, sacando una pitillera de plata del bolsillo. La abrió y sacó un Virginia Bright. El forense encendió una cerilla y los dos hombres la compartieron.

—Es la misma historia de siempre, hijo —comentó el médico, apagando la llama de la cerilla y dejándola encima de la mesa—. A las víctimas las despacharon siguiendo los medios habituales. Calculo que la hora de la muerte fue entre las once y la una de la noche. No hay signos de violación. Por ahora no puedo decir mucho más. —El forense se encogió de hombros y dio una larga calada a su puro—. ¿Qué opina usted? —preguntó a Michael, enarcando las cejas. Era la misma mirada expectante que Michael había estado viendo cada vez con más frecuencia desde que habían empezado los asesinatos. Dirigió la vista a los dos cadáveres caídos en el suelo, apenas a un metro de donde él y el forense estaban charlando.

—Yo digo que hacia las once o las doce de la noche los Maggio estaban sentados aquí en su cuarto de estar. La mujer estaba sentada allí, leyendo las escrituras. —Michael señaló el libro de evangelios del extremo más alejado de la mesa—. No estoy seguro de lo que estaba haciendo su marido. Puede que ella se los leyera. En cualquier caso, él estaba sentado aquí, cerca del aparador. El asesino entró en la casa por el patio trasero porque por delante hay una calle transitada y por detrás solo necesita saltar la cerca. Eligió la cerradura de la puerta de la cocina, lo cual, como las cercas del patio son tan altas, pudo llevarle su tiempo. Cogió el hacha de la pila de leña porque allí no vi ningún hacha, y el hombre sería un estúpido si llevara un arma encima cuando sabía que había una esperando. La mujer oyó un ruido cuando el asesino entró en el cuarto de estar. Se puso de pie porque está más cerca de la cocina. ¿Ve cómo está caída en el suelo? —Señaló el cuerpo de la mujer—. El asesino la atacó primero a ella. El marido ve lo que está pasando, trata de coger algo del aparador, puede que una pistola, en el segundo cajón de abajo. Pero es demasiado lento. Sigue intentando abrir el cajón mientras le ataca el asesino, lo que explica la sangre en el aparador. Al asesino le lleva un tiempo mutilarlos. Luego va a la cocina y se deshace de las pruebas. Deja el hacha, y supongo que se lava la sangre de las manos, la ropa y las botas, porque hay sangre y barro en el fregadero. Sale al patio trasero y cierra la puerta desde fuera con una ganzúa. Claro que esto es solo una conjetura, porque el agente D. Hancock destruyó una prueba crucial en su prisa por entrar. El asesino abandona la casa sin llevar encima ninguna prueba. Ni siquiera una mancha de sangre en la suela de su bota. Eso es más o menos el resumen de todo. —Michael dio una calada a su cigarrillo y volvió a mirar fijamente los cuerpos—. Lo que no consigo imaginar —dijo lentamente—, es cómo el asesino se deshizo del

marido y la mujer sin que hubiera un solo grito.

—Puede que golpeará a la mujer —sugirió Dawson— y luego lanzará el hacha al marido desde el otro lado de la habitación, ya sabe, estilo indio. —Dawson imitó lo que creía el movimiento del brazo de un apache para ilustrar su teoría.

Michael y el médico intercambiaron una mirada.

—Podría ser —dijo Michael—. Hiciera lo que hiciese lo hizo rápido.

Se volvió hacia los dos agentes que habían estado haciendo un inventario de la habitación y se habían detenido para escuchar la teoría de Michael.

—¿No han registrado todavía el aparador? —les preguntó este.

—No, señor —dijo uno de los hombres.

—Bien, pues vamos a ver qué quería coger el señor Maggio.

Se dirigió al aparador y abrió el cajón de abajo donde encontró dos montones de ropa blanca cuidadosamente doblados. Frunció el ceño, rebuscó debajo de la ropa y encontró una caja de zapatos. La abrió y dentro había un montón de papeles: facturas, recibos, los documentos de nacionalización de la pareja, y varios fajos de billetes de cinco dólares nuevos.

—Supongamos que trataba de comprar al asesino —dijo el médico.

Michael pasó el dedo hojeando uno de los fajos y frunció el ceño. El sello de los valores era de tinta roja, un diseño utilizado exclusivamente por la Reserva Federal en billetes que no se emitían desde hacía casi cinco años.

—Estos billetes están sin usar —dijo Michael—. Tan nuevos como el día que se imprimieron.

—¿Y? —dijo el forense, encogiéndose de hombros.

—Pues, que o Maggio sacó estos billetes del banco hace cinco años y están aquí desde entonces, o son falsos.

Michael sacó la caja de zapatos del cajón y se la entregó a Dawson.

—Recurra a alguien de la Oficina de Grabado e Impresión y que verifiquen los números de serie. Nadie guarda tanto dinero en un aparador durante cinco años. Especialmente en Nueva Orleans.

Dawson se hizo cargo de la caja de zapatos y asintió. Michael se perdió en sus pensamientos durante un momento y en el silencio, el sonido del pájaro carpintero volvió a llenar la habitación.

—¿Y qué pasa con la inscripción? —dijo el médico.

—¿Qué inscripción?

DAWSON LLEVÓ A MICHAEL al patio trasero y lo condujo a un lado del edificio. Escritas con unas letras marrones enmarañadas en la pared lateral de la tienda estaban las palabras:

A LA SEÑORA TENEBRE LE PASARÁ LO QUE

## A LA SEÑORA MAGGIO CUANDO YO TERMINE

MICHAEL MIRÓ LAS palabras y movió la cabeza a los lados. ¿Se había detenido el Asesino del Hacha para dejarles escrito un mensaje a ellos? ¿Estaba diciéndoles quién era el próximo de su lista? ¿Estaba pinchando a la policía para divertirse, o trataba de asustar a una víctima futura?

—Que el francés haga unas fotos —dijo Michael a Dawson, señalando la inscripción— luego cubrid los cuerpos con algo antes de que los vean esos cabrones de enfrente. Después volved a la comisaría y buscad todos los Tenebre de la ciudad, hombres o mujeres. Quiero una lista encima de mi mesa esta misma tarde.

Dawson hizo un saludo con la gorra y se marchó a toda prisa. Michael se quedó quieto un momento con las manos en la cadera y luego examinó con atención por segunda vez el patio. Había desperdicios por todas partes: botes, madera rota de cajas de embalar, una verja oxidada en un rincón, combada y sin usar. En todo el espacio había crecido una alfombra de maleza y matojos que asfixiaban el suelo. Había algo triste y desolado en todo aquello. Los Maggio no habían conseguido aislarse de la basura de las calles. Dedicó un breve pensamiento a su propia casa, a la multitud agolpada ante la tienda, al peso que suponía que las esperanzas de la ciudad estuviesen depositadas en él. Dos víctimas más y un mensaje de medio metro de alto del asesino para que supieran que había otra en camino. Michael movió la cabeza a los lados, se santiguó una vez más y volvió a entrar.



EN EL NORTE MISMO DE Nueva Orleans, entre la maleza de las afueras de un pueblo agrícola llamado Boutte, se alzaba un puñado de construcciones que parecían graneros rodeado de hileras de cercas de alambre de espino y patios que eran depósitos de polvo. Los edificios estaban hechos de madera sólida y ventanas condenadas y el estado de Luisiana los usaba como centro de alojamiento intermedio, un lugar de estancia para penados de paso. Los barracones de los presos estaban situados en el mismo centro del complejo, y cuando se abría la puerta del edificio un agudo sonido metálico reverberaba a lo largo del laberinto de cabañas, cercados y alambradas.

Dos hombres salieron al frío de la mañana y se dirigieron uno detrás de otro hacia el borde del recinto; sus zapatos crujían rítmicamente en la grava. El primer hombre era un penado camino de la libertad que la noche anterior había terminado una condena de seis años. Tenía las manos esposadas por delante y llevaba puesto un traje arrugado y comido por la polilla de algodón azul celeste. Había llegado al atardecer del día anterior, en la carreta para el transporte de penados que hacía el trayecto entre Boutte y Angola, la cárcel del estado de Luisiana, a unos doscientos kilómetros al noroeste.

El penado había pasado la noche en los gélidos barracones y había dormido bien a pesar del frío, cansado como estaba del traslado. A la carreta le había llevado más de un día viajar desde el desolado recodo del Mississippi donde estaba situada Angola, en la parte más alejada del mismo borde del estado. A los penados nunca se los transportaba de noche, así que la Junta de Control usaba lugares de paso como puntos de descanso; y aquel era el último eslabón de la cadena de alambre de espino que llevaba hasta Nueva Orleans.

Unos cuantos minutos después de amanecer, al penado lo despertaron de un porrazo en la tripa, y ahora al caminar le seguía el dueño de la porra, un hombre siniestro con el uniforme azul cobalto de los funcionarios de prisiones, que clavaba su mirada torva en el preso. Después de atravesar cuatro patios y de esperar cuatro veces a que los de guardia les abrieran las puertas de las cercas llegaron a la puerta principal del complejo.

—¡Patterson! —gritó el funcionario.

Un asomo de hombre desdentado con una escopeta colgada del hombro apareció a la entrada de una garita y les sonrió. Anduvo con paso tranquilo desde la garita, acercándose a las barras que se extendían a lo ancho de la puerta principal, y abrió las cerraduras que las mantenían en su sitio. Luego tiró de las barras y abrió la puerta, cuya parte inferior se raspó contra el barro desnivelado del camino.

El funcionario apoyó su porra en el hombro del presidiario y este se dio la vuelta, encarándole. Luca D'Andrea era un hombre flaco, pelo oscuro, de cincuenta y pocos

años con una cara que resultaba a la vez agradable y demacrada, y unos ojos pardos que brillaban bajo una frente delicada, con el ceño entristecido. El funcionario le quitó las esposas con un tintineo de llaves y Luca se frotó las muñecas. Luego asintió, como si le diera las gracias a su carcelero, y atravesó la puerta hasta la carretera.

Boutte no tenía mucho que mirar. La carretera estaba llena de baches y polvo, y a cada lado el monte bajo se extendía hasta el horizonte, yermo si se exceptúan unos cuantos árboles rechonchos, decrepitos. Si había algún punto que señalaba la transición de Luca de presidiario a hombre libre, era aquel, pero él no se sentía alegre, ni tenía una sensación de libertad, solo una intensa inseguridad y ansia: la misma sensación de temor que le había dominado durante los meses que llevaron a su puesta en libertad.

Durante los cinco años últimos le habían dado las dos comidas reglamentarias al día, un sitio donde apoyar la cabeza y trabajo suficiente para que dejase de darle vueltas a los giros tan tristes que había dado su vida. Desde el amanecer a la caída de la tarde, seis días por semana, trabajó en la granja del tamaño de Manhattan del penal del estado en provecho de los que mandaban en la cárcel. Angola recibió su nombre de la plantación en la que había sido construida, y la plantación había sido llamada así debido a la madre patria de los esclavos que habían trabajado al principio sus tierras. Un hecho que llevó a los internos a murmurar que cuando se trataba de trabajo agotador, grilletes y cadenas, el nombre de Angola no era el único resto de su pasado de esclavitud que tenía eco en el presente.

A diferencia de la mayoría de los internos, Luca no se había lamentado por el trabajo. En los campos experimentaba una serenidad de la que nunca había sabido, una aceptación de su lugar en el mundo que le tranquilizaba y apaciguaba. Pero ahora ya no tenía un trabajo que le evitara convivir con recuerdos que prefería olvidar, y sus días se extendían hacia el futuro tan vacíos como el monte bajo de delante.

Echó una ojeada carretera adelante y creyó que distinguía Nueva Orleans, apenas visible en el horizonte, que aparecía y desaparecía como bailando en la bruma brillante que se aferraba al suelo. Pensó que había algo vagamente femenino en el modo en que la imagen se movía entre la niebla, como una corista en un bar.

—Hay un buen trecho hasta la ciudad —dijo una voz sarcástica, nasal, detrás de él.

Luca se dio la vuelta y vio a un hombre delgado, de piel morena, apoyado en la cerca de enfrente, brazos cruzados, que fumaba un cigarrillo de una marca barata. John Riley, una cara conocida pero desagradable. Durante el juicio de Luca, el periódico de Riley había publicado una serie de semblanzas suyas, utilizando editoriales que había escrito Riley para provocar la indignación pública. El periodista le sonrió, buscó en su bolsillo una pitillera de latón sin brillo y ofreció su contenido a Luca. Este miró los cigarrillos, cogió uno, y Riley se lo encendió con una cerilla.

Luca examinó la cara de Riley y se fijó en lo que había envejecido. Riley siempre había tenido manchas oscuras en torno a los ojos, pero ahora se le notaban más,

estaban más marcadas, y las acompañaban unas oquedades en torno a los pómulos, una tirante palidez, casi de momia. Riley era un hombre, pensó Luca, que rezumaba putrefacción.

—No pareces demasiado contento, D’Andrea —dijo Riley con su característico *stacatto*—. A falta de un comité de bienvenida formado por familia y amigos, deberías alegrarte de verme.

Riley esgrimió una sonrisa de dientes amarillos y Luca dio una larga calada a su cigarrillo. Riley llevaba una chaqueta cruzada color crema y un canotier con una cinta roja de seda alrededor de la copa. La vestimenta podría sugerir grandes universidades del Este y clubes de remo y sólidas mandíbulas, familias del nordeste, si la llevara alguien que no fuese Riley. En lugar de eso, la persona demacrada y cargada de espaldas que tenía delante ofrecía un aspecto tosco y, en cierto sentido, incluso sórdido.

—Tengo un coche a punto de llegar —continuó Riley—. Podría llevarte si te apetece.

Luca lanzó una mirada de reojo al periodista. La gente como Riley no hace favores sin esperar algo a cambio, y Luca no estaba en situación de hacer arreglos y establecer pactos.

—Estaba pensando en ir caminando —dijo Luca, que llevaba tiempo deseando andar en línea recta todo lo que quisiera, sin cadenas en torno a los tobillos, cercas de alambre de espino impidiendo el paso, u hombres armados trotando a su lado.

—Hay más de veinte kilómetros hasta Nueva Orleans —dijo Riley, frunciendo el ceño.

Luca se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? —preguntó, y el periodista hizo una pausa.

—Ya sabes cómo es esto —dijo, en tono lastimero—. Yo no estaba especialmente interesado en venir y echarte a perder tu gran momento, pero mi director me pidió que tomara unas notas —explicó, alzando las manos al aire, lamentando los caprichos del destino.

—¿Así que todavía no has ascendido? —dijo Luca, sin expresión, y Riley soltó un breve y artificioso gruñido que quería pasar por risa—. Gracias por el pitillo —añadió Luca. Aseguró el cigarrillo entre los labios, se metió las manos en los bolsillos y reemprendió su marcha hacia Nueva Orleans.

—Por Dios, Luca. He venido hasta aquí —dijo Riley, correteando detrás de él—. Oye, siempre has dado para un buen artículo —suplicó.

—Daba para un buen artículo cuando tú me estabas haciendo la cama —dijo Luca. Riley hizo una mueca y miró directamente a la cara de Luca.

—Tengo que decir que tienes buen aspecto —dijo Riley—. La mayoría de la gente envejece dos veces más deprisa en Angola. Tienes el mismo aspecto que el día que te condenaron.

—Vete a la mierda —dijo Luca, dando otra calada a su cigarrillo.

Luca no esperaba que su regreso a Nueva Orleans fuera una experiencia fácil. Sabía que la ciudad no era un paraíso; era violenta y despiadada, estaba atestada de delincuentes y comunidades de inmigrantes que se trataban entre sí con hostilidad y desconfianza. Pero también que era una ciudad con una energía seductora, un encanto abrumador y resplandeciente. A pesar de la segregación y de sus calles destartadas y su gloria deslucida, era fácil quedar embrujado por la ciudad de Nueva Orleans. Y por eso durante todo el tiempo que estuvo en Angola no pudo evitar tener la sensación de que cuando volviera entraría en un mundo mejor. Que la mugre de la vida en la cárcel le lavaría como con una especie de líquido amniótico. Pero ahora, al mirar a Riley, no sabía si estaba cambiando un tipo de mugre por otra.

—¿Qué te parece esto? —dijo Riley—. ¿Si te digo que, en este día de nuevos comienzos, pasamos página? ¿Empezamos de nuevo?

Luca estaba a punto de soltarle otro reniego a Riley, cuando se detuvo y suspiró. Algo sobre aquello de nuevos comienzos sacudió su conciencia. A lo mejor si le daba a Riley lo que quería, este le dejaría en paz.

—¿Qué quieres saber? —dijo Luca, y Riley recuperó la sonrisa.

—Solo lo habitual —dijo el periodista—. ¿Cómo fue tu estancia en Angola? ¿Qué se siente al librarse del uniforme de penado? ¿Cuál es tu punto de vista sobre el estado actual de las instalaciones penitenciarias del estado, ahora que las has visto desde el otro lado?

Luca miró a Riley.

—No has venido a preguntarme eso —dijo—. Ni siquiera a la Dirección de Prisiones del estado de Luisiana le importa un carajo el estado de las instalaciones penitenciarias. A tus lectores seguro que eso les importa una mierda.

A Riley le cambió la cara.

—Todavía incisivo como un picotazo, ¿eh, Luca? —dijo—. Ya sabes, a algunos hombres los sueltan con el cerebro hecho papilla. A ti no, sin embargo. —Riley se dio un golpecito en el sombrero con una sonrisa de suficiencia—. ¿Cuál es tu opinión sobre los asesinatos del Asesino del Hacha? —preguntó.

Luca frunció el ceño y le miró atentamente.

—¿Qué asesinatos del Asesino del Hacha? —preguntó, y Riley asintió astutamente.

—¿No te llegó la noticia durante tu estancia a cargo del estado? Un loco de esos zulús ha andado por la ciudad matando tenderos italianos. Ha pasado mes y medio desde el primer ataque y tu antiguo compinche Talbot, que está a cargo del caso, no hace progresos. De hecho se ha armado un buen lío con eso y la gente se está cabreando mucho.

Luca notó un viento ligero que levantaba polvo en la carretera hacia Nueva Orleans. Los tiempos han cambiado, pensó, y ahora le tocaba a Michael que arrastraran su nombre por el fango. Luca había tratado de estar al tanto de los acontecimientos de la ciudad. Cuando llegaban a Angola internos nuevos traían

noticias del mundo exterior, y Luca había escuchado con atención esas partes en el patio de la cárcel. Se enteró de la Gran Guerra, del Gran Huracán, de la epidemia de gripe, de que estaban cerrando Storyville; incluso supo del nuevo tipo de música que, según los internos negros, arrasaba en la ciudad. Sabía que habían aprobado la decimoctava enmienda y que la ley seca estaba a la vuelta de la esquina, y se preguntaba cómo avivaría eso las llamas del conflicto de intereses enfrentados que reinaba en Nueva Orleans. Pero entre todas aquellas noticias de agitaciones y conflictos, Luca no había oído nada de las andanzas de la fuerza policial, ni de su antiguo protegido.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó.

—Bueno, a la vista de la historia que tuviste con Talbot, el jefe y yo esperábamos que, en este momento difícil para él, te alegraras del mal ajeno. Quiero decir que lo ascendieron únicamente porque te delató. Si no sirve para el trabajo, resulta divertido que te pongan en libertad justo en el momento que la gente lo empieza a notar. — Riley respiró profundamente; tenía problemas para hablar, fumar y mantener el paso ligero de Luca. Y todo al mismo tiempo—. Algo así como que el que siembra vientos recoge tempestades —añadió respirando con dificultad—. Por lo menos, es como quiere el director que se enfoque. Irónico.

Miró a Luca, esperando respuesta, pero Luca se mantuvo en silencio, con los ojos fijos en el horizonte: la imagen distante de Nueva Orleans en la niebla. Una vez más estaba intentando distinguir a la bailarina en el espejismo, pero lo único que podía ver era un remolino de polvo, rayos de sol y rocío.

—Lo que yo piense no le importa a nadie —dijo—. La gente creerá lo que quiera creer. Al menos aprendí eso durante el juicio.

Riley asintió, y anduvieron un poco más sin hablar. Sobre los campos que los rodeaban una bandada de cuervos revoloteaba y caía en picado, soltando graznidos desgarradores, nerviosos.

—¿No hay nada que quieras decir? —volvió a hablar Riley, al cabo de un rato—. Fue por culpa de Talbot por lo que has pasado los últimos seis años entre rejas. Me refiero a que se suponía que era tu protegido.

Luca hizo un denodado esfuerzo para no perder el ánimo y trató de no pensar en la traición. Se detuvo y se puso frente a Riley, que dio un paso atrás de modo instintivo.

—Cinco años —dijo Luca con calma—. Uno menos por buena conducta. —Dio la última calada al cigarrillo, lo dejó caer a la carretera y lo pisó con la bota—. Michael hizo lo adecuado —continuó—. No le guardo rencor. Solo quiero empezar mi vida otra vez. Nada de *vendettas*, nada de vivir en el pasado. Lo único que quiero ahora es llegar a Nueva Orleans, comer algo que no esté medio podrido y cubierto de cucarachas, tomar una copa, quizá pagar a una mujer. Pon eso en tu periódico.

Luca se dio la vuelta y reemprendió la marcha por la carretera y Riley vio con expresión perpleja que se iba.

—Luca, ¿no me has oído? —gritó—. ¡Ya no podrás pagarle a una mujer! ¡Los de la Marina han declarado ilegales los burdeles!

Luca le ignoró y siguió caminando por la larga y polvorienta carretera hacia Nueva Orleans.

COMO HABÍA ESPERADO IDA, el velatorio fue un auténtico alboroto, con la casa a reventar de borrachos que gritaban y bailaban. Acudieron la mayor parte del vecindario, los miembros del club, las cinco bandas, los chicos de la calle, los que se apuntaron encantados a última hora y también la familia del fallecido. Música y ruido resonaban a través de las delgadas paredes y fuera de la sala como una sirena, prometiendo un buen rato que atrajo todavía a más asistentes a la fiesta.

Hacia el mediodía la mayoría de los asistentes se tambaleaban por la casa, embriagados por licores baratos y marihuana, heroína y cocaína, o si no se refugiaban por parejas en rincones tranquilos para decirse palabras dulces. Una competición entre dos de las bandas estaba teniendo lugar en el patio, y cada una intentaba imponerse a la otra. El grupo de gente ruidosa e implacable no solo hacía de juez, sino que además también participaba con su música, dando palmas, gritando y golpeando el suelo con los pies: una estremecedora percusión que hacía temblar el suelo.

Para evitar las apreturas de la casa, la gente se había desparramado por la calle: unos, inconscientes entre charcos de vómito, otros, tumbados en la hierba bebiendo y fumando, y otros todavía de pie apoyados en los postes de la cerca a la caza de un poco de brisa.

En los escalones del porche de una casa de enfrente, Ida y Lewis, sentados uno al lado del otro, contemplaban la escena. Ida siempre se sentía incómoda en una fiesta, nunca estaba completamente segura de lo que se esperaba que hiciese, y buscaba de modo invariable un rincón con el que fundirse. Lewis, dándose cuenta de su incomodidad, había sugerido que salieran y observaran las cosas desde lejos, e Ida había aceptado la oferta. Lo miraba mientras él no perdía de vista lo que pasaba enfrente. Se fijó en los ojos hinchados, el aspecto cansado, los hombros hundidos. Los funerales suponían un trabajo duro: las bandas tenían que tocar durante todo el desfile, la ceremonia y luego el velatorio, que bien podía continuar hasta primeras horas del día siguiente.

Lewis miró en su dirección y la descubrió examinándole, y ella le sonrió avergonzada.

—¿De quién es el funeral? —preguntó.

—No lo sé —dijo Lewis—, de un viejo.

Ida asintió y volvió a quedar en silencio. No había estado con Lewis desde los días de la canícula del verano anterior, el tiempo más largo que habían pasado sin verse en sus seis años de amistad, y esperaba que no se estuvieran separando para siempre.

—¿Estás segura de que no quieres cerveza u otra cosa? —dijo Lewis, notando la rigidez de Ida.

—No, estoy bien así, gracias —respondió ella, negando con la cabeza.

Uno de los borrachos pasó dando tumbos delante de ellos, con el cuello de la camisa desgarrado, los ojos llorosos. Reconoció a Lewis y le saludó con la cabeza, y luego se detuvo y miró fijamente a Ida, frunciendo el ceño, aturdido. Ella estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones de la gente. La miraban en parte debido a su apariencia física, pero sobre todo porque no estaban completamente seguros de qué raza era. Miró al suelo, rezando para que el hombre se marchara sin hacer ningún comentario, y al final él se alejó tambaleante. Lewis siguió al hombre con la vista y luego la miró a ella.

—No puedes evitarlo —dijo, tratando de sonar cariñoso y tranquilizador. Ella le sonrió con timidez y miró hacia la casa del otro lado de la calle, al hombre que subía los escalones dando tumbos.

—Lewis, lo siento, he estado yendo y viniendo mucho estos días. —Quería seguir con una excusa, decir que últimamente había estado muy ocupada, o que le resultaba difícil ir hasta Gretna. El paréntesis coincidió con que había conseguido trabajo en la Pinkerton, un empleo de los más bajos de la oficina que esperaba que algún día la llevara a convertirse en detective. Podría haber utilizado eso como excusa, pero no quería mentir a Lewis; los dos sabían el motivo por el que habían dejado de verse.

—¿Cómo está Daisy? —preguntó.

—Está bien —dijo Lewis, respondiendo como si la pregunta no estuviera cargada de segundas intenciones, e Ida pudo decir por el modo en que contestó que estaba mintiendo. Ida y Mayann, la madre de Lewis, estaban de acuerdo en que Daisy no era la pareja adecuada para él. La chica tenía un par de años más, era quejica y con tendencia a los brotes de violencia. Trabajaba de prostituta en los burdeles del otro lado del río, locales escandalosos llenos de trabajadores de los muelles y estibadores, y fue en ese sitio, *Brickhouse*, donde Lewis la había conocido la primavera anterior. Aunque Mayann no estaba en situación de criticar a una mujer de la vida debido a su trabajo, ni ella ni Ida podían evitar compartir la sensación de que estaba por debajo de Lewis, y peor aún, que le hacía pasarlo mal. Mayann había dado su bendición de mala gana, y pocos meses después de que Lewis cumpliera dieciocho años, él y Daisy se habían casado en el ayuntamiento, aunque hacía menos de cinco semanas que se conocían. Lewis se había trasladado a Gretna, al otro lado del río, para estar con ella y al principio Ida les visitaba de modo regular. Pero en el transcurso del año, cuando quedó claro que Daisy consideraba a Ida una esnob, e Ida dio a entender que ella pensaba que Daisy era una andrajosa y una grosera, Ida había ido espaciando sus visitas a Lewis, hasta que al final las visitas se interrumpieron del todo.

—¿Y cómo está Clarence? —preguntó Ida, sonriendo en un intento de desviar la conversación hacia cuestiones menos delicadas. Clarence tenía cinco años y era primo de Lewis, quien se ocupaba del chico desde que su madre murió después del parto. Lo había adoptado legalmente justo después de su matrimonio, y lo había llevado al apartamento que compartía con Daisy, donde los tres formaban una



peculiar familia de adolescentes y se las arreglaban juntos.

Lewis frunció el ceño cuando oyó que Ida mencionaba a Clarence y por su cara cruzó una expresión de pena.

—¿No te enteraste? —preguntó, e Ida negó con la cabeza, alarmada por la amargura que se traslucía en la voz de Lewis. Este la miró, tomándose un tiempo antes de hablar de nuevo—. Tuvo una caída —dijo—. Y cayó de cabeza. Los médicos dicen que va a quedar retrasado.

—¡Dios mío! —exclamó Ida. Abrió mucho los ojos y apretó con la mano el brazo de Lewis—. Cuánto lo siento —dijo, con voz trémula y las lágrimas asomándole a los ojos.

Lewis se encogió de hombros, desolado, y habló con voz vacilante, explicando que una tarde lluviosa de unos meses atrás Daisy y él estaban oyendo unos discos mientras Clarence jugaba en la galería trasera de la casa. Entonces oyeron gritos, salieron corriendo y vieron a Clarence tumbado en el patio, una caída de seis metros, con la cabeza llena de sangre y dando gritos angustiados.

Ida clavó la mirada en Lewis, y se dio cuenta de que este se echaba la culpa y que el desánimo que había advertido en él era mucho más profundo que el cansancio.

—No es culpa tuya —dijo, negando con la cabeza. Él le devolvió la mirada y luego la tomó en sus brazos y se abrazaron.

—Debería haber ido a verte —dijo ella, maldiciéndose por haber permitido que Daisy se interpusiera entre ellos—. Lo habría hecho, de haberlo sabido.

—Todo va bien. Ahora estás aquí —dijo él, con cariño.

Permanecieron abrazados un buen rato hasta que Lewis se sacó una botella de cerveza de uno de los bolsillos. Abrió la chapa en la barandilla de los escalones con un golpe seco de la palma de la mano y se la ofreció a Ida, que dio un sorbito de pájaro. La cerveza estaba caliente, espumosa y aguada y le dejó la boca amarga y seca. Se la volvió a pasar a Lewis, que dio un trago largo, y miraron las idas y venidas de la fiesta una vez más.

—¿Entonces qué te pasa? —preguntó él—. Tiene que ser importante para que vinieras a Back o' Town.

Ida le miró fijamente, avergonzada por no haber venido solo para saber cómo estaba.

—¿Resulta tan evidente? —preguntó.

Lewis sonrió y negó con la cabeza.

—Hace mucho que te conozco —dijo.

Ida asintió y se mordió el labio.

—Tengo que hablar con una persona —dijo—, y la verdad es que no quería hacerlo sola. Esperaba que tú vinieras conmigo.

—Claro —dijo Lewis—. ¿No vas a ir con Lefebvre?

Lefebvre era el jefe de Ida en la agencia de detectives, un criollo blanco, obeso, apático, apacible, de movimientos lentos y trabajado por el alcohol.

—Esto es algo así como... extracurricular —dijo ella—. He estado leyendo sobre los asesinatos del Asesino del Hacha en los periódicos y me he fijado en algo.

Lewis se rebuscó en los bolsillos, encontró un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Ida. Los cigarrillos eran de los baratos que vendían en Back o' Town, los que hacían los propios recolectores con hojas robadas. El tabaco estaba sin tratar y quemaba la garganta como un infierno, pero Ida de todos modos cogió uno.

—En el trabajo tenemos una lista de «agentes sin contrato», que es como se llama a los soplones en la agencia —explicó ella—. Las víctimas del Asesino del Hacha de hace quince días, los Romano; bien, la mujer tenía una cuidadora. La cuidadora fue la que encontró los cuerpos; Millicent Hawkes. Bien, su nombre aparece en nuestra lista de soplones. Se dejó caer por la agencia hace unos años tratando de vendernos información sobre los Romano, decía que estaban metidos en algo. Hay un montón de gente que acude a nosotros tratando de hacer eso, como si fuéramos algo así como Marie Laveau, ya sabes, la que hacía vudú. Todos los periódicos hablan de *víctimas inocentes*, pero a mí lo de inocentes no me cuadra —dijo, negando con la cabeza—. Sólo quiero descubrir lo que intentaba vender. Hess nunca lo compraba, pero dejó registrado que ella vino. Hess era así. Tenía registros de todo.

—¿Hess? —preguntó Lewis, frunciendo el ceño.

—Hess era un antiguo socio de Lefebvre —dijo Ida—. En cualquier caso, no puedo investigar de modo oficial porque la policía no nos ha pedido ayuda, de modo que voy a hacerlo por mi cuenta.

—Eso es magnífico, Ida —dijo Lewis—, pero ¿por qué quieres que vaya contigo? No soy exactamente lo que se llama un tipo duro.

—Nunca he interrogado a nadie sola —dijo ella—. Voy a parecer estúpida por presentarme allí, ya sabes, solo soy una chica y todo eso. No creo que me tome en serio.

—Bien, eso lo puedo entender —dijo Lewis, con la cara repentinamente sombría—. Yo tampoco te tomo en serio. —Sonrió e Ida le devolvió la sonrisa y movió la cabeza a los lados—. ¿Por qué quieres pisárselo a la bofia, en cualquier caso? —preguntó—. ¿Ya te estás aburriendo?

Ida volvió a morderse el labio y pensó durante un momento.

—Algo así —dijo. Lefebvre le había prometido trabajo de campo cuando la contrató, pero la promesa había demostrado ser falsa. Se dio cuenta de que se pasaba los días respondiendo cartas y corriendo a la tienda a comprarle *whisky* de centeno. Ella se merecía otra cosa, una oportunidad para ponerse a prueba. Ida se había graduado como la primera de su curso en todas las materias y había leído más que la mayoría de los profesores así que no entendía por qué tenía que iniciar una carrera desde el escalafón más bajo, sólo porque otras personas menospreciaran a las de su sexo y el tono de su piel supusiera un obstáculo.

Lewis la miró y asintió.

—Estoy libre la semana que viene si quieres ir entonces —dijo—. Me viene bien

cualquier día. Los tengo libres desde que dejé los carros de carbón.

Ida clavó la vista en él y frunció el ceño.

—¿Dejaste los carros de carbón? —preguntó—. ¿Cuándo?

—El año pasado —dijo Lewis—. El día del Armisticio, unos treinta segundos después de enterarme de que había terminado la guerra.

Ida frunció el ceño y Lewis explicó que el final de la guerra había supuesto la reapertura de los clubes nocturnos y que el trabajo para los músicos abundaba otra vez. Le contó que su suerte había mejorado, y que Kid Ory le había contratado para tocar en su orquesta en el Club de Campo de Nueva Orleans todos los sábados. Y que unos meses después, en una actuación en el Cooperator's Hall, le había oído Fate Marable y le contrató para tocar en los barcos de vapor de la compañía Streckfuss que realizaban cruceros a la luz de la luna a lo largo del Mississippi.

—Lewis, eso es maravilloso —dijo Ida, sonriéndole—. Espera a que se lo cuente a papá. Se va a sentir muy orgulloso.

El padre de Ida, Peter Davis, era el motivo por el que se habían conocido los dos. Había sido profesor de música de Lewis cuando este estaba interno en el Hogar para Niños de Color Abandonados, de Nueva Orleans, una institución correccional victoriana a la que mandaron a Lewis cuando tenía doce años. El profesor Davis había tomado a Lewis bajo su protección, y de vez en cuando le invitaba a su casa para que tocara la corneta mientras Ida le acompañaba al piano. Ida nunca había sido más que una pianista pasable, de modo que, con el tiempo, los dos niños solitarios se habían hecho amigos.

—Lo principal es que estoy aprendiendo —dijo Lewis—. Kid Ory ya es un paso adelante, y dicen que la orquesta de Marable es como ir al *conservatoire*. —Dijo lo último con una pronunciación alargada y pretenciosa y los dos se rieron—. Leen música —continuó—, y me enseñan esto y lo otro. Mi caso no es como el de todos esos negros de la parte alta que tienen que tocar en las bandas de criollos.

Lewis sonrió incómodo e Ida supuso que estaba orgulloso y también avergonzado. Él siempre estaba dispuesto a mejorar, a aprender todo lo que podía sobre música, algo que lo diferenciaba de la mayoría de los chicos de expresión pétrea y arrogante del Hogar para Niños Abandonados donde daba clase su padre.

—¿Entonces crees que puedes solucionar lo del Asesino del Hacha? —dijo Lewis, volviéndose para mirarla.

Ida le miró fijamente y enarcó las cejas con una seriedad burlona.

—«No hay combinación de hechos para los que el ingenio de un hombre no pueda concebir una explicación» —dijo antes de que una sonrisa de gato de Cheshire apareciera en su cara. Desde que la había conocido, Ida no había dejado de leer libros de Conan Doyle, o de citárselos, y la cosa se había convertido en una broma entre ellos.

—¿Otra vez hablando como Sherlock? —preguntó Lewis, e Ida asintió—. Tienes que dejar de leer esos libros, Ida. Te impiden ver el mundo como es.

Lewis se llevó el dedo a la sien e Ida movió la cabeza hacia él. Luego se sonrieron y quedaron en silencio, fumando y dando sorbos a la cerveza caliente y llena de espuma, mirando de frente el ir y venir de la gente, que revoloteaba y zumbaba en torno a la casa como polillas alrededor de una luz.

LA COMISARÍA ERA UNA AJETREADA mezcla de ruido, personas y muebles que apenas cabía en el segundo piso del Primer Distrito de Policía. Con los años la oficina se había expandido, expulsando a los demás ocupantes del piso, y se extendió a sus anchas por la planta entera. Había sido una expansión desordenada que había convertido la oficina en un lugar denso, casi impenetrable, lleno hasta los bordes de mesas, cajones, mamparas y policías. Las mesas invadían los pasillos, los ficheros bloqueaban las puertas y montones de cajas, en cuyo interior nadie había tenido nunca intención de mirar dentro, cogían polvo y oscurecían la luz de las ventanas.

Michael sorteó esos variados obstáculos al volver de casa de los Maggio y pasó junto a los distintos grupos de la oficina: antivicio, juvenil, robos, la división recién constituida de narcóticos y su propio departamento, homicidios. Algunos de los hombres se gritaban entre sí desde puntos alejados de la planta, otros hablaban por teléfono o tecleaban informes en las máquinas de escribir. Pasó junto a un grupo apretado de inspectores que tomaban parte en una reunión, formando una especie de herradura delante de una pizarra con gráficos dibujados con tiza, fotografías de sospechosos y planos de la ciudad medio rotos hechos a mano. Más allá un conjunto de hombres estaban sentados en una zona de descanso tomando café y charlando. Su conversación cesó cuando le vieron pasar. Cada vez que pasaba por una zona del departamento, la gente quedaba en silencio, en parte para protegerse pero sobre todo para demostrar que no le querían allí. Hacía cinco años que había testificado en contra de Luca y la hostilidad todavía no había disminuido. Aunque recientemente él había apreciado un cambio en las miradas y silencios que acompañaban sus pasos: la desconfianza estaba dando paso a la pena.

Llegó a su mesa, dejó el sombrero y el abrigo en un perchero y estaba a punto de sentarse cuando se abrió la puerta del despacho del comisario y una voz férrea gritó su nombre.



CUANDO MICHAEL ENTRÓ en el despacho de McPherson, el comisario estaba sentado detrás de su mesa, con las palmas de las manos juntas delante de la barbilla, como si rezara. Había algo espectral en el comportamiento del jefe a lo que Michael nunca conseguía encontrar sentido: los gélidos ojos azules, la cara angulosa. Michael pensó que McPherson podría ser un monje perfecto; sus miradas cuadraban tanto con el hábito como con la chaqueta azul de uniforme.

Michael se sentó y McPherson empujó un periódico hacia él por encima de la

mesa.

—Lee eso —dijo el capitán, con su acento escocés indulgente y frío. Michael agarró el periódico y fue a la primera página—. Ayer por la noche un hispano de mierda creyó que el Asesino del Hacha estaba en su casa —añadió McPherson, explicándole a Michael lo que había pasado con una voz cansada—. Así que fue a la cocina y le pegó un tiro al que creía un intruso. Encendió las luces y se dio cuenta de que había matado a su mujer. Puedes añadirla a tu lista de víctimas.

McPherson se levantó, anduvo hasta la ventana y observó la animación de la calle. Michael examinó el periódico. El artículo ocupaba la primera página, e iba acompañado de un dibujo del mexicano en cuestión encima de unas frases que le describían como un «desgraciado». Michael consideró la elección de las palabras.

—¿Qué sacaste de la escena del delito? —preguntó McPherson, y su voz dejó traslucir una preocupación personal que Michael no había notado antes.

—Lo mismo de siempre, señor. Nadie vio nada. Nadie oyó nada. El asesino no deja pistas. Excepto las cartas del tarot, claro. Y esta vez había algo escrito en la pared.

—¿Algo escrito? —McPherson se dio la vuelta, todavía en la ventana, para encararle.

—Lo consideré una especie de amenaza. A una tal señora Tenebre —dijo Michael, tratando de ignorar el efecto—. Mandé a un agente que se ocupara de eso.

—Bien —dijo McPherson—. No puede haber demasiados Tenebre en la ciudad. ¿Algo más?

—También podríamos haber encontrado algo de dinero falso —dijo Michael—. Lo comprobarán en un día o dos.

McPherson asintió y pasó los dedos por el alfiler de corbata plateado que lucía en el pecho.

—¿Ya has mirado el archivo de las últimas incidencias?

—Un poco —contestó Michael, conteniendo una queja.

El archivo de incidencias era una pesada carpeta donde se recogía todo lo que la gente opinaba acerca de las actividades de los sospechosos en el momento de los ataques. El archivo contenía una visión inquietante de la psicología de los habitantes de Nueva Orleans, o por lo menos de la psicología de los que mandaban cartas a la policía. La gente escribía para decir que habían visto a un negro salir volando por la ventana, a italianos de dos metros y medio de estatura, a eslavos con cuernos en la cabeza, a enanos, chinos o criollos que desaparecían entre una nube de humo o a almas en pena saltando entre los tejados. Una carta que le causó a Michael una honda impresión explicaba con un lenguaje inquietantemente lúcido que su autor había visto al propio diablo paseando por la avenida Esplanade con sombrero de copa y levita y jugueteando con su bastón a la luz de la luna. Michael se había llevado la carpeta para leerla en el tranvía de vuelta a casa, más como distracción macabra que por trabajo.

—El archivo de incidencias está lleno de locuras, señor. Uno no se puede fiar de

lo que ve la gente —dijo—. Lo de la recompensa fue una mala idea.

La carpeta ya era gruesa antes de que el alcalde anunciara la recompensa, y ahora las denuncias llegaban por centenares.

—Díselo al alcalde —respondió McPherson, de nuevo con una voz cansada. Michael dejó que el comentario quedara sin respuesta—. Sabes que siento debilidad por ti, amigo —dijo el jefe, cambiando de tono, que se hizo más paternal, y Michael comprendió que estaba oyendo el preámbulo a una mala noticia—. Has demostrado tu lealtad. Has hecho sacrificios. Algunos importantes que todos apreciamos mucho. Pero cuanto más dura esto, más posibilidades hay... —McPherson hizo una pausa para elegir las siguientes palabras con cuidado— de que tu vida privada pueda salir a relucir. —Michael se movió en su asiento, la espada de Damocles que era su vida privada lanzó un destello y por un momento la imaginó sobre él—. Sé que Behrman presiona a los periódicos —añadió el capitán—, aunque de momento no pasa de ahí.

Michael frunció el ceño, sin comprender por qué McPherson le estaba amenazando ahora, después de todos estos años. ¿Trataba de advertirle sobre algo? Miró al viejo, examinando sus ojos en busca de alguna pista.

—Si sirve de algo, señor —dijo Michael—, dejo el caso.

McPherson pensó un momento, luego se alejó de la ventana y se sentó en el borde de la mesa.

—Que lo dejes no es una opción, amigo. El alcalde dijo que eso olería a fracaso y solo los mantendría a raya por un tiempo.

—¿Así que se plantearon esa posibilidad? —dijo Michael, con demasiada rapidez.

McPherson hizo una pausa, molesto por haber cometido un desliz.

—Nos la planteamos —dijo, sin entonación. Michael asintió, aunque la noticia lo dejó paralizado. Su fracaso le estaba haciendo conocido en los lugares más inconvenientes—. No te puedo ofrecer mucho en cuestiones de protección —continuó McPherson—, pero creí que te gustaría saberlo. Como dije, siento debilidad por ti.

—Gracias, señor —dijo Michael.

El viejo quedó en silencio y Michael tuvo la sensación de que aún faltaba algo. Se buscó los cigarrillos, dándose palmadas en los bolsillos antes de recordar que había dejado la pitillera de plata en el abrigo.

—Por eso es por lo que consideré que deberías saber otra cosa —dijo McPherson—. Tuve noticias de Angola. Hoy ponen en libertad a Luca D'Andrea.

Michael notó una punzada en el pecho, como si le hubieran pillado haciendo algo mal. Que Luca volviera a la ciudad era algo que estaba esperando Michael, un impreciso y oscuro hecho que se vislumbraba en el lejano horizonte, pero que fuera real, que hubiese sucedido de verdad le cogió desprevenido, y le sorprendió la quietud que sentía.

—¿Le soltaron antes de tiempo?

—En libertad condicional por buena conducta. —El capitán suspiró—. Parece que la garra de la Familia se extiende hasta los de la Junta de Libertad Condicional. Es evidente que no le perderemos de vista, pero pensé que te gustaría saberlo.



MICHAEL VOLVIÓ A SU MESA Y SE desplomó en su silla. Se llevó la mano a la frente y le dio vueltas a la noticia de que habían puesto en libertad a Luca. Una imagen amenazadora de Luca acechando en las calles se imponía una y otra vez en su mente como el pasaje de una melodía discordante. Le gustaría saber cómo era Luca ahora, si Angola lo habría ablandado, apagado su energía. O si estaba más enfurecido, dispuesto a vengarse de su protegido. Durante los años posteriores al juicio, a Michael no le habían molestado los compinches de Luca: no intentaron pegarle ni le amenazaron, y aunque lo consideró extraño, se había terminado acostumbrando a esa circunstancia. Puede que a los compinches de Luca les hubieran dado instrucciones de que dejaran a Michael en paz, de que los arreglos de cuentas le incumbían solo a Luca.

También pensó en la amenaza de McPherson. A pesar de la actitud paternalista, McPherson le había dejado en la cuerda floja. El departamento entero se aprovechaba de que el asesino anduviera suelto: ahora era más fácil conseguir órdenes judiciales y el alcalde había pedido más policía en las calles, lo que significaba pagas extra. Patrullas de la policía habían estado haciendo redadas en los locales de apuestas, en los centros de acogida, los burdeles, los fumaderos de opio, en los escondites, en los puntos de abastecimiento; y siempre utilizando los asesinatos como endeble excusa para aplicar mano dura. Mientras Michael fracasara, el resto del departamento tenía lo necesario para mantener los índices de detenciones en unos niveles sin precedentes. Y por eso se negarían a aceptar que abandonara: los mandamases ya habían elegido a Michael como chivo expiatorio. Su nombre sería arrastrado por el polvo y después lo despedirían con una palmada en la espalda lamentándolo mucho.

Michael tenía que encontrar al asesino antes de que McPherson y los de arriba decidieran que era hora de echarle. Si fracasaba, los veinte años que había pasado en el cuerpo terminarían en humillación y deshonra públicas. Y a un hombre en la situación de Michael le resultaría difícil encontrar trabajo en Nueva Orleans después de ser despedido de la policía. El fracaso podría llevar a la miseria, y si llegara a pasar lo que había dado a entender McPherson, el fracaso posiblemente desembocaría en la cárcel. Michael no pudo evitar pensar que todo aquello podría ser el castigo que recibiera él por la condena de Luca, que el mundo completaría el círculo.

Se echó hacia atrás en su sillón, sacó la pitillera de plata de su abrigo y encendió un tan necesitado cigarrillo. Dio una calada y se fijó en que se acercaba alguien a su mesa: un chico desgarrado y pelirrojo de casi veinte años. Cuando el chico se abrió



paso por la ajetreada planta, Michael observó que le habían dado un uniforme de policía usado excesivamente grande para él, un contraste que le hacía parecer desmañado, que le daba un aire incluso de payaso. El chico llegó a la mesa de Michael, carraspeó y habló con un marcado acento irlandés.

—Perdone, señor. Sé que usted está a cargo del caso del Asesino del Hacha —dijo, enredándose con las palabras—. Encontré esto en la sala de archivos. Pensé que podría serle útil.

El chico tendió unos informes deteriorados, polvorientos. Michael frunció el ceño, los agarró de la mano del chico y señaló la silla del otro lado de la mesa. El chico se sentó y Michael hojeó los informes: páginas mohosas y fotografías de escenas del crimen.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —dijo Michael, examinando los documentos.

—Kerry, señor.

Michael ofreció su pitillera al chico, que sonrió y negó con la cabeza. Se fijó en la pálida piel del muchacho, un tono verdoso característico de quienes se marean en el mar y que él había visto en muchísimos recién llegados. Pensó muchas veces en cuál sería la causa: la comida del barco, la falta de luz del sol en las bodegas, el aire insano de los países que dejaron atrás o sencillamente el interminable balanceo de los barcos.

—¿Llevas mucho en Estados Unidos? —preguntó.

—Mes y medio, señor. Vine de Dublín. —Michael asintió.

—Mi madre era de Dublín. —Apagó el pitillo en el cenicero de su mesa, haciendo girar metódicamente la colilla antes de vaciar el cenicero en la papelera que había a sus pies—. ¿Así que decidiste venir a Estados Unidos y ser policía?

—Para ser sincero, señor, nunca me había visto formando parte de la bofia, pero... ustedes eran los únicos que contrataban irlandeses.

El chico sonrió ante la broma, o puede que ante la verdad de su afirmación y Michael le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué me traes esto?

—Son asesinatos sin resolver, señor, desde 1911. Creí que podían tener que ver con los asesinatos del Asesino del Hacha.

Michael examinó los documentos con más atención, pasando las páginas deprisa. Se fijó en las descripciones de las víctimas, sus direcciones, el modo en que habían sido asesinadas, y su mente empezó a conjeturar acerca de los motivos de un paréntesis de ocho años.

—¿Dónde los encontraste? —preguntó—. ¿En el sótano?

—Sí, señor —balbuceó Kerry.

—¿Y qué estabas haciendo tú en el sótano?

—Bueno... —Una expresión de vergüenza se adueñó de la cara de Kerry—. En este momento es difícil encontrar alojamiento.

Michael le lanzó una mirada, medio de pena, medio de confusión. ¿Por qué no

dormía con el resto de los agentes recién reclutados en los dormitorios de los patrulleros? ¿Y por qué pasaba el tiempo libre revisando antiguos informes policiales?

—Gracias por traerlos para que les preste atención —dijo Michael.

—Gracias a usted, señor. El agente que los supervisa es el inspector Hatener. Pensé que a lo mejor...

—¿Hatener? —repitió Michael, y apartó los informes.

—Yo creía que a lo mejor... —Pero antes de que el chico pudiera terminar, Michael se había levantado de su mesa y avanzaba por la oficina.

LUCA D'ANDREA CAMINABA pesadamente por la gran avenida de Canal Street bajo el sol de mediodía. Tranvías, carruajes y el ocasional coche de motor resonaban al adelantarle por el centro de la calle, y en las aceras de madera la gente bullía de animación junto a las tiendas y los puestos. Caminaba fatigado por delante de grandes almacenes, restaurantes y puestos de comida, dejando atrás vendedores de praliné y hombres con carritos de café. Aspiró los aromas que dispersaba la ciudad: achicoria y especias, colonia, estiércol, chartreuse y quingombó, humos de combustión y sudor. Cuando sobrepasó a los chicos de las puertas de los bares que vendían periódicos soltando gritos, la cabeza le empezó a zumbiar. La catarata de gente, lo que veía y los ruidos hicieron que se sintiera mareado, y no estaba seguro de si tenía náuseas por la larga caminata o por la falta de comida.

Se llevó una mano a la cabeza y aflojó el paso. Todo aquello parecía excesivo: los rótulos, el resplandor del sol, los ojos de la gente que pasaba corriendo, los edificios que se amontonaban calle tras calle. La realidad del mundo desplegada en todas sus formas acechaba su mente, haciéndole sentirse febril y débil. Tuvo la sensación de que todo estaba mal de un modo indefinible; que el mundo al que había sido arrojado era desconocido, malévol. Le dominó la claustrofobia y la acera de madera giró bajo sus pies. Se tambaleó, así que se apoyó en la fachada de una tienda de ostras, que ondeaba peligrosamente desde el otro lado del cristal del escaparate.

Se esforzó por respirar y notó que el corazón se le desbocaba. Un sudor frío se le extendió por el pecho. Cerró los ojos y entre la oscuridad de sus párpados, una imagen luminosa se impuso en su mente: los solitarios y tranquilos campos de Angola, las espadañas balanceándose por el viento.

Respiró lo más profundamente que pudo y abrió repentinamente los ojos. El mundo apareció borroso y desenfocado, ondulante y puntiagudo, y quedó fijo en una niña que estaba en la calle parada delante de él. Llevaba puesto un vestido de verano de algodón azul oscuro, y su pelo del dorado de una mimosa estaba sujeto por unos pasadores con brillantitos que soltaban destellos con la luz del sol. La niña frunció el ceño, escrutándolo con sus ojos verdes y brillantes.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó, curiosa y preocupada.

Luca soltó aire de sus pulmones y asintió.

—¡Anna! —gritó un hombre con voz chillona, y Luca alzó la vista y vio a un cajún de pecho ancho parado un poco más allá de la calle, mirándoles con el ceño fruncido. La niña lanzó a Luca una última y simpática mirada, giró sobre sus talones y se escabulló calle adelante.

Luca se dobló por la mitad y contuvo la respiración. No sabía qué ceño le había pasado: ¿palpitaciones, golpe de calor, nervios? Cuando notó que el corazón le latía un poco más despacio, se apartó de la fachada de la tienda, recuperó el equilibrio y

anduvo dando traspiés, con el sudor resbalando por su frente. Había menos gente cuando llegó al extremo más pobre de la calle, y la sensación de ahogo disminuyó un poco. Conforme avanzaba, las tiendas que bordeaban la calle eran más deslucidas y más deterioradas, y las casas de los pisos de arriba lucían en las ventanas cortinas de terciopelo rojo y llamativos anuncios de sacerdotisas de vudú cuyos salones estaban dentro.

Luca recordó haber detenido años atrás a una haitiana en uno de aquellos apartamentos. La mujer había dado patadas y gritado y hasta había mordido en el cuello a uno de los del grupo de Luca, lanzando al aire un chorro de sangre. Luca tuvo que pegarle con su porra para contenerla, y la mujer le había escupido en la cara y maldecido. Una maldición de vudú, se había burlado la mujer. En aquel momento Luca se había reído, pero ahora, cuando volvía a Nueva Orleans, tenía sus dudas sobre el poder de las maldiciones.

Dobló para dejar Canal Street, mientras recuperaba poco a poco el aplomo, y la ansiedad abandonaba su cuerpo, y se dirigió hacia el sur avanzando por los callejones más tranquilos. Los altos edificios de los grandes almacenes revestidos de piedra dejaron paso a las casas bajas de vecinos y tiendas lúgubres de las calles estrechas y en sombra. Al cabo de un rato Little Italy se le apareció sigilosamente y le trajo una melancólica nostalgia, que es la más deprimente de las variantes en la que la tristeza por lo perdido se imponía al consuelo del recuerdo.

Había vuelto a una ciudad que le consideró un paria, y se dio cuenta con pena de que se encaminaba hacia la vejez sin nada que ofrecer de todos aquellos años: ni una profesión, ni una familia, ni amigos en los que confiar, ni siquiera un centavo en el banco. No tenía más en el mundo que cuando llegó por primera vez a casa de Carlo treinta años atrás. Le produjo ansiedad regresar antes de tiempo pero respiró profundamente y se esforzó por alejarla de su pensamiento. Se sorprendió cuando lo consiguió.

Continuó andando unos minutos más y llegó a su destino: una construcción de tres pisos detrás de un jardín rodeado por un muro. Llamó a una oscura puerta de madera y esperó, y al cabo de unos segundos se abrió una mirilla y apareció una cara que le miraba.

—*Luca! Luca, sei tornato!* —dijo una voz cascada, y la puerta del muro se abrió. Estaba de vuelta donde había empezado.



UNOS MINUTOS DESPUÉS LUCA estaba sentado en un recibidor escasamente decorado que apenas había cambiado en los cinco años que habían pasado desde la última vez que estuvo allí. Viejos muebles de madera y paredes encaladas y desnudas salvo por la presencia de un cuadro ocasional o la fotografía de un antepasado. La luz entraba

sesgada por una hilera de ventanas laterales que daban a una huerta muy bien cuidada.

En la quietud su mente se proyectó de improviso hasta la primera vez que había estado en la casa. Luca había llegado a Nueva Orleans a los catorce años con sus padres, dos campesinos de Monreale, en el noroeste de Sicilia. A los dos meses de su llegada habían muerto los dos durante una epidemia de cólera y Luca quedó sin un centavo y completamente solo. Hizo lo que hacen todos los inmigrantes cuando están necesitados y no tienen a nadie a quien recurrir: fue en busca de sus compatriotas y consiguió trabajo como chico de los recados en la familia de Carlo Matranga.

Cuando cumplió los dieciocho años le instaron a ingresar en la policía pues era uno de los pocos empleados de la Familia que no tenía antecedentes penales. Luca se fue abriendo paso en la comisaría, y mientras resolvía delitos de modo legal, también ayudaba a Carlo y al resto de los Matranga. Filtraba información, hacía desaparecer pruebas, forzaba a sus colegas para que aceptaran sobornos, y lo peor de todo, incriminaba a personas inocentes de los delitos de la Familia. Cuando a Luca lo acusaron las pruebas de Michael, la Familia pagó al juez para asegurarse de que recibiría la condena menos severa posible. La última vez que Luca había visto a Carlo fue justo antes del juicio, en aquella misma habitación, donde los dos habían comido con el juez.

Luca se levantó y dio unos pasos por la habitación. Se fijó en una mesa de caoba de un rincón y se acercó a ella. Encima de la mesa había un gramófono, una caja de madera de cerezo con incrustaciones de perlas y un altavoz en forma de tulipán. Luca dio la vuelta al disco del plato y leyó la etiqueta: «The Victor Talking Machine Company presenta a Titta Rufo & Enrico Caruso cantando *Otello* de Verdi».

Sonrió. Había visto a Carlo poner y escuchar el disco un centenar de veces. Pensó en darle cuerda al gramófono, colocar la concha plateada donde estaba la aguja encima del disco y escuchar la agridulce música. Había oído música mientras estaba en Angola, las canciones de trabajo de los hombres, canciones enérgicas teñidas de gospel, sudor y sonido de cadenas, pero no había oído música de verdad, con violines, clarinetes y las voces sonoras de sus compatriotas. Iba a darle cuerda al aparato cuando se abrió la puerta y Carlo entró renqueando.

—Don Carlo —dijo Luca, haciendo una inclinación de cabeza. Carlo se acercó y Luca se dobló para besarle la mano, pero antes de que pudiera hacerlo el anciano le dio un abrazo. Olió el jabón en polvo de la ropa de Carlo, el intenso perfume de loción para después de afeitarse en su cuello, y por algún motivo volvió a sentir náuseas. Se separaron y se sonrieron uno al otro. Carlo Matranga era un hombre flaco, con un agradable rostro paternal y un pelo muy corto que había adquirido un tono blanco cremoso. Luca notó con una punzada de tristeza que los ojos oscuros y penetrantes de Carlo habían perdido brillo, volviéndose blanquecinos y vidriosos, como si ya se adaptaran al mundo del más allá.

Se sentaron en un par de sillas de mimbre junto a las ventanas y una doncella les

trajo agua y vino y fuentes pequeñas con anchoas, aceitunas y queso, tan apetitoso todo que se le hizo la boca agua. Hablaron de la condena de Luca en la cárcel y Carlo le preguntó qué planes tenía. Luca intentó adivinar si el anciano daba por supuesto que él quería volver a su antiguo modo de vida, y Carlo, siempre astuto, percibió su vacilación.

—Estaríamos encantados de que volvieras a trabajar con nosotros —dijo Carlo—, si quieres, claro está. —No alzó la entonación al decir eso, pero Luca reconoció que era una pregunta, y sonrió avergonzado. Le asustaba la idea de volver a la vida que había llevado antes. Cuando se tumbaba en su litera de Angola por la noche y pensaba en todo el daño que había causado, unos espasmos nerviosos le abrasaban las tripas, los intestinos se le anudaban, y eso le mantenía despierto. Pensaba en la frase «un hombre destrozado» y no podía negar lo apropiada que era. Pero no podía confesarle nada de eso a su «padrino», claro: tenía obligaciones que cumplir, expectativas que realizar. Liberarse sería un proceso delicado, frágil.

—Tenía todo mi dinero en el banco —dijo Luca, tratando de no parecer que sentía compasión de sí mismo y Carlo asintió comprensivo.

Antes de que le condenaran, Luca había liquidado todos sus activos y confiado el dinero al cuidado de Ciro Poidomani, un viejo napolitano corpulento que hacía de banquero bajo cuerda para los delincuentes de la ciudad. Unas semanas antes de que le pusieran en libertad, a Luca le llegaron los rumores de que a Ciro lo habían detenido. La policía se había apoderado de los ahorros de toda la vida de Luca, así como del dinero de la mitad de los delincuentes de Nueva Orleans, y Ciro se enfrentaba a una retahíla de cargos por blanqueo de dinero. Si le hubieran soltado unas pocas semanas antes, Luca todavía tendría sus ahorros de toda la vida, algo que al menos justificara todos aquellos años.

—¿Quieres dinero? —preguntó Carlo, mirando a Luca con ojos de águila.

Luca negó con la cabeza.

—Quiero trabajo. Por un tiempo —dijo—. Me apetece volver a Monreale.

Carlo permaneció en silencio un momento, mirando a Luca, y luego sonrió con benevolencia.

—Tu hogar es este, Luca —dijo—. En Monreale no hay nada tuyo. ¿Qué harías allí?

Luca se encogió de hombros.

—Podría abrir un café, regentar una tienda... —dijo, sintiéndose repentinamente idiota.

Carlo le echó una ojeada y, dándose cuenta de que los sentimientos de Luca eran sinceros, habló en tono más suave.

—Tú eres un hombre de mundo, nunca podrías ser tendero —dijo, moviendo la cabeza a los lados, como si admitiera una verdad incontrovertible.

Luca sonrió.

—No quiero morir en América —dijo—. Si usted me da trabajo, ahorraré lo

suficiente para el pasaje, y para montar un negocio cuando llegue.

Carlo clavó la vista en él con algo que Luca supuso que era decepción y se preparó para un rechazo, para que le recordaran la deuda que tenía con la Familia.

—Después de todo lo que has hecho por nosotros —dijo Carlo—, te daré ese dinero. No tienes que trabajar para conseguirlo.

A Luca le habría gustado saber si el anciano estaba siendo sincero o si su oferta era para ponerle a prueba. Sonrió y negó con la cabeza.

—Si usted me da el dinero, entonces no seré más que un mendigo.

Carlo asintió lentamente.

—Siempre tan orgulloso —murmuró, antes de volverse para mirar a Luca con una expresión escrutadora—. ¿Y qué hay del asunto pendiente? —preguntó.

Antes de que Carlo ingresara en Angola, tuvieron una charla sobre el castigo que merecía Michael. No se pudo evitar que Luca fuera a la cárcel, pero se consideraba que deberían haber hecho algo para reparar el honor: se esperaba que a los traidores se los ejecutara. Pero Luca se opuso a la idea, alegando que la venganza solo le correspondía a él, que se ocuparía de la cuestión a su vuelta. La verdad era que todavía le importaba Michael.

—Creo que eso puede esperar —dijo.

Carlo soltó un suspiro y asintió, y Luca volvió a preguntarse si el viejo estaría decepcionado con él.

—Hay un trabajo que puedes hacerme —dijo Carlo, y señaló con un gesto la huerta. Luca no esperaba que aceptara con tanta rapidez y dudó que hubiera dejado clara su posición. Se levantaron y el anciano puso su mano amarillenta y llena de manchas en el hombro de Luca—. Ven. Hablaremos fuera —añadió—. Dime, Luca, ¿qué sabes del Asesino del Hacha?

IDA SE MARCHÓ DEL VELATORIO un poco después de la una y volvió a la oficina a pie, dirigiéndose hacia el oeste por el Vieux Carré. El Barrio Francés era la parte de tarjeta postal de Nueva Orleans, la zona que iban a ver los turistas, con edificios antiguos, patios en sombra, balcones de hierro colado con dibujos más delicados que el encaje. Con la habilidad de los habitantes de una ciudad grande, esquivó a los mirones de los edificios y rodeó a los vendedores ambulantes que inundaban Nueva Orleans todos los días, los que vendían fruta, los buhoneros, los que recogían botellas y trapos y los mil y un vendedores más de cosas robadas que ofrecían sus mercancías en la calle y las pregonaban con melodías inventadas, medio gritadas, medio cantadas.

—Blanco es mi caballo, negra mi cara, vendo los sacos de carbón por casi nada.

Delante de ella, la acera estaba taponada por un vendedor de ostras que llenaba un cubo con su mercancía. Muchas de las casas del barrio tenían cubos sujetos a sus balcones. Los cubos se podían bajar a la calle con una cuerda, y así las señoras de la casa podían hacer negocios con los vendedores callejeros sin ni siquiera salir de casa. Ida vio que el de las ostras gritaba a una mujer del tercer piso y el cubo empezó a balancearse al subir. Ida cruzó la calle, consciente de que un resbalón de la mano de la mujer podía tener como resultado una lluvia de mariscos.

Dobló una esquina y entró en el Mercado Francés. Hileras de negras estaban sentadas en el borde de la acera, vestidas con *tignons* de colores deslumbrantes, almidonados mandiles blancos, faldas de percal azul y pañoletas de complicados bordados sobre los hombros. Vendían panes, bizcochos y pasteles de nueces en bandejas que colocaban en la calle delante de ellas, abanicando su mercancía con hojas de palmito y bromeando unas con otras. En el centro del mercado los puestos de los agricultores estaban atestados de clientes, pues era la hora de comer, y a lo lejos una carreta que anunciaba un saldo de muebles se abría paso por la avenida, un grupo de *jazz* subido a la plataforma atronaba con su música para atraer a la gente.

La música de la banda de *jazz* se mezclaba con las cancioncillas de los vendedores callejeros e Ida se preguntó si otras ciudades serían como aquella, donde la música siempre se hacía oír, bien cerca e insolente, bien suave y lejana, invadiendo las calles. Pensó en la expresión criolla *gumbo ya-ya*, en la que *gumbo* significa «mezcla», y *ya-ya* «hablar», y las dos juntas significan «todos hablan al tiempo».

Pasó delante del último puesto del mercado, rodeó la carreta del anuncio con su carga de músicos andrajosos y subió dando saltos los escalones de un edificio de oficinas anodino. Ascendió hasta el tercer piso y, atravesando un largo pasillo lleno de ecos, se acercó a una puerta con paneles de cristal en los que estaban grabadas las palabras «Agencia Nacional de Detectives Pinkerton» con pintura dorada ribeteada de negro.



Abrió con cuidado la puerta y entró en el vestíbulo con pasos ligeros, de zapatillas de *ballet*. Las persianas estaban bajadas y la habitación tenía una tenue media luz azul como de tinta que destacaba las motas de polvo suspendidas en el aire. Anduvo de puntillas por la madera del suelo, pasó junto a su mesa y se escurrió hasta el tabique de cristal opaco que separaba la recepción del despacho de Lefebvre. Apretó la cara contra el cristal esmerilado y atisbó la habitación del otro lado. Lefebvre estaba donde ella esperaba que estuviese; en su sillón, dormido, un único vaso y una botella vacía de *whisky* de centeno encima de la mesa.

Ida se movió sigilosa hasta los cajones de los ficheros de la zona de recepción, sacó algunos archivos y volvió con ellos a su mesa. Se sentó y los leyó forzando la vista debido a la penumbra, y copió información en un cuaderno de notas. Alzaba la vista cada pocos minutos hacia el cristal esmerilado para asegurarse de que la imagen imprecisa de Lefebvre no se había movido. Hacer copias de la información de la agencia era motivo de despido; y no es que Ida pensara que Lefebvre tuviera en mente librarse de ella. La oficina de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, de Nueva Orleans, solo tenía dos empleados. Despedir a Ida supondría ver reducida la fuerza de trabajo a la mitad, y contratar a quien la reemplazara requeriría tiempo y esfuerzo, dos cosas que habrían interferido en la relación de Lefebvre con la bebida. Ni siquiera el negocio había interferido en la relación de Lefebvre con la bebida. Hasta tal punto que en el tiempo que llevaba empleada Ida, había dejado que la oficina se deslizara por un declive imparable.

Los de la Pinkerton en realidad nunca habían tenido muchos negocios en el sur, eso para empezar; durante la Guerra de Secesión, Lincoln los tuvo empleados como agencia de seguridad del estado *de facto*, y la relación todavía dañaba su reputación. Aunque la falta de trabajo tenía sus ventajas, Ida a veces no podía dejar de sentirse frustrada. De hecho ella nunca había querido trabajar en la Pinkerton; quería formar parte de la fuerza policial, pero quedó doblemente excluida, en primer lugar debido a su sexo, y en segundo, según la norma de sólo una gota de sangre negra, debido a su raza. De modo que la Pinkerton fue su única opción posible, pues podía mentir sobre su raza si era necesario y su sexo no importaba porque la Pinkerton era la única agencia que empleaba mujeres como detectives. Ida lo había leído años antes en una de las revistas baratas de detectives que coleccionaba.

Así que cuando cumplió diecisiete años se dirigió a la oficina y preguntó al ya mayor y corpulento criollo que la dirigía si tenía trabajo para ella. Lefebvre, sintiéndolo mucho sinceramente, le dijo que no había nada, pero que dentro de unos meses su recepcionista se jubilaría, y que si Ida conseguía aumentar su velocidad escribiendo a máquina, le encantaría considerarlo, y a partir de ahí, si demostraba las aptitudes suficientes, podría ascender y hacer trabajo de campo. Ida aceptó la oferta de Lefebvre, contenta de poner un pie dentro, pero el trabajo de campo llegaba con cuentagotas y cuando lo hacía era escaso, y terminó pasando los días ocupándose de una tediosa labor administrativa o haciéndole recados de carácter personal a

Lefebvre.

Total, que decidió ocuparse de cuestiones por su cuenta para huir de la asfixiante existencia consistente en pasar los días en la mesa de despacho donde estaba atrapada en las monótonas tareas de siempre. Tenía la idea fija de que resolver un caso importante era el único modo de darse a conocer, de demostrar a sus superiores, y a ella misma, que lo podía hacer. Pero los casos importantes no llegaban con frecuencia a la oficina de la Pinkerton de Nueva Orleans.

Oyó un ruido en el despacho de Lefebvre, se levantó y miró a través del cristal: Lefebvre todavía estaba dormido pero había murmurado algo para sí mismo, entregado en sueños a una inquieta conversación. Ella se había preguntado muchas veces qué había llevado a Lefebvre a la búsqueda del olvido. Ida imaginaba que no sólo bebía porque se sentía mal o para olvidar. Tenía un aspecto atormentado, algo letal pegado a su sombra como un carterista.

Ida no sabía si alguna vez ella le acabaría por caer bien, si era de los detectives que están solos, desfasados con respecto al ritmo del mundo. Ella había pasado la mayor parte de su vida sintiéndose marginada, su conflictivo tono de piel la había convertido en víctima de acosos en el recreo del colegio, y objeto de miradas lascivas de los hombres. En realidad nunca tuvo un amigo en el mundo hasta que apareció Lewis por su casa, y por eso pasaba el tiempo con libros y revistas de aventuras, absorta en el mundo de vaqueros y piratas, exploradores árticos, cazafantasmas y magos, pero sobre todo detectives. Había leído en una de aquellas revistas de misterio años antes que los mejores detectives fluctuaban entre varios mundos, y supuso que a ella le pasaba eso: podría ir a sitios donde no se admitía a negros, y a sitios donde los blancos no se atrevían a ir. Y así aprendió pronto que ser detective era lo máximo a lo que podía aspirar.

Reanudó su trabajo, copiando todo lo que consideraba relevante de Millicent Hawkes, antes de devolver el cuaderno de notas a su bolso y los archivos al fichero. Se dirigió a la puerta principal, la abrió un poco, esperó un momento en silencio y luego la cerró de un portazo. Vio por la separación de cristal que la silueta de Lefebvre se agitaba.

—Buenos días, *monsieur* Lefebvre —gritó con despreocupación cuando se dirigió a las ventanas y empezó a subir las persianas, dejando a su paso una estela de luz del sol.

MICHAEL RECORRIÓ LA OFICINA, archivos en mano, levantando una oleada de indignación y fastidio, y se dirigió a la mesa del inspector Jake Hatener. Hatener era uno de los fijos del departamento, un hombre obeso, quince años mayor que Michael, que arrastraba un aire de irritación permanente. Había sido la mano derecha de Luca en los días en que este dirigía el departamento. Durante la investigación de Luca y su camarilla por parte de Michael, este había reunido suficientes pruebas para mandarle décadas a freír puñetas. Pero cuando se presentaron los cargos, el fiscal del distrito no le acusó de nada. Su no inclusión en la lista de procesados dejó al resto de la fuerza policial, Michael incluido, sin saber exactamente qué truco de contorsionista había hecho para irse de rositas. En los años siguientes Hatener apenas había echado una ojeada a Michael, y los dos se atuvieron a una rutina de enemigos silenciosos. Cuando Michael se acercó, Hatener estaba terminando su almuerzo, con el envoltorio grasiento de un sándwich desplegado encima de la mesa. Michael le tendió los informes policiales.

—¿Por qué no me lo dijiste? —soltó.

Hatener clavó la vista en Michael, con un gesto desagradable en su gruesa y fofa cara. Luego recuperó la compostura, se limpió la grasa del sándwich de pescado de la barbilla y agarró los informes.

—¿De qué me estás hablando? —murmuró, hojeando las páginas.

—Son iguales que los del Asesino del Hacha. Los investigaste tú.

Hatener leyó los informes durante un momento y Michael estudió las emociones que asomaban a su cara: desde confusión hasta preocupación. Hatener alzó la vista hacia Michael.

—¿Dónde los encontraste? —preguntó.

—Deberías habérmelo contado —dijo Michael, viendo por el rabillo del ojo que quienes los rodeaban se dedicaban a contemplar el intercambio.

—Se me olvidó —dijo Hatener, con un asomo de sonrisa en los labios—. De todos modos, no se parecen nada a los del Asesino del Hacha. Sólo un montón de ideas tontas que no van a ningún lado.

—¡Los enterraste!

—¿Qué coño pasa? —Michael se volvió y vio a McPherson parado detrás de él. Sólo entonces advirtió el silencio y que todos los de la planta les estaban mirando. Arrebató los informes a Hatener y se los pasó a McPherson.

—Hatener estaba reteniendo información referente al Asesino del Hacha —dijo. Hatener le lanzó una mirada de odio.

—Nadie como tú para ir a chivarse al jefe, ¿eh, Michael?

McPherson les miró con fijeza a los dos.

—A mi despacho. Ahora —siseó.

McPHERSON HIZO EL NÚMERO de cerrar dando un portazo cuando entraron y luego se sentó a su mesa y examinó los informes.

—No os quedéis ahí de pie como idiotas —dijo, sin alzar la vista.

Michael y Hatener se sentaron en las sillas del otro lado de la mesa y al final McPherson dejó los informes y se frotó la frente.

—¿Cómo los valoraste en su momento? —preguntó, volviéndose hacia Hatener.

—Falsificadores —contestó Hatener, y Michael y McPherson cruzaron la mirada—. Los Matranga estaban usando tenderos para la distribución. Se decía que las tres víctimas se volvieron avariciosas. —Hatener se encogió de hombros, y Michael y McPherson dedujeron su significado. A las víctimas las había matado la Familia, así que no tenía sentido investigar. Hatener y su compañero habían dejado enfriar el caso—. Eran tenderos y los mataron con un hacha —continuó Hatener—, pero no estaban relacionados con el Asesino del Hacha. No dejaron cartas del tarot. No mataron a mujeres y niños.

—¿Le echasteis el guante a alguien? —preguntó McPherson.

—Salieron a relucir unos cuantos nombres —dijo Hatener, volviendo a encogerse de hombros.

—A pesar de que no se parezcan —dijo Michael—, creo que merece la pena investigar. Si la prensa se entera de esto, necesitamos algo de lo que haya constancia. Si es el mismo delincuente, diré que lo único que lo contuvo durante ocho años fue que estuvo en Angola y en el manicomio del estado.

McPherson asintió.

—Destinaré a unos cuantos agentes a que se ocupen de la cuestión y encuentren a alguien cuyo encierro y puesta en libertad coincidan con ese paréntesis —dijo el capitán—. Jake, vuelve a interrogar a los testigos. No menciones al Asesino del Hacha, simula que es una verificación de rutina de unos asesinatos que llevan ocho años sin resolver. —Hatener lanzó una mirada de enojo al comisario y movió la cabeza a los lados—. Lo jodiste tú, Jake, y ahora vas a tener que hacer el trabajo de calle.

CUANDO MICHAEL VOLVIÓ A SU MESA, consideró lo que había dicho Hatener. Si el Asesino del Hacha era responsable de los asesinatos anteriores, entonces tenía una pista que seguir, un medio para reducir los infinitos asesinos posibles a un puñado razonable. Por primera vez desde que había iniciado aquella puñetera investigación podía vislumbrar algo de luz al final del túnel. Sonrió ante la idea de una victoria, sin importar lo lejana que estuviera.

Volvió a su mesa y le sorprendió que Kerry aún estuviera allí.

—Lo siento, inspector Talbot, no pretendía provocar una pelea.

—No ha sido una pelea, hijo, y no es culpa tuya. —Michael se echó hacia atrás en su sillón y sonrió—. Gracias por llamarme la atención sobre los informes. Me aseguraré de mencionarlo en tu hoja de servicios. —Kerry devolvió la sonrisa y asintió ante su agradecimiento, pero no hizo gesto de marcharse, y Michael se preguntó qué más querría el chico—. Oye, muchacho —dijo—, es posible que no lo sepas porque eres novato aquí y todo eso, pero yo soy, sin ninguna duda, la persona que peor cae en este distrito. Probablemente en Nueva Orleans entero. No te estás haciendo ningún favor permaneciendo junto a mi mesa, así que si tienes algo que preguntarme, te aconsejo que lo hagas con rapidez.

Kerry asintió y trató de sonreír, pero Michael vio que la confianza se borraba de la cara del chico. Había herido los sentimientos de Kerry, y sintió cierta culpabilidad. Volvió a mirar al chico y supuso por la expresión de su cara que estaba reuniendo el valor suficiente para hacer algún tipo de petición.

—Yo sólo, bueno, me gustaría ayudar en el caso del Asesino del Hacha, señor. Ayudar a que usted lo resuelva, ya sabe —dijo Kerry—. Trabajo con ganas y, sin pretender parecer creído, creo que soy bastante listo. Supongo que sólo estoy pidiendo una oportunidad, señor.

Michael encendió un cigarrillo y miró al chico a través del humo. Pensó que debía tener a alguien cerca que le ayudase, alguien a quien poder orientar, y le sorprendía descubrir que le gustaba mucho la idea. Recordó súbitamente su relación con Luca, cómo este le había tomado bajo su ala, le había enseñado las triquiñuelas del oficio. A lo mejor él podía redimirse haciendo lo mismo por el chico.

—¿Estás seguro? —dijo—. Trabajar conmigo te convertirá en el enemigo público número dos aquí dentro.

Kerry se encogió de hombros.

—Ya era un marginado allá en mi casa, señor. Estoy acostumbrado.

Michael sonrió y tendió su mano que Kerry estrechó, con mayor firmeza de la que aquel esperaba.

LA HUERTA DE CARLO ERA UNA ANOMALÍA en la miserable Little Italy, porque era espaciosa y rebosaba de innumerables plantas, arbustos y árboles. Luca y el anciano paseaban entre árboles frutales por el extremo más alejado de la huerta, cerca del más largo de los altos muros encalados que rodeaban el terreno. Luca oía el ruido de los carros que pasaban por la calle, al otro lado y los gritos y chillidos de los niños que jugaban al béisbol con un palo. Pasaron junto a unas viñas, raquílicas y enfermizas en suelo extranjero. Estaba bien entrado el verano pero no había asomo de brotes; sus enmarañadas ramas correosas, marrones, colgaban en el aire tan desprovistas de verde como el enrejado de madera y cables en el que se apoyaban.

—Entiendo que quieras volver a casa —dijo Carlo, e imágenes de unas tierras remotas abrasadas por el sol asomaron a sus ojos—. ¿Te acuerdas del vino de Monreale? Hemos intentado conseguirlo aquí, pero la tierra... —Carlo movió la cabeza con tristeza—. América no es lugar para vinos —murmuró, examinando el enrejado, como si todos ellos mantuvieran una guerra de desgaste contra la implacable tierra de América—. ¿Entonces has oído hablar del Asesino del Hacha? —dijo, lanzando una mirada de soslayo a Luca.

Luca asintió.

—Un poco.

—Nos está poniendo las cosas difíciles —dijo Carlo—. La policía lo está utilizando como excusa para terminar con cosas, y ya no contamos con la protección del alcalde Behrman. El asalto al banco de Ciro nunca se hubiera producido en los viejos tiempos. —Carlo suspiró y se detuvo un momento para lamentar que hubieran pasado los buenos tiempos—. Claro que no es sólo la policía —continuó—. La gente viene a que la ayude. Todos nos pagan la protección, pero no podemos protegerles de esto. —Alzó las manos al aire como para indicar una especie de éter maligno—. El asesino hace que parezcamos débiles. Tenemos que encontrarle. Que sirva de ejemplo.

Luca asintió, comprendiendo lo que Carlo le pedía que hiciera.

—Eras un buen inspector —dijo, con voz tranquila—. Líbranos de él y te daré el dinero que necesitas para volver a Monreale.

Luca sonrió.

—Cuando yo era inspector, contaba con todo el departamento para que me ayudase. Estoy oxidado. Soy mayor. —Se encogió de hombros como para sugerir que él no tenía nada de especial, que no era el hombre adecuado para el trabajo.

—Me hago cargo —dijo el anciano—. Te proporcionaremos toda la ayuda que necesites.

Carlo clavó la vista en Luca con la expresión de un hombre que estaba acostumbrado a que le obedecieran, y debido a esa mirada Luca comprendió que ya le

había elegido para el trabajo, y que no había modo de negarse. No era el trabajo que había estado esperando. Quería que le encomendaran algo sencillo: conducir, recoger sobres, llevar las cuentas. Temía un trabajo que implicara violencia, producir dolor y pena. Una investigación, razonó, no era un trabajo sencillo ni sin violencia. Después de cuarenta años en América, ahora lo único que quería era paz, libertad para volver a casa y encontrar algún sitio tranquilo para descansar. Si un último caso era el medio para conseguir esa paz, lo haría. Pero entonces pensó en Michael, en entrar en colisión con el hombre que quería evitar. Lo más que podía esperar era ocuparse de la investigación y que no le atraparan, y terminar con ella a satisfacción de Carlo, porque sabía lo que pasaría si fracasaba. Luca había expresado el deseo de marcharse y nadie le iba a permitir nunca hacerlo. Tenía que rezar para que el anciano no incumpliera su promesa.

Se volvió hacia Carlo y sonrieron y se estrecharon la mano. Había vuelto al mundo de los hombres, de personas con planes y negocios que poner en marcha. Se dieron la vuelta y se dirigieron a la casa.

—Será estupendo tenerte otra vez por aquí —dijo Carlo, como si no hubiera habido ni asomo de coacción sobre Luca—. Uno de los veteranos. Los jóvenes no entienden cuál es el modo adecuado de actuar. Nos llaman *mierdas del sur*, como si tuviéramos que avergonzarnos por haber nacido en Sicilia.

Luca asintió lúgubrementemente.

—América vuelve muy rara a la gente —contestó.

Atravesaron una hilera de limoneros y el olor a cítricos llegó hasta la nariz de Luca.

—¿Dónde te quedarás? —preguntó Carlo—. Te ofrecería una cama aquí si no fuera por las limitaciones de tu libertad condicional.

—¿Todavía tiene intereses en el hotel? —preguntó Luca—. El viejo del distrito financiero.

El hotel quedaba fuera del territorio que controlaba Carlo, en una zona muy movida cerca de las principales estaciones de ferrocarril. Si iba mal algo, razonó Luca, podría escapar más fácilmente que de Little Italy. Carlo frunció el ceño, y Luca notó que había despertado la desconfianza del anciano por haber mencionado el hotel.

—Sí —dijo Carlo con la vista clavada en Luca, preparado para percibir las emociones que pudiera reflejar su cara—. Pero hay sitios más agradables que podrías elegir.

—Ese estará bien —dijo Luca, tratando de mantener una expresión neutra—. He estado en la cárcel todos estos años, es demasiado pronto para vivir en una casa. Un hotel contribuirá a que me adapte.

Carlo continuó mirándole fijamente, luego asintió, bien porque creyera la mentira, bien porque prefiriera ignorarla, tomando nota de ella para un uso posterior. Se sonrieron uno al otro y continuaron la marcha. Cuando se acercaban a las puertas de la casa, Luca vio que habían encendido las farolas de gas y que las primeras señales

de la noche estaban oscureciendo el cielo. La casa parecía cálida y acogedora, hablaba de la familia que Luca en realidad nunca había conocido de verdad.

—Bien, entonces, ¿qué tal si te quedas a comer algo? —dijo Carlo—. Giulietta está preparando *spaguetti alla carrettiera*.

—Será un honor —dijo Luca.

Se fijó que habían puesto en marcha el gramófono y que el sonido de Verdi y Caruso salía por las puertas abiertas de la terraza. Luca sabía que los personajes estaban cantando sobre la traición, sobre un juramento de lealtad entre ellos, *por el mármol del cielo*. Las cuerdas y los metales parecían sobrevolar el aire, las voces flotaban por encima, cautivadoras y lejanas. Se detuvieron un momento en el crepúsculo y escucharon la música; luego Carlo se volvió hacia Luca, con el resplandor de las farolas iluminándole la cara.

—Tenemos que encontrarle antes que la policía, Luca. Si no, no lo podemos utilizar como ejemplo.

Luca asintió.

—Lo atraparé antes que nadie.

Carlo puso la mano en el hombro de Luca, y volvieron a entrar en el calor de la casa.



JOHN RILEY SE SENTÓ EN LA SALA de conferencias del Gibson Hall, recorrió con la mirada las filas de universitarios sonrientes, y la visión hizo que se le secase la boca y sintiera náusea. Rezó para que el discurso del alcalde fuera breve; rezó para que él pudiera salir de la sala antes de que le abordara alguien; rezó para que el tranvía llegara a tiempo y pudiera cruzar la ciudad hasta la avenida de los Campos Elíseos antes de empezar a vomitar.

Había perdido el día tomando el autobús hasta Boutte, hablando con D'Andrea, tomando el autobús de vuelta. Y ahora iba a perder la tarde informando del discurso anual del alcalde a los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Tulane, un discurso que carecía de interés para toda la ciudad exceptuado el estúpido director de su periódico, licenciado en Derecho por la Universidad de Tulane.

Riley también fue alumno de Tulane, pero la universidad no ocupaba mucho espacio en su corazón. Siempre que se acercaba a los edificios románicos de la avenida Saint Charles, sus pensamientos derivaban invariablemente en las ambiciones frustradas. Lo habían admitido en Harvard, para estudiar literatura comparada y filosofía, pero una brusca disminución de la fortuna de sus padres le obligó a estudiar cerca de casa de manera que sus sueños de una vida literaria en los salones y las editoriales de Nueva York y Boston se había marchitado y muerto.

La puerta principal de la sala se abrió y entró el alcalde con algunos de los gerentes de la universidad. Los estudiantes aplaudieron educadamente y el alcalde sonrió y saludó con la mano. El alcalde Behrman era un hombre rotundo, corpulento, con la cabeza calva y un poblado bigote. Llevaba puesto un traje de *tweed* y pajarita en un intento inútil de presentarse como el serio demócrata del profundo sur que creía conveniente ser. Riley sacó su cuaderno de notas y un lápiz del bolsillo. Es probable que no necesitara las notas, pues había informado del discurso del alcalde durante los últimos cuatro años y nunca variaba: una soporífera lista de tópicos sobre la ciudad era lo único que ofrecería.

—Nueva Orleans, la Gran Indulgente, la Ciudad que Quiere Olvidar, La Ciudad del cuarto creciente, el París del Mississippi, la menos americana de las ciudades americanas. ¿Por qué tiene tantos nombres nuestra ciudad? —preguntó el alcalde con un gran vozarrón—. Construida en un marjal, dos metros por debajo del nivel del mar, entre un río y un lago, la existencia de Nueva Orleans es tanto un milagro como un testimonio de la naturaleza tenaz del hombre. Por eso nuestra ciudad se ganó esos apodos.

Siempre que Riley tenía que enfrentarse a un acontecimiento así, en los que en realidad no se necesitaba pensar, dividía su inteligencia entre el trabajo que tenía que hacer y la fabulación de nombres para la revista literaria que ambicionaba crear. Una revista que se convertiría en el diario cultural de la ciudad, en la que él publicaría sus

críticas y los artículos de otras grandes mentes. Pero la revista siempre tenía que dejarla al margen debido a las exigencias de su trabajo, a la falta de fondos, y a las salidas nocturnas a los Campos Elíseos.

—En nuestra breve pero ilustre historia —continuó el alcalde, y Riley tomó nota de sus palabras en taquigrafía—, hemos tenido que enfrentarnos a más de cincuenta inundaciones importantes y más de cincuenta huracanes; de hecho, un huracán nos asola cada dos años y medio aproximadamente. Enfrentados a tales fuerzas destructivas y constantes, ¿es necesario preguntarse por qué hemos adquirido fama de que lo pasamos bien?

El alcalde hizo una pausa por cuestiones de efecto para que los estudiantes se rieran, y Riley reprimió un gruñido. Al principio había pensado llamar a su revista *The Stylus*, en honor a su héroe, Edgar Allan Poe. Pero según transcurrían los años y empezaba a preocuparle que, como su héroe, él también pudiera morir prematuramente, antes incluso de que llegara a publicar la revista, empleaba los momentos libres en buscar un nombre con asociaciones menos macabras.

—Tenemos que hacer frente a epidemias de malaria, viruela, fiebre amarilla y cólera. Y el mismo año pasado, de la gripe española que se llevó a tantos de nuestros conciudadanos —dijo el alcalde—. Y en los pantanos que rodean nuestra hermosa ciudad viven cocodrilos, osos, pumas, varias clases de serpientes y arañas venenosas y... —el alcalde hizo una pausa para conseguir un efecto cómico—... republicanos.

Los estudiantes volvieron a reír y el alcalde continuó.

—La fortaleza de Nueva Orleans es tal que se las ha arreglado para sobrevivir en un entorno hostil, y no sólo sobrevivir, sino florecer. En la batalla entre hombre y naturaleza, Nueva Orleans constituye un testimonio de lo que pueden conseguir grupos pequeños de hombres, unidos debidamente por un objetivo común y una voluntad de resistencia.

Riley dejó de fantasear y pensó en la batalla entre hombre y naturaleza. Nueva Orleans sufría inundaciones cada dos años y temporales e incendios destruían sus edificios principales, con frecuencia la tierra pantanosa hacía que las calles se agrietaran y los edificios se hundieran, y la elevación del nivel del agua suponía que ni siquiera pudieran enterrar a sus muertos como es debido. Si Nueva Orleans era algo, decidió, era un símbolo de la debilidad del hombre frente a la naturaleza, y le gustaría saber de dónde sacaba exactamente su optimismo el alcalde.

—Hemos estado dominados por los indios, los franceses, los españoles y los americanos, y si no hubiera sido por la ayuda de una chusma de soldados y piratas, también por los ingleses. Quizá sea esa mezcla de historias lo que ha dado origen a nuestra fama como un lugar donde... —el alcalde hizo otra pausa— las cosas son un poco diferentes.

Los estudiantes soltaron unas risas nerviosas, pero Riley no pudo evitar mostrarse de acuerdo. Nueva Orleans era diferente; era la cara oscura del país. Su población francófila, sus borrosos límites raciales, su clima tropical; el resto de Estados Unidos

creía que Nueva Orleans era un territorio exótico, extraño, escondido en el corazón del Sur profundo. Un lugar que tenía más en común con los turbios y cálidos puertos del Caribe y Brasil que con las ciudades del puritano norte.

—En Nueva Orleans todo es distinto —continuó el alcalde—. Es sin duda alguna una ciudad de Estados Unidos, pero es una ciudad de Estados Unidos que se llama como un duque francés, en un estado cuyo nombre se deriva del de un rey francés. Tomamos el café de modo diferente, preparamos la comida de modo diferente, tocamos nuestra música de modo diferente. Bautizamos nuestras plazas con nombres de países africanos, y nuestras calles con los de los mitos griegos. Enterramos a nuestros muertos sobre el nivel del suelo, pero construimos nuestra ciudad bajo el nivel del mar. Celebramos el Mardi Gras, no el Martes de Carnaval, tenemos parroquias, no condados, no prohibimos el vicio, lo legalizamos. Hemos sido distintos desde que vino aquí un puñado de comerciantes franceses y decidieron, en contra de lo que aconsejaban sensatamente sus guías indios, construir una ciudad en un marjal.

El alcalde siguió con su cháchara y Riley volvió a fantasear sobre los nombres de la revista: *¿La revista del Sur? ¿El artista? ¿El lector?* Mientras fantaseaba y tomaba notas del insulso discurso del alcalde, una gota de sudor le cayó desde la frente y aterrizó en su cuaderno de notas. Y luego otra. Se llevó la mano a la cara y se dio cuenta de que no sólo estaba empapado de sudor, sino que la mano le temblaba.

Por fin, los estudiantes estaban en pie, aplaudían, y el alcalde les sonreía y saludaba majestuoso. Riley dio gracias a Dios, se guardó el cuaderno de notas en el bolillo y se abrió paso a empujones entre la gente. Salió de la sala y vio que el tranvía se acercaba por Saint Charles. Corrió hasta la parada e hizo señas con la mano al conductor y dio gracias a Dios una segunda vez cuando el tranvía disminuyó la marcha y él saltó dentro. Estaría en el Vieux Carré enseguida, y desde allí podría ir andando hasta los Campos Elíseos.

Ocupó un asiento delante, y mientras el tranvía aceleraba la marcha al atravesar la ciudad, pensó en la conferencia. El alcalde sólo repetía a los estudiantes las historias que la propia Nueva Orleans se contaba, historias sobre su pasado, sobre su carácter. Historias contadas tantas veces que corrían el riesgo de convertirse en un mito inventado, en un pasado que nunca existió. Si la ciudad fuera una persona, pensó Riley, sería una puta vieja. Con mucha pintura de labios y sonrisas amarillas, dándose aires y simulando encantos de los que carece, envuelta en sedas francesas deslucidas. Coquetería y volantes que ocultaban el declive.

Se apeó del tranvía en la calle Decatur, atravesó sigiloso el Vieux Carré y llegó al Faubourg Marigny. Pensó en la idea del alcalde de que Nueva Orleans era una especie de ejemplo, al combatir orgullosamente en favor de la humanidad contra cenagales, incendios y enfermedades. Y pensó en el Asesino del Hacha y el caos que estaba trayendo a la ciudad. Riley sabía más de lo que debería del Asesino del Hacha. Sabía más que la policía y más que los Matranga. Conseguía tanta información

gracias a su trabajo que era imposible que no averiguara algo. Y mientras andaba tenía dudas, como le había pasado las últimas semanas, sobre qué debería hacer con aquella información. ¿Qué podía hacer que fuese honesto pero no le pusiera en peligro?

Dobló a la derecha de la calle Chartres y llegó a los Campos Elíseos. La avenida era la más larga de Nueva Orleans y conectaba el Mississippi con el lago Pontchartrain al norte. Bernard de Marigny había concebido la avenida como un bulevar de estilo francés con arbustos, parterres y un canal en el centro lleno de barcas. Había puesto a la calle el nombre de los Campos Elíseos de París, que a su vez se llamaba así por el nombre en griego antiguo que designaba cielo. A Riley le hizo gracia pensar en lo oportuno que era que las lavanderías chinas de la ciudad estuvieran situadas en la calle del cielo. Pero debido a una conjunción de mala suerte, los planes de Marigny nunca llegaron a realizarse y la vía pública al final fue arrendada a la Compañía de Ferrocarriles de Pontchartrain, que construyó una vía para ruidosos trenes que escupían el humo en el centro de la avenida, justo en el sitio exacto donde el nobles francés había soñado con barcas doradas.

Al cabo de unos minutos Riley se acercó a la lavandería Jiang. Abrió la puerta, entró y la chica del mostrador le reconoció. Le sonrió y señaló con la cabeza una puerta junto a una hilera de cubas humeantes. Riley le devolvió la sonrisa y se internó por un largo y sórdido pasillo, luego cruzó una segunda puerta y entró en una habitación más grande, mal iluminada y llena de humo. La estancia estaba decorada con cortinas e hileras de colchones, cada uno separado del siguiente por unas celosías bajas. En las paredes había paisajes chinos mal pintados: mares interminables y montañas fantásticas, con puntos de pequeñísimas figuras sin cara.

Jiang, el propietario, un hombre flaco de sonrisa fácil y un bigote ralo, vio a Riley y echó una rápida ojeada al sudor de su cara, a su palidez, y el periodista supuso por la expresión del hombre que le preocupó lo que había visto. Alzó la mano y condujo a Riley por la habitación. Pasaron junto a los otros clientes tumbados en sus colchones, pasaron junto a las celosías y los demás objetos chinos baratos diseminados por la estancia. Llegaron a un colchón vacío y Jiang se detuvo e hizo una reverencia, y Riley asintió, se quitó la chaqueta y se tumbó. Jiang desapareció y hasta que Riley estuvo solo no reparó en la música: flautas chinas e instrumentos de cuerda de nombre desconocido tocaban unos acordes inciertos, vacíos. Antes nunca había oído música en la lavandería, paseó la vista alrededor y vio un gramófono en un rincón, y casi caída junto a él una chica china con el vestido tradicional y el pelo cubriéndole la cara mientras se mecía con la música.

Jiang volvió inmediatamente y dejó una bandeja junto al colchón de Riley, antes de sonreír y retirarse a las sombras de la cabecera de la habitación. Riley conocía al chino desde hacía siete años pero no podría decir si Jiang era su nombre o su apellido. Bajó la vista a la bandeja, de madera lacada con incrustaciones de perla falsas. Dispuesta encima de ella había una lámpara de aceite, una cazoleta de porcelana y un

cañón de pipa hecho de bambú, de unos treinta centímetros de largo y con un dibujo de dragones retorcidos grabado. Al lado estaban dispuestas una larga aguja de metal, una caja de cerillas y una caja de laca. Riley abrió la caja y sacó las dos cazoletas de porcelana.

Encendió la lámpara con manos temblorosas y rascó la resina de la cazoleta con la aguja. Trasladó una cantidad del tamaño de un guisante a la segunda cazoleta y la mezcló con el *yen pox* que esta contenía. Mientras preparaba la mezcla, Riley paseó la vista por la habitación, por las personas reunidas allí de toda la ciudad, chinos y blancos desparramados en sus colchones, sonámbulos en busca de un sueño. Se había fijado en que había muchos más blancos desde el final de la guerra, jóvenes, hombres de aspecto fuerte con fatiga de combate en la mirada, soldados perdidos y caídos en el amargo abrazo de la amapola.

Una vez que estuvo lista la mezcla, Riley preparó la pipa. Enroscó el bambú a la cazoleta, colocó la mezcla en esta, la colocó debajo de la lámpara de aceite, esperó a que se formara vapor y aspiró.

Aspiró el punzante humo en los pulmones y mientras esperaba que le hiciera efecto, se fijó en que había dejado de sudar, que había dejado de temblar, en que ya no sentía ansiedad. Echó una ojeada a los paisajes chinos de la pared. El artista había dejado intacto el espacio entre las montañas y las nubes, y el papel sin pintar se convertía, por deducción, en el cielo. El mar estaba pintado de modo semejante, así que las barcas flotaban en el papel vacío. Una nada convertida en algo material y a la que el cerebro de Riley daba significado. Las montañas y mares parecían dominar a las figuras humanas haciéndolas insignificantes, mínimas. Riley oyó ecos del discurso del alcalde, del hombre contra la naturaleza, y supuso que la visión del artista estaba más de acuerdo con la suya: que el hombre era demasiado pequeño para salir victorioso de tal batalla, con independencia de lo nobles que fueran sus intenciones. Construye una ciudad, pensó Riley, y al final un enviado del caos llega y la destruye, sea este un huracán, un incendio o una inundación. O un Asesino del Hacha.

De pronto se le ocurrió una idea: el alcalde había olvidado un punto en su lista de nombres de Nueva Orleans. Un nombre antiguo, una referencia a las extensiones inundadas de agua sobre las que se construyó la ciudad: *El país flotante*. Le gustaba el nombre, con su toque de *Yoshiwara*, de reino encantado y mágico. Lo consideró apropiado mientras paseaba la vista por el recinto en penumbra, la chica balanceándose con la música, los sonámbulos flotando en sus sueños.

## SEGUNDA PARTE



# The Times-Picayune

Sábado 12 de abril, 1919

## Noticias locales

### *Aumenta el malestar en el entierro de las últimas víctimas del Asesino del Hacha*

«¿Quién será el siguiente?» es la pregunta que se hacían los italianos que viven en Nueva Orleans cuando esta semana fueron enterradas las últimas víctimas del escurridizo asesino. El enfado por cómo lleva el caso la policía era enorme cuando se sepultaban los cuerpos del señor Joseph Maggio y su esposa el viernes por la tarde, en la misma cripta del cementerio de San Luis, avenida de la Explanada, número tres.

Los asistentes abarrotaban el tanatorio de la funeraria Valenti & Bonnet, de la calle Toulouse, y más tarde, la iglesia italiana de Santa María, adonde se condujeron los ataúdes a hombros de miembros de la Asociación Benéfica Cefalutana. La multitud alcanzó tales proporciones que invadía la calle, interrumpiendo la circulación durante los servicios.

Aunque el sacerdote que oficiaba, padre Scamuzza, no hizo mención de los asesinatos durante su plática, era sobre todo en el Asesino del Hacha en lo que pensaban los asistentes al entierro. Muchos se sentían frustrados por la falta de resultados por parte de la policía encargada del caso, y molestos porque el Departamento de Policía parecía emplear sus energías en interrogar a miembros de la comunidad italiana cuando la creencia más extendida entre los residentes de Little Italy es que los crímenes son obra de un negro demente.

Supuestamente la policía sigue esa línea de investigación por orden del inspector Michael Talbot, una orden que, como es natural, ha provocado el enfado entre los italianos respetuosos con las leyes del barrio, hasta tal punto que algunos llaman acoso a las tácticas policiales. Un hombre presente en el entierro, que desea mantenerse en el anonimato, dijo: «Conozco a los Maggio desde hace años. Sugerir que tenían relaciones con la mafia no es solo equivocado, es insultante. La mafia no mata a mujeres y niños».

Conforme sucedían las escenas tristes y aumentaba el enfado, se difundieron más noticias inquietantes para el combativo policía. Luca D'Andrea, antiguo inspector del departamento que fue encarcelado acusado de corrupción en 1914, fue puesto en libertad hace unos días.

Los lectores quizá recuerden que el inspector Talbot fue el principal testigo de cargo contra su antiguo instructor D'Andrea en el proceso contra la corrupción que sacudió el departamento de policía hace unos cinco años. Que el regreso del antiguo policía se produzca precisamente cuando Talbot se encuentra sometido a grandes presiones para que resuelva el caso del Asesino del Hacha resulta por lo menos curioso. D'Andrea habló con nuestros reporteros cuando salía de una casa casi secreta de las afueras de la ciudad.

«No me sorprende que Talbot no haga progresos en este caso, —dijo el antiguo inspector—. Consiguí el puesto que ocupa gracias a una delación. El pasado vuelve para pedir cuentas. Si el departamento quiere resolver esto, debería confiar el caso a alguien que tenga el grado de inspector por méritos propios».

UNOS DÍAS DESPUÉS DE QUE IDA Y LEWIS se viesen en el entierro, los dos amigos se encontraron delante de una casa sombría y destartalada en los límites del Battlefield. Ida no se estaba quieta con el cierre de su bolso de mano, lo abría y cerraba, abría y cerraba, sin motivo alguno. Lewis la miró, y estaba a punto de decir algo cuando una mujer corpulenta de mediana edad abrió la puerta con un ruido seco. La mujer, que era de la opinión de que una llamada inesperada a la puerta sólo podía significar problemas, les echó una ojeada con expresión desconfiada.

—¿Es usted la señora Millicent Hawkes? —preguntó Ida, con el tono más amable del que fue capaz.

—Sí. ¿Quién pregunta por mí? —dijo la mujer.

—Me llamo Ida Davis, y este es mi socio, Lewis —dijo Ida, señalando a Lewis, que dio un golpecito a su Stetson saludando a la mujer—. Quisiéramos hablar con usted sobre el señor y la señora Romano —dijo Ida—. Somos detectives privados.

—¿Detectives privados? —dijo la mujer, poniéndose en jarras—. Casi llevas pañales, niña. Ya le he contado a la policía lo que tengo que decir, no me voy a cansar hablando contigo.

Dio un paso atrás y se dispuso a cerrar la puerta.

—Le podría interesar —dijo Ida, y la mujer se detuvo a medio cerrar la puerta.

—¿Pagas? —preguntó.

—Un poco —dijo Ida.

—¿Cuánto de poco?

—Sabemos que hace años intentó vender información sobre los que la tenían empleada a una agencia de detectives —dijo Ida—. Dénosla a nosotros y nos aseguraremos de que no se enterará la policía.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Estás haciéndome chantaje, niña?

—Eso creo —dijo Ida, con una sonrisa.

Lewis se fijó en la mirada de enfado de la mujer y se preguntó si sería capaz de pegar a Ida.

—Coño —dijo la mujer, al fin—. Siempre supe que ir a ver a los de la Pinkerton era una mala idea. —Asintió, como confirmando la afirmación, y luego retiró la mano de la jamba de la puerta—. Supongo que será mejor que entréis.

La mujer entró pisando con fuerza en la casa e Ida se volvió hacia Lewis y le sonrió radiante. La mujer les precedió por un lóbrego pasillo y entró en una angosta cocina iluminada por una única ventana que daba a la pared de ladrillo de la casa de al lado. Platos y sartenes recién usados asomaban de un montón de espuma del fregadero, impregnando la estancia de olor a jabón en polvo, cebollas y pescado frito. La señora Hawkes ocupó una silla de una mesa junto a la ventana e hizo gesto a Ida y



a Lewis de que la imitaran. Se sentaron enfrente de la mujer e Ida sacó su cuaderno de notas y una pluma del bolso. La señora Hawkes la miró con los labios fruncidos.

—¿Qué coño eres tú, vamos a ver? —preguntó, e Ida supo a qué se refería.

—Lo mismo que usted —contestó, dando a entender que ella también era de color.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Hawkes, mirándola de arriba abajo—. La última vez que me miré al espejo, no era una blancucha —dijo, utilizando el término despectivo que se aplicaba a una negra de piel clara—, y no era, encima, tan creída.

Las dos mujeres cruzaron la mirada, y Lewis notó que el ambiente se ponía tirante. Él había oído llamar *creída* a Ida muchas veces, queriendo decir que se daba aires, que se consideraba mejor que el negro medio. Lewis sabía que el insulto siempre sumía a su amiga en una introspección frustrante, en un intento de descubrir el motivo por el que la gente pensaba eso de ella: ¿era cosa de sus modales o de su manera de hablar del modo en que se mostraba un tanto fría con la gente o sólo se debía a su forma de mirar?

—Lo siento si la he ofendido, señora —dijo Ida—. Sólo hemos venido porque queríamos saber qué trataba de venderle a la agencia de detectives.

—Págame y te lo contaré —dijo la señora Hawkes—. Entonces el trato era ese, y ahora el trato es el mismo.

—Me hago cargo, señora —dijo Ida—. Pero ahora las cosas son distintas... Usted está implicada en la investigación de un asesinato.

La mujer tenía la misma expresión altanera que Lewis le observó a la entrada de la casa, y algo en la expresión le recordó a su madre. El frágil orgullo de los que no tienen nada.

—¿Cómo sé que lo que te cuente no va a terminar en algún informe de la policía? —dijo la mujer, frotando el pescuezo en el cuello de su blusa plisada.

—Puede fiarse de nosotros. No nos interesa contárselo a la policía —respondió Ida—. Puedo asegurarle que nada de lo que diga saldrá de aquí.

La señora Hawkes pensó un momento, tamborileando en la mesa con las uñas.

—Bien —dijo, cuando hubo terminado sus reflexiones—. Te lo contaré. A condición de que después de esta charla nunca os vuelva a ver a ninguno de los dos. —Miró consecutivamente a Ida y a Lewis dos veces, e Ida asintió—. ¿Qué le pasa a ese? —añadió la mujer señalando a Lewis con un dedo tembloroso—. ¿No sabe hablar?

Lewis sonrió.

—Diga lo que diga usted, será estrictamente confidencial —dijo, con lo que esperaba fuese su voz más cálida, de púlpito.

—Bien —dijo la señora Hawkes, cruzando los brazos sobre su considerable pecho—. Romano estaba involucrado en ciertas falsificaciones. Usaba la caja registradora para endosar billetes falsos a sus clientes. Eso es lo que traté de venderle al detective.

—¿Y cuánto tiempo llevaba haciéndolo? —preguntó Ida.

—Unos cuantos años —dijo la señora Hawkes, como sin darle importancia.

—¿Y quién le proporcionaba los billetes?

La señora Hawkes se encogió de hombros.

—No sé —dijo—, un par de italianini. Nunca me quedé con sus nombres pero imagino que eran de la Mano Negra. Solían venir a la tienda todos los lunes a dejar un fajo de billetes. Lo único que tendría que hacer la bofia era aparecer y comprobar la caja.

—¿Y Romano estuvo trabajando para esos falsificadores hasta que murió? —preguntó Ida.

La señora Hawkes se mantuvo en silencio un momento.

—No. Creo que lo dejó un poco antes.

Lewis echó una ojeada a Ida, que miraba al vacío y se daba golpecitos en la barbilla con su pluma.

—Señora Hawkes —dijo Ida—, me estaba preguntando cómo podían pagar a una muchacha los Romano. Quiero decir que sólo eran tenderos.

—La mayoría del tiempo estaban sin blanca —contestó la señora Hawkes con un gruñido—. El sueldo me lo pagaba la compañía de seguros. Por un accidente que tuvo la señora Romano. —Ida frunció el ceño—. La señora Romano trabajaba en una fábrica de ropa —explicó—. Un día la máquina con la que trabajaba se estropeó y casi le sacó los ojos, así que sólo veía sombras. Por eso empecé a trabajar en su casa. El sindicato consiguió una indemnización.

Ida volvió a fruncir el ceño y Lewis tuvo la impresión de que no estaba totalmente convencida.

—¿Y cuánto tiempo trabajó usted en su casa? —preguntó Ida.

—Cinco años el próximo septiembre.

—¿Y cómo eran? ¿Gente decente?

La señora Hawkes se encogió de hombros.

—Bastante decente —dijo—. La señora Romano podía hacer retumbar la casa cuando no tenía su pico, pero por lo demás estaban bien.

—¿Su pico? —preguntó Ida.

—Heroína —dijo la señora Hawkes, suspirando—. La mujer se pinchaba desde el accidente. Se hizo adicta después de que los médicos le dieran de alta en el hospital. Tenía que ir a buscar esos frasquitos de Bayer que vendían en Katz y Besthoff, en Canal. Tres frascos a la semana. Aparte de eso, eran gente de lo más normal. Como le conté a la policía.

Ida sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Y hay algo que no le contó usted a la policía? —preguntó, y la señora Hawkes quedó inmóvil un momento.

—Hay una cosa que no les conté. Y no es porque yo tuviera algo que esconder... soy una ciudadana respetuosa de la ley —dijo, en un tono un poco arrogante—. La

noche después de hablar con la policía, volví a la casa. Había unas cuantas cosillas que había dejado allí... cosas de trabajo, ya sabéis... y volví por ellas. Entré y recogí mis cosas lo más rápido que pude. Aquel sitio daba escalofríos, ya entendéis. Se habían llevado los cuerpos, pero la sangre todavía seguía allí. Sabe Dios por lo que tuvieron que pasar. Total, que cuando vuelvo andando por la calle veo a ese andrajoso niño blanco rondando por allí. Parecía un drogadicto... muy nervioso y con aspecto desconfiado, lo de siempre. Bien, pues él me lanzó una mirada rara cuando pasé a su lado, como si estuviera esperando a que me marchara.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Ida.

—No sabría decir, era moreno... alto, flaco, blanco —dijo la mujer, encogiéndose de hombros—. Yo doblo la esquina y me pongo a pensar en lo raro que es todo aquello, y que a lo mejor me estoy volviendo loca por culpa de lo que acababa de pasar. Así que me paro, vuelvo a mirar y veo a ese niño dirigirse directamente a la casa, forzar la puerta con una palanca y entrar. Entonces me doy cuenta de que no estaba equivocada, quedándome por allí para ver lo que pasa. Está como una media hora dentro, luego sale y corre calle abajo.

—¿Un ladrón? —preguntó Lewis, frunciendo el ceño.

—No es eso lo que imaginé yo —dijo la señora Hawkes—. Salió con las manos vacías, ninguna bolsa, ni bultos en su chaqueta. Nada.

Ida tomó nota en su cuaderno del último de los comentarios de la señora Hawkes, se dio golpecitos con el extremo de la pluma en la barbilla, pensando, luego alzó la vista y sonrió.

—Gracias, señora Hawkes, ha sido usted de mucha ayuda —dijo, radiante.

La señora Hawkes les acompañó a la puerta de la casa y, una vez hubo cerrado, Ida se volvió para echar una ojeada a Lewis con una mirada de satisfacción.

—Ha sido la mayor sarta de mentiras que he oído en todo el año —dijo con una sonrisa antes de bajar los escalones de entrada de un par de saltos y ponerse a andar a grandes zancadas por la calle.

DE LAS TRES PISTAS QUE TENÍA que seguir Michael, dos dejaron de tener importancia a los pocos días. La búsqueda en los registros de la ciudad de personas con el nombre escrito en la pared resultó ineficaz. Localizaron a quince residentes que se llamaban Tenebre, siete de ellos mujeres. Sólo tres de ellas eran «señoras», y ninguna trabajaba de tendera. De todos modos, un grupo de cinco inspectores las interrogó a todas y verificó sus historias. Ninguna de ellas tenía la menor relación con las víctimas anteriores o podía explicar por qué un loco podía tenerlas en su punto de mira. El propio Michael se había pasado un día entero verificando por segunda vez los informes, y no consiguió nada que le llevase a establecer una conexión. A las siete mujeres las pusieron bajo vigilancia armada, por si acaso.

Un día más tarde volvió a tener noticias de la Oficina de Grabado e Impresión. Había llegado un mensaje en un fino y resbaladizo papel de arroz, recién enviado por una oficina poco importante de Washington, que declaraba con una escritura telegráfica que los billetes que le encontraron a Maggio eran auténticos. La información dejó confuso a Michael que no entendía por qué dos tenderos guardaban tanto dinero en su casa durante tanto tiempo. Apuntaba a algún tipo de actividad ilícita, pero Michael no estaba seguro de cuál.

La única pista que quedaba eran los ocho años transcurridos entre la actual cosecha de asesinatos y los que Kerry había descubierto de 1911. McPherson había encargado a tres agentes que revisaran los registros de la cárcel mientras Michael había dividido entre él y Kerry las carpetas del manicomio del estado. La búsqueda en los registros del manicomio resultó inquietante. Cada notificación de un ingreso incluía un apartado con las someras observaciones del médico que aprobaba la reclusión y Michael se sintió atraído de modo inevitable por los comentarios que leía:

William Kernig, hombre, blanco, soltero, 32 años de edad, nacido en N. O. La. Se recomienda su internamiento en el asilo mental de Jackson el 17 sept. 11, al encontrarle demente; padece manía crónica.

Este hombre viste harapos, va descalzo y lleva la cabeza descubierta. Dice que se llama Duke. Responde estúpidamente a unas preguntas y con astucia y corrección a otras. Lleva más de dos años demente, con intervalos de lucidez. Se sospecha que tiene una afección sifilítica en el cerebro.

NOMBRE TRAS NOMBRE de ciudadanos de Nueva Orleans que perdieron la cabeza mientras vivían en la ciudad. A Michael se le metió en la cabeza la insidiosa idea de que en cierto sentido era la propia ciudad la que había vuelto locas a esas personas. Una vez alguien le había dicho que Nueva Orleans era de esas ciudades que hace glotonas a los monjes y asesinos a los santos, y ahora se preguntaba si también sería un sitio que convertía en lunáticos a los cuerdos. Había descubierto algo que se repetía mientras revisaba los archivos: muchos de los residentes en la ciudad internados no habían nacido en Nueva Orleans; era a los recién llegados a los que la

ciudad volvía locos.

Miles de personas llegaban a Nueva Orleans todos los meses, la mayoría del campo, la mayoría pobres, la mayoría negros, todos en busca de una vida mejor. Supuso que no se daban cuenta hasta que era demasiado tarde de que lo que estaban haciendo era sustituir una forma de pobreza por otra, cambiar chabolas y terrenos vallados por casas de vecindad y violencia callejera. Con los años Michael había endurecido la piel para defenderse de la ciudad. Sabía que era peligrosa y sucia, un sitio donde las personas más peligrosas se rozaban todos los días con él al pasar. Pero había levantado una pared dejando fuera el peligro. Nueva Orleans y todos sus males se habían vuelto algo abstracto, algo que le gustaba de la niebla de la ciudad: la atravesaba diariamente, y en cierto sentido era real, pero no dejaba ninguna huella. Puede que fuera inevitable que la gente recién llegada del campo perdiera su cordura, mermada paulatinamente por los barrios bajos, la pobreza y la violencia cotidiana de la vida en la ciudad.

Mary Cecilia, mujer, de color, casada, 48 años de edad, nacida en N. O. La. Se recomienda su internamiento en el asilo mental de Jackson el 18 sept. 11, al diagnosticarla como loca; padece alucinaciones con delirio y manía persecutoria.

Asegura que la está envenenando el alcalde. Tiene la pierna izquierda amputada por encima de la rodilla.

MICHAEL MIRÓ HACIA LA mesa en la que estaba trabajando Kerry. Una lámpara proyectaba un cono de luz en los hombros del chico, destacando su cara en relieve. Michael se preguntaba qué sería tan malo en Irlanda que hacía que Kerry buscara una vida nueva en Nueva Orleans, y qué le tendría reservado la ciudad. ¿Glotón, asesino o lunático? El chico había hecho las cosas bien en el breve tiempo que llevaba con Michael; sabía leer, era aplicado y listo, más de lo que Michael podría decir de la mayor parte del departamento de policía. Él había conseguido que le dieran un uniforme nuevo, y hasta le había ofrecido dinero para que pudiese instalarse en la residencia de funcionarios hasta que encontrara un sitio para él solo. Pero el muchacho dijo que prefería dormir en las literas del sótano que utilizaban los que hacían guardia por la noche.

Claudette Robicheaux, mujer, criolla (de color), casada, 59 años de edad, nacida en N. O. La., se recomienda su internamiento en el asilo mental de Jackson, el 18 de sept. 11, al considerarla loca; padece delirios y paranoia crónica.

La mujer llora repetidamente por sus «hijos» aunque nunca ha parido. Amenazó al médico con una navaja y le acusó de matar a sus «pequeños». Se recomienda aislamiento.

MICHAEL CERRÓ LA CARPETA y miró la hora. Habían pasado las diez y media. Echó un vistazo a su alrededor y comprobó que la oficina se había vaciado mientras él estaba trabajando. El lugar se encontraba en silencio si se exceptuaba el zumbido de los tubos del techo, que formaban charcos de luz en el suelo de un intenso amarillo. Se levantó y se estiró sin saber dónde se había ido el día. Cuando se ponía el sombrero y

la chaqueta, reparó en que Kerry todavía estaba inclinado sobre su mesa, revisando con atención sus archivos.

—Ya está bien por esta noche, hijo —dijo Michael.

Kerry le echó una ojeada, levantando unos ojos cansados de los documentos, luego sonrió y asintió a Michael, deseándole buenas noches. Michael le devolvió el saludo dándose un golpecito en el sombrero y se dirigió hacia la salida.

Cuando se abría paso por la sala se fijó en que Jake Hatener también trabajaba hasta tarde, algo poco habitual en él. El viejo estaba desplomado en una butaca de la zona de descanso, su considerable tripa casi clavándole al asiento. Tenía un café en la mano y lo que parecía la declaración de un testigo encima de los muslos. Cruzaron la mirada y Michael saludó con la cabeza sin interrumpir su marcha. Cuando dobló la esquina que llevaba a la escalera, distinguió a Hatener a lo lejos, rascándose perezosamente la tripa.

EL TRANVÍA LLEGÓ AL CUARTO DE HORA, y Michael ocupó un asiento de la parte delantera, contento de resguardarse del viento que soplaba en la calle. El vehículo iba vacío exceptuando a algunos pocos hombres con aspecto cansado que volvían a casa después de un largo día de trabajo y miraban por las ventanillas los escaparates de las tiendas y las luces que pasaban deprisa.

Cuando el tranvía llegó a su parada, Michael hizo sonar la campana, se apeó y anduvo deprisa por la callada avenida de casas coloniales en la que vivía. Se fijó en un hombre que paseaba por las sombras del exterior de su casa, saliendo y entrando de la oscuridad que proyectaban las ramas de uno de los robles a ambos lados de la avenida. Michael aminoró la marcha, examinando al hombre. Iba demasiado bien vestido para ser un asaltante, pero algo en su actitud sugería que estaba esperando a alguien, y que llevaba esperando un tiempo. Cuando Michael se acercó y se dio cuenta de quién era, reprimió una mueca de desagrado: John Riley, el periodista del *Picayune*. Riley irradiaba una petulancia que irritó a Michael. Tuvo la sensación de que el periodista, aunque se ocupaba de las cosas corrientes del día, en cierto modo se consideraba por encima de ellas.

Riley echó la vista encima de Michael y soltó una sonrisita. Se apartó de las sombras del árbol y se acercó.

—Buenas noches, inspector. Es usted un hombre con el que cuesta dar.

—Debería haber probado en la comisaría. —Michael se rozó con Riley al pasar, y subió los escalones delanteros de su casa.

—Supongo que se habrá enterado de que han puesto en libertad a D'Andrea —continuó el periodista—. ¿Cuál es su opinión al respecto, dicho sea de paso?

Michael se volvió y bajó la vista hacia Riley. Con la cara hundida y vistiendo una chaqueta de *sport* color arena para la que hacía tiempo que se había quedado demasiado delgado. Tenía algo de espantapájaros, una escuálida mezclanza de tela,

carne y hueso. Michael se fijó en sus ojeras, la piel grasienta, y pensó en los chinos demacrados que veía que traían a rastras a la oficina de vez en cuando.

—Mi opinión es que si usted va a inventar declaraciones textuales, que por lo menos resulten creíbles.

Riley sonrió.

—He oído algo que le podría interesar —dijo. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, se metió uno en la boca con una soltura ensayada y le ofreció otro a Michael.

—Tengo los míos, gracias —dijo Michael, al ver la marca que fumaba Riley.

Riley se encogió de hombros, frotó un fósforo contra el tacón de su zapato y encendió el cigarrillo. Soltó el humo sin prisa antes de dejar caer la cerilla a la acera.

—Oí que al alcalde Behrman y al comisario McPherson les encantaría dejarle al margen de este asunto del Asesino del Hacha. Ya ha sido ungido el cordero del sacrificio, y es usted. ¿O el término es «chivo expiatorio»? Me confundo con esas metáforas de animales. —Riley volvió a encogerse de hombros, hablando como en broma, y Michael clavó la vista en él con una mirada que esperaba fuese inexpresiva—. También oí que podrían sacar a la luz sus, bueno, cuestiones domésticas —dijo Riley, señalando con la cabeza la casa de Michael—, para ponerle en una situación comprometida.

Riley estaba repitiendo la amenaza de McPherson de unos días antes. A Michael el corazón le dio un vuelco y miró fijamente a Riley.

—Eso mismo he oído yo —dijo, sin hacer esfuerzo para disimular su preocupación.

—Entonces da la impresión de que podría recurrir a un aliado. Me gustaría proponerle un acuerdo. ¿Qué le parece eso, Talbot? —dijo Riley, con tono inexpresivo y desprovisto de su sarcasmo habitual.

—Los del *Picayune* han estado arrastrando mi nombre por el fango el último mes y medio —replicó Michael—, ¿por qué coño iba a querer un compañero como usted?

—Porque me parece que la única esperanza que tiene para no echar a pique su carrera es resolver este caso. Falla usted y se queda sin trabajo, todo el mundo se entera de ya sabe usted qué, y el único empleo que conseguirá es de guardia de seguridad. Si tiene suerte. —Riley hizo una pausa—. No quiero que eso ocurra. Me gustaría ayudarle. A cambio, usted me proporciona unas cuantas migajas, que yo sepa cuándo va a hacer detenciones. —Riley sonrió—. Ya hemos recorrido unos cuantos kilómetros con el Asesino del Hacha, y sería una pena que no completáramos el camino hasta el final.

Michael miró a Riley.

—¿Y qué consigo yo?

—Un soplo —dijo el periodista—. Algo que le ayude en su camino.

Sacó una tarjeta de visita de su chaqueta y la tendió. Michael lo consideró, con la sensación de que le estaban tentando para que hiciera un sórdido pacto fáustico. Pero en el aire frío de la noche, en el porche de su casa, la tarjeta parecía como una especie

de bote salvavidas. Volvió a bajar los escalones y la aceptó.

—Veré lo que puedo hacer. Si, solo si, el soplo merece la pena.

—La merecerá —replicó Riley con una sonrisa. Tiró su cigarrillo en la calle desierta y los dos hombres lo contemplaron durante un momento dando saltos y soltando chispas en el asfalto.

—Ermanno Lombardi. Recorra a él. —El periodista guiñó el ojo y sonrió—. Que pase una buena noche, inspector —dijo, antes de darse la vuelta y alejarse calle abajo. Michael le miró marcharse: el viento hacía aletear su chaqueta mientras la forma del hombre se disolvía en la oscuridad de la noche.

Inspeccionó la tarjeta de visita y se preguntó cómo se había enterado Riley de que el departamento de policía iba a echarle cuando se terminara el caso. Michael comprobaría aquel nombre a primera hora de la mañana y, si no conseguía nada, recurriría a Riley para tener otra charla.

Guardó la tarjeta en el bolsillo y entró en casa. Pasó por un vestíbulo, cruzó una puerta del fondo y entró en una habitación de techo alto que ocupaba la mayor parte de la planta baja. A un lado estaba la zona de la cocina, y unido a esta en el lateral cercano por un amplio arco, el cuarto de estar. Las luces estaban encendidas y un fuego naranja resplandecía en la chimenea. Las habitaciones habían sido decoradas con sencillez pero con gusto y esmero, en el suelo había alfombras, y dos sofás y un sillón cómodos estaban junto a la chimenea.

Michael recorrió la habitación con una sonrisa en los labios. Estaba en casa, y a pesar de lo que Riley le había propuesto fuera, se sentía a salvo, lejos de la mugre de la ciudad y su trabajo. Cruzó el arco y entró en la cocina. Sentada a la mesa de la cocina, zurciendo una chaqueta de niño, estaba una negra delgada de aproximadamente la misma edad que Michael. Llevaba el pelo recogido atrás y vestía una sencilla falda gris y una blusa blanca de encaje. Trabajaba dando puntadas con una concentración relajada.

—Annette.

La mujer sonrió sin levantar la cabeza.

—Llegas tarde.

Michael se acercó a ella, que dejó su trabajo. Se sonrieron e intercambiaron un tierno beso luego Michael se sentó enfrente, se quitó el sombrero y lo dejó encima de la mesa. Annette bostezó, luego se levantó y estiró los brazos como un gato.

—¿Has cenado? —preguntó, con voz soñolienta.

Michael negó con la cabeza.

—Calentaré el estofado.

Se dirigió al sólido fogón de cobre de la esquina y empujó una cazuela hasta uno de los hornillos abiertos. Michael se echó hacia atrás en su silla y contempló el cuarto de estar. En uno de los sofás junto a la chimenea acurrucados sobre los almohadones, estaban durmiendo dos niños, un chico y una chica.

—Quisieron quedarse levantados hasta que su papá llegara a casa —dijo Annette,



y los dos compartieron una sonrisa.

EL INSPECTOR JAKE HATENER estaba sentado en un apartado de una lúgubre cafetería que cerraba tarde rebañando la última salsa que quedaba de un *steak au poivre* con el trozo de una *baguette*. Tenía pensado esperar a su amigo antes de pedir la comida, pero el aburrimiento le dominó. La comida siempre había distraído a Hatener, hacía que dejara de darle vueltas en la cabeza a una vida cuyo desarrollo se había vuelto opaco, predecible y fastidioso. En cierto momento de su madurez se había cansado de las cosas que de joven daban interés a sus días: el alcohol y las drogas, los regalos de las putas que buscaban protección, los repentinos e intensos estallidos de violencia. Estaba llegando al último tramo del servicio antes de la jubilación, había visto todo lo imaginable y en cierto modo había perdido lo que convertía todo eso en algo entretenido.

Se había quedado hasta tarde en su despacho, esperando a que Talbot se marchase, y luego se había dirigido al tugurio soportando el viento que se había levantado aquella noche. La cafetería estaba desierta si se exceptúa una camarera de aspecto triste sentada en un taburete de la barra que se limaba las uñas y de vez en cuando echaba una ojeada a la puerta. Hatener la llamó y pidió dos cafés. Ella recogió los platos, limpió la mesa y se contoneó camino de la cocina.

La puerta de la calle se abrió y Luca hizo su entrada. Soltó una sonrisilla mientras se acercaba a la mesa y Hatener se levantó y los dos hombres se abrazaron.

—Me alegra volver a verte —dijo Hatener, dando unas palmadas en la espalda de Luca. Se sentaron y la camarera les trajo los cafés. A Hatener le sorprendió el buen aspecto de Luca. Siempre había tenido algo que le hacía parecer intemporal: cuando estaban en la academia, Luca parecía mucho mayor, mandón y al tanto de todo. Ahora, con cincuenta años y pico, en cierto modo todavía tenía un aspecto juvenil—. Estás mejor de lo que esperaba —añadió Hatener, que había conocido a hombres más jóvenes que Luca que al salir de Angola estaban encorvados y quemados por el sol, con la piel apergaminada característica de los campesinos viejos.

—¿Cómo está Mary? —preguntó Luca.

—Está bien —mintió Hatener—. Siento que no pudieras venir a casa.

Luca rechazó la disculpa con un gesto de la mano y se dispusieron a ponerse al día. Luca le habló a Hatener de su estancia en Angola, de las palizas, los funcionarios de prisiones, la comida tan llena de insectos que casi le provocaba delirios. Le contó que allí olía asquerosamente, una mezcla rancia de sudor, humanidad y excremento que por mucho que frotases no te podías quitar de la ropa y el pelo. Hatener escuchó y a su vez le contó a Luca sus propias cosas. Habló de los acontecimientos de la ciudad y del departamento de policía, de los jóvenes que fueron a la guerra en Europa y habían vuelto a invadir la ciudad, sin trabajo, amargados y con fatiga de combate. Le habló a Luca de su hijo, que había ido a la guerra y nunca volvió, destrozado por

una granada alemana en las afueras de Reims. Ni siquiera un ataúd para que le enterraran ellos, lamentó Hatener, sólo un par de placas de identificación y una carta del gobierno escrita a máquina. Hatener, en realidad, nunca había hablado a nadie de su hijo en el año que siguió a la notificación de su fallecimiento. Hasta le contó el distanciamiento que se había producido entre él y Mary desde la muerte de su hijo, de las calladas maldiciones y los interminables llantos de Mary.

Los hombres se miraron atentamente, considerando las jugarretas que les había causado la vida. Hatener llamó a la camarera para que les volviera a llenar las tazas y sólo entonces se fijó en que Luca no había terminado su café.

Hatener señaló la taza y Luca se frotó el estómago a modo de explicación.

—Algo que cogí en Angola. —Hatener asintió. La mayoría de los hombres que salían de Angola volvían con úlceras, torsión intestinal u otras dolencias estomacales. Cuando la camarera llegó al apartado, Hatener pidió un café para él y leche caliente para Luca. Siguió con la vista a la camarera, que se alejaba, y empujó un expediente por encima de la mesa.

—Antes de nada necesito dar con ellos —dijo Luca, que sonrió, agarró el expediente y hojeó sus páginas. En realidad hacía cinco años que no leía nada, y se dio cuenta con una sensación aterradora de pérdida que veía mucho peor.

—¿Para qué los quieres? —preguntó Hatener.

—Carlo me pidió que me ocupara de eso —dijo Luca sin expresión, y Hatener frunció el ceño.

—Sólo llevas fuera unos días.

Luca se encogió de hombros.

—Mis ahorros estaban en el banco de Ciro.

—Ah —asintió Hatener—, le habríamos dado el soplo a Ciro de haberlo sabido, pero las órdenes vinieron de arriba. —Luca puso una expresión que sugería que no tenía sentido remover el asunto, y luego volvió su atención al expediente que tenía en las manos. Hatener le miró, considerando con tristeza que su amigo hubiera vuelto a trabajar con los Matranga—. ¿Necesitas dinero? —preguntó, y Luca alzó la vista y negó con la cabeza.

—Estoy bien —dijo, y volvió al expediente que contenía todos los documentos con que contaba Michael sobre el caso del Asesino del Hacha sacados por Hatener de noche a escondidas de la comisaría: declaraciones de los testigos, informes sobre la escena del crimen, fotografías, recortes de prensa; lo suficiente para que Luca pudiera empezar. Luca descubrió el nombre de Riley en uno de los recortes de prensa y afloró un recuerdo.

—Oí que declararon ilegal el distrito —dijo, refiriéndose a Storyville, el distrito de prostitución autorizado que durante años convirtió a Nueva Orleans en el centro turístico del sur.

—Ya ves —respondió Hatener con una mueca—. Con todo el bien que hizo.

Hacia finales de 1917, la Comisión sobre Actividades en los Campamentos de

Instrucción, del Departamento de Guerra, obligó al alcalde Behrman a cerrar el distrito debido al gran número de marineros de los campamentos de instrucción cercanos que estaban contagiándose de enfermedades venéreas. El ayuntamiento se enfrentó al Departamento de Guerra, llegando incluso a Washington, para mantener el distrito abierto, pero en medio de declaraciones de que el alcalde Behrman estaba entorpeciendo el esfuerzo bélico, Storyville fue cerrado de mala gana en noviembre de 1917; otra víctima de la Gran Guerra.

—No fue lo único —dijo Hatener—. Ilegalizaron la marihuana, y la *babania*, y ahora están haciendo lo mismo con la priva. Imagínate el panorama, ya no puedes pagar a una mujer, ni comprar una cerveza o fumar nunca más. ¿Llamas a eso América?

Luca sonrió.

—¿Entonces qué pasa ahora con el antiguo distrito? ¿Es una ciudad fantasma? —preguntó.

Hatener sonrió y negó con la cabeza.

—Todo sigue exactamente igual. Salvo que los camellos tienen que pagar un poco más por la protección. De todos modos, a Behrman no le entusiasmaba la idea, así que hace como si no pasara nada. ¿Oíste lo que pasó una noche con su coche?

Luca negó con la cabeza y Hatener le contó una anécdota de que al alcalde le habían robado el coche durante una actuación de Sarah Bernhardt en el Dauphin. Mientras contaba la historia los dos hombres recuperaron su viejo ritmo, y durante unos pocos minutos dejaron de sentirse unos viejos y se convirtieron en los jóvenes que habían sido años atrás, cuando eran fuertes y despreocupados y la vida no tenía tanto peso como ahora. Cuando Hatener llegó al final de su historia, se rieron y se impuso un cálido silencio. Hatener paseó la vista por la cafetería y se dio cuenta de que la camarera se había quedado dormida en el taburete y la cabeza se deslizaba peligrosamente hacia la barra que tenía delante.

—Me alegra que estés de vuelta —dijo Hatener, todavía sonriendo—. Las cosas no son lo que eran en la oficina. Sobre todo desde lo de ese Asesino del Hacha. Andamos yendo y viniendo desde el despacho de McPherson hasta la Familia para tratar de que se enfríen las cosas.

Hatener movió la cabeza a los lados y Luca asintió con la suya, reconociendo que, sin duda, los tiempos habían cambiado para peor. Volvió a hojear el expediente y se encontró con un sobre, lo abrió y sacó un puñado de cartas del tarot manchadas de sangre, de aspecto macabro.

—El asesino las deja en la escena del crimen —explicó Hatener—. Ese es uno de los motivos por los que Talbot insiste en la implicación de la Familia.

Luca dio la vuelta a las cartas y se las acercó a los ojos, examinándolas con mucho detalle.

—Estas cartas no son italianas —dijo.

—¿Estás seguro? —replicó Hatener.

Luca asintió.

—Mi madre leía en el *tarochi* en Italia. Sólo encuentras estos dibujos de animales en los naipes franceses —dijo.

—¿Un criollo? —sugirió Hatener.

—Puede ser —dijo Luca, volviendo a meter las cartas en el sobre. Había visto cartas del *tarocco* parecidas hacía años, cuando había detenido a la sacerdotisa haitiana de Canal Street después de que a su novio lo atraparan vaciando las casas de los clientes de la mujer mientras estaba con ellos. Un hombre al que no conocía nadie estaba matando a tenderos italianos y dejando cartas francesas del tarot en la escena del crimen. O el asesino era un criollo resentido o alguien que trataba de fingir que era un criollo resentido.

Luca sacó un cigarrillo de su paquete y lo encendió.

—Gracias por los informes, Jake —dijo—. Te los devolveré a primera hora de la mañana.

Los dos amigos se sonrieron, chocaron sus tazas y terminaron lo que estaban tomando. Hatener puso unos billetes encima de la mesa y se marcharon de la cafetería. La camarera todavía estaba dormida cuando pasaron por delante de ella; se le balanceaba la cabeza al ritmo que marcaba el sueño.

Una vez en la calle, se abrazaron, quedaron en verse a las seis en punto de la mañana siguiente y luego se despidieron. Luca se alejó con paso tranquilo por la ventosa calle y, mientras se abotonaba el abrigo para defenderse del frío, Hatener observó la forma de su viejo amigo mientras se alejaba y no pudo dejar de pensar que era una pena que Luca D'Andrea pareciera una persona tan solitaria.

EN LA CALLE MAGNOLIA SOPLABA un viento a ráfagas que balanceaba los rótulos de las tiendas y empujaba una lata por el pavimento como a una estruendosa zarza marchita. En un punto enfrente de la tienda de Maggio, solo a un par de metros de donde había aparcado el agente Perez unos pocos días antes, Ida y Lewis se escondían de la luz de la luna en las sombras de una casa abandonada a medio construir. Little Italy estaba salpicada de edificios así, sin terminar, restos de madera de pino de sueños interrumpidos. Inmigrantes que habían reunido con gran esfuerzo sus insignificantes ahorros, compraban un solar barato y empezaban a construir una casa. Pero la situación financiera de esos recién llegados siempre era precaria, y las circunstancias empeoraban las más de las veces, así que los proyectos tenían que ser abandonados, dejando Little Italy sembrada de estructuras de casas ahogadas por los hierbajos.

Ida había encontrado el sitio cuando exploró la zona un día después de hablar con Millicent Hawkes. Consideró que si alguien había investigado la escena de un crimen anterior, era probable que ellos también pudieran investigar el más reciente. Así que había buscado por las cercanías un sitio apropiado desde el que vigilar, y no tardó mucho en encontrar lo que habría sido, en tiempos mejores, el hogar de una u otra familia con ambiciones. El edificio tenía paredes, suelo y vigas en el techo que segmentaban la luz de la luna, y, más importante aún, permitía una visión sin obstáculos de la tienda de Maggio. Y aunque el escondite no impedía que entrara el frío, evitaba que fueran vistos, y les proporcionaba un sitio donde sentarse.

Ida suponía por lo que les había contado Hawkes que el último allanamiento se produjo tres o cuatro días después de los asesinatos anteriores, de modo que había dejado pasar el mismo tiempo y había venido a la casa para la primera noche de vigilancia la tarde anterior. Aquella vez había venido sola porque Lewis estaba contratado para una actuación, y se había sentado al lado en lo que supuso que sería el cuarto de estar de la casa soñada. Estuvo vigilando desde justo antes de la medianoche hasta justo después del amanecer, y se marchó en cuanto hubo luz para dormir unas pocas horas antes del trabajo. Aunque quedó un poco desanimada porque no hubiera pasado nada la primera noche de vigilancia, también sintió alivio porque no había tenido que entrar en acción sin la ayuda de Lewis.

Se había reunido con él aquella misma tarde en el Barrio Francés, y advirtió que parecía un poco azorado y que estaba ocultando una magulladura debajo del sombrero. Cuando ella le preguntó al respecto al acercarse, Lewis al final había reconocido que la magulladura era un embarazoso trofeo de su última riña con Daisy. Ida se imaginaba que la situación en la casa de Gretna era cada vez más complicada, pero no se había dado cuenta de que había llegado a ese grado de violencia. Trató de hablar con Lewis de ello, pero él se había escabullido e Ida se hizo cargo de que no

quería tocar el tema, así que se sentaron en silencio dentro de la casa vacía y sin techo, Lewis dándole vueltas en la cabeza a los asuntos personales de su vida, y ella luchando contra el sueño.

—¿Por qué pensaste que la mujer con la que hablamos estaba mintiendo? —preguntó de repente Lewis, rompiendo quince minutos de silencio. Ida se volvió para mirarle y luego se encogió de hombros.

—Por un montón de cosas, supongo —dijo ella—. Hawkes contó que trabajaba con ellos porque el sindicato de la señora Romano les ayudaba. Pero lo comprobé. La señora Romano no aparece en las listas del sindicato que pude encontrar. El dueño de la fábrica les estaba pagando por otro motivo.

»Luego dijo que los Romano estaban en la ruina. Pero eso tampoco tiene sentido, porque estaban pasando dinero falso —continuó—. Luego dijo que volvió a la casa de noche a por sus cosas. ¿Por qué volvió de noche? Si acaban de asesinar a tu jefe, ¿de verdad vas a recoger tus cosas de la escena del crimen en plena noche? —Conforme hablaba, y se entusiasmaba con el asunto, Ida se despejó, y se puso a hablar cada vez más deprisa—. ¿Por qué no fue de día? Además, ¿por qué esperó tanto antes de ir? Luego dijo que el chico al que vio forzar la entrada tenía una mirada extraña, y eso que pasó justo a su lado. Pero cuando le pedí que lo describiera, dijo que le había visto sólo desde lejos.

—Ida —interrumpió Lewis—, si era mentira todo lo que dijo, ¿por qué estamos sentados en esta casa en ruinas en plena noche?

—No era mentira todo lo que dijo. Esto es lo que calculo que pasó, —Ida empezó a exponer su teoría con un staccato de ametralladora—. Hawkes no volvió a *por sus cosas*. Fue a coger el dinero. El dinero falso. Supongo que los Romano no dejaron de pasar dinero falso, como dijo ella. Si no, ¿cómo pagaban los frascos de heroína para la mujer? Si todavía lo estaban pasando, entonces en la casa había dinero falso, y no me refiero en la caja registradora, como dijo Hawkes, me refiero a un sitio que la policía nunca encontraría. Imaginó que una vez que la policía hubiera levantado el campo, podría volver y quedárselo para ella. Por eso esperó unos cuantos días antes de volver. Por eso volvió de noche. Y por eso nos contó que los Romano estaban en la ruina y habían dejado lo del dinero falso.

—Bien —dijo Lewis—, pero si trataba de mantener todo eso en secreto, ¿entonces por qué nos contó que había vuelto?

—Porque no estaba segura de lo que sabíamos nosotros... lo que explica que eso de que vio forzar la entrada al chico es verdad. Volvió aquella noche y cogió el dinero, pero a la salida ve que fuerza la entrada alguien más. Lo natural es que suponga que es uno de los falsificadores en busca de lo que ella se acababa de llevar.

—Lo natural —repitió Lewis como un eco, con una sonrisa sarcástica. Ida le echó una mirada de reojo antes de continuar con sus conjeturas.

—Entonces aparecemos nosotros en su puerta y no sabe si nos han mandado los falsificadores para ver si ella se llevó el dinero. Así que nos suelta la historia de que

«había ido a recoger sus cosas».

Lewis frunció el ceño.

—¿Entonces por qué nos contó que vio al chico? Si pensaba que éramos falsificadores, eso sólo supone problemas.

—Lo sé —dijo Ida—. Todavía no consigo tampoco entender eso. No somos exactamente el tipo de falsificadores que usarían, y no nos preguntó cómo nos habíamos enterado de que fue a vender información a la Pinkerton.

Lewis pensó un momento.

—¿Estás segura de que el chico que vio no era solo un ratero? —preguntó—. ¿Un imbécil que oyó que la casa de los Romano estaba vacía debido a los asesinatos?

—Hawkes dijo que salió del edificio sin llevar siquiera una bolsa. Si era un ladrón, ¿entonces cómo es que no robó nada? —preguntó Ida—. Y Hawkes dijo que estuvo una media hora dentro de la casa... ¿has oído alguna vez que a un ratero le lleve media hora desvalijar una casa? Estaba registrando aquel sitio. Yo lo veo así. Todas las víctimas forman parte de una banda de falsificadores. Sale mal algo, no sé qué, y se enfrentan. De modo que alguien decide vengarse de ellos. Luego otra persona entiende que necesita algo de las casas de las víctimas, así que contrata a un idiota para que vaya y registre la escena del crimen una vez que se haya ido la policía, y Hawkes se encuentra metida en todo eso.

Lewis reflexionó sobre la teoría de Ida, y en el silencio se oyó a lo lejos y durante unos cuantos minutos el sonido de los gatos callejeros maullando. Lewis iba a hablar cuando distinguió, una manzana calle abajo, una figura avanzando a grandes zancadas hacia la tienda de Maggio. Dio un codazo en las costillas a Ida y esta se volvió para ver la figura. Cuando se acercó más, la vieron con más claridad: un chico enjuto, encorvado, de poco más de diez años, vestido con ropa pobre y una gorra hundida hasta la frente. Llegó cerca de la tienda de los Maggio, miró a su alrededor luego subió corriendo los escalones de la entrada. Medio oculto en la sombra del dintel, sacó algún tipo de herramienta de la chaqueta y se puso a trabajar en la puerta. Al cabo de pocos segundos, consiguió abrirla y entró en la tienda.

—No es el Asesino del Hacha —susurró Lewis—. Ese chico está tan delgado que le puedo contar las costillas.

Ida asintió mostrándose de acuerdo y vio que una luz apenas visible señalaba los pasos del intruso por la casa de los Maggio durante unos momentos antes de apagarse por completo. Media hora después la tenue luz reapareció brevemente y luego se apagó, y el chico surgió entre las sombras del porche. Miró a su alrededor y se alejó andando furtivamente calle arriba, con los hombros hundidos y el paso rápido. Ida y Lewis esperaron hasta que estuvo a una manzana de distancia. Luego salieron de la casa y le siguieron a lo que consideraron una distancia bastante prudencial.

El chico les hizo andar a paso ligero. Salieron de Little Italy y atravesaron el centro de la ciudad hacia la zona industrial junto a los muelles. Las calles de la zona estaban desiertas y en silencio, muchas de ellas sin ningún tipo de iluminación, y el



frío y húmedo olor del Mississippi pesaba en el aire. Después de precederles por un laberinto de callejas, el chico se dirigió a un sendero estrecho y se aproximó a una cerca alta de madera con puerta de doble hoja. Golpeó en la puerta y al cabo de unos momentos esta se abrió hacia dentro con un sonido metálico y el chico pasó por la abertura y entró al patio que se vislumbrara. Ida y Lewis apenas distinguieron el edificio por dentro antes de que la puerta se volviera a cerrar: un extenso almacén victoriano que dormía en las sombras de un patio amplio, desierto.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lewis.

—Echar una ojeada alrededor —respondió Ida.

Se dieron la vuelta y empezaron a recorrer el perímetro. En una calle a espaldas de una cervecera, encontraron un sitio donde había apilados unos barriles junto a la cerca. Dando un salto desde los barriles, era posible aferrarse con la mano a la parte de arriba de la cerca.

Lewis lo hizo primero y luego subió a Ida tras él. Se sentaron en la parte de arriba de la cerca y miraron con atención el patio. Lewis señaló algo que se movía en el extremo más lejano del patio, y al cabo de unos segundos Ida se dio cuenta de lo que era: dos perros guardianes, de grandes mandíbulas; dos sólidos dóberman que se movían en las sombras de un cercado de madera. Ida paseó la vista alrededor algo más y distinguió una luz que brillaba en un conjunto de ventanas del lado más alejado del almacén. Las ventanas estaban en un punto donde la cerca se curvaba acercándose bastante al edificio, e Ida sugirió que rodearan el perímetro hasta un poco más allá para ver si podían mirar dentro.

Se bajaron de un salto de la cerca y continuaron hasta llegar al punto donde brillaba la luz de las ventanas. Esta vez no había barriles que les permitieran subirse a la valla, así que miraron por las rendijas entre las maderas de la cerca. Pudieron ver una franja del patio que llegaba hasta el almacén y sus ventanas iluminadas, por las que distinguieron una zona de trabajo llena de cajas y máquinas de coser. Abrigos de pieles en perchas alineados a un lado del espacio y en el centro mesas rebosantes de pieles, abrigos y estolas en diferentes fases de fabricación. En un rincón, junto a un sofá cama, había una caja fuerte y una mesa donde se encontraba sentado el chico al que habían estado siguiendo. Con la luz pudieron verlo con claridad: una cara demacrada, la piel de un adicto a la droga. Rodeaban al chico dos hombres morenos en traje de gabardina, de constitución cuadrada, rocosa y ojos oscuros.

Al cabo de unos minutos un hombre como una torre, de pecho ancho y con una poblada barba pelirroja irrumpió en la habitación. Se desabrochó el pesado abrigo de piel de zorro que llevaba puesto, introdujo la llave de una caja fuerte en el llavero que le colgaba del cinturón y se acercó a la mesa. Se metió los pulgares en el cinturón, hinchó el pecho y miró con fijeza al chico. Este pareció apagarse ante la mirada del hombre, como si se hiciera más pequeño y estuviera aturdido. Iniciaron una conversación, que Ida y Lewis no podían oír pero por los gestos del chico y el impresionante modo en que el hombre se alzaba sobre él tuvieron la certeza de que

este era el que pagaba al muchacho, y le estaba preguntando sobre lo de aquella noche. Al final el hombre asintió ante algo que dijo el chico, se sacó unos cuantos billetes del bolsillo y se los entregó al chico, que cogió el dinero con una sonrisa de agradecimiento y una sumisa inclinación de cabeza. Después el hombre de la barba hizo un gesto con la cabeza a los hombres con traje de gabardina y los cuatro se levantaron y parecieron disponerse a cerrar el sitio por aquella noche.

Ida y Lewis se apartaron de la cerca e intercambiaron una mirada.

—Volvamos a la parte de delante —dijo Ida—. Los veremos marchar.

Se dirigieron a la puerta delantera, quedando protegidos por las sombras de un edificio de enfrente, y al cuarto de hora la puerta delantera se abrió ruidosamente y un resplandeciente Cadillac negro Type 55 ronroneó en la calle. Uno de los hombres de traje y el chico al que habían seguido salieron detrás del coche. El hombre con traje cerró la puerta con candado, mientras el coche estaba al ralentí, y el chico se mantenía junto al automóvil. El de la barba, que estaba en el asiento del acompañante, se asomó por la ventanilla y se dirigió a él.

—Te veré mañana a la hora de siempre, Johnson —dijo el hombre con acento cajún; las sílabas se unían entre sí en un *glissando* con un deje de francés.

—Sí, señor —dijo el chico, con voz frágil y entrecortada. Se llevó un dedo a la gorra y luego se alejó calle arriba, desvaneciéndose en las sombras. Después el hombre del traje que había cerrado la puerta saltó dentro del coche y este se alejó en la dirección opuesta.

—¿Qué hora crees que es? —preguntó Ida, una vez que hubieron visto desaparecer al coche.

—Ni idea —contestó Lewis—. El reloj de la torre decía que eran las dos y media unos diez minutos antes de que viniéramos... ahora deben de ser alrededor de las tres.

Volvieron a recorrer con esfuerzo el camino por el que habían venido, fumando y encogiendo los hombros para defenderse del frío. Ida había estado en lo cierto al imaginar que el chico iba a ir al último escenario del crimen, y él los había llevado directamente a su jefe, el hombre que le estaba pagando por registrar las casas de las víctimas. Enterarse del nombre del cajún enorme con abrigo de zorro era el siguiente paso. Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el chillido de un búho que levantó ecos en la calle vacía. Ida alzó la vista y cruzó la mirada con la de Lewis: el folclore local consideraba ese sonido un augurio de muerte próxima. Ida se encogió de hombros, como para desestimar la superstición, y continuaron su camino en silencio.

Cuando llegaron al centro, Lewis ayudó a Ida a encontrar un taxi antes de emprender su largo trayecto de vuelta a Gretna y, supuso Ida, otra riña con Daisy. Se frotó los ojos y miró a su alrededor mientras el taxi recorría las calles. Los primeros rayos del amanecer ya se estaban extendiendo por el horizonte. El taxi dobló hacia el sur y, con el Mississippi a un lado, se dirigió hacia el ardiente fuego de la salida del sol.

CUANDO OYÓ LLAMAR A LA PUERTA de la calle, Michael se encontraba desayunando en la mesa de la cocina. Había estado medio leyendo el periódico, medio mirando fascinado a Annette que preparaba a Thomas y Mae para ir al colegio. La contempló mientras se arrodillaba delante de su hijo, intentando meterle el abrigo en unos brazos que se resistían. Ella se detuvo cuando oyó llamar, le lanzó una mirada recelosa y emprendieron una rutina conocida de sobra, como bomberos cuando suena la campana.

Bajo la atenta mirada de Annette, Michael se levantó de la mesa y se acercó a la puerta. No le había contado a Annette la amenaza de McPherson, ni que Riley la repitió la noche anterior. En principio había decidido que no serviría de nada alarmarla, pero ahora dudaba de su decisión. ¿Ya había llevado a cabo la amenaza McPherson? Michael esperaba que al menos le concediera unas semanas de gracia... el tiempo suficiente para conseguir que Annette, Thomas y Mae abandonaran el estado y se instalaran en algún sitio apartado.

Atravesó sin hacer ruido el cuarto de estar y cuando llegó junto a la entrada se dio la vuelta para mirar a Annette y los niños y se llevó un dedo a los labios. Sus hijos imitaron el gesto con cara divertida, como si estuvieran jugando, y Michael les devolvió la sonrisa antes de continuar andando por el pasillo.

Hacían como que Annette era la criada; una justificación cobarde que Michael sólo aceptó ante la insistencia de ella. Era, según señaló, la más verosímil de todas las mentiras que podían contar. Habían inventado la historia al comienzo de su relación, inmediatamente después de que Michael hubiera vuelto a casa de pasar una viruela en el hospital y Annette se instalara con él para cuidarle. Había funcionado bastante bien antes de que naciera su hijo y tuviesen que tomar ciertas medidas. Una mirada a los niños bastaba para condenarlos, pero, con eso y todo, continuaron con sus costumbres habituales, y mantuvieron habitaciones separadas para disimular, y dejaron las casa libre de fotos familiares, diplomas escolares y los mil otros chismes que dan fe de una vida familiar.

No había fotografías de boda que esconder. Cuando Annette se dio cuenta de que estaba embarazada, tomaron la decisión de ir a Kansas City: el sitio más cercano donde las leyes les apoyaban. Hicieron el largo y polvoriento viaje a través de las interminables llanuras del Medio Oeste separados uno del otro, en vagones segregados, en andenes segregados, comiendo solos en las zonas separadas de los restaurantes cercanos de la estación. Y durante todo el trayecto Annette tuvo que soportar el malestar y los mareos de su estado, y el calor.

Llegaron a Kansas City y encontraron al predicador del que les habían hablado, un hombre que se mostraba solidario con los sureños en su situación. Se casaron en una pequeña y apartada capilla e iniciaron el regreso a finales del mismo día. Aunque

su unión había sido bendecida, quedaron en un limbo legal en cuanto volvieron a Nueva Orleans, y todos los días esperaban la llamada a la puerta que los mandara a los dos a la cárcel. De modo que después de las amenazas de McPherson y Riley, Michael estaba especialmente angustiado cuando se detuvo junto a la puerta y carraspeó.

—¿Quién es?

Mientras esperaba respuesta, una intensa quietud pareció estirar el tiempo. Oyó los apagados sonidos de los niños jugando a lo lejos.

—Soy Kerry, señor —dijo una voz contenida.

Michael se relajó y abrió la puerta. Kerry estaba parado en el escalón de delante, y sus ojos verdes brillaban con la luz de la mañana.

—Perdone que le moleste, señor. Me mandó el oficial de guardia. Ha habido otro asesinato.

MEDIA HORA MÁS TARDE MICHAEL se encontraba en una cocina de Gretna examinando los cadáveres de las últimas víctimas mientras llegaban sonidos de arcadas desde el retrete de la puerta de al lado. A Michael le había impresionado que Kerry hubiese conseguido llegar al cuarto de baño antes de ponerse a vomitar. Las víctimas eran otra pareja de casados, Edvard y Anna Schneider. Todavía nadie había sido capaz de imaginar de qué nacionalidad eran, pero no cabía duda de que no eran italianos, y de que Schneider no era tendero, pues era abogado. La pauta seguida en los ataques anteriores había sido claramente quebrantada.

Por lo que Michael podía decir de los restos, los Schneider eran una pareja corpulenta, de edad madura. La mujer de piel pálida con pecas y el pelo castaño, el marido con un rostro porcino y un bigote erizado pelirrojo. Estaban caídos en la cocina, el marido desplomado al pie del fregadero, la mujer en el centro de la estancia. Mientras que el marido sólo tenía un tajo en la cabeza, las heridas infligidas a la mujer eran mucho más espantosas. El asesino había colocado a la mujer boca arriba en el suelo y le había cortado trozos de carne que había dejado apilados en el fregadero. Le habían machacado con tal ferocidad la cabeza que ahora esta no era más que una salpicadura roja en el suelo.

Lo más extraño de todo era que el asesino había trazado unas líneas con las puntas de los dedos en torno al charco de sangre que rodeaba el cuerpo de la mujer. Según revelaban las baldosas blancas, las líneas se habían secado y producido un efecto como el de un negativo fotográfico o una xilografía. Las líneas formaban dibujos toscos de lo que Michael supuso eran muñecos de paja, objetos de pesadilla con bocas gritando y ojos llorando. Tenían algo de frenético, pero también un toque infantil, juguetón, que los hacía más repulsivos. Michael se preguntó si el Asesino del Hacha habría planeado hacer los dibujos, o si se trataba de una decisión espontánea, un ramalazo repentino de inspiración cuando el asesino bajó la vista hacia el charco

de sangre fresca que tenía delante. Michael se apartó de los cuerpos, se santiguó y salió de la cocina.

Se derrumbó en el sofá del cuarto de estar, suspiró y encendió un cigarrillo. Había pensado pasar la mañana tratando de localizar al soplón de Riley. Ermanno Lombardi. Buscar el nombre en los ficheros para ver si encontraba una dirección o un paradero. En lugar de eso tenía que ocuparse de otro asesinato más. Pasó los dedos por las marcas de su cara y paseó la vista por la habitación. Estaba llena de gente: policías que registraban las pertenencias de la pareja, el francés estaba sacando fotografías, un sargento recopilaba las declaraciones de los vecinos. El médico salió de la cocina y se sentó en un sillón frente a Michael. Se miraron en silencio, luego el hombre de más edad movió la cabeza a los lados.

—Probablemente sucedió entre las doce de la noche y las dos de la mañana —dijo el médico—. Hizo un solo corte en la cabeza al marido y le dejó que se desangrase... probablemente pasó largo rato antes de que el hombre perdiera la consciencia. Luego le hizo eso a la mujer. Supongo que es la mujer, claro, todavía no hay modo de identificarla. —El médico dio una chupada a su puro y suspiró—. Me parece que todo fue planeado. Hiere al marido y después le obliga a ver cómo tortura a su mujer. Lo último que vio el pobre hombre fue la carnicería que hacían con la persona más cercana y querida.

Un agente salió de la cocina y le entregó a Michael dos cartas del tarot.

—Las encontramos en el fregadero, señor —dijo el agente. Michael le dio las gracias y examinó las cartas: el Mago y el Ahorcado. La carta del Mago mostraba a un hombre con casaca que sostenía un objeto metálico de extraña forma delante de un altar. Sobre el altar había espadas, puñales y símbolos extraños. El Ahorcado representaba a un hombre con túnica colgado boca abajo de un crucifijo, con una sonrisa escalofriante en los labios. Eran del mismo estilo que las otras cartas, de una naturaleza infernal que él no podía atribuir a ningún elemento concreto —los colores, el trazo, los rostros de las personas representadas—, sino a la combinación de todos ellos.

La puerta del cuarto de baño se abrió y Kerry entró en la habitación limpiándose la boca con la mano.

—¿Te encuentras mejor, hijo? —preguntó Michael, alzando la vista de las cartas.

—No del todo.

El chico estaba demudado, y más pálido de lo habitual. Michael sonrió, hizo un gesto a Kerry de que se sentara en el sillón enfrente de él y se ocuparon de la información reunida por los agentes de policía.

Dos horas antes los vecinos del piso de abajo repararon en un charco de sangre que manchaba la alfombra de su cuarto de estar. Al darse cuenta de que la sangre goteaba del bronce de un candelabro, avisaron al portero del edificio, que a su vez llamó a la policía. La puerta de casa estaba cerrada con llave por dentro cuando entraron los primeros agentes, y encontraron las llaves de los Schneider en el cajón de

un aparador. En aquel momento agentes de uniforme estaban interrogando al resto de los inquilinos del edificio y a los residentes de las casas cercanas, pero hasta entonces ninguno había informado de nada significativo.

Contraviniendo las nuevas normas sobre la urbanística, el edificio no estaba dotado de escaleras de incendio exteriores, de modo que sólo era posible entrar o salir por la puerta principal. Sin embargo esa puerta estaba cerrada con llave por dentro. El Asesino del Hacha debía de haberla cerrado utilizando una ganzúa mientras estaba arrodillado en el pasillo del edificio; un riesgo enorme e innecesario. Michael imaginó los titulares: «El Asesino del Hacha mata a dos personas en la casa de un cuarto piso. La puerta estaba cerrada por dentro».

—El asesino debe de haber estudiado el edificio antes de entrar —dijo Michael—, luego debe de haber pasado algo de tiempo forzando la puerta de la calle. Una vez dentro del edificio, subió la escalera, y debe de haber pasado, cuánto, quince minutos o así abriendo con una ganzúa la cerradura de la puerta de los Schneider. Lo hizo en absoluto silencio, además, o Schneider habría cogido la pistola que encontramos debajo de su almohada.

—Pudo haber llamado a la puerta y preguntado algo —sugirió Kerry.

—Es posible, pero si Schneider tenía una pistola debajo de la almohada, dudo que haya dejado entrar a un desconocido que podía engañarle. Y ninguno de los vecinos oyó gritos.

Michael encendió otro cigarrillo y se pasó la mano por la cara. No encontraba sentido a los cambios de comportamiento del hombre. Planeó el ataque con meticulosidad, luego cometió los asesinatos de modo frenético, se limpió con cuidado, y corrió riesgos estúpidos cerrando la puerta desde fuera con una ganzúa o algo así.

Michael se puso de pie y paseó por la habitación, notando con una mueca de desagrado que el olor a carnicería procedente de la cocina se abría paso de modo constante en el cuarto de estar.

—Los tres primeros ataques fueron similares: las víctimas eran todos sicilianos, todos tuvieron lugar en el mismo barrio, y eran todos tenderos. Pero este: es una zona distinta de la ciudad, la víctima es un abogado, moderadamente rico y... —Michael se interrumpió y se frotó la cabeza—. ¿Todavía no se sabe de dónde eran? —preguntó en voz alta.

—La mujer era alemana, señor —dijo uno de los agentes, trayendo un inventario de lo hallado—. Encontramos documentos de su nacionalización.

—¿Y el marido?

—Todavía no estamos seguros. Uno de los vecinos dijo que podría ser holandés. Michael suspiró y dio una calada a su cigarrillo.

—A lo mejor Schneider era el abogado de los tres tenderos —dijo Kerry.

Michael sonrió, contento de que Kerry hubiera hecho la sugerencia a pesar de que era evidente.

—Ya he mandado a un par de hombres a que registren el lugar donde trabaja —dijo Michael—. Lo sabremos pronto. Pero de momento supongamos que el Asesino del Hacha está atacando a gente al azar. Que cambie de barrio podría tener sentido. Ahora la mayoría de las patrullas vigilan Little Italy. Pero ¿por qué eligió esta casa? ¿En un edificio de cuatro pisos? Si sólo estuviera eligiendo a la gente al azar, podría haber escogido un sitio más fácil. Que se arriesgara tanto indica que su objetivo son personas concretas. Lo que haría que esos asesinatos estuvieran planeados, y no son obra de un lunático que actúa al azar.

Se puso en jarras y pensó. Las cartas del tarot, la advertencia escrita en casa de los Maggio. Víctimas concretas pero violencia exagerada. Lo único que podía pensar que diera sentido a todo eso era represalia, venganza. Pero ¿qué habían hecho las víctimas para merecer unos ataques tan salvajes como venganza?

—Kerry, quiero que me hagas un encargo. Vuelve a la oficina y busca información sobre Ermanno Lombardi —dijo Michael—. Y no le cuentes a nadie lo que estás haciendo, ¿entendido?

—Claro —dijo Kerry, sonriendo. Se puso de pie y se estiró el uniforme, luego hizo un saludo con la gorra y salió de la casa.

Michael vio marcharse al chico y luego se dirigió a la ventana del otro extremo de la habitación. Miró la calle, y durante un momento se apoderó de él un miedo absurdo: podría ver a Luca parado en la acera cuatro pisos más abajo observándole con la mirada torva. Pero lo único que vio fueron coches de la policía, y el cordón, y una manada de periodistas precipitándose para tratar de entrevistar a los vecinos. Durante un momento sintió una extraña calidez, como si estar apartado de lo que ocurría abajo le hiciera intocable, le mantuviera a salvo. Y entonces recordó los dos cuerpos mutilados de la habitación de al lado.

CUANDO LEWIS VOLVÍA LA VISTA hacia los seis primeros años de su vida, los años que pasó viviendo con su abuela en la casa del callejón James, sus recuerdos estaban teñidos del resplandor de la seguridad, de sentirse deseado y querido. Las imágenes de aquella época que con los años su mente adulta había conservado —imágenes de su abuela lavando la ropa en el patio trasero, de las calles del Battlefield donde estaba situada la casa, de la multitud de parientes y conocidos que venían de visita— por algún motivo, palidecían en comparación con las imágenes del cinamomo de ramas extendidas que cubrían el patio trasero de la casa del callejón James.

El árbol no era más alto que la casa, pero hacía notar su presencia. En verano, racimos de flores lila salpicaban el árbol y desprendían un aroma que se extendía por el jardín e impregnaba la casa, perfumando la ropa que la abuela de Lewis tendía a secar. Y en invierno los frutos del tamaño de canicas llenaban el jardín de cantos de pájaros que se reunían allí para darse un festín con las pegajosas drupas amarillas que caían al suelo y formaban una alfombra resbaladiza y alquitranada. Cuando Lewis se portaba mal, su abuela le hacía cortar esquejes de las ramas, y cuando se portaba bien, le dejaba trepar a su copa para que jugase. Y el día en que todo eso llegó a su fin, fue allí arriba donde resultó que estaba Lewis, sin ser consciente de que iba a pasar por la primera gran experiencia desgraciada de su vida.

Cuando oyó que le llamaba su abuela, notó que su voz sonaba un poco más tensa de lo normal, con un tono un poco más pesadoso. Pero Lewis solo tenía seis años y aún no percibía la importancia de las sutilezas, así que no tenía ninguna prevención cuando entró corriendo en la casa para ver lo que pasaba.

Llegó a la sala y le sorprendió ver a su abuela instalada en el sofá con una mujer arrogante de aspecto severo a la que no había visto nunca. Las dos tenían una expresión seria, y su abuela le pidió que se sentara. Él se subió a un sillón y las miró a las dos. Su abuela, lavandera y esclava liberada, seguidora tanto del catolicismo como del vudú, siempre había llevado a Lewis con ella a todas partes, incluso a las casas de ricos en las que trabajaba, donde Lewis jugaba al escondite con los niños blancos que vivían allí, mientras ella lavaba la ropa blanca de sus padres. Así que Lewis creía que conocía a la gente con la que trataba su abuela, lo que hizo más insondable el misterio de la mujer sentada al lado de ella.

Su abuela se tomó un momento, y luego le explicó con un lenguaje adaptado a los seis años de él, que su madre, que vivía en el Storyville Negro, había contraído una enfermedad después de dar a luz a su nueva hermanita, y que su padre la había abandonado otra vez. Luego explicó que Lewis se tenía que trasladar a casa de su madre para cuidar de ella, y que la mujer sentada a su lado le iba a llevar allí. Lewis pasó la vista de su abuela a la desconocida, y de esta a su abuela, y se echó a llorar inmediatamente.



Mientras su abuela le ponía sus mejores ropas —un traje blanco Lord Fauntleroy— y le hacía la maleta, trató de consolarle lo mejor que pudo, y después de una despedida bañada en lágrimas, la mujer de aspecto severo sacó a Lewis de la casa.

Cuando llegaron a la parada de tranvía de la avenida Tulane, la mujer, enojada con el llanto de Lewis, se arrodilló al lado de él, y le habló por primera vez con una voz que era sorprendentemente cálida.

—Lewis —dijo—, ¿sabes qué es ese sitio que hay detrás de la parada?

Lewis siguió la dirección del dedo hasta el edificio siniestro de ladrillo rojo del otro lado de la calle: la cárcel. Lewis asintió y se secó las lágrimas de los ojos.

—Es donde va la gente mala —dijo, y la mujer asintió y sonrió—. Bien, pues si no cierras esa maldita boca, es donde también vas a terminar tú —siseó.

Lewis notó que iba a echarse a llorar otra vez, pero hizo todo lo posible por quedarse callado y no sollozar. Se secó las lágrimas de los ojos y decidió no mirar más a la mujer, para evitar que la cara cruel de la desconocida le hiciera volver a llorar.

En aquel momento llegó el tranvía. Lewis nunca había montado en un tranvía. Subió detrás de la mujer, saludó con la cabeza al conductor y se sentó en la primera fila de asientos, donde había una ventana libre por la que mirar. El conductor hizo sonar la campana y el tranvía se puso en marcha, y Lewis sonrió mientras veía pasar las casas. Y entonces oyó gritar su nombre a la mujer. Se volvió y la vio sentada en la parte de atrás del tranvía con una expresión de enfado en la cara.

—¡Chico! —gritó— Ven aquí atrás. ¡Es donde debes ir!

Lewis, creyendo que estaba de broma, se dio la vuelta y siguió mirando por la ventanilla hasta que notó que una mano le agarraba del brazo y tiraba de él, arrancándole del asiento. Lewis cayó al suelo haciéndose una rozadura en la rodilla, y la mujer le arrastró por el codo hasta el final del tranvía, pasando junto a pasajeros que contemplaban con los ojos muy abiertos el espectáculo que estaba montando la pareja. Le dejó caer en la fila de atrás y señaló el cartel del respaldo del asiento de delante:

### SÓLO PARA LOS DE COLOR.

—¿QUIERES QUE nos linchen?

—Nunca me había subido a un tranvía —dijo Lewis, y la miró confuso y contrariado.

Cuando el tranvía llegó a la esquina de Tulane con Liberty, se apearon y anduvieron dos manzanas hasta casa de Mayann, con la mujer tirando de Lewis por la muñeca. Se acercaron a una puerta desvencijada de madera de una de las casas del cruce entre Liberty y Perdido y, sin llamar ni necesidad de usar una llave, la mujer abrió la puerta de un fuerte empujón. La habitación en la que entraron era oscura y triste, y Lewis tuvo que esforzarse para distinguir algo. Entre las destartaladas

maderas del suelo y las paredes vacías, el espacio estaba ocupado por una cama imponente de hierro, una cocina rudimentaria en una pared y una segunda puerta que se abría a un patio trasero que proporcionaba la única fuente de luz. Por la puerta abierta Lewis distinguió las ruinosas casas de enfrente, y los tendedores que se extendían por el patio. Recorrió con la vista el resto de la habitación, asombrado de lo pequeña, sucia y oscura que era, y se preguntó dónde estaban las demás habitaciones.

Al cabo de unos momentos su madre se sentó en la cama metálica, se frotó los ojos y sonrió débilmente a Lewis, que hizo todo lo posible por devolverle la sonrisa. Entonces se fijó que dormida junto a su madre estaba la hermanita a la que nunca había visto, una cosa arrugada, diminuta y envuelta en ásperas telas de algodón. Su madre pasó la mirada de la pequeña a Lewis y este vio que parecía enferma, con los ojos hinchados. Lewis sólo había visto a su madre unas pocas ocasiones antes, cuando iba a visitar a su suegra a la casa del callejón James; ocasiones en las que hizo un esfuerzo y había llegado vestida con lo mejor que tenía para los domingos.

—Creí que a lo mejor tu abuela no te dejaría venir. —Habló muy bajo, con una voz tan débil y delirante que Lewis pensó que se lo decía a sí misma—. Lewis —continuó—. Hasta ahora no he hecho por ti lo que debería. Pero voy a intentar arreglarlo. —Él la miró y contuvo las ganas de llorar. Quería volver con su abuela, a la soleada casa del callejón James con su revoltijo de habitaciones, y su jardín, y el cinamomo. ¿Cómo se había convertido de repente en su casa aquella única y sucia habitación? Una habitación tan mal iluminada que parecía que le habían robado la luz. Una habitación en un sitio apartado de la ciudad, con dos desconocidas temblorosas, débiles y necesitadas.

AHORA, DOCE AÑOS DESPUÉS, Lewis cargaba otra vez con sus pertenencias hacia la calle Perdido, donde estaba la casa de su madre. Pero esta vez era un adulto. Y cuando bajó la vista hacia Clarence, que iba a trompicones a su lado, se dio cuenta con una sensación molesta de que la historia se repetía, que su hijo adoptado tenía más o menos la misma edad que él cuando lo arrastró por la ciudad, aterrado, la mujer sin nombre.

Los dos ofrecían una imagen penosa. Lewis tenía manchas de sangre en la camisa y en el labio se le estaba formando una costra que le empezaba a picar. Llevaba una bolsa de arpillera echada encima de un hombro con su ropa dentro y la funda de su corneta colgada del otro hombro. En las manos tenía la dolorosamente pesada victrola de cuerda que, aparte de su corneta, era su posesión más preciada y, encima de ella, un montón de discos —la Original Dixieland Jazz Band, Enrico Caruso, Luisa Tetrazzini, Henry Burr—, todos atados con un trozo de cuerda muy fina. Junto a Lewis, Clarence protestaba bajo el peso de una bolsa de lona llena con sus juguetes.

—Ya casi estamos, chico —dijo Lewis, con una sonrisa, y Clarence hizo una mueca de desagrado—. Te contaré un cuento de fantasmas, si quieres. Sobre Jean

Lafitte.

Pero Clarence negó con la cabeza y fijó la mirada en la calle que tenía delante y Lewis se sintió culpable de nuevo por haber sometido al chico al conflictivo y doloroso proceso de marcharse a Gretna y regresar.

Cruzaron la calle Liberty y se acercaron a la casa. Puso la victrola y los discos en el suelo con un quejido, llamó a la puerta y se frotó la rabadilla mientras esperaba. Al cabo de unos cuantos segundos se abrió la puerta y apareció Mayann Armstrong, vestida todavía con su uniforme azul y blanco de doncella. Era una mujer corpulenta, robusta, pero una vida de trabajo duro y privaciones había cobrado su peaje y parecía tener más de sus treinta y cinco años. Miró a las dos lamentables figuras que tenía delante y frunció el ceño. Clavó la vista en la lesionada cara de Lewis, luego en los objetos del suelo, y movió la cabeza a los lados. Después, sin una palabra, volvió a internarse en la casa. Lewis hizo un gesto con la cabeza a Clarence y recogieron sus cosas del suelo y entraron detrás de ella.

Dentro de la casa la puerta de atrás estaba abierta y desde el patio a Lewis le llegó el sonido de mujeres que charlaban y niñas que jugaban a la rayuela. Soltaron sus cosas y Clarence empezó a moverse por el suelo instalando sus juguetes en su nueva casa. Mayann se apoyó en la encimera de la cocina y miró fijamente a Lewis, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué ha pasado, chico? —preguntó, y en su voz había cierta ternura y preocupación.

—No lo podía soportar más —dijo Lewis, y le describió el ambiente de agresividad de la casa de Gretna. En las riñas Daisy siempre le tiraba algo, zapatos, discos, juguetes, hasta en una ocasión ladrillos recogidos en la calle. Y Clarence lloraba, se agarraba a sus piernas mientras ellos se gritaban. Luego Daisy había empezado a lanzarle puñetazos a la boca porque sabía que era su punto débil. Un labio herido suponía que no se pudiera ganar la vida, y Lewis había decidido coger sus cosas y cruzar al otro lado del río, eligiendo su amor por la música frente a su amor por una mujer.

Mientras Lewis hablaba y Clarence se arrodillaba junto a su bolsa sacando cosas al azar, Mayann escuchaba a su hijo con rostro inexpresivo. Cuando terminó, no le recordó que ella había estado en contra de su relación con Daisy desde el principio, que siempre se imaginó que acabaría pasando algo así. Extendió los brazos y le abrazó.

—Será mejor que vayas a ver a la señora Parker para ver si te puede prestar un colchón. Y me parece que necesitaremos algo más de comida.

—Iré a la tienda de Zatterman y Stahle —dijo Lewis, volviendo a ponerse el sombrero—. ¿Judías pintas y medio kilo de arroz? —preguntó con una sonrisa, y Mayann se la devolvió y asintió. Lewis se dirigió a la puerta y la abrió, pero antes de salir se detuvo y se volvió hacia su madre, como si hubiera olvidado algo. Mayann lo miró fijamente, y Lewis sonrió—. Gracias, mamá —dijo avergonzado, y Mayann

movió la cabeza a los lados. Luego oyeron que algo daba vueltas, bajaron la vista y vieron que Clarence había desenvuelto los discos, colocado uno en el plato de la victrola y estaba haciendo girar la manivela del gramófono ajeno a lo demás. Cuando Lewis comenzó a andar, empezó la música de la victrola: un aria de *El Barbero de Sevilla*. La voz de Tetrzzini pasó junto a él y llegó a la calle, donde se mezcló con la música de *jazz* que atronaba desde los burdeles del otro lado de la calle. Unos cuantos golfos de los que holgazaneaban por los alrededores se dieron la vuelta para ver de dónde venía la música de ópera y se encontraron con la mirada de Lewis. Este sonrió, les saludó con el sombrero, y se encaminó en dirección a la calle Rampart, tocándose la costra del labio.

RAYOS DEL SOL MATINAL PENETRABAN por las rendijas de una cerca de madera y proyectaban rayas sobre un patio lleno hasta el borde de tendederos de ropa. Las cuerdas ocupaban todos los centímetros de espacio disponible y de ellas colgaba un mar de sábanas blancas que ondeaban y bailaban enérgicamente con el viento. En el centro del patio, en mitad de las oscilantes paredes de ropa lavada, estaba sentado un demacrado criollo de piel oscura que se llamaba Bechet. Estaba sentado junto a una tabla de lavar, enjabonando ropa blanca mojada con dedos largos y delgados mientras canturreaba una canción folk para sí mismo sin levantar la voz. Oyó un ruido, dejó de cantar y miró hacia arriba con el ceño fruncido. Una forma se movía entre las cuerdas de tender, la forma de un hombre. Se levantó una sábana y la forma se reveló como la de Luca D'Andrea.

Una sonrisa asomó a la cara de Bechet, que habló con un entrecortado acento francés.

—¡Luca! *Longtemps!* Por un momento creí que eras un aparecido. —Bechet rio entre dientes para sí mismo y Luca le devolvió la sonrisa. El viejo criollo era un hombre desgarrado, con piel oscura agrietada por el sol y una sonrisa casi constante. Luca vio que estaba sentado junto a su tabla, en el centro del patio donde lavaba, y tuvo la impresión de que era una araña posada en el centro de su tela.

—¿Qué tal esa vida? —preguntó Bechet, en tono afectuoso.

—La vida va bien —contestó Luca—. ¿Qué tal la lavandería?

—¡Bah! —Bechet se encogió de hombros—. La ropa se mancha, la ropa se limpia.

Volvió la vista hacia Luca, entrecerrando los ojos por el sol; sus manos producían un lento ritmo metálico al frotar la tabla de lavar.

—Supongo que esta no es una visita de cortesía —dijo el viejo, y Luca negó con la cabeza.

—Necesito información sobre el Asesino del Hacha.

Bechet dejó de frotar y una expresión de desaliento asomó a su cara.

—¿El Asesino del Hacha? ¿Por qué quieres cazarlo?

Luca frunció el ceño y se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo iba a perseguir? —preguntó, y Bechet entrecerró más los ojos y levantó un dedo índice en su dirección.

—Porque me parece —dijo el viejo, meneando el dedo, con espuma de jabón cubriéndole toda la mano— que el Asesino del Hacha es un demonio. —Bechet soltó una risotada sonora y ronca y se llevó las manos al pecho—. Persigues a un demonio —dijo—. Un producto local, un demonio de Nueva Orleans.

Luca hizo una mueca y lanzó una mirada despectiva a Bechet. Llevaba casi un par de décadas comprándole información al viejo, y aunque Bechet siempre le había

parecido un excéntrico —se requería cierto tipo de carácter para correr el riesgo de ser confidente—, en todos aquellos años Luca nunca le había visto reírse y despotricar sobre demonios. Luca había estado viendo a todos sus antiguos confidentes desde que lo pusieron en libertad. Los que todavía estaban vivos, y todavía lo bastante lúcidos para hablar, le dijeron todos lo mismo: nadie en toda la ciudad sabía nada del Asesino del Hacha, era como si no existiese. Y ahora Bechet estaba llamando demonio al asesino.

—Estaba pensando que podría ser criollo —dijo Luca, tratando de volver a encarrilar la conversación—. ¿Sabes de algún criollo al que le gusten las hachas y esté resentido?

La risa de Bechet desapareció y negó con la cabeza.

—En Nueva Orleans muchos tipos están resentidos —dijo. Luego clavó la mirada en Luca y levantó la pastilla de jabón que estaba usando para las sábanas—. Pones juntos a esos pobres tipos y los estrujas —dijo, apretando el jabón con sus manos nudosas y largas—, y ya tienes a un demonio. —Abrió la mano—. Un demonio con la impronta de Nueva Orleans —continuó, con unos ojos extrañamente fríos. El viejo dirigió su mirada a la deforme pastilla de jabón, luego gruñó para sí mismo, como si hubiera visto un pecado, y prosiguió con su trabajo.

Luca frunció el ceño sin entender que aquellos huesudos dedos tuvieran fuerza para aplastar una pastilla de jabón dura como la piedra.

—Esa caza del criollo —dijo Bechet—, ¿no es uno de tus trabajos que alguien cargue con la culpa? ¿No has aprendido nada en Angola?

Luca negó con la cabeza.

—No se trata de que alguien cargue con la culpa —dijo—. Creo que podría ser vudú.

—¿Vudú? —Bechet alzó la vista para mirarle con expresión divertida—. Podría ser. Si quieres saber algo al respecto, conozco a una dama que puede ayudar. Te daré los detalles, pero el precio ha subido mientras estabas fuera. Lo de antes, más un diez por ciento. —Luca se encogió de hombros, indicando que el dinero no era problema, y Bechet le sonrió—. La inflación, *mon ami*. Esa chica te puede ayudar. En más de un sentido —dijo, enarcando las cejas. Se puso de pie, se secó las manos en los pantalones y estiró la espalda, que le crujió. Luca se fijó en un cable de cobre enrollado en el tobillo de Bechet, un amuleto de esclavo para protegerse de la tisis. A Luca le pareció extraño: el viejo era de Haití, una isla de hombres libres. Bechet volvió a tararear la canción folk que se canturreaba para sí mismo y se puso a andar sin prisa, desapareciendo detrás de las cuerdas con hileras de sábanas colgadas.

Luca paseó la vista por el patio mientras esperaba. Se sentía extrañamente como en casa con las sábanas bailando delante de él; sus superficies cambiantes como una niebla geométrica y restallante. Llevaba bastante tiempo fuera de la cárcel pero se daba cuenta que todavía le gustaban mucho los espacios cerrados, rincones y pasillos, y la mayor parte de las noches las pasaba sin salir de la habitación de su hotel.

Durante su estancia en la cárcel no tenía que preocuparse de dónde ir, qué comer, cuándo lavarse y dormir. La libertad significaba que tenía que volver otra vez a sopesar la importancia moral y material de las cosas. Eso le hacía sentirse como un fantasma que regresaba al mundo. Y todavía tenía la sensación de que por algún motivo el mundo al que había vuelto no era completamente idéntico al que había dejado, o, al menos, el que recordaba. En Angola había convertido el mundo exterior en un lugar inmaculado, resplandeciente. Y ahora descubría que no podía hacer frente a la Nueva Orleans actual, una ciudad contaminada por desechos y malos olores. El patio de Bechet, con sus sábanas tan blancas brillando al sol, era el primer sitio en el que había estado desde su puesta en libertad que consideraba limpio de verdad. Eso le hacía albergar la esperanza de que la mugre y la peste de Angola podrían, transcurrido el tiempo suficiente, desaparecer para siempre.

Sacó un cigarrillo de su paquete y lo encendió. Había fumado sin parar desde su puesta en libertad, principalmente porque la verdad es que no comía. Pasara lo que le pasase a su estómago en Angola, no le sentaba bien la buena comida, el café o los licores. Y por eso los cigarrillos se habían convertido en la opción menos dolorosa.

Al fin Bechet reapareció y avanzó con dificultad entre las sábanas; llevaba un trozo de papel y dos tazas metálicas abolladas.

—Aquí no se fuma, Luca. La ropa tiene que oler a limpio —dijo, respirando profundamente el aire de la mañana y dándose golpecitos en el pecho con la palma de la mano. Luca tiró su cigarrillo al suelo y lo aplastó con la bota.

Bechet le tendió el pedazo de papel y una de las tazas.

—*Bierre du pays* —dijo Bechet. Una cerveza criolla elaborada con piña. A Luca antes le gustaba el sabor ácido de la bebida, pero ahora no sabía el efecto que tendría en su estómago la cerveza. Bechet alzó la taza para brindar por el trato y Luca, por educación, chocó su taza contra la de él y bebió. Luego le dio a Bechet el dinero que había pedido y este comprobó los billetes antes de guardárselos en el bolsillo de la camisa y volver a sentarse en su banqueta.

—¿Sabes? Todo eso del Asesino del Hacha me da risa —dijo Bechet—. Si lo miras desde el punto de vista de un negro. Tú no has sido muy amigo de la gente de color. Tú y toda la policía. Metiéndoos con ellos, pegándoles, acusándoles sin motivo, apropiándoos de su dinero. Ahora un morenito anda por la ciudad matando blancos, y todos se preguntan quién va a ser el siguiente. —Bechet se encogió de hombros—. Eso va a pasar siempre.

Luca miró fijamente al viejo y asintió.

—Creo que aciertas en eso, amigo mío —dijo, saludando a Bechet con el sombrero—. *Au revoir, mon ami*.

Estaba a punto de darse la vuelta para irse cuando Bechet volvió a hablar.

—¿Sabes? Tenemos un dicho allá en Haití. *Complot plis fort passe ouanga*.

Luca frunció el ceño. Llevaba viviendo en Nueva Orleans lo suficiente para haber adquirido un vocabulario francés decente, pero los millares de dialectos y frases

hechas de los criollos y los cajunes todavía seguían siendo un misterio. Bechet advirtió su incomprensión y sonrió.

—Significa: la conspiración es más poderosa que la brujería.

Luca le devolvió la sonrisa.

—Lo tendré en cuenta —dijo. Luego se dio la vuelta y se alejó del viejo, desapareciendo entre las ondulantes sábanas.



CUANDO MICHAEL VOLVÍA LA VISTA atrás considerando su vida, tenía la sensación de que en su mayor parte había estado condicionada por dos, y sólo dos, grandes y funestas decisiones. La primera fue elegir formar una familia con una mujer de color, y la segunda, la muerte de un contable llamado Reginald Abner.

En la época de lo que llegó a ser conocido como el caso Abner, Michael formaba pareja con un inspector más experimentado que se llamaba Jeremiah Toby Wilson. A los dos hombres les habían encomendado hacer el traslado de un sospechoso, Reginald Abner, desde la comisaría hasta el juzgado, y luego hasta la prisión de la ciudad. Los traslados normalmente no eran misión de los inspectores, pero Abner era un caso especial. Lo habían detenido el día anterior bajo la acusación de asesinato y, en un intento de conseguir que le redujeran la condena, había informado a los de la comisaría que estaba dispuesto a proporcionar las pruebas que aseguraba tenía en contra de Carlo Matranga y que podrían hacer que lo electrocutaran. El comisario jefe de entonces, aunque no convencido del todo de la historia de Abner, encargó a dos inspectores que, por si acaso, hicieran de niñera durante el traslado. A Michael y Wilson se los consideraba dos de los miembros más de fiar de la comisaría; a Michael debido a su juventud, a Wilson debido a su edad.

Pero ese día Wilson no fue a trabajar y, en su ausencia, encargaron a Luca que supervisara el traslado. Michael había oído historias sobre Luca, y sabía que se le relacionaba con los Matranga. Por tanto, el hecho de que el comisario hubiera elegido a Luca para supervisar el traslado inquietó a Michael.

Los dos se reunieron en la comisaría y bajaron los escalones que llevaban al patio. Este era un espacio polvoriento que albergaba las cuadras de la comisaría y sus carretas, y estaba rodeado por altos muros de ladrillo. Lo bañaba el sol cuando llegaron, pues el día caía en esa época tan agradable entre la temporada de nieblas y pleno verano. La carreta destinada al traslado ya tenía los caballos enganchados y esperaba por ellos, parada justo delante de las puertas de hierro cerradas con una tranca que llevaban a la calle. Luca mandó a Michael que se situara en el pescante con el conductor mientras que él acompañaría a Abner en la parte de atrás. Uno de los mozos de cuadra abrió las pesadas y chirriantes puertas, y el conductor guio a los caballos a la calle.

Avanzaron sin incidentes durante un cuarto de hora, abriéndose paso lentamente entre el tráfico de la mañana. El sol caía directamente sobre ellos haciendo que destellaran los herrajes y los estribos de la carreta y que los cuerpos de los caballos brillaran de sudor. Cuando llegaron al límite del barrio financiero, donde las vías se hacían un poco más anchas y despejadas, tuvieron que detenerse porque la calle estaba bloqueada delante de ellos: un puesto de mercado de un hombre estaba volcado en la calzada. Frutas y verduras se encontraban desparramadas entre el

estiercol disperso por la calle, y se había formado un grupo de personas; unas intentaban ayudar al dueño del puesto a levantarlo, y otras contribuían subrepticamente a que continuara caído.

El conductor detuvo la carreta detrás de otros dos carros más que habían quedado inmovilizados por culpa del obstáculo y, cruzando las riendas encima de las rodillas, soltó un suspiro. Entre el grupo de personas, Michael oyó los gritos de un vendedor de sandías.

—¡Sandías! ¡Sandías! ¡Rojas sin par! ¡Si no me creen las persianas deben bajar!

Luego oyó un sonido metálico a su lado. Se volvió y bajó la vista hacia la puerta de la carreta. Contraviniendo todas las normas, Luca se había apeado de la carreta por detrás y se acercaba a la obstrucción, dejando a Abner sin compañía y, ante el asombro de Michael, con la puerta sin cerrar con llave.

Michael hizo ademán de bajarse del pescante de la carreta, pero el conductor le agarró por el hombro con una mano que cerró enérgica.

—¿Adónde vas, hijo? —preguntó.

—Voy a echarle un ojo al detenido —respondió Michael.

—Quédate donde estás. —El conductor sujetó con firmeza el hombro de Michael.

Debería de haberse dado cuenta del tono del conductor: estaba dándole un consejo, no una orden, pero Michael hizo una mueca, se soltó y se bajó de un salto desde el pescante de la carreta.

—¡Maldita sea! —gritó el conductor a sus espaldas.

Michael rodeaba el costado de la carreta cuando Luca se volvió hacia él y quedó paralizado al verlo. Luego corrió hacia delante. Michael oyó que la gente gritaba y vio que Luca le chillaba algo, pero no pudo entender lo que estaba diciendo.

Confuso, Michael paseó la vista alrededor: vio abierta la puerta de la carreta, y a Luca que corría hacia él, con la boca muy abierta gritando, y notó el alboroto de la gente y luego observó que el grupo se dispersaba rápidamente. Tres hombres, con pañuelos rojos tapándoles la cara y pistolas soltando destellos en las manos, corrían entre la gente, derribando a algunas personas al suelo.

Michael corrió para cerrar la puerta antes de que los hombres llegaran a ella, aunque estos le apuntaban con sus armas. Pero algo pesado le agarró por detrás y le derribó al suelo. Los hombres llegaron a la carreta y abrieron la puerta trasera. Michael oyó los gritos de terror de Abner y luego el estampido de disparos, estridentes y a punto de reventarle los oídos. Los proyectiles perforaron el cuerpo de Abner, que se derrumbó en el suelo de la carreta. Los hombres dispararon repetidamente contra el cuerpo y luego se dieron la vuelta para huir, corriendo por la calle ahora desierta y desapareciendo al doblar una esquina.

Todo el episodio duró únicamente unos cuantos segundos, pero a Michael le pareció una eternidad, un largo y silencioso juego de sombras que le dejó demasiado estupefacto para entenderlo. Recordó dónde estaba: inmovilizado junto a la carreta que debería proteger. Los hombres se habían ido, pero Luca todavía le tenía sujeto.

De la carreta goteaba sangre que salía por la puerta y formaba un charco en la mugrienta calle. La gente había salido de sus escondites y se alzaba un coro de gemidos mientras Luca siseaba en el oído de Michael.

—Cuéntales que te tiré al suelo yo para salvarte la vida. Cuéntales que forzaron la puerta. —Michael no dijo nada, todavía demasiado estupefacto para hablar—. ¿Lo entiendes?

Sentía el aliento de Luca muy caliente en su oreja y en la nuca. Olió a cigarrillos y al ferruginoso tufo de la sangre. Michael asintió con la cabeza y Luca le soltó. La gente les estaba mirando cuando se levantaron. Luca se sacudió el polvo y fue a hablar con el conductor.

Michael miró a su alrededor, aturdido, con la cabeza dándole vueltas. Clavó la vista en la carreta y en Abner dentro de ella, encogido en el suelo y con media cabeza destrozada. La gente se acercó más, mirando a Michael y a la carreta. De pronto Michael sintió claustrofobia y empezó a hiperventilar, y pensó que podría caer al suelo de nuevo. Apoyó la mano en el costado de la carreta y respiró profunda y lentamente. Alzó la vista y se cruzó con la mirada de una adolescente que estaba entre la gente.

—Le detuvo —dijo sin entonación, señalando a Luca con la cabeza.

—Lo sé.

ESE MISMO DÍA, todavía aturdido por lo que había pasado, Michael se encontró sentado en una sala de espera del edificio de los juzgados donde tenía su despacho el fiscal del distrito. Una secretaria, de esas de las que sólo había oído hablar en las revistas, entró en la sala de espera contoneando las caderas y le condujo a un despacho que daba al oeste y estaba bañado en la luz de sol del atardecer. Tres hombres estaban sentados a una mesa delante de una larga hilera de ventanas, con sus rasgos oscurecidos por la luz cegadora que tenían detrás. Michael reconoció de inmediato a uno de los hombres: el inspector general de policía. Otro que conocía era un funcionario de la oficina del fiscal del distrito, pero al tercer hombre no lo había visto nunca, y nadie se molestó en presentárselo. Michael tuvo la impresión, por cómo iba vestido el hombre y por la autoridad que parecía tener sobre los otros dos, de que era o un miembro de la delegación del gobierno de Baton Rouge, o de un condado más al norte.

Michael tomó asiento y el funcionario, un hombre de gafas con cara de pájaro, le preguntó cómo se encontraba, si estaba afectado por los sucesos del día. Michael contestó que todavía era demasiado pronto para decirlo y la respuesta hizo que los tres hombres sonrieran nerviosos. Luego el inspector general carraspeó y se dirigió a Michael en tono paternal, severo pero con cierto afecto.

—Hijo, leímos tu informe y no nos convence. Aparecieron testigos. Sabemos que no forzaron la puerta. Sabemos que D'Andrea te mantuvo sujeto. Si continúas

afirmando que lo que pasó es eso, te acusaremos de cómplice de asesinato, lo mismo que a D'Andrea, y terminarás en Angola junto a los tres animales que dispararon las balas. —Michael notó de repente sequedad en la garganta, y como si tragara cristales rotos. Miró a los hombres, pero la luz que entraba por las ventanas que tenían detrás le hizo daño en los ojos y tuvo que llevarse la mano a la cabeza—. Que se le pusiera a cargo del trasladado a D'Andrea no fue una casualidad, hijo —explicó el inspector general—. Lo planeamos. Le dimos la cuerda suficiente para que se ahorcara y, bueno, se ahorcó. Del modo más espectacular posible. —El inspector general sonrió y se echó hacia delante por encima de la mesa en dirección a Michael, con algo en la mano. Michael se dio cuenta de que le ofrecía un cigarrillo. Sacó uno del paquete y lo agradeció con un gesto de la cabeza—. Sabemos que eres honrado, con una hoja de servicios ejemplar, razón por la cual decidimos que acompañaras a D'Andrea hoy. Nos gustaría hacerte una oferta. —Michael encendió el cigarrillo, dio una calada y el humo pareció rasparle la garganta. La luz del sol hacía latir la cabeza, y estaba forzando la vista para distinguir las siluetas de los tres hombres. Dio por supuesto que la posición de la mesa delante de la ventana y el sol de la tarde no eran casuales—. A todos nos gustaría ver el final de D'Andrea y su camarilla —continuó el inspector general—. Para hundirle bastaría con que le acusáramos del pequeño incidente de hoy, pero con eso únicamente cortaríamos una de las cabezas de la hidra. Lo que de verdad queremos hacer es atraparles a todos, y para eso necesitamos a alguien que esté dentro. Esa es la oferta que te queremos hacer, hijo. Gánate la confianza de D'Andrea, intégrate en su grupo, documenta sus idas y venidas y entonces podremos cogerlos a todos. ¿Qué dices, hijo? ¿No te gustaría contribuir a la defensa de la integridad y reputación del cuerpo?

Michael miró a su alrededor buscando un cenicero, y se dio cuenta de que, aunque le había ofrecido el cigarrillo, el inspector general no estaba fumando. Necesitaba un analgésico y una habitación a oscuras donde tumbarse. Miró con los ojos entrecerrados las ardientes ventanas. ¿Podrían acusarle de verdad de complicidad en un asesinato por lo que había pasado?

—Yo, bueno, no conozco a D'Andrea nada de nada, señor —dijo—. No sé cómo podría infiltrarme en su grupo.

Al oírlo el tercer hombre se echó hacia delante y sonrió.

—Eso está completamente resuelto —dijo, con voz tranquila—. Ya lo tenemos planeado todo para ti.

UN DÍA DESPUÉS DE QUE IDA y Lewis siguieran hasta los muelles al chico que allanó la casa, Ida trató de repetir sus pasos con la esperanza de encontrar el almacén donde el muchacho se había reunido con el cajún antes de que el camino de migas de sus recuerdos desapareciera de una vez por todas. Le había sorprendido comprobar que el hombre que pagaba al chico para que investigara en las escenas del crimen fuera cajún. ¿Qué negocios tenía un peletero cajún con un grupo de tenderos italianos? Si conseguía encontrar el almacén, podría enterarse de a quién pertenecía y ponerle nombre a la cara, y renegó de sí misma por no conservar los detalles de la noche anterior.

El par de horas que había conseguido dormir había soñado con un recuerdo de los sucesos de la noche, en cierto modo mezclado con una evocación de la búsqueda nocturna de Sherlock Holmes en los muelles de Londres en *El signo de los cuatro*, una búsqueda que, rememoró con súbito pánico, había resultado infructuosa. No se molestó en desayunar, sólo tomó un vaso de leche antes de emprender la marcha hacia los muelles con picor en los ojos y la cabeza un poco embotada por la falta de sueño.

Sólo se dio cuenta después de llegar de que los muelles no eran el lugar apropiado para una persona confusa por la carencia de sueño. Gabarras con carbón, cargueros, remolcadores y transatlánticos se peleaban por espacio en el puerto formando un bosque de velas, mástiles y chimeneas que se balanceaba sobre el agua. Y en las dársenas, carretillas, vagonetas y gente moviéndose sin parar. Las grúas depositaban la carga de las tripas de barcos en la dársena, elevando casi hasta el cielo, como hormigueros gigantes, montones de cajas que eran desmontados enseguida por un ejército de estibadores, y cargados en vagones que se dirigían a la terminal de trenes.

Los trabajadores eran en su mayoría negros, peones que no sabían leer ni escribir, así que el movimiento de la carga se regía por un sistema de banderas de colores, cientos de ellas que, con una infinidad de formas y colores, se agitaban por encima de las zonas de carga, los cascos de barcos, los vagones de tren y los muelles, a los que proporcionaban un aire festivo y desenfadado. Los trabajadores eran cualquier cosa menos eso: eran hombres duros, taciturnos y curtidos, pero al ver a Ida algunos de ellos cambiaron de actitud y le declararon amor eterno con sonrisillas y codazos en las costillas de sus compañeros de trabajo, Ida los ignoró y avanzó pasando junto a grupos de consignatarios y escribientes con los dedos manchados de tinta que estaban tratando de imponer algún tipo de orden en el caos, y se cruzó tambaleándose con pasajeros con cara de sueño procedentes de Liverpool, Lisboa y Le Havre descargados por los transatlánticos que rumiaban silenciosos en sus amarraderos. Se unió al flujo de gente, avanzando a empujones sin objetivo fijo por los muelles y oyendo sólo vagamente el sonido de las sirenas de los barcos, los graznidos de las

gaviotas, el estruendo de la maquinaria, el choque del río amarillo contra las orillas y las incesantes canciones de los hombres.

En un determinado momento llegó a un malecón donde se había reunido un numeroso grupo de personas calladas. Estaban paradas en el borde de unas plataformas que colgaban por encima del agua, en torno a alguna actividad que Ida no podía distinguir. El ambiente era solemne y expectante, como el que crean los que se reúnen a la puerta de las redacciones de los periódicos para conocer el resultado de las elecciones. Se detuvo para ver lo que pasaba, pero no tenía buena visibilidad. Se deslizó entre la prensa para acercarse al centro y consiguió echar la vista encima de tres estibadores, unos negros musculosos de camisa sucia y pantalones vaqueros que trataban de sacar algo del agua. Dos policías parados a su lado dirigían la operación con gritos y gestos. Habían encontrado algo enredado en los postes de amarre del malecón y la gente conjeturaba en susurros acerca de lo que podría ser.

Al cabo de unos minutos, los dos estibadores con más fuerza se hicieron con el control de la pértiga que habían extendido por encima del agua y, doblando la espalda y jadeando subieron algo al malecón. A Ida le llevó unos segundos darse cuenta de lo que era: el cadáver en descomposición de una chica desnuda. La multitud soltó un grito ahogado, y los policías trataron de formar un cordón en torno a su triste pesca. Ida se echó hacia atrás conmocionada, apartando la vista lo más deprisa que pudo del cuerpo chorreante de la chica, de los ojos verdes sin vida, las uñas ennegrecidas, el revoltijo de pelo rubio.

Sintió en la boca un sabor a vómito y retrocedió pesadamente, apartándose del gentío. Se llevó una mano a la cabeza y sólo oyó vagamente a la gente cuando murmuraba y rezaba por la infortunada. Ida dio un traspié, tratando de quitarse la imagen de la cabeza y notando que en cualquier momento podría sufrir un mareo. Volvió a dejar que la arrastrara el movimiento de la gente y perdió el sentido del tiempo. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba dejándose ir con la muchedumbre, pero en cierto momento, lejos de la zona central de los muelles, se dio cuenta de que la multitud había disminuido y se encontró sola, en un dársena casi vacía, parada delante de una choza de hojalata que era un café. Entró y pidió un té, una infusión que sólo tomaba cuando se encontraba mal. Se sentó un momento con la humeante taza en la mano, dando sorbos y haciendo todo lo posible por no vomitar. El café estaba tranquilo, y miraba hacia la dársena, donde unos estibadores estaban cargando sacos de trigo en un vagón. Habían colocado los sacos en una plataforma alta para evitar a los «ratas del muelle», unos vagabundos que vivían debajo de los embarcaderos, quienes los rajaban con cuchillos entre las tablas y vaciaban el contenido de los sacos. Ida estaba lo bastante cerca para oír las canciones de trabajo de los estibadores y escuchó cómo cantaban mientras terminaba la infusión.

Con el blues de la orilla del río más triste no puedo estar.  
Ese viejo Mississippi me está empezando a matar.

LA CANCIÓN TENÍA mucho del río, un sonido tranquilizador, como una nana, un ritmo cadencioso, oscilante, suave como la marea o las olas batiendo contra los muelles.

Me dan la paga y mi chica está aquí.  
Pero miro el río y no sé si volveré allí.

IDA DEJÓ CINCO CENTAVOS en el mostrador y salió al muelle. Una bandada de gaviotas pasó sobrevolando su cabeza; alborotaban y describían círculos: señal anunciadora del mal tiempo. Un par de *señoras del pan* pasaron andando junto a ella; vendían bollos calientes, sándwiches y caramelos que llevaban cubiertos con una tela en bandejas apoyadas en la cintura. Las mujeres miraron a Ida, luego una mujer le dijo algo a otra y las dos se rieron. Ida se quedó mirándolas un momento, luego se abrochó el abrigo y dejó los muelles; la serenata del río y sus trabajadores se iba apagando conforme andaba.

Arriba cada mañana cuando el reloj da las cinco.  
Y no sé si volveré vivo nunca ni trabajando con ahínco.

ANDUVO POR LA TELARAÑA de calles y callejas que partían como radios de los muelles antiguos como los canales de Ámsterdam. Buscaba puntos de referencia y el camino de la noche anterior. Al final, cuando se acercaba la noche, y sólo por casualidad, encontró el almacén. Rodeándolo, llegó a la puerta de entrada, y junto a ella un cartel daba cuenta de su propietario y ocupante: una empresa que comerciaba con pieles y fabricaba ropa y cuyo propietario era un hombre llamado John Morval. Aunque se encontraba aturdida, reconoció el nombre, y se dio cuenta con una sensación de vacío de que sus teorías sobre el asesino podrían estar equivocadas, y de que la respuesta podría no estar en los chanchullos de una banda de falsificadores. Morval era el dueño de la fábrica de ropa en la que trabajaba la señora Romano: la misteriosa fábrica que pagaba a la víctima del Asesino del Hacha una pensión mensual desde que se quedó ciega en el trabajo.

LUCA ANDUVO DESDE LA CASA DE BECHET en el Distrito Séptimo hasta la avenida Florida y cogió el tranvía en dirección oeste hasta el final del trayecto en City Park, donde se apeó y continuó la marcha a pie encaminándose al pantano St. John en la zona norte. Antes de quedar en desuso, el pantano era la ruta de transporte principal entre el lago Pontchartrain y el Mississippi. Ahora solo tenía hierbajos. Cuando Luca caminaba hacia el norte por su orilla, se fijó en que los ricos habían construido llamativas casas de verano en los tramos más cercanos a la ciudad, donde habían cortado los hierbajos y juncos para proporcionar al pantano una belleza anodina, artificiosa. Más allá, las casas de verano daban paso a las viviendas de familias pobres, que habían establecido su hogar sobre el mismo pantano, en barcazas inservibles que hacían agua.

Las direcciones no significaban mucho en el pantano, así que el papel que Bechet le había dado a Luca no contenía más que unas cuantas indicaciones y un nombre. Luca anduvo hacia el norte hasta que llegó más o menos a medio camino entre el lago y la ciudad antes de doblar hacia el oeste y seguir por un laberinto de senderos que serpenteaban por las ciénagas entre el pantano y Metairie. Las ciénagas eran un sitio inhóspito, apartado, un submundo desierto de agua y tierra que a Luca le produjo una sensación inquietante. Cuanto más avanzaba por los manglares, más sobrecogedor se hacía el paisaje; raíces de árboles retorcidas que se alzaban del agua, serpenteaban en torno a juncos, nenúfares, alerces y un centenar de otras plantas cuyos nombres desconocía. Por encima de él sauces, cipreses y palmitos entrelazaban sus ramas sobre los senderos, tan intrincadas y espesas que Luca tenía la sensación de estar avanzando por la madriguera de un conejo. Esa impresión la aumentó el musgo español que cubría los árboles como nieve verde azulada y colgaba de las ramas difuminando los bordes del mundo hasta que el paisaje perdió su nitidez y todo se fundió en una forma confusa, borrosa y sobrenatural.

De vez en cuando se encontraba con una choza, apartada del sendero, solitaria, y construida de cualquier forma con madera desechada, planchas de hojalata y carteles de anuncios reciclados. El efecto hacía que las construcciones parecieran *collages* de un álbum de recortes, con pedazos de anuncios multicolores unidos al azar en las paredes. En algunas de las cabañas todavía vivía gente, aunque otras estaban abandonadas. Las ciénagas eran hogar de una población cambiante de personas distintas, dispersas, principalmente pequeñas comunidades de negros y cajunes, que vivían en aldeas de chabolas y pescaban en los canales de agua o cazaban animales por su piel. Cuando Luca pasaba ocasionalmente junto a ellas le observaban con desconfianza, con miradas nada acogedoras.

Mientras iba andando se preguntaba por qué estaría viviendo una hechicera vudú en aquel caos de manglares y no en una sala de consulta de colores chillones de Canal



Street. El tiempo de las hechiceras había pasado ya; su época dorada fue a mediados del siglo anterior, cuando la élite de Nueva Orleans les consultaba sobre todo tipo de problemas. Las hechiceras, con vistosos *tignons* en la cabeza y vestidos de flores, pronunciaban conjuros a las damas de la sociedad en haitiano o congoleño, preparaban ungüentos y pócimas, adivinaban el porvenir con las tiradas de huesos de pollo o se ponían en contacto con los espíritus de los muertos en sesiones macabras. Los blancos les pagaban con generosidad y las tenían en tan alta estima que las hechiceras más famosas asistían de modo regular a reuniones sociales, en una época en que al resto de las personas de color no se las trataba mejor que al ganado.

Pero los clientes no se daban cuenta de que todo era un engaño, elaborado a través de una red de mensajeros y contactos. Los criados de color de los ricos recogían información de lo que pasaba en casa de sus amos y se la vendían a las hechiceras a las que ellos consultaban. Cuando llegaban los clientes a hacer una consulta, las hechiceras sabían, como por arte de magia, todas sus cuestiones íntimas. La pantomima que desplegaban las hechiceras —una mezcla de ocultismo, catolicismo y magia africana— los tuvo fascinados durante más de un siglo, pero al final cayeron en desgracia. Su presencia perdió importancia, y de los salones de baile dorados de Nueva Orleans pasaron a las casas baratas de Canal Street, y ahora parecía que incluso a las ciénagas de las afueras de la ciudad.

Luca no tardó en toparse con un grupo de chabolas y cabañas al borde de un pequeño lago rodeado por árboles y matorros. Volvió a comprobar las indicaciones y supuso que aquel era su destino. El lago desprendía una humedad de agua estancada y gritos de animales extraños se alzaban de los manglares a su izquierda. Luca estaba guardándose el papel en el bolsillo y avanzaba con esfuerzo por el sendero de tierra que enlazaba las cabañas cuando oyó el grito de una niña que desgarraba los cielos. Echó a correr por el sendero hasta que llegó al origen del grito, una cabaña cerca de la orilla del lago, y abrió la puerta.

En un rincón de la única habitación y sentada en una silla había una mujer de color con sobrepeso que llevaba puesta una bata azul y lloraba en un pañuelo. Sobre una mesa del centro de la estancia estaba sentada una adolescente de color, con las piernas muy abiertas, y arrodillada delante de ella una criolla que se ocupaba de la entepierna de la chica: cosía algún tipo de herida mientras la chica aullaba y se retorció de dolor. La sangre manchaba la falda de la chica y goteaba por los bordes de la mesa, formando un charco en las combadas tablas del suelo.

Cuando Luca abrió la puerta las tres mujeres se giraron para mirarle, y volvieron al instante a lo que se traían entre manos. La criolla habló a la chica, que no podía tener más de quince años, con un suave acento francés mientras la muchacha gritaba y se agarraba al borde de la mesa. La criolla sacó un cordón de la entepierna de la chica y lo cortó, anudándolo con cuidado unas cuantas veces.

—Todo ha terminado. Solo tienes que limpiarte —dijo, con una voz amable, tranquilizadora. Luego se estiró y clavó la vista en Luca—. Espere fuera —ordenó

despectivamente, agarrando un cubo y unas telas de la encimera de la cocina y volviendo con la chica.



LUCA ESTUVO SENTADO EN LOS ESCALONES del exterior de la cabaña media hora o así, fumando mientras esperaba. En torno a la construcción había una especie de patio, rodeado por una tela metálica medio hundida dentro de la cual correteaba un puñado de pollos mal alimentados que picoteaban en busca de algo que comer entre los hierbajos. Había un par de toneles con agua de lluvia en una esquina del patio y un ahumadero en la otra. Luca se fijó en dos plantas de albahaca situadas a cada lado de la puerta, una macho y otra hembra: una antigua superstición de los esclavos para alejar los malos espíritus.

Más allá del patio estaba el desolado lago, en cuya orilla opuesta, entre los manglares, se alzaban unas cuantas solitarias cabañas más y, pasadas estas, el pantano. Cuando sopló el viento entre los manglares un lamento perturbador se elevó en el aire, aumentó, y luego volvió a disiparse en la nada. Luca tomó conciencia del carácter lírico del ruido, y se preguntó si lo que estaba oyendo era el viento o la llamada de alguna criatura desconocida, o si el ruido era el sonido del mismo manglar que lamentaba su propia triste existencia.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el ruido de la puerta al abrirse. La chica salió cojeando. Apoyaba una mano en el hombro de la mujer de más edad y agarraba un rudimentario bastón con la otra. Lanzaron una mirada extraña, avergonzada, a Luca cuando pasaron renqueando junto a él al bajar los escalones. Empezaron la marcha por el sendero de tierra. Su avance era lento y Luca se preguntó si debería ofrecerles ayuda. Pero no estaba seguro de poder ayudar, o de que ellas desearan siquiera su colaboración, de modo que se limitó a saludarlas con el sombrero esperando que no tuvieran que ir muy lejos.

Se dio cuenta de que la criolla estaba parada detrás de él, observando también la marcha de la pareja. Al verla de cerca, Luca se dio cuenta de que sólo era un poco más joven que él, y sorprendentemente guapa. Piel color almendra tostada, pómulos elevados y una profundidad frágil en los ojos. Llevaba el pelo, de un negro de ónice salvo por unos cuantos mechones grises en las sienes, recogido atrás. Luca la miró un momento y ella le devolvió una mirada sincera, directa.

—¿Qué le pasó a la chica? —preguntó Luca, haciendo un gesto hacia las formas que se alejaban. La criolla frunció el ceño al mirarle, como si no creyera que su interés fuera auténtico, y luego señaló con la cabeza el sendero de tierra.

—Se quedó embarazada. Su madre la llevó a un abortista clandestino para que lo resolviera. La vieja historia de siempre —dijo ella, con un acento mezcla de francés y del habla rica en diptongos de Nueva Orleans—. El abortista se llevó su dinero y la

libró del niño, pero le destrozó el útero. Se podría haber desangrado de no haber acudido a mí.

Luca frunció el ceño y luego volvió a dirigir su mirada al sendero para contemplar una vez más a las desoladas madre e hija, pero ya se habían perdido de vista.

—¿Se recuperará? —preguntó.

La criolla se encogió de hombros.

—Vivirá. Lo principal es eso —dijo—. Pero nunca tendrá que volver a preocuparse de que la dejen embarazada.

Dio un paso hacia adelante y se sentó en el porche al lado de Luca, que notó la fragancia de agua de rosas de su piel y el olor a aceite de coco de su pelo. Se dio cuenta de que no había estado tan cerca de una mujer desde antes de ingresar en Angola, y algo en su proximidad, su olor, hizo que su libertad pareciera más auténtica.

Sonrió y le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó. Cuando Luca se inclinó para encendérselo, se fijó en las manchas de sangre de sus brazos y su vestido.

—Me llamo Simone —dijo, después de agradecerse y dar una profunda calada.

—Luca —respondió él, apagando la llama de la cerilla.

—¿Italiano? —preguntó ella, frunciendo el ceño, y Luca asintió.

La mujer le miró un momento y Luca tuvo la sensación de que le estaba valorando. Luego se apartó de él y agarró un cubo de agua que estaba en el porche. Con el cigarrillo sujeto con los dientes, se subió las mangas y se lavó la sangre de los brazos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, con un tono repentinamente frío y distante.

—Oí que eras *voudouienne* —dijo Luca, sintiéndose un poco estúpido.

—¿Y con quién has estado hablando para oír eso? —preguntó ella.

Luca se encogió de hombros.

—Con un amigo mío de la ciudad —dijo.

La mujer volvió a clavar los ojos en él, con la misma mirada distante y cautelosa. Luego sonrió como para sí misma y Luca tuvo la sensación de que se estaba burlando de él de un modo complejo, personal.

—Yo no soy hechicera —dijo—, pero si quieres contarme cuál es tu problema, te diré si puedo ayudar. —Luca consideró el mejor modo de abordarla. Durante el trayecto hasta allí le había ido dando vueltas a cómo iniciar la investigación, elaborando una historia enrevesada que una persona normal aceptaría pero que ahora no estaba seguro de que funcionara con ella—. Si no me cuentas qué pasa, no te podré ayudar. —Sacó las manos del cubo y se las secó con el mandil que llevaba atado a su cintura—. ¿De qué se trata? —Dio una calada al cigarrillo—. ¿Necesitas un filtro amoroso? ¿Quieres que termine con alguien? Si es eso lo que deseas hay cientos de falsos «espiritistas» en la ciudad. Solo tienes que pasarte por Canal Street y

dejar de hacerme perder el tiempo.

Había ladeado la cabeza mientras hablaba y Luca percibió de lleno el brillo de sus ojos, de un profundo, desconcertante, color avellana salpicado de motas verdes.

—¿Es para eso para lo que la gente acude a ti? —preguntó.

—Los estúpidos. La mayoría sólo viene cuando no pueden pagarse un médico. Como la chica y su madre —dijo, señalando con la cabeza el sendero de tierra.

Luca calló un momento y se preguntó por qué le había mandado Bechet allí. La mujer era una especie de curandera, una comadrona y enfermera; probablemente tenía tan poco en común con las hechiceras de Canal Street como los médicos normales.

—Estoy investigando los asesinatos del Asesino del Hacha —dijo—. No soy policía, soy detective privado, y...

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —le interrumpió ella.

Luca se encogió de hombros.

—El asesino ha estado dejando cartas del tarot en las escenas del crimen. Naipes franceses. Del tipo que sé que se usan en los ritos del vudú.

Ella clavó la vista en él con cierta desconfianza, una mirada inquieta que hizo que Luca, por algún motivo, se sintiera culpable.

—Esas cartas del tarot se pueden comprar en cualquier tienda barata de la ciudad. Yo no las consideraría importantes. El vudú no son demonios y sangre y brujas y locos corriendo por ahí con hachas. Sólo es una medicina para los pobres. A los dueños de esclavos les asustaba y se inventaron un montón de historias de terror. ¿Cómo sabes que no es un blanco que finge ser criollo? Deja unas cuantas cartas del tarot para demostrarlo. La policía se apresura a echar la culpa de todo a los de color.

Luca asintió. Las cartas podrían ser una pista falsa que dejaba el asesino para que la policía perdiera su rastro. Pero Luca tenía la impresión de que eran algo más, daban la sensación de que transmitían una especie de mensaje.

—Estas no son cartas normales —dijo—. Son caras. Pintadas a mano con tinta dorada. Y son así de grandes. —Levantó las manos para indicar el tamaño, y Simone le miró con el ceño fruncido—. ¿Sabes dónde se pueden conseguir cartas como esas?

—Claro —respondió Simone—. En los grandes almacenes para hechiceras vudú, cerca de Canal. —Luca frunció el ceño, luego se volvió para mirarla y vio una sonrisa infantil en su cara. Él le sonrió, sorprendido de que hubiera hecho un chiste. Le había dado la impresión que era seria, taciturna y distante, pero el chiste hacía que pareciese menos dura, con los pies en la tierra, más fácil de tratar. Pero con la misma rapidez con que había sonreído apareció una expresión de pena en su rostro, como si lamentara el acercamiento que había originado la broma—. He visto cartas así antes —dijo, con un tono que volvía a ser serio—. Hace años. No creo que se puedan comprar en Nueva Orleans. Unas que vi, las había comprado un francés en Marsella. Supongo que se las puede considerar ejemplares de coleccionista. A lo mejor deberías investigar entre los europeos ricos.

Se giró para mirarle y él le volvió a sonreír. Lo que tenía en mente no eran exactamente europeos ricos. Asintió y Simone se encogió de hombros, y los dos miraron a lo lejos.

—Si no te importa que lo pregunte —dijo Luca—, ¿cómo te iniciaste en esto?

Simone sonrió, rememorando un recuerdo lejano.

—Mi madre —dijo, con una voz cargada de nostalgia.

Luca le devolvió la sonrisa.

—Mi madre leía las *tarocchi* allá en Italia —dijo.

Ella asintió y quedaron en silencio una vez más. Cuando terminaron los cigarrillos, Simone sorprendió a Luca preguntándole si le apetecía un té. Él, que había esperado que lo despidiera, aceptó con una sonrisa, y ella preparó el té y se sentaron en el porche a tomarlo, hablando de esto y aquello, los dos contentos viendo pasar el día. Hacía años que Luca no pasaba el tiempo con una mujer, pero pareció que recuperaba su encanto con ella, la accesibilidad por la que era conocido antes de su caída. Durante la conversación tuvo un destello de lo que podría ser su vida cuando hubiera dejado detrás Nueva Orleans: estar sentado al aire libre hablando de cualquier cosa, pasando el tiempo, libre de preocupaciones sobre pecados que expiar.

Mientras hablaban el viento murmuraba entre los árboles y soplaba a través de las rendijas de la cabaña de tablas de madera, tensándola y arrancándole quejidos.

—Ya hace dos días que sopla este ventarrón —dijo ella—. Se está acercando un temporal.

Luca miró a su alrededor: el crepúsculo se había asentado con firmeza sobre el puñado de cabañas dispersas a lo largo del sendero de tierra, y el cielo se estaba oscureciendo. Simone se levantó y atravesó el patio. Agarró un puñado de ramas de enebro salpicadas de bayas y las echó en el ahumadero. Encendieron las ramas para que el humo de las bayas ahuyentara a los mosquitos y miraron un poco el fuego, antes de que Simone señalara con la cabeza las ciénagas detrás del patio.

—Luces fantasma —dijo ella, y Luca siguió su mirada. En manchas lejanas a lo largo de las ciénagas parpadeaban unas llamas azules que brillaban y serpenteaban por el suelo; el metano que salía burbujeando de la tierra y producía luz.

—Las llamamos luces de Halloween —dijo Luca—, o luces de los muertos. — Permanecieron unos momentos observando las fosforescencias fantasmales que se extendían por el suelo oscuro como una especie de raquílicas auroras boreales terrestres, luego volvieron a sentarse en el porche. Unos cuantos de los residentes en el pantano también habían hecho hogueras con enebro, y sus casas tenían un resplandor naranja en la penumbra. Uno de los vecinos del otro lado del lago tocó una canción con una mandolina, unos acordes que flotaban por encima del agua y se enredaban en los manglares con el gemido del viento.

Luca tuvo la sensación de que había una melancolía en aquellas aguas estancadas, algo triste, como si estuvieran al borde de algo más que el pantano; el lugar parecía letal e infernal.

—No vas a conseguir llegar a Nueva Orleans antes de que anochezca —dijo Simone, volviéndose para mirarle con una sonrisa y las llamas de los enebros parpadeando en sus ojos.

## PARTE DE HOMICIDIO

### Departamento de policía

|                                     |  |
|-------------------------------------|--|
| Primer Distrito, Nueva Orleans      | Sábado 12 de abril de 1919   |
| Nombre de la persona muerta:        | desconocido  |
| Residencia:                         | desconocida  |
| Ocupación:                          | desconocida  |
| Nombre del acusado:                 | desconocido  |
| Residencia:                         | desconocida  |
| Ocupación:                          | desconocida  |
| Lugar del homicidio:                | desconocido  |
| Día, fecha, hora en que se cometió: | entre el jueves 10 de abril y el viernes 11 de abril (véase abajo la estimación inicial del forense) |
| Quién informó:                      | Harry Majest (de color), calle Chippewa, 1827  |
| A quién informó:                    | cabo Bernard Yeager  |
| Hora del informe:                   | 11 de la mañana del sábado 12 de abril   |
| Si fue detenido, por quién:         | todavía prófugo  |
| Dónde se le detuvo:                 | no consta  |
| Si huyó, cómo:                      | no consta  |
| Testigos:                           | Harry Majest (de color), calle Chippewa, 1827<br>Jonas Mouney (de color), calle Perdido, 1232        |

## Parte detallado

El capitán Paul Coman informa de que a las 11 de la mañana de este miércoles 9 de abril Harry Majest (negro), que reside en el número 1827 de la calle Chippewa y trabaja de mozo en el zoológico Audubon, vino a esta comisaría y comunicó al cabo Bernard Yeager que se había encontrado un cuerpo en el parque Audubon. El cabo Yeager y el agente James A. Burns se dirigieron inmediatamente al lugar indicado en la carreta de la comisaría y a la llegada encontraron el cuerpo, parcialmente enterrado en el centro de un grupo de robles en una zona apartada del sur del parque.

Con la ayuda del señor Majest y de otro empleado del zoológico (véanse informes adjuntos, Majest H. núm. 1-2698-1919, Mouney J. núm. 1-2699-1919) el cabo Yeager y el agente Burns consiguieron desenterrar el cuerpo. A continuación apreciaron dos heridas de bala en la frente de la víctima, separadas aproximadamente unos tres centímetros, a cuatro centímetros por encima de la ceja derecha. También extensas heridas y contusiones en la cara y parte posterior del cráneo. Las manos de la víctima estaban atadas atrás con bramante.

Como consta en este parte, el cuerpo todavía está sin identificar. Según las estadísticas de Bertillon aplicadas por el cabo Yeager en la escena: hombre, caucasiano, unos 25 años, pelirrojo con el pelo muy corto, ojos azules, sin marcas distintivas. Para una descripción completa, véase adjunto, Informe inicial del forense, Hunter J. núm. c-8733-1919.

El cabo Yeager informó por teléfono a su comisaría, a las 12:55 de la tarde, al agente Peter Styles y también a John Gazave, del departamento forense. Por lo cual, el señor John Hunter, del departamento forense, llegó a la escena del crimen hacia la 1:35 de la tarde.

Por orden del señor Hunter el cuerpo fue trasladado al depósito de cadáveres del Hospital de la Caridad en la carreta patrulla del primer distrito, a cargo del conductor, William Godfrey, y el agente Peter Styles.

El informe inicial del señor Hunter (véase informe adjunto) señala que, a juzgar por el grado de descomposición, al hombre lo habían matado no más de dos días antes y lo habían enterrado inmediatamente después de su muerte.

La ropa de la víctima (chaqueta de *sport* de *tweed* marrón, camisa blanca de algodón, pantalones negros de algodón y ropa interior) fue llevada al departamento forense. También las posesiones: un pañuelo de seda (encontrado en el bolsillo superior de la chaqueta), un billete de tren de ida y vuelta a Baton Rouge, segunda clase, fecha de compra 1 de abril (encontrado en el bolsillo izquierdo de la chaqueta).

Copias al carbón de este parte, junto a las declaraciones de los testigos e informe forense inicial se han mandado al departamento de homicidios de la Comisaría del Primer Distrito.

Respetuosamente,  
Capitán Paul Coman  
Jefe del Primer Distrito  
W. D. Watson, escribiente



LAS GOTAS DE LLUVIA TAMBORILEABAN en el techo de la habitación de Lewis marcando un ritmo metálico. El ritmo se volvió música y, cuando él se durmió, la música se introdujo en su sueño; el sueño de un recuerdo de cuando tenía siete años, la primera vez que vivía con Mayann. Esta entonces tenía veintidós, y un hombre nuevo que, tratando de impresionarles, les llevó un domingo a ella y a Lewis a la orilla del río, en las afueras de la ciudad, para una merienda campestre. Una vez que hubieron extendido la manta y terminado la comida, Mayann y el hombre se pusieron a beber y mandaron a Lewis a explorar.

Lewis anduvo entre la maleza y la arboleda de la orilla del río hasta que llegó a un campo bañado por el sol, donde oyó un ruido extraño, suave y como lastimero, que traía la brisa. El ruido se retorció y doblaba sobre sí mismo como un ampersand que serpenteara en el aire, y a Lewis le sonó a música de un tipo que nunca había imaginado: eran notas que jamás había oído antes que se confundían unas con otras como una voz delicada, triste. Siguió la música hasta su origen: un bosquecillo en el extremo más alejado de un campo recién segado donde un hombre mayor de piel oscura con el pelo enmarañado, ropa harapienta y aspecto de loco tocaba una especie de flauta, un tubo de hojalata con agujeros de más de medio metro de largo. El hombre vio a Lewis, dejó de tocar y sonrió; unos dientes amarillos y torcidos sobresalían desafiantes entre las aberturas de sus encías. Lewis se detuvo y clavó la vista en el hombre.

—¿Qué está tocando?

—¿Nunca lo habías oído? —El hombre habló con un acento áspero, entrecortado, y Lewis negó con la cabeza—. Estoy tocando un *blues*.

El hombre sonrió y volvió a tocar. El mismo sonido triste que hablaba. La percusión empezó el acompañamiento, al principio bajo, luego más fuerte. Un ruido sordo constante: una llamada a la puerta.

Lewis se despertó, se sacudió el sueño de los ojos y abrió la puerta a una Ida empapada de agua. Ella entró sin decir una palabra y se sentaron en la cama y Lewis le dio un trapo para que se secara.

—Maldita sea, se me va a rizar el pelo —dijo ella, mientras se secaba la cabeza con el trapo.

A Lewis le habría gustado invitarle a comer y beber algo, pero lo único que tenía en casa era un cubo de agua y unos restos de cabezas de siluro. Sirvió dos tazas de agua del cubo y ofreció un cigarrillo en lugar de comida, que Ida aceptó. Mientras fumaban, ella le puso al día de lo que había estado haciendo desde su último encuentro: la expedición a los muelles, que se había enterado del nombre del dueño de la fábrica de ropa y las indagaciones posteriores que había hecho para recabar toda la información posible de él. Había seguido las normas que le había enseñado

Lefebvre para investigar a un sospechoso. Primero había comprobado los ficheros de la Pinkerton, y al no encontrar nada, continuó con los registros a disposición del público del ayuntamiento y luego con mohosos números atrasados de los periódicos locales en la biblioteca. A Lefebvre le dio la excusa de que estaba poniendo al día los ficheros de la Pinkerton, aprovechando el tiempo libre entre sus tareas habituales de tedioso trabajo burocrático del que a Lefebvre le encantaba no tener que ocuparse.

Con las informaciones dispersas hizo un mosaico de la imagen del hombre que había estado pagando a alguien para que investigara en las escenas del crimen. La mayor parte de lo que consiguió estaba relacionado con la empresa de Morval, la que comerciaba con pieles que él llevaba dirigiendo más de veinte años y le había hecho, descubrió, uno de los hombres más ricos de la ciudad. Además de comerciar con pieles, había ampliado el negocio para fabricar otro tipo de ropa y se había hecho de oro unos diez años antes, cuando consiguió el contrato para hacer los uniformes de varios organismos de la ciudad, entre los que destacaba de modo más notable el de la policía. El principal proveedor de textiles de Morval era un hombre que se llamaba Sam Carolla, que figuraba en los ficheros de la Pinkerton. Carolla era un mafioso. Ida señaló la ironía a Lewis; los chicos de azul llevaban ropa proporcionada por la Mano Negra.

En el juzgado rebuscó los registros y encontró el hilo que estaba buscando: un antiguo socio de Morval, un hombre que se llamaba Elliot Hudson. Justo antes de que Morval consiguiera sus contratos con el ayuntamiento, apartó a Hudson de los negocios. Un mes después Hudson presentó una demanda contra Morval acusándole de extorsión en la venta. Una semana más tarde, Hudson retiró inesperadamente la demanda. Todo apuntaba a un duro enfrentamiento, al que probablemente siguió una amenaza de Morval a Hudson para que retirara la demanda. Ida sospechaba que si podía convencer a Hudson de que era seguro hablar con ella, y si el hombre todavía estaba resentido con Morval, podía utilizarlo para enterarse de lo que necesitaba saber.

—John Morval debe de ser el tipo con el abrigo de piel de zorro, el que vimos haciéndole preguntas al chico que forzó la entrada de los Maggio —dijo, recordando al hombre como un oso que habían espiado cuando estaba en el almacén.

—Que estuviera allí y llevara la voz cantante no significa que sea el dueño de aquello —dijo Lewis.

—No —se mostró de acuerdo Ida—, pero acuérdate de que en un rincón del almacén había una caja fuerte, y que el tipo del abrigo de piel de zorro se sujetó una llave de caja fuerte en el cinturón. Sólo el dueño o el encargado tendrían la llave de la caja fuerte. —Lewis le lanzó una mirada e Ida sonrió. «Mi profesión es saber cosas», pensó, citando *Un caso de identidad*. «Es posible que yo me haya entrenado para ver lo que otros pasan por alto»—. Quiero interrogar a Hudson —siguió—. Él nos contará más sobre Morval, sobre su trato con la Mano Negra. Pienso que si Morval trabaja para la Mano Negra y está involucrado en los asesinatos, es probable que la

Mano Negra también lo esté.

—¿Cómo estás tan segura de que ese tipo va a hablar con nosotros? —preguntó Lewis.

—Morval le quitó la mitad de su empresa. De todos modos, le mandé un telegrama y le ofrecí algo de dinero. Tengo la sensación de que anda sin blanca.

Lewis la miró socarronamente.

—¿Y de dónde vas a sacar el dinero?

Ida se mordió el labio inferior y le sonrió.

—En la agencia tenemos un fondo para pagar confidentes. Recurrí a él. Lefebvre no se dará cuenta. Él mismo echa mano a ese dinero.

Lewis la miró fijamente e hizo como que estaba muy sorprendido.

—Nunca pensé que asistiría a eso —dijo fingiendo indignación—. ¿Cuánto cogiste?

—Veinticinco —dijo ella avergonzada, y los dos sonrieron.

ELLIOT HUDSON VIVÍA EN UNA pensión del Irish Channel, un barrio de alquileres bajos poblado por obreros, en su mayor parte inmigrantes irlandeses. Ida llamó a la puerta de la pensión y salió una mujer cuadrada con mandil y un vestido sin forma.

—Hola. Hemos venido a ver al señor Hudson, si es posible —dijo Ida, con su sonrisa más resplandeciente.

—Tercer piso —dijo la mujer, señalando hacia atrás con el dedo gordo. Se hizo a un lado para dejar pasar a Ida, pero cuando Lewis intentó hacer lo mismo, la mujer levantó la mano.

—Negros no —dijo, negando sólo una vez con la cabeza.

Ida y Lewis se detuvieron y se miraron uno al otro.

—Señora —dijo Ida, volviéndose para encarar a la mujer—, estamos aquí para ver al señor Hudson por negocios.

La mujer clavó la vista en Ida.

—Yo no he establecido las reglas, señorita —dijo, con voz severa y desdeñosa—, así que no estoy en situación de cambiarlas.

Fulminó con la mirada a Ida y esta hizo lo mismo.

—Está bien —dijo Lewis— me quedaré fuera.

—¿Bajo la lluvia?

—No importa. Sube tú sola —dijo Lewis, sin levantar la voz y con una mirada acobardada que venía a decir algo como: «Estamos en Irish Channel, Ida. No armes líos».

Ida le miró un momento frunciendo el ceño y luego asintió, al advertir su preocupación. Hizo una mueca a la mujer y entró pisando fuerte en la casa. La mujer la siguió con la mirada y, sin una palabra, cerró la puerta a Lewis en las narices.



IDA SUBIÓ LOS TRES TRAMOS DE escaleras y llamó a la puerta que tenía el nombre de Hudson. La puerta se abrió y un hombre adormilado con barba de dos días la observó. Llevaba un chaleco y unos pantalones con manchas sujetos por una cuerda y estaba descalzo.

—¿El señor Hudson? Soy la señorita Davis. Nos pusimos en contacto por medio de telegramas.

—Ah, señorita Davis. Entre —dijo él, con voz tensa.

Era una habitación que olía a polvo y sábanas de un hombre que se acaba de despertar. Una cocina, un armario ropero y una cama ocupaban casi toda la habitación, dejando sólo el espacio suficiente para una mesa mínima y dos sillas junto a una única ventana. Hudson hizo un gesto a Ida para que tomara asiento junto a la mesa y se dirigió a la cocina, rascándose la cara mientras andaba. Ida se sentó y notó que había un cubo maloliente a los pies de la mesa.

—Tendrá que disculparme —dijo Hudson—. Me acabo de despertar. ¿Café?

—Gracias —dijo Ida, mirando el cubo, que estaba lleno de pegajosos esputos marrones.

—Espero que no le importe que sea turco —dijo Hudson, mientras ponía unas cucharadas de granos de café dentro de una olla.

—Está bien —dijo Ida, alzando la vista del cubo y sin estar muy segura de a qué sabía el café turco.

—Nunca mencionó en qué agencia de detectives trabajaba, señorita Davis. ¿No será en la Pinkerton, espero?

—No, señor. Estoy en la agencia Thiele, de San Luis —dijo ella al cabo de un momento, esperando que Hudson no notara su vacilación, o el temblor de su voz.

—Nunca he oído hablar de ella. —Se dio la vuelta y clavó la vista en Ida—. Si no le importa la ordinariez de la pregunta —dijo, con una sonrisa asomándole a los labios—, ¿exactamente cuánto paga la agencia de detectives Thiele, de San Luis, por la información?

El hombre había hecho la pregunta con soltura, pero Ida podría asegurar que el tono relajado era forzado, que él estaba tratando de disimular una situación financiera desesperada.

—Eso depende de la información, señor —dijo ella, con una sonrisa.

—Bien, eso es una respuesta propia de un hombre de negocios, y he escuchado muchas. —Hudson se rio entre dientes y se dio la vuelta hacia la cocina. Permaneció parado junto a la olla unos momentos y luego sirvió el café en dos tazas pequeñas de porcelana amarillentas y desconchadas, y arrastró los pies hasta la mesa. Puso las tazas encima y se sentó enfrente de Ida. Cuando los dedos de esta agarraban la taza se fijó en que Hudson clavaba la vista en ella, examinándole la cara por algún motivo.

—¿Tiene algo de negra? —preguntó, frunciendo el ceño, con un tono de voz más de sorpresa que de desconfianza, como si acabara de notar que no era cien por cien blanca.

—No, señor —dijo Ida, tenía el enfrentamiento con la casera fresco en la mente.

Hudson la miró fijamente un momento más y asintió, creyendo la mentira. Agarró un paquete de Piper Heidsieck de encima de la mesa, levantó la tapa azul celeste y sacó una pizca de tabaco de mascar.

—¿Qué es exactamente lo que me quiere preguntar? —dijo, enrollando el tabaco entre los dedos.

Ida sacó su cuaderno de notas del bolso y pasó unas cuantas páginas.

—¿Estoy en lo cierto al suponer, y perdone que vaya directamente al grano, señor Hudson, que John Morval le obligó a vender la parte del negocio que tenía con él?

Hudson sonrió.

—Es un modo de plantearlo.

Ida le devolvió la sonrisa.

—¿Le importaría decirme lo que pasó?

Hudson la volvió a examinar otra vez con la misma mirada escrutadora, como si estuviera formándose una opinión sobre su carácter.

—Esto queda estrictamente entre nosotros y la agencia —dijo, en tono serio—. Mi nombre no se debe mencionar en ninguna parte. —Ida asintió—. Entonces, de acuerdo —añadió él, sonriendo. Luego se metió el tabaco en la boca y empezó a mascar—. John tenía ciertos socios de carácter italiano, si entiende lo que quiero decir. Y uno de esos socios tenía comprado a alguien de la oficina del alcalde, un responsable importante de los contratos del ayuntamiento para suministrar uniformes a los trabajadores del municipio. El socio de John, el que consiguió los contratos, tenía antecedentes penales.

—Perdone, señor Hudson —le interrumpió Ida—, ¿ese socio podría ser Sam Carolla?

—Es posible —dijo Hudson, con una sonrisa—. Bien, pues no parece correcto recurrir para un contrato con el ayuntamiento a alguien con antecedentes penales. Así que John hizo una proposición: él haría los chanchullos con los contratos del ayuntamiento y a cambio John convertiría a los italianos en sus principales suministradores de textiles. Yo puse reparos a trabajar con ese tipo de gente. Así que me obligó a irme.

Ida sonrió y dio un sorbo al café granuloso y amargo. Mantuvo el líquido en la boca un momento y decidió que le gustaba mucho el sabor.

—¿Todavía tiene relaciones Morval con esos sujetos?

—No veo por qué no.

—¿Y Morval, que usted sepa, estaba implicado en algún tipo de falsificación?

Hudson frunció el ceño y negó con la cabeza, luego se echó hacia delante y escupió una saliva pegajosa en el cubo.

—No me consta que hiciera nada de eso —dijo—. Está involucrado en un montón de asuntos bajo cuerda, pero no creo que uno de ellos sea ese.

Hudson agarró su taza por primera vez y sin sacarse el tabaco de la boca, dio un sorbo.

—¿Sabe usted lo de la señora Romano? —preguntó Ida—. Trabajaba en la fábrica de Morval.

—No puedo decir que lo sepa.

—Señor Hudson, ¿diría usted que Morval es capaz de asesinar?

Hudson dejó de mascar durante un momento y enarcó las cejas.

—¿Está investigando un asesinato? —preguntó, e Ida sonrió y se quedó callada mientras Hudson asentía para sí mismo—. John podría matar a un hombre con la misma facilidad con la que le invitaría a una copa —dijo, entrecerrando los ojos. Hizo una pausa e Ida notó cierta solemnidad en su actitud—. Es el ser más malvado con el que me he tropezado nunca. Una cosa oscura, despiadada, señorita Davis. —Volvió a hacer una pausa y la miró fijamente con una cara fría y dura—. Lo conozco desde que éramos niños. Nos criamos en la misma aldea, al norte del lago Borgne. Morval padre también era trampero. Solía llevarse a John con él desde que era niño, y le enseñó a matar animales, cómo desollarlos. Ya se imaginará cómo puede afectarle a un hombre ver tanta sangre de pequeño. Le cambia los gustos, si sabe a lo que me refiero. —Hudson dijo lo último con una entonación sarcástica que inquietó a Ida—. Si han herido a alguien de muerte, señorita Davis —continuó—, y John es uno de los sospechosos, le pondría el primero de la lista. Y ahora creo que ya le he concedido el tiempo suficiente. ¿Qué hay del dinero del que hemos hablado antes?

CUANDO IDA SALIÓ DE LA CASA, Lewis llevaba parado en la calle buena parte de los veinte minutos, y para un hombre de color no era una buena idea estar parado en una calle del Irish Channel tanto tiempo. Los irlandeses y los negros de la ciudad competían por el trabajo en la ribera del río que distaba dos manzanas de allí, y los negros estaban ganando, algo que para personas como Lewis suponía que fueran incluso peor recibidas de lo normal. Así que cuando ella abandonó la casa, Lewis soltó un suspiro de alivio, rechazó con un gesto de la mano sus disculpas y empezó a andar por la calle lo más rápido que pudo.

Caminaron en silencio por una avenida bordeada de naranjos y casas apiñadas con jardines llenos de flores antes de doblar hacia la calle Tchoupitoulas. Pasaron junto al río y el dique con su plantación de sauces que se mecían bajo la lluvia, y al final llegaron a la calle St. Mary, donde estaban los establos y mataderos del barrio y donde el olor a ganado, estiércol y sangre de cerdo les invadió las narices. Cuando llegaron al último de los establos, Lewis se fijó en cuatro golfillos que se protegían de la lluvia bajo el alero de uno de los mataderos. Eran jóvenes, pelirrojos y se sujetaban con cuerdas unos pantalones raídos que les llegaban a los tobillos.

Ida se dio cuenta de que Lewis había visto algo y siguió la dirección de su mirada; los golfillos también se fijaron en ellos, e intercambiaron rápidos susurros unos con otros. Abandonaron la protección del alero y se quedaron quietos en el centro de la pasarela. Lewis recorrió con la vista los alrededores: estaban completamente solos en una zona despejada cubierta de barro y zanjas, el río a un lado, los mataderos al otro. Cuando se acercaron, dos de los chicos se hicieron a un lado para dejarles pasar, todos ellos mirando con ojos lascivos a Ida. Cuando habían dado unos pasos, oyó que uno de los chicos gritaba con voz nasal:

—¿No te da vergüenza?

Antes de que Lewis supiera lo que había pasado, daba un traspié hacia delante y caía al suelo, con un dolor intenso en la espalda. Sólo oyó ruidos confusos cuando el suelo giraba delante de él. Ida chillaba, los chicos gritaban.

Trató de levantarse, pero algo en su espalda le apretaba hacia abajo. Entonces empezó a recibir patadas, que se estrellaban contra los costados, las costillas, los huesos de la cadera y los riñones. Oyó llorar a Ida, los sonidos desagradables de una pelea. Consiguió sacar un brazo a un lado, y de algún modo se las arregló para aferrar un pie. Tiró lo más fuerte que pudo y uno de los atacantes cayó al suelo con un sonido sordo y giró sobre sí mismo, agarrándose la rodilla. Ahora el chico más alto estaba encima de él y le daba puñetazos mientras los otros dos arrastraban a Ida a una zanja llena de agua de la tormenta. Lewis dio una sacudida hacia arriba, echando a un lado al chico alto, le dio un puñetazo en la cara y lo derribó al suelo.

Lewis miró un segundo al chico retorcerse en el barro y luego corrió hacia la zanja: los otros dos chicos habían sujetado a Ida en el fondo embarrado; uno le agarraba las muñecas, el otro tiraba de la cinturilla de su falda. Lewis saltó sobre ellos, derribando a uno. El segundo lanzó un puñetazo en su dirección y alcanzó a Lewis en plena mandíbula. Lewis se tambaleó y se derrumbó, y cuando rodaba por el barro distinguió a Ida, que se echaba encima de sus dos atacantes con una piedra en la mano. Lewis oyó dos crujidos y luego notó algo en la mano: los dedos de Ida, resbaladizos por la sangre y el agua de lluvia. Tiró de él, levantándole, y cuando saltaron fuera de la zanja, Lewis echó la vista atrás. Vio a los dos chicos caídos en el barro con sangre manándoles de la cabeza.

Corrieron por la calle hasta que se les pasó el susto, lanzando miradas furtivas atrás entre la lluvia. Lewis fue el primero en detenerse, cinco minutos eternos más tarde. Aunque le dolían mucho las costillas cada vez que respiraba, se apoyó en una tapia y jadeó.

—Se han ido —dijo entre inspiraciones pesadas y rasposas.

Alzó la vista hacia Ida por primera vez. Estaba llorando, y el miedo y la sorpresa le desfiguraban la cara. Ella le miró con una expresión confusa, aterrada, y Lewis no supo qué hacer aparte de separarse de la tapia y abrazarla. Notó el peso de su cuerpo jadeando contra el suyo mientras se apretaban uno al otro bajo el oscuro cielo, los dos atrapados por los hilos de lluvia.

**M**IENTRAS EL COMISARIO MCPHERSON estaba de pie en la cabecera de la sala de reuniones de la tercera planta y se dirigía a un numeroso grupo de policías allí congregados, Michael se apoyó en una mesa que tenía cerca, con los brazos cruzados, sin escuchar apenas lo que se estaba diciendo. Taciturno miraba hacia las ventanas viendo cómo la lluvia se contoneaba estúpidamente al resbalar por los cristales. Convocaron la reunión porque la tarde anterior los agentes encargados de revisar los antecedentes penales habían terminado su trabajo. Habían hecho listas. Y ahora el departamento necesitaba una tropa de hombres que recorrieran la ciudad tratando de encontrar a todas las personas que hubieran estado en la cárcel o en el manicomio durante el paréntesis de ocho años que separaba los asesinatos actuales de los de 1911.

La sala de reuniones era demasiado pequeña para contener cómodamente al grupo de agentes e inspectores congregados allí, así que las mesas habían sido amontonadas contra las paredes y las ventanas estaban abiertas para airear el ambiente cargado de la estancia. Todos aquellos que habían sido declarados prescindibles por sus mandos se encontraban allí, contentos de alejarse por un día de sus obligaciones habituales, y la reunión tenía el aire poco serio de una clase del colegio la mañana de una excursión. Algo que irritaba a Michael aún más.

Después del asesinato de los Schneider, a Michael lo habían llamado para recibir una reprimenda más de McPherson. No mencionó a su jefe el soplo de Riley, y cuando se terminó la reunión, Michael se había reunido con Kerry y los dos habían realizado una investigación completa buscando el nombre que les había proporcionado el periodista. No descubrieron nada. Ermanno Lombardi no había cumplido ninguna condena, ni tenía antecedentes penales y no se le mencionaba en ninguna de las listas de confidentes del departamento. Dieron el nombre a los del Registro de la Propiedad con la esperanza de que encontrarán una dirección, y si no la encontraban, por humillante que fuera, Michael tendría que volver a verse con Riley y presionarle para que le proporcionara más información. Así que ahora su única esperanza era que los asesinatos de 1911 y los recientes los hubiera cometido la misma persona. Algo que Michael no estaba completamente convencido de que fuese así.

McPherson había iniciado la reunión metiendo los pulgares debajo de las solapas de su chaqueta y recorriendo las caras de los hombres con sus gélidos ojos azules.

—Bien, caballeros —empezó—. Como todos sabéis, hemos revisado los ficheros de la cárcel y el sanatorio psiquiátrico del estado. Hemos comprobado los resultados y tenemos más de ochenta sospechosos que responden al perfil. Unos sesenta están en libertad condicional, al resto los soltaron de la casa de locos. Gracias a los esfuerzos de los encargados de la libertad provisional y la comisión médica, hemos conseguido



la dirección de la mayoría. Cada pareja tendrá que interrogar a cuatro sospechosos. Coged una lista al salir. Quiero que todos salgáis a la calle a las diez y entreguéis vuestros informes mañana a mediodía. ¿Alguna pregunta? —No habló nadie—. Bien, ya he terminado con todos vosotros. Feliz caza, caballeros.

McPherson saludó con la cabeza a los hombres y salió de la sala. Michael puso las listas en la mesa delantera y se echó atrás mientras los hombres se detenían y salían, cogiendo las listas al pasar. Se formó un atasco en la puerta donde estaba Michael, y mientras los hombres esperaban en grupos, oyó un susurro y un eco a sus espaldas.

*Amante de una negra de mierda.*

La voz era baja, fría y con un toque de burla. También era la de alguien convencido de su superioridad, como si el que hablaba estuviera manifestando una protesta largo tiempo contenida, o considerara que estaba reparando un error. A Michael le llevó un momento darse cuenta de lo que había dicho, y otro momento darse cuenta de que iba dirigido a él, y cuando se percató de ello, una furia tensa, tirante explotó en su interior. Alzó violentamente la cabeza y miró las hileras de policías que tenía delante, moviéndola con el ceño fruncido a un lado y a otro, esperando descubrir al culpable. Pero las caras permanecían impasibles, o se apartaban de él hablando con alguien, y mirando en todas direcciones menos en la suya. Pensó en lo que harían los hombres una vez que estuvieran fuera; se reirían de lo que habían hecho, se felicitarían unos a otros con palmadas en la espalda, y sintió aumentar su enfado. Pero fue una furia frustrada que se tragó, una ira sin esperanza con la que no podía hacer nada. Quería defender a su mujer, pero sus enemigos eran invisibles, francotiradores en un horizonte lejano.

MEDIA HORA MÁS TARDE, cuando salió de la comisaría acompañado de Kerry, Michael todavía estaba agitado por una rabia impotente. El cielo nublado oscurecía la calle, y la constante llovizna ablandaba el barro del centro de la calzada. Se subió el cuello para defenderse de la lluvia y entregó la última lista de sospechosos a Kerry.

—El primer sospechoso responde al nombre de Breuer, señor —dijo Kerry—. La dirección parece la de una casa de Robertson.

Kerry sonrió a Michael, y este advirtió lo impaciente que estaba: un *boy-scout* entusiasmado, intrépido, en contraste con su propio estado de ánimo que le hacía sentir pena de sí mismo.

—¿Y las otras direcciones? —preguntó, recorriendo con la vista los alrededores. Agentes presentes en la reunión bajaban corriendo los escalones de la comisaría, dirigiéndose al centro de la ciudad. Llevaban impermeables encerados y botas de agua, lo que hizo que Michael se mirase sus zapatos: el agua de lluvia ya los calaba, oscureciendo la piel marrón claro.

—Dos están en el Barrio Francés y una en Little Italy —dijo Kerry. Michael

asintió y pensó un momento.

—Doy por supuesto que el sospechoso de Little Italy es italiano, ¿no? —preguntó.

Kerry comprobó la lista y asintió.

—Umigliani. Los otros dos se llaman Steiner y Stevens. —Plegó el papel en cuatro partes y se lo guardó en la chaqueta.

—Bien, supongo que iremos primero a Storyville y le echaremos un vistazo a Breuer —dijo Michael—, luego a los dos del Barrio Francés y terminaremos en Little Italy.

Kerry asintió y los dos se dieron la vuelta y subieron calle arriba en silencio. A pesar de la lluvia, las calles estaban llenas de vendedores callejeros, peatones y tranvías. Evitaron las aceras para no tropezar con los compradores y mantener el rumbo, y anduvieron por el paso de carros sembrado de estiércol del centro de la calzada. Pero cuando llegaron a la calle Basin, no tuvieron más remedio que subirse a la acera, avanzando despacio sobre la madera resbaladiza por la lluvia. Cruzaron las líneas de tranvía y doblaron a la derecha, dirigiéndose al corazón del distrito.

—¿Por qué encerraron a Breuer? —preguntó Michael cuando pasaban junto a una cuadrilla de barrenderos que limpiaba de barro la entrada de un hotel.

Kerry rebuscó la lista de su bolsillo.

—Por estafa —dijo, frunciendo el ceño.

—¿Siete años por eso? Tiene que haber sido un estafador tremendo. ¿Cuántos años tiene?

Kerry volvió a mirar la lista.

—Sesenta y dos —dijo sin ganas—. Me da la sensación de que ese tipo probablemente no sea el Asesino del Hacha.

Michael asintió. No era un tímido de sesenta y dos años lo que estaban buscando. Sin embargo el interés de Michael se había despertado: no entendía por qué habían aplicado una condena tan larga a aquel hombre, ni por qué vivía en una casa de la que probablemente fuese la peor calle del barrio de putas. El Asesino del Hacha había hecho gala de una tendencia propia de un destripador al atacar a las mujeres, y Breuer había elegido vivir entre las prostitutas de la calle Robertson, las chicas de la calle más arrastradas de la ciudad. Podría haber relación. Encendió un Virginia Bright y le vino a la cabeza la imagen desolada de la calle Robertson, golpeada por la pobreza, sumida en la niebla e insalubre. No se diferenciaba mucho de las descripciones que había leído del londinense East End victoriano.

Con todo, Storyville no había sido siempre un sitio tan desolador. La zona había empezado a existir en la década de 1890, cuando un grupo de estrictos reformadores del ayuntamiento pensó que podrían detener la expansión del vicio prohibiendo a las prostitutas vivir en un lugar de la ciudad que no fuera una zona concreta del mismo centro de Nueva Orleans: las veinte manzanas de casas contenidas por la plaza formada por las calles Basin y Canal, y las avenidas Claiborne y St. Louis. La

legislación había sido redactada en parte por un concejal llamado Sydney Story, y, con gran disgusto de ese hombre, la zona terminó siendo conocida por un nombre derivado del suyo: *Storyville*.

Se trasladaron allí empresarios presos de un fervor que rivalizaba con el de la fiebre del oro, y que convirtieron las calles de lo que era un barrio de clase trabajadora con negros, criollos y blancos en una zona del placer atestada de las luces rojas de burdeles, cabarés, hoteles y bares con música. El dinero corría y la gente hizo fortunas. En su mejor momento, las veinte manzanas cuadradas de Storyville fueron residencia de más de dos mil prostitutas, desde las que trabajaban en las grandes *maisons* hasta las que ejercían el oficio solas en auténticos antros.

Michael recordó a Luca cuando este lo llevaba al distrito en la época en que empezaron a trabajar juntos, allá en el apogeo de Storyville. El lugar tenía un aire de abandono, una energía despreocupada y una alegría que era a la vez sórdida e inocente, juguetona y cómplice. Storyville no era un paraíso en ningún sentido: había violencia, muerte y enfermedad. Había explotación y mugre, un aspecto brutal que los turistas nunca veían. Pero, a pesar de todo, a Michael le resultaba difícil no recordarlo como una luz en la noche: brillante, alegre y acogedor.

El distrito se cerró oficialmente en 1917, y aunque lo que se llamaba «el negocio de las mujeres de la vida» todavía continuaba allí, era mucho más discreto. Si se exceptuaban las sutiles y ocasionales señales dispersas por los edificios —una ventana con cortinas rojas, una puerta abierta, un rótulo que anunciaba un cabaré o un espectáculo, la profusión y variedad de «hoteles»—, el distrito podría haber sido uno de los muchos barrios miserables y grises de Nueva Orleans.

Conforme avanzaban por las últimas manzanas finales hacia su destino, el estado de los edificios se iba deteriorando paulatinamente, hasta que llegaron al punto más bajo: la calle Robertson. A un lado de la calle había una hilera de edificios medio derruidos, sombríos, que daba acceso a un laberinto de antros de mujeres de la vida, y al otro lado, el mayor de los cementerios, el St. Louis. Michael pensó en la deprimente mezcla de pobreza, sexo y muerte de la zona.

Se dirigieron a un grupo de ruinosas casas de vecindad de ladrillo rojo abandonadas frente al cementerio y Kerry hizo un gesto a Michael de que aquel era el sitio. La lluvia había revestido las casas de un brillo de humedad que se filtraba por los ladrillos y absorbía la luz, haciendo que las construcciones parecieran extrañamente oscuras. Descubrieron que la puerta delantera de la casa de Breuer no estaba cerrada con llave y entraron.

Michael encendía una cerilla nueva en cada tramo de escaleras, pero el escaso resplandor no impidió que tuvieran que ascender casi a oscuras. Lo que la luz había permitido vislumbrar eran señales de quemaduras y manchas de humo que cubrían las paredes medio deshechas de ladrillos y señalaban los sitios donde los inquilinos habían depositado velas encendidas. Reinaba un desconcertante olor a humedad y gas, y en la oscuridad oyeron correr a ratas junto a las paredes, y el sonido de un niño

que lloraba. Michael pensó que los inquilinos de aquellas casas debían de ser presas muy fáciles: lo único que tenía que hacer un ladrón era entrar desde la calle, esconderse en uno de aquellos pasillos negros como boca de lobo y esperar a la persona adecuada para echársele encima.

Llegaron al cuarto piso, localizaron la puerta de la casa de Breuer y llamaron, pero no respondió nadie. Esperaron unos minutos, intentando percibir ruidos de movimiento al otro lado de la puerta, y como no oyeron nada, bajaron la escalera hasta el sótano y llamaron a la puerta de la portería.

Al cabo de unos segundos el portero abrió. Era un hombre como una torre que mantenía la barbilla alta y la cabeza hacia atrás, prefiriendo, dedujo Michael, mirar al mundo desde arriba. Les informó de que Breuer había muerto tres días antes de un problema del corazón, y que antes había pasado un mes en el Hospital de la Caridad. Le pidieron que les dejara ver su habitación por si acaso, y el portero, gruñendo y murmurando, les volvió a subir a la habitación de Breuer con ayuda de una lámpara de gas.

Michael y Kerry registraron el lugar mientras el portero se apoyaba en el marco de la puerta y les observaba hosco. La habitación estaba limpia y a los pocos minutos estuvieron seguros de que no contenía nada de importancia. Le dieron las gracias al portero y se marcharon. Michael consideró que el hombre había contado la verdad sobre Breuer —solo los idiotas mienten sobre cosas tan fáciles de verificar—, pero le dijo a Kerry que irían al hospital para comprobarlo con los encargados por si acaso.

Le alegró volver a la calle y salir de la casa y su aire opresivo y cargante. Recorrieron un par de manzanas de casas de Robertson, dejando el cementerio St. Louis a la izquierda. Debido a su nivel freático tan elevado, en Nueva Orleans se enterraba a los muertos en alto, depositándolos en tumbas muy trabajadas —una parte para los protestantes, otra para los católicos, otra para los blancos, otra para los negros—, y Michael y Kerry observaron la parte superior de esos mausoleos por encima del muro del cementerio, dispersas contra el cielo.

Doblaron a la derecha bajando por la calle Conti y al final llegaron al Vieux Carré. Los dos nombres siguientes de su lista arrojaron el mismo resultado que el anterior. A Joachin Steiner, de cuarenta y siete años, lo habían soltado de Angola hacía cuatro meses después de cumplir una condena de siete años por agresión. Había destrozado la cabeza de un hombre con una botella en una pelea en un bar que se había originado, con toda probabilidad, por una discusión sobre una bebida derramada. Cuando localizaron al hombre, se enteraron de que lo habían dejado lisiado durante su estancia en Angola y ya no podía utilizar las piernas. Lo tacharon de la lista.

El siguiente nombre era Barry Stevens, de treinta años, liberado después de ocho años en Angola, también condenado por agresión, esta vez debido a un episodio en el que desgració el cerebro a su mujer. En cierto momento Stevens había encontrado a Dios y ahora pasaba el tiempo cuidando a su mujer y ayudando en la iglesia del

barrio. Su párroco confirmó que había estado trabajando en la iglesia dos de las noches en que se produjeron los asesinatos.

Ya era más de mediodía cuando llegaron a Little Italy. Habían permanecido en silencio durante la mayor parte de su largo recorrido por la ciudad. Michael tenía la sensación de que Kerry se había dado cuenta de su estado de ánimo y le dejaba en paz. Pero en el curso de la caminata el estado de ánimo de Michael había mejorado, el callejeo por la ciudad actuó a modo de terapia. Sabía que la ciudad era lúgubre y dura, pero también un lugar en el que ensimismarse: los puestos del mercado, las tiendas, la gran variedad de edificios y gente, los gritos y los olores y el zumbido de millones de vidas con que se cruzaban. Sugirió que se detuvieran a almorzar en un local de comidas que conocía y Kerry aceptó inmediatamente. El lugar estaba bien iluminado y animado, rebosante de trabajadores disfrutando de la pausa para comer, y de amas de casa y muchachas comprando alimentos. Encontraron dos asientos al final del mostrador y dejaron que el calor les entonara un poco. Michael pidió dos cafés y unos bocadillos calientes. Dieron unos sorbos al café y un par de minutos después llegaron los bocadillos: dos largas *baguettes* cortadas por la mitad de las que rebosaban trozos de carne de ternera, de cerdo y beicon, y ensalada aliñada con mayonesa, pepinillos en vinagre y mostaza criolla. Kelly miró el plato que tenía delante con desconfianza y sorpresa.

—Es suficiente para alimentar a una familia —dijo finalmente, antes de volverse hacia Michael y sonreír.

—¿Cómo está? —preguntó Michael, después de darle unos mordiscos.

—Estupendo —dijo Kerry, con la voz apagada por la comida que tenía en la boca—. No tenemos nada así, allá en casa. —Michael se fijó en la sonrisa del chico y en su cara que parecía le había vuelto el color, y experimentó algo de la satisfacción de un padre cuando ve comer a sus propios hijos.

—Uno sólo consigue comida así en Nueva Orleans —dijo Michael, que aunque no fuera un gastrónomo, estaba orgulloso de la tradición culinaria de su ciudad. Generaciones de cocineros de Nueva Orleans habían combinado influencias francesas, africanas, españolas e italianas, y el resultado era una cocina única y exuberante.

—Es una pena que ninguno de los sospechosos haya llevado a nada —comentó Kerry, y Michael apreció la seriedad de la voz del chico; se dio cuenta de que no tenía valor para decirle que estaban empeñados en una búsqueda inútil.

—Es como trabaja la policía —contestó—. Me da la sensación de que probablemente tengamos más suerte con el siguiente.

—¿Porque es italiano? —preguntó Kerry.

Michael asintió y dio otro mordisco a su bocadillo. Miró las ventanas que recorrían la parte delantera del establecimiento. Con el calor de la gente y la lluvia fría de la calle, se había formado una espesa condensación en los cristales que hacía que el mundo exterior pareciera nebuloso e indefinido.

—Si no le importa que se lo pregunte, señor, usted parece bastante seguro de que el asesino es italiano.

—Llamémosle predisposición —dijo Michael, apartando la vista de la ventana.

—¿Y eso? —preguntó Kerry, frunciendo el ceño.

Michael pensó un momento e inmediatamente se dio cuenta de que la respuesta que le iba a dar a Kerry era casi idéntica a algo que le había enseñado Luca años antes. Imaginó una cadena que abarcaba una insondable oscuridad, y la idea de que él era un eslabón de esa cadena en cierto modo le tranquilizó. Sintió la necesidad de explicarle al chico lo que le había enseñado Luca durante sus años de relación: que la solución más probable de cualquier misterio era la más sencilla, porque la simplicidad estaba en el origen de la elegancia natural, y los misterios no eran más que lo natural sin iluminar. La idea no era algo que se pudiera enseñar como si estuviese en un libro de texto, era una *sensación*, un enfoque resultado de años de trabajo. Y Michael se dio cuenta de que al acoger al chico bajo su protección, en cierto modo se comprometía a una tarea para toda la vida. Y ser consciente de eso le hizo sentir inmediatamente una punzada de culpabilidad: seguro que Luca sintió lo mismo cuando acogió a Michael bajo sus alas, y Michael se lo había pagado con una traición.

—¿Conoces el principio filosófico conocido como la navaja de Occam? —preguntó, y Kerry negó con la cabeza.

—Las explicaciones más sencillas normalmente son las mejores. Las víctimas conocen a la mayoría de sus asesinos, y en una ciudad como Nueva Orleans, donde todo el mundo tiene apego por los suyos, el principio de la navaja de Occam sugiere que si matan a un italiano, lo ha asesinado otro italiano. Los italianos matan a italianos, los negros matan a negros, los judíos matan a judíos. Así es como funcionan las cosas aquí, salvo unas cuantas excepciones.

—Pero Schneider no era italiano.

—Ese es un aspecto que todavía no he descifrado —contestó Michael—. Pero se encontraron cartas del tarot en el caso de Schneider. ¿Has oído hablar de la Mano Negra?

—Claro, es otro nombre de la mafia —dijo Kerry.

—Es un nombre antiguo de la mafia —puntualizó Michael—. En aquellos tiempos, cuando la mafia mataba a alguien o le mandaba una nota chantajeándole, dejaba una tarjeta pequeña con una mano negra, para que la gente supiera quién era el responsable. De ahí el nombre. A veces no dejaban tarjetas con manos negras, sino cartas del tarot ahorrándose tener que hacer el dibujo.

Kerry asintió y quedaron en silencio mientras terminaban de comer, y Michael reparó en los ruidos del local: el sonido metálico de los cubiertos en los platos, gente que hablaba, el chisporroteo de las planchas y el silbido de las cafeteras. Pidieron más café y lo fueron tomando a sorbos mientras los que habían parado para comer volvían al trabajo y el local recuperaba la tranquilidad. Los empleados empezaron a limpiar

después del ajetreo resignados a su cansancio. Michael apartó el plato y encendió un cigarrillo.

—¿Sabes que Nueva Orleans fue la primera ciudad de Estados Unidos donde hubo mafia? —dijo.

—No, señor.

—Es un dudoso honor, pero sin embargo nos corresponde. En el norte, en Nueva York, en Chicago, la mafia es de diferentes partes de Sicilia: Palermo, Catania, Mesina, Siracusa. Por eso siempre se están matando entre sí. En Nueva Orleans no. Aquí nunca ha habido una auténtica guerra entre familias, o al menos no una que derivara en un derramamiento de sangre. Eso es porque aquí todos son del mismo pueblo de Sicilia: Monreale. Y están pegados unos a otros como con cola. Nada de peleas, nada de *vendettas*. Están organizados y siguen con sus negocios.

Kerry frunció el ceño.

—¿Cómo sabe tanto sobre la mafia? —preguntó, y Michael quedó callado un momento y se encogió de hombros. Había pasado años en compañía de mafiosos mientras estaba bajo la tutela de Luca, y conocía la historia y el carácter de las familias mejor que cualquier otro inspector del departamento. Era una situación extraña, y nunca se acostumbró del todo a ella: un policía blanco de origen irlandés, casado con una mujer de color, que trabajaba para una familia de delincuentes sicilianos. Nunca lo habría conseguido de no ser por la meticulosidad de los que se lo habían encargado en la oficina del fiscal del distrito, que habían logrado que se infiltrara en la banda de Luca.

Después del asunto de Abner, le degradaron seis meses a patrullar por las calles. Entonces le hicieron llegar un cargamento de pieles. Michael le habló a Luca de las pieles, y aseguró que eran de un primo suyo de San Luis, un secuestrador, que quería librarse de ellas fuera de su ciudad. Luca se hizo cargo de las pieles y las vendió, y mes y medio después a Michael le dieron unos relojes de oro que también le pasó a Luca. Durante el año siguiente siguieron llegando cosas robadas, cigarrillos, *bourbon*, joyas, municiones, ropa de diseño. Luca se las quitó todas a Michael de las manos y mientras los dos prosperaban, a Michael lo admitieron en la banda de Luca.

La banda participaba en todo lo que participaba la Familia: extorsión, secuestro, compraventa de productos robados, juego, prostitución, préstamos ilegales, falsificación. Michael se enteró de los negocios que tenían con el alcalde; se reunió con Carlo Matranga en varias ocasiones; oyó rumores sobre la brigada de torturadores que controlaba Hatener; hasta colaboró cuando incriminaban falsamente a gente. Durante el tiempo en que Michael estuvo bajo la protección de Luca, contribuyó, por su propia cuenta, a enviar nada menos que catorce hombres inocentes a Angola basándose en pruebas falsas. Llevaba las cuentas de todos, y cada vez que un hombre era víctima de la banda, los que le utilizaban le decían que lo volverían a juzgar y lo absolverían en cuanto se terminara la labor de Michael como infiltrado. Pero cuando terminó la investigación y Luca fue condenado, los jefes se negaron a

reabrir los casos, algo que dejó a Michael con una intensa sensación de culpabilidad.

Terminaron sus cafés y Michael se levantó. Cogió la cuenta y fue con ella a la cajera, que intentó no mirarle las marcas de la cara mientras le devolvía el cambio. Michael estaba acostumbrado a que le mirase la gente y no era algo que le molestase. La viruela le había llevado a la unidad de viruela del hospital y fue allí donde había conocido a Annette, la única enfermera que no parecía sentir pena de él. Aunque las marcas le desfiguraran, también eran un recuerdo del modo en que había conocido a su mujer. La gente podía mirar si quería.

Cuando volvieron a salir a la calle, la lluvia y el viento les erizaron la piel, y recorrieron de prisa las últimas manzanas de casas hasta la última dirección de su lista. Paolo Umigliani vivía en una pensión para hombres solteros de una calle estrecha del límite de Little Italy. Encontraron el sitio, que estaba encima de una triste y polvorienta tienda que vendía máquinas de coser Singer y carretes de hilo que habían perdido sus colores de arcoíris hacía tiempo. A la pensión se llegaba por una angosta escalera de techo bajo que olía a desinfectante y tabaco. El viejo que regentaba la pensión les dijo con voz desdeñosa que Umigliani no estaba, pero solía reunirse en una barbería de una manzana al sur «con el resto de la *Unione Siciliana*», añadió sarcásticamente, escupiendo las palabras.

La barbería estaba situada en un edificio de la esquina de una calle de tiendas miserables y puestos callejeros protegidos por telas enceradas. A pesar de la lluvia, unos cuantos niños andrajosos corrían arriba y abajo de la calle, echándose barro unos a otros y jugando al pillapilla. Michael se detuvo cuando estuvieron cerca de la barbería y luego se colocó detrás de uno de los puestos, haciendo un gesto a Kerry para que le imitara. Echó una ojeada asomándose a la esquina y por los grandes cristales de la ventana de la parte delantera de la barbería vio a un grupo de corpulentos italianos que holgazaneaban. Michael reconoció algunas caras de su época con Luca, en especial a un hombre fanfarrón unos cuantos años más joven que él que parecía ser el centro de atención en la zona de espera a la entrada al local.

—¿Ves a ese tipo grande con pieles? —Kerry miró la barbería desde el otro lado de la calle y asintió—. Es Silvestro «Sam» Carolla —dijo Michael—. Es el lugarteniente de don Carlo. El mafioso número dos de la ciudad.

Michael había estado con Silvestro incontables veces, principalmente en reuniones que organizaba Luca. Silvestro era sobrino de Don Carlo, y a pesar de ser un bocazas y no caer bien a nadie, había ascendido a la categoría de primero en la línea de sucesión. La gente pensaba que Luca era el sucesor natural de Carlo porque era agudo, le gustaba a todo el mundo, era encantador, es decir todo lo que no era Silvestro. Pero debido a lazos e historias familiares, Silvestro había terminado siendo el número dos. Era evidente que Carlo tenía sus reservas ante la idea de ceder su imperio a un hombre tan bravucón y vanidoso como su sobrino, así que Silvestro llevaba una vida de perpetuo sustituto, frustrado y humillado. Y ahora aparecía en el medio de la investigación del Asesino del Hacha.



—Voy a entrar. ¿Quieres quedarte aquí y mantener los ojos abiertos? —preguntó Michael, proporcionándole a Kerry una excusa para no entrar en la barbería.

—No, iré —dijo este, finalmente.

Michael sonrió y, tras abandonar su posición detrás del puesto, cruzaron la calle llena de barro hasta la barbería. Sonó una campanilla cuando entró Michael, y Silvestro y unos cuantos hombres sentados alrededor de la mesa baja junto a la puerta se volvieron y el local quedó en silencio.

Michael vio que, aparte de estar un poco más gordo, Silvestro no había cambiado mucho. Pelo con brillantina engominado hacia atrás, cara que sonreía con desdén, una cicatriz de presidiario atravesándole una mejilla, ojos que parecían dos trozos redondos de carbón y una nariz ganchuda tan prominente que difuminaba el resto de sus rasgos.

Se miraron uno al otro, Michael con una mueca fría, sólida, Silvestro con una expresión de sorpresa nada contenida, como si un hombre que él sabía que estaba en el otro extremo del mundo de pronto hubiera aparecido en la barbería. Frunció el ceño y la sorpresa fue remplazada por una sonrisa desganada, exangüe.

—Hola, Mikey —dijo, usando un diminutivo que sabía que le molestaba a Michael—. ¿Has venido a cortarte el pelo?

La pronunciación de Silvestro era lenta y nasal. Michael se fijó en que con los años no había perdido su acento italiano, pero había quedado dominado, estrangulado, por uno sureño muy marcado que le hacía arrastrar las palabras.

—Estoy buscando a Paolo Umigliani —dijo Michael, mirando a su alrededor en un intento de parecer relajado. El local era largo y estrecho, perdiéndose al fondo como un pasillo. Dos peluqueros se dedicaban a su trabajo, y en la parte más alejada, un grupo de hombres más jóvenes holgazaneaban en las sombras. Michael supuso que si Umigliani estaba en la barbería, se encontraría en ese grupo, pero debido a la longitud y falta de luz del local, no podía distinguir a ninguno con claridad.

Silvestro sonrió y toqueteó con los dedos el alfiler con incrustaciones de diamante que le mantenía la corbata en su sitio. Michael había visto aquel alfiler, o uno como aquel, en venta en el departamento de joyería de D. H. Holmes y recordó que el precio ascendía a más de la mitad de su sueldo anual. Carolla siempre había compensado su maltrecho aspecto con ropa cara, y Michael se preguntó cuánto costaría el abrigo negro de piel y los anillos de oro que salpicaban sus dedos.

—¿Por qué preguntas por Paolo? —dijo Silvestro, que ya no sonreía.

Michael se encogió de hombros.

—Ya sabes, lo normal.

Se fijó en que los peluqueros habían interrumpido su trabajo para mirarle con mucha atención. El mayor más cercano a ellos había quedado como congelado, con la navaja de afeitar llena de espuma en la mano junto al cuello del cliente.

—¿Quién es el chico? —preguntó Silvestro a Michael haciendo un gesto en dirección a Kerry—. ¿Tienes un novio nuevo? —El resto de los hombres estallaron

en carcajadas teñidas de adulación y una especie de alivio. Silvestro volvió a sonreír, y cruzó su mirada con la de Kerry—. No pases mucho tiempo con él, chico. Es probable que termines en la cárcel con el resto del departamento de policía.

Algunos soltaron unas risitas y Silvestro sonrió petulante.

—¿Entonces está aquí Umigliani? ¿O tengo que pedirlos a todos los documentos de identidad? —preguntó Michael, girando sobre sus talones. Silvestro clavó sus ojos en él, y los dos mantuvieron la mirada lo suficiente para que todos los presentes se sintieran incómodos. Con el rabllo de ojo Michael veía que los del séquito de Silvestro se estaban poniendo tensos y movían las manos muy despacio hacia las armas escondidas en sus bolsillos, y se preguntó si no habría valorado mal la situación. Decidió jugarse el todo por el todo y arriesgarse algo más—. No tengo todo el día —dijo con voz monótona.

Se daba cuenta de que Kerry paseaba la vista por el local, mirando a los peluqueros y a los tipos amenazadores, y oyó el sonido apagado de la lluvia contra las ventanas. Barrió el local con la vista. En la repisa bajo los espejos había navajas y paquetes de jabón de afeitar, tazones de porcelana azul que contenían brochas y vitrinas llenas de ungüentos, desinfectantes y toallas plegadas para colocarlas calientes sobre la cara.

Sin apartar la mirada, Silvestro hizo un gesto a sus hombres para que se calmaran, luego se dio la vuelta y clavó la vista en los más jóvenes, que permanecían en la parte más alejada de la barbería.

—¡Paolo! —gritó.

A lo lejos un joven flaco y de ojos hundidos se puso de pie.

—*Sì, capo* —dijo con una voz débil y atiplada.

—*Vieni qui*.

El joven se acercó a la parte delantera del local, pasando junto a una hilera de carteles que anunciaban en la pared del fondo tónico capilar, jabón Beaumont, pasta dental Colgate. Cuando estuvo cerca de Silvestro, se detuvo e inclinó la cabeza como si fuera un crucificado en misa.

—*Va' con il cafone* —dijo Silvestro, señalando con la cabeza a Michael, que sabía suficiente italiano para conocer el insulto— *e ritorna presto*.

El joven frunció el ceño a Silvestro de un modo inquieto, de colegial.

—*Ma, capo...* —se quejó.

—*Sbrigati!* —gritó Silvestro, dando muestras de enfado por primera vez. Una expresión de pánico atravesó la cara del joven, que acto seguido inclinó la cabeza de nuevo, y agarró una chaqueta de ferroviario y un sombrero de fieltro negro del perchero junto a la puerta. Silvestro se volvió hacia Michael—. Paolo te ayudará —dijo.

—Muy agradecido —dijo Michael—. Nos vemos, Sam. —Saludó con el sombrero a Silvestro y se dio la vuelta hacia la salida.

—Supongo que estás investigando lo del Asesino del Hacha, ¿no? —preguntó

Silvestro, con cierta irritación en la voz. Michael se detuvo, se volvió otra vez hacia Silvestro y asintió—. ¿Entonces por qué vienes por aquí? Deberías estar en Back o' Town buscando a esos negros de mierda. —Escupió las últimas palabras, y Michael se puso tenso otra vez—. Parece que en Nueva Orleans todo el mundo sabe de qué color es la piel del Asesino del Hacha menos tú —dijo Silvestro, antes de encogerse de hombros de modo teatral.

—Ya, ¿y cómo estás tan seguro de eso? —preguntó Michael.

Silvestro sonrió con petulancia.

—Se lo pregunté a tu *mujer*.

Al oírlo, la concurrencia estalló en risas otra vez, y Michael se sintió idiota por caer en la trampa de Silvestro. Notó una náusea en el estómago y se esforzó por no manifestar sus emociones.

Las risas continuaron durante unos segundos más, luego se impuso el mismo silencio tenso.

Michael se volvió hacia Kerry.

—Vámonos. Tenemos lo que vinimos a buscar —dijo, sin conseguir controlar el dolor que dominaba su voz. Kerry asintió y agarró a Umigliani por el codo, y Michael se dirigió de vuelta a la calle. Cuando llegó a la entrada, se vio reflejado en el cristal de la puerta: una cara pálida, cansada, picada de viruela, espectral y translúcida sobre la imagen de la calle lluviosa. El reflejo que le devolvió la mirada parecía extraño, no encajaba con la imagen de sí mismo que tenía en mente, y Michael se dio cuenta con una sensación de desasosiego que así era como lo habrían visto Silvestro y sus hombres. Hizo girar el picaporte y abrió la puerta.

—Oye, Michael —le gritó Silvestro por encima del sonido de la lluvia de la calle—, no vas a encontrar al Asesino del Hacha. Estás persiguiendo un fantasma.

Pero Michael ya estaba fuera. Kerry y Umigliani le siguieron, y Umigliani tembló de frío antes de ponerse el sombrero negro en la cabeza.

—Vamos a buscar un sitio tranquilo —dijo Michael, sin mirar a los ojos a ninguno de los dos.

Anduvieron calle abajo hasta que llegaron a un callejón vacío. Era estrecho, nada más que un sendero embarrado entre dos casas, donde unos canalones rotos dejaban caer agua de lluvia encima de unos cuantos cubos de basura. Entraron en el callejón y encontraron un recoveco en una de las paredes donde se habían practicado una serie de puertas para la entrada de carbón. Bajo el recoveco había un espacio seco y a cubierto y se protegieron allí del aguacero.

Michael examinó detenidamente a Umigliani, mirándole de cerca por primera vez. Tenía una cara lamentable, macilenta, y su boca hundida y abierta le hacía parecer un poco tonto. El sombrero que llevaba puesto le quedaba muy grande y se le inclinaba hacia un lado de la cabeza. Michael se preguntaba si se habría equivocado de sombrero al salir de la barbería, y por eso le quedaba tan mal, pues su elegancia contrastaba con el resto de sus raídas y desaliñadas prendas de vestir. Aquel hombre

no era un asesino, pero pertenecía a la banda de Carolla, y podría tener alguna información útil.

—Estuvimos examinando tu ficha, Umigliani —dijo Michael—. La fecha en que te pusieron en libertad coincide aproximadamente con el momento en que el Asesino del Hacha empezó a matar gente. Y ahora te encontramos en compañía de conocidos delincuentes. La cosa no pinta bien.

La mirada de Umigliani pasaba de Kerry a Michael, y este se fijó en sus ojeras y en su mandíbula floja y temblorosa.

—Yo... yo no el Asesino del Hacha —dijo tartamudeando, hablando demasiado deprisa y tropezando con las palabras. Tenía un acento italiano, más marcado que el de Silvestro, y el error gramatical hizo que sonara infantil.

—Kerry, regístrale los bolsillos, haz el favor.

Kerry dudó un momento, luego se puso delante de Umigliani y le pidió que levantara los brazos. Umigliani lo hizo y Kerry le palpó de arriba abajo. Con los brazos estirados y aquel sombrero y la chaqueta de ferroviario discordantes, Umigliani le recordó a Michael a un espantapájaros que había cobrado vida, apolillado y de semblante inexpresivo.

Michael pensó en algo que le había dicho Luca una vez: que a veces las bandas tenían bajo su protección a chicos retrasados mentales. Hacían como si fueran amigos suyos y tenían a los chicos por allí para divertirse, hacerles objeto de sus bromas y usarlos como recaderos. Los chicos normalmente estaban solos y aislados y disfrutaban de la camaradería, aunque de vez en cuando resultaba cruel. Pero en cierto momento la banda atribuía a los chicos algo que habían hecho otros. Los chicos raramente se encontraban en situación de defenderse y constituían los chivos expiatorios perfectos. Michael observó la cara inexpresiva de Umigliani y pensó en sus siete años en Angola.

Kerry rebuscó en los bolsillos del joven y encontró una tela que envolvía algo en el bolsillo de la pechera de su chaqueta. Frunció el ceño, abrió la tela y dentro encontró un puñado de marihuana verde oscura. Era una masa compacta, seca y fragante que se imponía al olor a humedad del callejón.

Kerry y Michael se miraron uno al otro y la cara de Umigliani expresó desaliento. Empezó a murmurar para sí mismo en voz baja, pero deprisa y con preocupación.

—Eso no es tuyo, ¿verdad? —preguntó Michael. Umigliani negó con la cabeza y se miró los pies—. Sabes que la han ilegalizado, ¿verdad? ¿Mientras estabas en la cárcel? —añadió Michael. Umigliani asintió y pareció como si fuera a echarse a llorar. Michael no tenía valor para detenerle. Umigliani sólo era otro incauto: explotado por sus amigos, estaba destinado a pasarlo mal en el futuro. Michael le intuía un futuro desastroso y no estaba dispuesto contribuir a él en aquel momento—. No te voy a detener por esto, Paolo —dijo, adoptando el tono que utilizaba para explicarles cosas a los niños—. Pero me vas a prometer que dejarás de hacerles favores como este a tus amigos, ¿vale? —continuó sujetando la marihuana—. No

querrás terminar otra vez en Angola.

—No, no. —Umigliani negó con la cabeza y continuó murmurando para sí mismo.

Michael asintió a Kerry y este envolvió la tela y se la devolvió a Umigliani, que la cogió e hizo una inclinación de cabeza servil, acobardada.

—Gra... gracias —dijo.

—Ningún problema, Paolo —dijo Michael, y luego se volvió hacia Kerry—. Vamos a dejarlo. Él no es el Asesino del Hacha. —Kerry asintió y empezaron a alejarse bajo la lluvia. Cuatro sospechosos y un día húmedo y perdido. Dieron un par de pasos por el embarrado callejón antes de oír la voz que tartamudeaba a sus espaldas.

—Yo... yo le digo algo sobre el Asesino del Hacha. —Se dieron la vuelta y vieron a Umigliani parado bajo la lluvia, sonriéndoles—. Para... para darle las gracias —añadió.

Michael intercambió una mirada con Kerry y luego se volvió hacia Umigliani.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Michael.

—Bueno, todos, preguntando quién... quién es el Asesino del Hacha —dijo Umigliani en su mal inglés—. Na... nadie sabe, pero yo sé a... algo. —Michael animó a Umigliani para que continuase—. Mi primo, él... él conoce a un hombre. Dijo que sabía quién era el... el Asesino del Hacha. Y luego... ya no estaba allí más.

—¿Te refieres a que el hombre desapareció? —preguntó Michael.

—Sí —dijo Umigliani—. Des... apareció.

Umigliani se quitó el sombrero y se limpió la lluvia de la frente con una mano temblorosa, y Michael echó una ojeada a unas uñas negras mordidas hasta la yema del dedo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Michael—. ¿El hombre al que conoce tu primo? Umigliani sonrió.

—Manno. Manno Lo... Lombardi.

Ante la mención del nombre, Kerry y Michael se miraron: el soplón de Riley.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo, Paolo? —preguntó Michael.

—Bueno. No. Des... apareció.

—¿Y dónde vivía?

Umigliani negó con la cabeza.

—Sé dónde trabajaba... el Vieux Ca... Carré —dijo Umigliani, pronunciando mal el francés—. Arregla coches en... O'Neil.

—¿El taller de O'Neil? ¿En el Barrio Francés? —preguntó Michael, animándole.

—Sí, sí. Lo encuentra allí. Conoce al Asesino del Hacha —dijo Umigliani, con la lluvia salpicando su débil sonrisa.

LA MAÑANA SIGUIENTE LUCA se despertó con el sonido de la lluvia que entraba en la cabaña por las incontables goteras del techo de madera. Se habían formado charcos en las tablas del suelo, y en otros sitios la lluvia resonaba en sartenes y cazos abollados repartidos por la superficie. Levantó la cabeza de la almohada, miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo. Se sentía cansado y somnoliento, pero en buena forma: había pasado la noche con una mujer guapa y el cansancio revivificaba, era prueba de que estaba de vuelta al mundo real. Se dio la vuelta hasta el otro lado de la cama y soltó un bostezo con todo el cuerpo.

Ahora podía hacerse una idea de cómo era la cabaña mejor que la noche anterior. El interior consistía en una sola habitación grande que había sido dividida en partes más pequeñas por cortinas, paneles y biombos. El lugar rebosaba de plantas de interior y de flores alineadas dentro de tiestos y botes por el suelo y en cada superficie disponible. Las plantas procuraban a la cabaña un ambiente acogedor y hogareño que en otros aspectos brillaba por su ausencia: no había fotos de familia, ni cuadros, ni adornos de ningún tipo excepto un crucifijo en una pared y una imagen de san Lucas en otra.

Luca cogió su camisa y sus pantalones de una silla junto a la cama, se los puso y anduvo tranquilamente hasta la cocina. La mesa había sido restregada, la madera todavía húmeda aún despedía el olor abrasivo del desinfectante. Algo hervía en el fuego dentro de una gran olla con abolladuras, y cuando Luca levantó la tapadera una columna de vapor se elevó desde el caldo del interior y flotó en el aire. Junto al fogón, clavados a la pared, había hileras de estantes hasta arriba con botes de hierbas, líquidos y especias. Luca paseó la vista por ellos: todos los botes estaban etiquetados cuidadosamente en francés, todos brillaban limpios y relucientes.

En otra esquina había una librería llena a rebosar. Los libros eran sobre todo en francés y versaban principalmente sobre cuestiones medicinales, pero también había algunas obras de antropología sobre las religiones populares de África y el Caribe. En uno de los estantes una estatuilla de madera tallada se usaba como reposalibros. Luca miró la inexpresiva cara impassible, los labios finos, y se fijó en la base donde una inscripción identificaba a la figura como *Bulul*, el dios filipino del arroz.

Se abrió la puerta y entró Simone, con una tela sobre la cabeza para resguardar el pelo de la lluvia.

—¿Tienes hambre? —preguntó, con una sonrisa en los labios. Se sujetaba el mandil con una mano y al bajarlo dejó ver, descansando en el pliegue, media docena de huevos recién puestos. Los depositó, y sirvió el caldo de la olla en tazas, tendiendo una a Luca.

—¿Qué es esto? —preguntó Luca, después de coger la taza.

—*Teane*. Té criollo. Te sentará bien.

Luca lo probó: ligeramente amargo, con sabor a hierbas y reconfortante.

Simone dio sorbos a su taza mientras cogía cacharros de la cocina y los colocaba debajo de las goteras.

—¿Necesitas que alguien te arregle el techo? —preguntó Luca.

—Lo haré yo misma —se limitó a decir ella.

Preparó los huevos friéndolos en aceite, echando queso fundido por encima y rociándolos con zumo de limón y orégano. Cortó unas rebanadas de pan moreno reseco encima del tablero de la mesa, extendió cuajada sobre las rebanadas y luego las comieron, tomando el resto de *teane* entre bocado y bocado.

A Simone no parecía molestarle el silencio; comió con la misma gracia y desenvoltura con que hacía todo lo demás, y él se preguntó cómo habría terminado viviendo igual que una marginada en mitad del pantano. Ella alzó la vista hacia Luca y le pilló mirando y sonrió.

—¿Qué haces el día entero? —preguntó Luca, devolviéndole la sonrisa.

—Un poco de todo —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Atender a las gallinas. Tratar al que llame a mi puerta.

—¿Ves a mucha gente?

—La suficiente para ir tirando —dijo Simone, terminando con el *teane* que le quedaba—. ¿Y qué haces tú el día entero?

Luca lo pensó. En otro tiempo era fácil responder, ¿pero ahora? Ahora sus días discurrían con cierto vacío, imprecisos, a pesar del hecho de que trataba de mantener la rutina de la cárcel para ir adaptándose. Se despertaba al amanecer como hacía en Angola, compraba el periódico y lo leía en una cafetería mientras desayunaba, y regresaba al hotel hacia las nueve de la tarde, cuando ya no había luz. No estaba completamente seguro de lo que hacía entremedias.

—Un poco de todo —dijo, con una sonrisa.

Terminó de comer lo último y apuró lo que le quedaba de té de un trago y solo entonces se dio cuenta de que había comido de verdad sin que los dolores le abrasaran las tripas. Miró la taza vacía y supuso que Simone tenía razón cuando dijo que el *teane* sentaba bien.

—Gracias —dijo.

Ella sonrió, agarró el plato de Luca y lo llevó al fregadero, vertiendo agua de un cubo por encima. Luca se puso de pie y volvió a la cama. Se puso las botas, se echó la chaqueta por encima de los hombros y trató de decidir cuál era el modo menos embarazoso de despedirse. De pronto cayó en la cuenta de que ella esperaba dinero. En su momento todo le había parecido auténtico, incluso natural —la conversación, el hacer el amor, que ella preparara el desayuno y tomarlo juntos—, pero ahora no estaba tan seguro. En otro tiempo nunca había querido compañía femenina. Había tenido una serie de *comares*, amantes a las que les gustaba la buena vida, y luego las muchachas de Monreale que los Matranga le presentaron cuando a la mujer de Carlo se le metió en la cabeza hacer de casamentera, y nunca había tenido problema para

ligarse a chicas borrachas en los cabarés del Tango Belt. Pero ninguna le había preparado el desayuno después, ni se comportó con tanta desenvoltura con respecto a lo que había pasado la noche anterior.

—Gracias por todo —dijo Luca un poco cortado cuando volvió a la cocina. Ella se dio la vuelta mientras fregaba los platos y le sonrió. Luca se quedó quieto y esperó. Pero ella no dijo nada: se limitó a sonreírle algo más—. ¿Volveremos a hacer esto? —preguntó él.

—Si te vuelves a sentir solo —contestó Simone, con un brillo de coquetería en los ojos. Luca sonrió, saludó con el sombrero y se dispuso a volver a Nueva Orleans.

CUANDO REGRESÓ A LA HABITACIÓN de su hotel, estaba empapado. Se quitó la ropa mojada, se lavó y se puso unos calcetines calientes en los pies fríos. El segundo día tras volver a Nueva Orleans había ido a comprar ropa: adquirió dos trajes, ambos azul oscuro, una gabardina, un puñado de camisas, unos gruesos suéteres de lana de pescador, una gorra y un sombrero flexible. Eligió esas prendas porque eran anodinas y le permitían mezclarse con la gente, pasar desapercibido. Se puso uno de los trajes y un suéter, se encajó el sombrero en la cabeza y salió a comprar la última edición de todos los periódicos. Volvió a su habitación y leyó la información sobre la muerte de los Schneider. ¿Una serie de tenderos sicilianos y ahora un abogado alemán? Luca todavía no había conocido a ningún abogado que fuera absolutamente de fiar. Si había alguna cosa que relacionara a todas las víctimas, tenía que ser algo en lo que hubiera estado trabajando el abogado.

Luca se levantó de la cama de un salto, cruzó la habitación y abrió el cajón de abajo de la cómoda que estaba junto a la ventana. Dentro se encontraba todo lo que le había pedido a Carlo antes de iniciar la investigación: un fajo de billetes, una pistola y una caja que contenía un juego de ganzúas para forzar cerraduras. Cogió algo de dinero y la caja forrada de terciopelo y salió del hotel inmediatamente, tomando un taxi hasta el ayuntamiento para conseguir la dirección de Schneider en el Registro de la Propiedad.

Una hora después estaba parado delante de una tienda del centro. A un lado de la fachada delantera de la tienda había una puerta que conducía a los pisos superiores. Comprobó la lista de nombres junto a los timbres y vio que Schneider era uno de los inquilinos del segundo piso. Se alejó de la puerta y cruzó la calle. Miró el segundo piso y trató de ver si la policía todavía lo estaba investigando, pero no consiguió distinguir nada desde tan abajo. Anduvo un poco más calle abajo, se apoyó en una farola y encendió un cigarrillo. La calle estaba demasiado frecuentada para usar las ganzúas en la puerta. Tenía que esperar.

Terminó el cigarrillo y vio el carro de un hombre que vendía café en el cruce que estaba unos metros más allá. Se acercó a él y pidió una taza. El vendedor era italiano, así que hablaron un poco, la típica conversación entre inmigrantes; el vendedor le



ofreció añadir un poco de grappa al café «para que te mantengas en calor bajo esta maldita lluvia». Luca la rechazó educadamente, el vendedor se encogió de hombros y continuó su marcha, y Luca regresó a su puesto frente a la casa de Schneider.

Una hora más tarde, cuando la lluvia ya le había calado y empezaba a temer que cogiera unas fiebres, la puerta de los apartamentos se abrió y asomó una señora vieja. Luca corrió hacia la puerta lo más rápido y despreocupadamente que pudo, y cuando la vieja salió a la calle, él metió la mano en el marco para impedir que se cerrara. La señora vieja le miró y Luca la saludó con el sombrero. Ella le fulminó con la mirada, abrió su paraguas y se fue cojeando calle abajo.

Luca soltó un suspiro de alivio y entró en el edificio. Subió corriendo al segundo piso y encontró la puerta del despacho de Schneider. Miró a su alrededor, se puso los guantes y sacó del bolsillo la cajita forrada de terciopelo. La abrió y cogió primero una y luego otra de las diminutas herramientas metálicas que contenía y se puso a trabajar en la cerradura. Le fastidió ponerse perdido de óxido: le llevó nada menos que veinte minutos conseguir dar con el sitio adecuado. Pero al final pudo abrir la puerta y entrar.

El despacho estaba atestado de cosas pero ordenado, y tenía una hilera de ficheros, una caja fuerte, una mesa y una silla giratoria. El diploma de Schneider colgaba de la pared, junto a un par de paisajes en marcos excesivamente recargados de oro falso. Encontró señales del paso de la policía: habían echado polvo para las huellas dactilares y había marcas de pisadas de barro —de las botas de los agentes— en la alfombra y en la madera del suelo. Luca se sentó en el sillón de Schneider y examinó los documentos de los cajones de la mesa con la esperanza de encontrar algo que le inculpase o fuera ilegal: cualquier cosa que pudiera servirle de prueba y así establecer una relación, por endeble que fuera. Pero en los cajones de la mesa no encontró nada a excepción de una receta de efedrina comprada en una farmacia china, y una tarjeta de John Lefebvre, de la Agencia de Detectives Pinkerton. Luca sonrió: llevaba años sin oír aquel nombre, y decidió hacerle una visita a su antiguo conocido.

La lluvia tamborileó toda la tarde en la única y sucia ventana del despacho mientras Luca registraba los documentos del fichero. Por el tipo de documentos que había, parecía que Schneider estaba especializado en derechos de propiedad, escrituras de compraventa, presentación de reclamaciones, y trabajaba con clientes que tenían problemas de lindes y querían acuerdos. Sus clientes eran todos funcionarios, pequeños hombres de negocios, dueños de plantaciones; nada de delincuentes que le resultaran conocidos a Luca.

Se puso a trabajar en la caja fuerte. Era inglesa, una Chubb and Son de 1900 con cierre rotatorio; tenía, por suerte, unos discos que hacían mucho ruido si se los comparaba con los modelos más nuevos. Le llevó algo menos de la hora y media que había previsto encontrar la clave, y se sintió discretamente orgulloso y satisfecho cuando se abrió la caja. Si se exceptúa una capa de polvo del que usa la policía para obtener huellas dactilares, la caja estaba vacía.

Luca se sentó en el suelo y suspiró. Encendió un cigarrillo y cerró los ojos, apoyando la nuca en la pared. La tarde se había vuelto crepúsculo y luego noche y no había parado ni un instante excepto para correr las cortinas de la ventana y encender la lámpara, tapando la parte de arriba de la pantalla con su chaqueta para evitar que se filtrara demasiada luz a la calle. Su ropa todavía estaba mojada de lluvia y se encontraba agotado.

Fue únicamente la casualidad de estar sentado en el suelo y de que la lámpara proyectara sombras oblicuas la que le permitió advertir, cuando abrió los ojos, los arañazos en el rincón más alejado del despacho. Estaban en los bordes de dos tablas del suelo contiguas: el tipo de arañazos que deja alguien al hacer palanca en las tablas con una herramienta.

Se acercó al rincón para verlos mejor. Los arañazos no eran muchos, pero eran profundos, y el polvo que rodeaba a los clavos de las tablas estaba movido. Encontró un abrecartas encima de la mesa, lo metió entre las tablas y poco a poco fue apalancándolas. Apartó las tablas, depositó la lámpara en la cavidad del suelo e inclinó la cabeza, introduciéndola en el polvoriento y sucio espacio. Justo al lado de la lámpara había una caja de caudales metálica. La agarró y la sacó. Luego volvió a poner las tablas en su sitio y entonces oyó un ruido en la calle. Apagó la lámpara y se acercó a la ventana.

Cuando apartó la cortina a un lado y miró a la calle, vio a la señora vieja con la que se había cruzado al entrar. Estaba hablando con dos policías y señalaba el despacho de Schneider. Luca se apartó de un salto de la ventana. Visiones de Angola invadieron su mente y se maldijo por ser tan estúpido y tan descuidado. Se desplazó lo más rápido que pudo, empujado por el miedo de que le volvieran a mandar a la cárcel tan pronto. Dispuso el cerrojo de la puerta para que se cerrase detrás de él y salió andando con mucho cuidado del despacho. Al mirar escalera abajo distinguió a los policías ya en el portal. Subió dando saltos la escalera y los policías, alertados por sus pisadas, echaron a correr.

Rezó para que hubiera una escalera de incendios en el piso más alto, algún medio que le permitiese salir al tejado, pero cuando llegó sólo encontró dos puertas, las dos cerradas con llave. Oía las pisadas de los policías en los peldaños de madera, pesadas y cada vez más fuertes. Paseó la vista a su alrededor y vio un armarito empotrado en una de las paredes. Lo abrió. Apenas tenía el tamaño suficiente para que cupiera un niño y estaba lleno a rebosar de instrumentos de limpieza: escobas, recogedores, mopas, botellas de lejía.

Metió la caja de caudales de Schneider en el fondo del armarito, cerrando la puerta cuando los policías terminaban el último tramo de escaleras.

—¡Quieto! —gritaron, con rostros contraídos, acalorados y enfadados. Luca levantó las manos, pero de todos modos ellos le derribaron al suelo, golpeándole la cabeza contra las maderas, y antes de darse cuenta notó un frío metal ciñéndole dolorosamente las muñecas.

EL TALLER DE REPARACIÓN DE COCHES de O'Neil no era tanto una edificación como un conjunto de planchas de acero corrugado unidas unas a otras al final de un callejón. Estaba situado en la parte industrial del Vieux Carré, justo en la cima del recodo del río enfrente de Algiers. El callejón terminaba a espaldas de una imponente fábrica textil y, a pesar de la lluvia, el aire estaba cargado del punzante tufo abrasador del tinte de algodón.

Una hora antes Michael había llamado a la comisaría desde un teléfono público de una oficina de correos de Little Italy y en la comisaría le habían buscado la dirección. Ya era casi de noche cuando llegaron y a punto estuvieron de no dar con el taller por culpa de la oscuridad. Pero Kerry consiguió ver un cartel muy pequeño con el nombre de O'Neil pintarrajeado que colgaba encima del cierre metálico de la entrada.

Golpeó en la plancha del cierre con la parte de abajo del puño y el movimiento formó ondas sonoras que rodaron por su superficie. Tras una corta espera, oyeron pasos que se acercaban y una voz apagada procedente del otro lado.

—Ya hemos cerrado —dijo la voz, más cansada que molesta.

—Es la policía —contestó Kerry.

Durante un momento se impuso el silencio pero luego la plancha se sacudió y deslizó hacia arriba dejando ver a un irlandés corpulento de cabeza calva y una espesa barba castaña. Les escrutó un momento con la mirada miope, luego se apoyó en el cierre y tuvo un ataque de tos tan violento que le dobló por la mitad y encendió su cara ya de por sí roja. Al final sacó un trapo del bolsillo trasero y escupió en él; luego movió la cabeza a los lados, se dio la vuelta y volvió a entrar cojeando al taller en penumbra.

Michael y Kerry se miraron y luego le siguieron al interior. Anduvieron en la oscuridad como topos hasta que el hombre giró una llave de la base de una lámpara de gas y el espacio se llenó de luz naranja. El taller tenía tres plataformas, una albergaba un Packard Victoria, la segunda un Stears-Knight, y dispuesta al fondo había una superficie de trabajo atiborrada de un desbarajuste de herramientas y partes de motor. Pero fue el resplandeciente Cadillac Type 55 negro elevado sobre la plataforma más cercana lo que atrajo la atención de Michael y Kerry. Era un coche de lujo de aspecto ágil y resplandeció con la luz del gas como una superficie curvada de ónice puro. Michael pensó que casi parecía de otro mundo, encerrado como estaba en el seno sucio, destartado del taller.

El hombre se apoyó en el mostrador del extremo más alejado del recinto, se cruzó de brazos y les observó con ojos adormilados, una expresión que llevó a Michael a preguntarse si no le habrían despertado de una siesta vespertina.

—Siento haberle molestado —dijo—. ¿Es usted O'Neil?

—Claro —contestó el hombre en tono condescendiente, rascándose la barba.

Michael se fijó en que la pared de detrás estaba repleta de fotografías de chicas famosas de revistas. Reconoció unas cuantas caras —Belle Benett, Colleen Moore, Betty Compson, esqueléticas actrices jóvenes de la pantalla—, frágiles y seductoras. A todas las habían fotografiado del mismo modo: iluminadas desde atrás y un poco desenfocadas delante de unos fondos brumosos de estudio, vestidas de gasa y encaje, reclinadas en *chaise-longues*, fumando cigarrillos y mirando enternecedoramente a lo lejos.

El hombre miró hacia Kerry, que todavía estaba parado delante del coche con una sonrisa en la cara, contemplándolo como una pieza de museo.

—Te gusta el trasto, ¿eh, chico? —dijo O’Neil.

Kerry asintió.

—Nunca había visto un Cadillac tan de cerca —dijo, casi anonadado por el coche.

—Va como la seda cuando se le pisa a fondo —dijo O’Neil—. Cannonball Baker fue desde Los Ángeles hasta Nueva York en un Type 51 el año pasado. Le llevó siete días. Calculo que un 55 lo podría hacer en seis.

Kerry sonrió, apartando la vista de mala gana del coche y se unió a los otros dos.

—¿Lo ha oído, señor? —le dijo a Michael—. De un extremo del país al otro en seis días.

O’Neil tuvo otra vez un ataque de tos y mientras esperaban que se calmase Michael notó que el olor a tinte de la fábrica de enfrente impregnaba el interior del taller lleno de corrientes de aire, y se preguntó si los productos químicos no serían la causa de los problemas respiratorios de aquel hombre.

—Supongo que no venían a hablar de Cadillacs —dijo O’Neil a desgana, con voz ronca—. O a verme echar los pulmones a base toses.

Michael negó con la cabeza.

—¿Tiene un empleado que se llama Lombardi? —preguntó.

—¿Manno? Lo tenía. Hace una semana que no lo veo.

—¿Y eso por qué?

—Dejó de aparecer sin más. Supuse que se puso enfermo por estar aquí. Es lo que le pasa a uno cuando contrata a italianini. No son de fiar. Como ese coche. —O’Neil señaló con la cabeza el Cadillac. Luego buscó en los bolsillos de su mono un cigarrillo.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo? —preguntó Michael.

—Tenía un cuchitril en el Distrito Séptimo. En una pensión. Es lo único que sé. ¿Por qué lo buscan?

—Lo normal. ¿Observó si hacía algo raro los últimos días?

—No puedo decir que me fijara. Siempre me pareció un poco raro, de todos modos, no sé si me entiende.

Michael asintió y le entregó a O’Neil una tarjeta con un número de contacto.

—Si vuelve... dígame que le estamos buscando.

—Lo haré.

Michael se despidió de O'Neil con el sombrero y salió del taller. Kerry sonrió y le siguió, echando una última mirada al Cadillac según se marchaba.

La noche había caído sobre el callejón, y como no había farolas hicieron el camino hasta la calle principal a oscuras. Dos personas habían mencionado a Lombardi en relación con el Asesino del Hacha, y las dos personas que lo habían mencionado habían desaparecido después de soltar la lengua. Era una pista tenue, pero al menos algo que justificaba un día de trabajo. Si el Registro de la Propiedad no les proporcionaba una dirección mañana, Michael tendría que revisar él mismo todas las pensiones del Distrito Séptimo, o volver cabizbajo a consultar a Riley.

Doblaron la esquina hacia la calle Decatur y de pronto se vieron rodeados de luces y de las prisas típicas al caer la tarde. Trabajadores de fábricas y secretarias de las empresas de la zona del puerto se dirigían a casa andando o subían a tranvías que iban a las afueras. Las zonas comerciales se estaban vaciando, precisamente cuando las áreas residenciales y los barrios del placer estaban empezando a llenarse. Nueva Orleans bombeaba gente por todos sus barrios como un corazón gigante. Pero Michael todavía no tenía ganas de fundirse con la gente. Necesitaba algo de tiempo para relajarse.

—¿Te hace una copa, hijo? —preguntó a Kerry.

—Se lo agradezco mucho.

Michael paró un taxi y fueron en dirección contraria a la circulación hacia la avenida Esplanade y luego por Bourbon Street llegaron al cruce con Bienville. Todavía estaba lloviendo y se había levantado viento, que hacía titilar en sus cajas de vidrio las farolas de gas que bordeaban el Barrio Francés. Michael pagó al taxista y se apearon delante de un antiguo edificio de dos pisos con una balconada de hierro forjado negro llena de helechos, cestas con flores colgantes y arbustos en tiestos. Las persianas y contraventanas estaban pintadas de brillante verde lima, y el rótulo sobre la entrada declaraba que era la «Antigua casa de la absenta de Jean Lafitte». Michael frecuentaba el lugar, aunque raramente pedía absenta. Sólo muy de vez en cuando sentía la necesidad de tomar lo que a los clientes de la casa de la absenta les gustaba llamar la musa verde.

—¿Absenta? —Kerry miraba el rótulo mientras andaban por la acera hacia el bar—. Creía que era ilegal.

—La prohibieron hace cuatro años —contestó Michael, sonriendo—. Pero ese, en Nueva Orleans, es un término muy impreciso.

Abrió la puerta empujándola y entraron en un bar cálido y acogedor abarrotado de trabajadores que se habían detenido camino de casa y de forasteros que ya estaban demasiado borrachos. Se sentaron a una mesa del rincón y cuando la camarera se acercó Michael pidió dos vasos de verde, la palabra clave que usaban los habituales para darse a conocer. La camarera miró el uniforme de Kerry e iba a decir algo al respecto cuando uno de los que atendía la barra y que conocía a Michael hizo un

gesto de asentimiento a la chica, que sonrió y fue en busca de lo que habían pedido.

—¿Por qué hay un pirata detrás de la barra? —preguntó Kerry, señalando con la cabeza hacia un gigantesco busto de papel maché que colgaba encima de la barra sujeto por un cable de aspecto endeble.

—Ese es Jean Lafitte. El de la Batalla de Nueva Orleans —dijo Michael, y Kerry le miró sin entender—. Los ingleses intentaron invadir Nueva Orleans en 1815. No teníamos suficientes defensas, así que convencimos a Lafitte de que nos ayudara. Era un pirata y un contrabandista, pero tenía cañones y barcos. Firmó un acuerdo con el general Jackson en la habitación del piso de arriba. —Michael señaló una escalera de aspecto desvencijado que se curvaba sobre sí misma y subía al segundo piso—. Si no hubiera sido por ese pirata —continuó—, ahora podríamos estar hablando en inglés.

Los dos se rieron y Michael siguió la mirada de Kerry hasta el busto: un hombre atezado de aspecto francés con un gran bigote, aros en las orejas y un gorro rojo. El artista había hecho un mal trabajo y la cara resultaba estridente, chapucera, como si fuera una careta del Mardi Gras.

La camarera volvió y puso las dos bebidas encima de la mesa. El frappé de absenta de la casa había sido la especialidad del bar durante décadas, pero en los últimos cuatro años sólo se podía pedir con disimulo, y se preparaba detrás de la barra, sirviéndose en tazas metálicas para ocultar su color característico. Antes de la prohibición el frappé se preparaba en rechonchas fuentes de mármol que hacían gotear el agua muy despacio encima de los terrones de azúcar que endulzaban el licor. Ahora el licor se preparaba con el secreto de un fumadero de opio.

Kerry miró con desconfianza el líquido verde, que llegaba hasta el borde de la taza, pero cuando Michael levantó la bebida e hizo un brindis en gaélico, Kerry respondió y los dos dieron largos sorbos.

—Está dulce —dijo Kerry, y Michael asintió. Dudó de que fuera capaz de sentarse alguna vez con su propio hijo así, libre de las miradas, preocupaciones e insinuaciones, y una sensación de culpabilidad le invadió ante la idea de que podría estar usando a Kerry como sustituto.

—¿Por qué Nueva Orleans? —preguntó al chico.

—¿Señor?

—La mayoría de los irlandeses se instalan ahora en Boston o Nueva York.

Kerry dudó y miró la taza de su mano.

—Bueno, la verdad es que me parecía que no tenía sentido cambiar de país para trasladarme a un sitio tan frío y desagradable como Dublín. —Michael sonrió, pero tuvo la sensación de que la broma resultaba forzada. Kerry volvió a examinar su taza, haciendo que la absenta girara sobre sí misma—. La mayoría de los irlandeses se instalan donde tienen familia —añadió.

—¿Y tú no tienes? —preguntó Michael.

—Fui criado por unos curas, señor —dijo Kerry, sin cruzar su mirada con la de Michael. La tristeza pareció apoderarse del chico, y dio un trago a la bebida como

para defenderse de ella. Michael se hizo cargo súbitamente de que la fragilidad que había visto en Kerry tenía profundas raíces.

—Debe de ser duro no tener familia —dijo. El propio Michael había perdido diez años antes toda relación con la suya, cuando sus padres y parientes le repudiaron.

—No se echa de menos lo que no se ha tenido nunca —contestó Kerry—. El hospicio estaba bien, pero te ponen de patitas en la calle a los dieciocho años. No me apeteció quedarme y ordenarme cura, así que conseguí trabajo repartiendo carbón con un carro hasta que ahorré lo suficiente para comprar un pasaje en un vapor.

—¿No tenías fe para hacerte cura?

—A veces la tuve —dijo Kerry, desenvolviéndose con comodidad al tratar del asunto—. Sólo que no quería terminar como los curas del hospicio. La mayoría habían sido huérfanos, y supuse que eso terminaba siendo una mala vida. No creo que se disfrute mucho siendo cura cuando te ha obligado a serlo la pobreza. ¿Y a usted, señor? —preguntó Kerry, reaccionando y obligando a su voz a que sonara alegre—. ¿Qué le trajo a Nueva Orleans?

Michael se sacó la pitillera del bolsillo.

—Nací aquí —dijo, sacando un Virginia Bright y encendiéndolo—. Aunque la mayoría del tiempo me gustaría que no fuese así.

Dio una calada profunda al cigarrillo y miró hacia una de las entradas de la calle, donde vio al agente Dawson y su uniforme impecablemente planchado que se apresuraba a entrar. Recorrió el local con la vista, localizó a Michael y se dirigió directamente a su mesa.

—Perdone que le moleste, señor —dijo Dawson, casi sin aliento—. Le hemos estado buscando por toda la ciudad. A Luca D'Andrea lo detuvieron esta misma tarde, había allanado el despacho de Schneider. Ahora está en la comisaría.

UNA INTENSA LLUVIA SE DESPLOMABA del cielo negro y caía sobre el Mississippi, donde un barco fluvial, el *Dixie Belle*, luchaba por abrirse paso en el airado río. Las luces del barco parpadeaban como las de un cuento de hadas bajo el chaparrón, y por encima del ruido del agua sobre el que chocaba, los sonidos de una fiesta llegaban apagados de su interior.

En el salón principal, debajo de las arañas de cristal, hombres en traje de etiqueta y mujeres con vestidos de noche bailaban con la música de Fate Marable and His Jazz Maniacs, que estaban interpretando versiones desafinadas y poco entusiastas de los últimos temas de moda. Los de la banda parecían incómodos y envarados con sus esmóquines, en especial el miembro más joven, que todavía se recuperaba del sobresalto de la pelea en la que se había visto envuelto aquella tarde.

A Lewis a punto estuvo de echarlo del escenario el capitán Joe, dueño de la compañía, que mostraba un interés desacostumbrado por los músicos que entretenían a sus invitados. Al ver el ojo izquierdo de Lewis, con un hematoma antiestético como una coliflor morada, y el corte de una de sus mejillas, se había fijado en que el chico parecía un matón, y para los matones no había sitio en el escenario del *Dixie Belle*. Pero una de las camareras, una chica que ambicionaba trabajar de maquilladora en uno de los teatros de la ciudad, se había hecho cargo de él. Disimuló el hematoma con una pasta preparada por ella y tapó el corte con un ungüento de cera y alcanfor. Una vez que el capitán Joe comprobó que Lewis ya no parecía un rufián, dejó que ocupara su puesto entre los demás músicos.

Como cualquier banda de Nueva Orleans que se preciase, los Jazz Maniacs eran políglotas musicales, capaces de tocar la misma canción de mil maneras, de acuerdo con los diferentes gustos de los blancos, criollos, negros e incluso de las multitudes de tipos pobres, andrajosos, que atestaban los burdeles de la ciudad. Aquella noche se lo tomaban con calma cuando el capitán Joe no estaba parado al fondo de la sala como hacía normalmente, mirando su cronómetro, comprobando si la banda marcaba los tiempos del modo adecuado: setenta compases por minuto en los *fox-trot* y noventa en los *one-step*. Corría el rumor de que el Capitán Joe había despedido a directores de banda sobre la marcha por no mantener el tiempo, pero aquella noche, supuso Lewis, debía de estar interesado en otra cosa.

Terminaron el vals que estaban tocando —una de cada cuatro canciones era un vals— y el público aplaudía mientras la banda se sentaba, tomándose un respiro, y un maestro de ceremonias gordo, rubicundo con chaqué se subió al escenario.

—Señoras y caballeros, gracias por desafiar el tiempo inclemente para estar aquí con nosotros esta noche, en el hermoso barco de vapor del capitán Joe Streckfus, el *Dixie Belle*. Es cierto eso que dicen que nada impide a la gente de Nueva Orleans ir de fiesta. —Hubo risas y aplausos de agrado por parte del público, y el maestro de



ceremonias se hinchó y continuó—. Quisiéramos dar las gracias de modo especial al alcalde Martin Behrman por estar esta noche con nosotros...

Otro estallido de aplausos se alzó del público, y en la parte delantera de la sala el alcalde agradeció su mención con un tímido movimiento de mano. Lewis nunca había visto al alcalde, y cualquier otra noche podría haberse emocionado y tener ganas de correr a casa y contárselo a Mayann. El alcalde le pareció a Lewis un poco más bajo de lo que debería ser un alcalde, un poco más insignificante y vulgar, alguien cuyo aspecto encajaba más con el de un empleado de banco que con el del hombre que controlaba la ciudad desde hacía dieciséis años.

Mientras el maestro de ceremonias continuaba con su discurso, Lewis repasó mentalmente los sucesos del día. Después del ataque había consolado a Ida, la había llevado a su casa, dando gracias a Dios de que no estuviera su madre y viese las manchas de sangre y su falda desgarrada y sucia de barro. Cuando estuvo seguro de que se encontraba bien, se dirigió a su propia casa, se puso el esmoquin y se fue al barco. Había progresado desde los burdeles y bares con música de Back o' City hasta la línea de vapores Streckfuss y el nuevo club de campo de Nueva Orleans. Mantenía a cuatro miembros de su familia, ganaba en una semana lo que ganaban en un mes la mayoría de los trabajadores, y todavía podían atacarle simplemente por ser del color inadecuado en la parte inadecuada de la ciudad. Adoraba Nueva Orleans, pero era un espejismo que la ciudad imponía asquerosamente la segregación y los prejuicios. Tocaba en un vapor para los blancos, pero habría protestas e indignación si alguna vez se atrevía a pasar por encima de la barandilla a la pista de baile.

Tocó otra hora más antes de que la banda se tomara su primer descanso estipulado. Lewis consiguió un café a hurtadillas de uno de los camareros y lo tomó en el almacén donde permanecía confinada la banda cuando no se encontraba en el escenario. Marable y los demás recibieron una cerveza, una botella por barba, y restos de lo que había sobrado de la cena.

Los Jazz Maniacs de Fate Marable eran siete hombres de diferentes orígenes, unos negros, otros criollos, una mezcla de razas impensable en una banda unos años antes. Como a Lewis, a todos los había elegido en los clubes nocturnos de Nueva Orleans el propio Marable, un pianista y organista de Paducah, Kentucky. Marable era un negro pelirrojo de piel lo bastante clara para pasar por blanco, que cuando se le preguntaba mentía sobre sus orígenes y aseguraba que era un criollo de Nueva Orleans. Había descubierto el *jazz* unos años antes en una de sus visitas a la ciudad y convenció al capitán Joe de que le dejara tocar en sus barcos una versión descafeinada del nuevo sonido. Marable tenía planes de dar a conocer la música en el interior, y extender el evangelio por todo el Mississippi, una empresa peligrosa habida cuenta de que, como era sabido a los blancos de aquellos contornos les escandalizaba la música de los negros, y tenían tendencia a armar gresca.

Lewis advirtió que Johnny Dodds le estaba mirando desde el otro lado del almacén. «Dots» era el clarinetista y el hermano mayor del batería, Baby, y trataba a

Lewis con la misma actitud de hermano mayor con que trataba al suyo. Cruzó el espacio y señaló la cara herida de Lewis.

—¿Cómo te las arreglaste para que te pegaran, Lil' Lewis? —preguntó, con una sonrisa ladeada.

Lewis suspiró, sacó un cigarrillo de su paquete y le ofreció uno a Dots.

—Se me echaron encima unos cuantos blancos pobres en el Irish Channel —dijo Lewis. Dots le lanzó una mirada perpleja y cogió un cigarrillo del paquete.

—¿Y qué coño estabas haciendo tú allí, chico? —preguntó—. En el Irish Channel nunca le puede pasar nada bueno a un negro.

Lewis sacudió la cabeza a los lados y su semblante dio a entender que no quería hablar del asunto. Prendió los cigarrillos con un encendedor de mecha y los dos aspiraron el humo.

—Oye, Dots, ¿sabes algo de un tío que se llama Morval? —preguntó Lewis—. Cajún. Trafica con pieles.

—Claro, todo el mundo sabe quién es Morval.

—Pues yo no —dijo Lewis, y Dots le sonrió.

—Es que tú no eres todo el mundo —contestó, enarcando las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que tú eres un bicho raro, Lewis —respondió Dots, y Lewis no estuvo seguro de si aquello era un elogio o un insulto.

—¿Y cómo es? —quiso saber Lewis.

—Es un prestamista de los más duros. Oficialmente comercia con pieles. Todas las pieles que hay en la ciudad pasan por él. Extraoficialmente era alguien importante en Storyville. —Lewis frunció el ceño. No esperaba que Morval tuviera que ver con el mundo de la prostitución. Ida lo había descrito como un hombre de negocios corrupto, alguien con relaciones con la policía y la mafia. La idea de que comerciara también con chicas le pareció rara—. Pero oí que lo dejó después de que ilegalizaran el barrio —continuó Dots—. ¿Por qué lo preguntas, Lil' Lewis? ¿Estás buscando pieles?

Lewis se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No, por ningún motivo —dijo—. Oí que alguien mencionaba su nombre, eso es todo.

Dots le miró. Notaba fácilmente cuándo Lewis estaba mintiendo.

—Si tienes algún trato raro con Morval, lo lamentarás, Lewis. Ese hombre es un demonio —dijo.

—Nada de eso —dijo Lewis, tratando de adoptar una actitud relajada, sonriendo un poco. Si Morval era un chulo, él sabía exactamente cómo descubrir qué se traía entre manos.

## TERCERA PARTE



KERRY ABRIÓ LA PUERTA DE LA SALA de vigilancia y entró, rezando para que su presencia no fuera advertida. La sala de vigilancia era una caja escasamente iluminada, sofocante, con sillas de madera dispersas y un largo espejo unidireccional que permitía ver lo que pasaba en la sala de interrogatorios del otro lado. El ambiente de la sala era el típico, morboso y furtivo de un teatro de revista clandestino, y como estaba abarrotada de hombres del turno de noche, todos entusiasmados con la diversión, el aire estaba cargado de humo de cigarrillos, cafés en tazas de plástico y sudor. El detective Hatener estaba allí con otros dos inspectores, Jones y Gregson, hombres a los que Kerry había visto por la comisaría, miembros burlones y duros del grupo de Hatener. Los tres se volvieron para mirar a Kerry cuando este empujaba abriéndose paso entre el gentío hacia la parte delantera de la sala. Les sonrió, y ellos respondieron saludándole fríamente con la cabeza. Luego dirigieron otra vez su atención al espejo unidireccional y miraron con la expresión preocupada de los integrantes de un equipo de demolición antes de una voladura.

Kerry había oído historias sobre D'Andrea, historias nostálgicas sobre cómo controlaba el departamento, sobre una mente brillante echada a perder. La opinión general era que el departamento funcionaba mejor al mando de D'Andrea que ahora; que a los hombres se les pagaba a tiempo, había más sobornos a mano, y que era culpa de Michael el que las cosas después hubieran ido inexorablemente a peor. Kerry consideró el ambiente de la sala y llegó a la conclusión de que todos los hombres estaban a favor de D'Andrea. Encontró un sitio cerca del espejo, se apretó contra el cristal y recibió la primera impresión de aquel hombre a través del cristal tintado.

D'Andrea estaba sentado solo en la sala de interrogatorios, con los brazos cruzados, echado hacia atrás en su silla. No era como Kerry había esperado: era guapo y revelaba una confianza relajada, casi arrogante en el modo en que se echaba hacia atrás. Pero Kerry también apreció que parecía cauteloso, que debajo del barniz de seguridad había algo más: una soledad profundamente asentada que no podía ocultar.

D'Andrea llevaba un jersey marinero y tenía el pelo pegado a la cara debido a la lluvia, y bajo las intensas luces de la sala de interrogatorios parecía desaliñado y zarrapastroso, en ningún caso el atildado mujeriego que anunciaba el folclore del departamento. Kerry se fijó en que D'Andrea no llevaba esposas puestas, y que en la mesa tenía un paquete de cigarrillos sin abrir y un café: extras para un hombre que está recibiendo el trato de un rey. No había abogados presentes y Kerry consideró extraño que D'Andrea no hubiera solicitado uno. Miró con disimulo a Hatener y vio que todavía miraba a D'Andrea con la misma preocupación paternal, el antebrazo adelantado apoyándose en el cristal.

En ese momento Michael y un taquígrafo entraron en la sala de interrogatorios, y todos los de la sala de vigilancia se tranquilizaron y se centraron en el espejo unidireccional, callados como en el cine al comienzo de una película. Michael, que se movía enérgicamente y llevaba unos papeles en la mano, se sentó enfrente de Luca y dejó los papeles encima de la mesa con cuidado. Fue sólo entonces cuando alzó la vista hacia D'Andrea y establecieron contacto con la mirada. Cuando se miraron, las caras de los dos parecieron repentinamente despojadas de cualquier emoción, como si les hubiera pasado un trapo del polvo una muchacha muy hacendosa. Michael asintió y D'Andrea le contestó con otro asentimiento de cabeza; luego Michael miró al taquígrafo y este indicó enarcando las cejas que estaba preparado para empezar. Esos gestos le recordaron a Kerry un cuadro en miniatura: jugadores de cartas mecánicos que había visto una vez en el diorama de una feria que representaba un salón del Salvaje Oeste.

—BUENAS TARDES, LUCA —dijo Michael, con un tono neutro, haciendo esfuerzos por imaginar cuál sería la estrategia inicial más eficaz. Normalmente se le daban bien los interrogatorios, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza para centrarse. Durante el trayecto de vuelta a la comisaría había estado preguntándose cómo hablar con Luca, cómo descubrir por qué estaba en el edificio de Schneider. No podía ser simple coincidencia; Luca tenía que estar allí por algún motivo, y el único motivo que se le ocurría a Michael era que le había mandado Carlo, porque Carlo quería que desapareciera del despacho de Schneider algo incriminatorio. Pero Carlo podría contar con un millón de chicos para que forzaran la puerta del despacho... ¿por qué eligió a Luca?

Michael trató de organizar sus pensamientos, pero ordenar los detalles y las pruebas en secuencias coherentes plausibles —un proceso que normalmente le resultaba natural—, le estaba resultando arduo por culpa de unos sentimientos que llevaba cinco años tratando de suprimir. La última vez que había hablado con Luca cara a cara fue antes de que lo acusaran, cuando aparentemente todavía eran amigos, y ahora se sentía como el hijo pródigo, con un montón de justificaciones que dar.

—Buenas tardes, Michael —dijo Luca, antes de volverse hacia el espejo unidireccional—. Chicos —añadió, con una inclinación de cabeza y un asomo de sonrisa, y Michael pensó que podía oír las risas procedentes de la sala de vigilancia del otro lado.

—Supongo que podemos andarnos sin cumplidos —dijo—. Allanamiento, robo, posible obstrucción de una investigación por asesinato. Y todo mientras estás en libertad condicional —continuó Michael manteniendo un tono lo más inexpresivo que pudo—. ¿Qué estabas haciendo allí?

Luca sonrió y puso una cara que daba a entender que lo que preguntaba Michael era demasiado intrascendente para crearle problemas. Cuando Michael le miró por

primera vez, se alegró de que Luca no hubiera envejecido mucho: todavía conservaba el encanto juvenil, la sonrisa de suficiencia irresponsable.

—Me perdí —dijo Luca—, creí que era mi casa. Cuando se llega a mi edad, pasan esas cosas.

Luego se encogió de hombros y Michael se preguntó si había oído cierta aspereza en la voz de Luca, un desdén apenas perceptible.

—Tres violaciones de la libertad condicional de una sentada —dijo—. Si no me cuentas lo que pasó y me dejas ver lo que puedo hacer, volverás directamente a Angola. —Habló con voz imparcial, intentando que sonase como si estuviera constatando un hecho, que no le importaba ni una cosa ni otra.

—De lo único que me puedes acusar es de allanamiento de morada. Y eso si el propietario quiere llevarme a juicio. Seis meses, como mucho.

—¿Por qué te mandó Carlo al despacho de Schneider?

Luca frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Carlo no tiene nada que ver con esto —dijo—. Como expliqué, entré al edificio por confusión. Me limité a meterme allí.

¿Tenía algún sentido presionar a Luca? Sabía perfectamente, como lo sabían todos, cómo funcionaban las cosas. Si no fuera por la cantidad de gente que sabía que estaba en la sala de vigilancia, Michael se habría mantenido al mismo nivel que él y estaría hablándole claramente en lugar de seguir con aquella farsa. Suspiró y se aferró a la seguridad de los trámites.

—Tú forzaste la entrada al despacho de Schneider —dijo—. Te encontramos encima una colección de gonzúas. Y una vez que saquemos las huellas dactilares, se demostrará que estabas allí.

—¿Alguien forzó la entrada al despacho de Schneider? —dijo Luca, frunciendo el ceño—. No encontrarás huellas más dentro. No tienes testigos que me vieran allí. Ni señales de que hubiera forzado la entrada, no consta que llevara encima nada que fuera posesión de Schneider. Lo único que encontraste es a un tipo que se confundió y entró en el edificio equivocado. Ni siquiera es violación de la libertad condicional. Rebusca todo lo que quieras. Con lo único, lo único de verdad con lo que me puedes amenazar es con allanamiento.

Michael se fijó en un cierto brillo en los ojos de Luca, la mirada de un hombre que da por supuesto que es intocable. Luca sacó un cigarrillo del paquete que tenía delante y lo encendió con una cerilla. Aspiró profundamente y sonrió condescendiente antes de tirar la cerilla al cenicero y contemplar durante un momento cómo moría la llama. Alzó la vista hacia Michael, luego, de modo premeditado, le ofreció uno de sus cigarrillos en broma.

En la sala de observación algunos agentes se rieron con disimulo. Gregson sonrió y se volvió para mirar a Hatener, pero la mirada de este seguía inquietantemente fija en el espejo. Kerry dejó de mirar a Hatener y se centró de nuevo en la sala de interrogatorios. Ahora apreciaba el encanto de D'Andrea, la soltura con la que

contestaba las preguntas, su estudiada despreocupación. Kerry tenía la sensación de que en cierto modo la balanza había cambiado en la sala, y le preocupó que Michael pudiera ser objeto de bromas.

Las risas de la sala de vigilancia se filtraron por el espejo, y cuando Luca las oyó, se preguntó quiénes estarían allí, y si estaban creyendo su actuación o podrían apreciar lo cansado que se sentía. Fumó el cigarrillo con desinterés, golpeándolo contra el borde del cenicero, y miró a Michael entre el humo. Desde el momento en que Michael había entrado en la habitación se había fijado en que parecía mayor. No en lo referente a la edad, porque era difícil advertir el envejecimiento de Michael con todas aquellas marcas en la cara, pero parecía más dominador, informado y cómodo consigo mismo. A Luca le resultaba difícil no sentirse orgulloso de su protegido.

Vio que Michael sacaba un cigarrillo de su pitillera de plata y lo encendía con las cerillas que estaban en la mesa. Reparó en la pitillera y recordó habérsela regalado él a Michael años antes, como felicitación por haber resuelto algo difícil, había olvidado exactamente qué.

—Si relacionamos a Carlo con estos asesinatos —dijo Michael, con tranquilidad—, la acusación no será de allanamiento sino de complot. Carlo te ha metido en mitad de esto. Piensa en ello... eres la persona perfecta, policía corrupto; recién salido de la cárcel; y ya has pagado el pato una vez y mantuviste la boca cerrada. ¿Cómo te convenció para enredarte en esto? Debe de haberte contado una historia tremenda.

Luca sonrió. Michael estaba haciendo lo que él esperaba: tratar de sembrar la duda en su relación con Carlo, producir fracturas en ella. Luca lamentó tener que mantenerse en guardia, comportarse con frialdad y displicencia. Supuso que si se hubieran encontrado en la calle o en un bar, las cosas habrían sido distintas, le habría dicho que no sentía ningún rencor hacia él. Pero en aquellas circunstancias, cuando la persona de la que dependía que volviera a Angola era Michael, tenía que interpretar el papel que le resultaba ventajoso.

—Yo estaba en la cárcel cuando se produjeron los primeros asesinatos —dijo—. ¿Cómo te vas a ganar a un jurado con eso?

—No necesito una acusación de complot. Creí que serías lo bastante listo para ver que Carlo te utiliza. ¿Crees que fue una casualidad que se interviniera el banco de Ciro? ¿Que todo tu dinero se hubiera esfumado cuando te soltaron?

Luca notó por primera vez que se le tensaban los nervios. Se mantuvo callado, miró a Michael y dudó si se habría traicionado, si habría hecho algún gesto que demostrara que Michael le tenía cogido. No se le había ocurrido relacionar lo que le pasó a Ciro con Carlo. Que hubieran detenido a Ciro encajaba en el contexto de las medidas drásticas que había tomado la policía, pero ahora lo que sugería Michael también parecía tener sentido.

—¿No crees que Carlo podría haber impedido la detención de Ciro si hubiera querido? —dijo Michael, exprimiendo el argumento—. Luego, solo unas semanas después, Carlo presiona a la Junta de Libertad Condicional para que te suelten antes.

—Luca clavó la vista en Michael y dio una larga calada a su cigarrillo, recordando su primera conversación con Carlo después de que lo soltaran, cuando le había propuesto alejarse de la Familia y, ante su sorpresa, Carlo se había mostrado de acuerdo con tanta facilidad—. Es así como yo lo veo —continuó Michael—. Si te soltamos, Carlo va a creer que has llegado a un acuerdo. Te acusamos de violar la condicional y vuelves dentro. Es Angola o un *paesano* contratado por Carlo que te quite de en medio. —Michael mantuvo su tono inexpresivo, el rostro de piedra, impenetrable, pero a Luca le pareció distinguir una mirada de súplica, como si quisiera llegar a un acuerdo—. El único modo de que sigas en libertad —continuó Michael— es que te mandemos ante el juez acusado de allanamiento, y tengamos una conversación amistosa con el fiscal. Te garantizo una fianza y una fecha adecuada para el juicio.

Luca necesitaba hablar a solas con Michael, lejos de la horda del otro lado del espejo. Lanzó una mirada al espejo y luego volvió la vista hacia Michael con mucha rapidez. La cara de Michael no se inmutó, pero Luca notó algún tipo de acuse de recibo.

—Quiero hablar con mi abogado —dijo Luca, sin apartar los ojos de Michael. La mención de un abogado supondría un aplazamiento del interrogatorio, la vuelta a la celda, ganar tiempo. Esperaba que Michael aprovechara la oportunidad.

—Reanudaremos el interrogatorio dentro de un rato. —Michael apagó su cigarrillo mientras dos agentes entraban a desgana en la sala y acompañaban a Luca a la puerta. Cuando salía, Luca miró al espejo unidireccional y notó la presencia de los hombres malencarados acechando al otro lado.

UN CUARTO DE HORA MÁS TARDE Luca estaba sentado en su celda de aislamiento reservada a los presos violentos. En el interior del estrecho espacio había un cama plegable que chirriaba y un cubo, y en el techo un ventilador grasiento y una sola bombilla desnuda. Las paredes de ladrillo estaban cayéndose a pedazos y recubiertas de moho, y desde uno de los rincones llegaba un sonido de agua goteando sobre piedra. Lo cual indujo a Luca a pensar en mazmorras, traición, decapitaciones.

Se abrió la puerta y entró Michael, y los dos hombres se miraron. Detrás de Michael alguien cerró la puerta con un sonido metálico que levantó ecos e hizo girar la llave. Michael se sentó en el camastro, al lado de Luca. Le ofreció un cigarrillo de su pitillera, Luca lo aceptó y los dos los encendieron. A Luca le gustaría saber si Michael recordaba quién le había regalado la pitillera. A lo mejor sólo significaba algo para él. Michael volvió a guardarse la pitillera en el bolsillo y Luca tuvo la sensación de que le estaban empujando hacia el pasado.

—Tienes buen aspecto —dijo Michael, al fin, y Luca rechazó con un gesto de la mano el comentario amable.

Yo no estoy bien. Me siento viejo y oxidado. Si no me sintiera así, no estaría en



esta celda.

Michael miró a Luca con algo cercano a la pena. Ahora que estaban los dos solos, Luca había abandonado su fachada y dejaba ver a un viejo cansado, confuso. En cierto sentido, a Michael le alegró que Luca estuviera siendo sincero con él; esperaba que la franqueza fuera señal de acercamiento, aprecio.

—Me refería a lo que dije antes —dijo—. Si cooperas, haré todo lo que pueda por ayudarte.

—Supongo que me debes algo. —Luca dirigió la mirada al suelo y dio una larga calada a su cigarrillo—. Cuando me soltaron, fui a ver a Carlo para pedir trabajo. Acertabas en lo de que mi dinero estaba en manos de Ciro. Carlo me pidió que buscara al Asesino del Hacha. Dijo que le estaba costando dinero y reputación. El despacho de Schneider era el sitio más adecuado para empezar.

Michael asintió. La historia tenía sentido y, más importante aún, tuvo la sensación de que Luca estaba contando la verdad. En el silencio notó el olor a moho, a sótano, a metal y agua estancada; había tocado fondo.

—Te podría estar liando —dijo.

—La idea se me ha pasado por la cabeza —contestó Luca—, pero lo dudo. Toda la gente con la que he hablado de eso dice lo mismo, nadie tiene una pista de quién es el Asesino del Hacha. Si Carlo estuviera involucrado, la gente lo sabría. —Michael no tuvo más remedio que asentir—. Te ofrezco un trato que quizá nos convenga a los dos —dijo Luca, y Michael hizo un gesto que indicaba que quería oírlo—. Deja que siga con mi investigación —continuó—. Pega a mis talones a una pareja de agentes, algo que ibas a hacer de todos modos. Si estoy involucrado, al final acabarás teniendo pruebas fehacientes. Si no, y descubro quién está cometiendo los asesinatos, te lo brindaré en bandeja. Será como si los dos trabajásemos en el caso, sólo que tú tienes garantizados los aplausos. Otra medalla para tu vitrina y nos separaremos tan contentos.

Michael dudó si lo último era un modo de sondearle, pero Luca no sugería nada de eso, y le estaba mirando con atención, a la espera de una respuesta.

—Si me lo brindas a mí en bandeja —dijo Michael—, todavía tendrás que llegar a un acuerdo con Carlo.

—Lo sé. Me ocuparé de eso en su momento.

Michael miró a Luca entre el humo del cigarrillo.

—Sé que esta pregunta te sonará estúpida viniendo de mí —dijo—, pero ¿cómo sé que me puedo fiar de ti?

Luca le miró un momento, luego en su cara se dibujó una sonrisa y Michael no pudo evitar sonreír también. Durante un breve instante su malhadada amistad y las ironías del destino que les habían sumido a los dos en una espiral de decadencia, se convirtieron en solo una broma que les gastaba el universo para su único disfrute.

—Puedes fiarte de mí —dijo Luca—, porque ninguno de los dos tiene otra elección.

—Hablaré con la oficina del fiscal del distrito sobre el abogado de la acusación que lleve tu caso. Te pondrán una fianza y retrasaremos un mes el caso.

Se volvieron a sonreír y Michael quiso decirle a Luca que sentía todo lo que le había pasado. Pero algo le impidió hablar. No parecía tener ningún sentido hacerlo... Le daba la sensación de que Luca ya lo sabía.

A LA MAÑANA SIGUIENTE LUCA estaba sentado en el banquillo de los acusados de una aletargada sala del tribunal situada en una de las zonas más recónditas del juzgado. Recorrió con la vista la tribuna en busca de periodistas o espectadores boquiabiertos, pero estaba casi vacía: confirmación de que, en efecto, él ya no era noticia. En el banquillo de detrás un demacrado siciliano de pelo gris cruzó la mirada con la suya: Alessandro Sandoval, el abogado y *consigliere* de Carlo. Sandoval estaba flanqueado por dos guardaespaldas, hombres de expresión aburrida, cara redonda y plana con traje gris. Sandoval sonrió y Luca le devolvió la sonrisa, contento de ver una cara conocida.

Volvió a pasear la vista alrededor mientras esperaba a que llegara el juez y sus pensamientos volvieron al interrogatorio de la noche anterior en la celda. Michael daba la impresión de estar arrepentido, dispuesto a hacer las paces. Luca consideró si debería haberle dicho que ya no le guardaba rencor.

Hubo agitación y ruido y Luca alzó la vista y vio que el juez aparecía en el tribunal. Se levantó como todos los demás, luego se sentó de nuevo y empezaron los tediosos procedimientos legales. El fiscal se atuvo a la línea que había acordado con Michael: allanamiento; no pedía el ingreso de Luca en la cárcel hasta el juicio por violación de libertad condicional. El juez puso una fianza de cien dólares, Sandoval se mostró de acuerdo en pagarla y una hora después Luca estaba en el concurrido vestíbulo del juzgado. Vio a abogados y empleados que entraban empapados por la lluvia y cruzaban el resbaladizo suelo de losas blancas y negras. Agentes de policía y hombres trajeados que ocupaban los bancos de madera pegados a las paredes o estaban de pie en grupos discutiendo sus casos. Luca se sentía distanciado de todo aquello, medio dormido, mientras se mantenía solo de pie junto a las corrientes de aire de las puertas principales. El sitio le traía malos recuerdos. Había conseguido evitar que le mandasen a Angola otra vez y sentía un leve alivio cuando miraba a la gente que hacía comentarios en el vestíbulo.

Entonces Sandoval se acercó con los dos gorilas y él y Luca se abrazaron. Intercambiaron saludos y lamentaron que tuvieran que volverse a ver en aquellas circunstancias, mientras salían del vestíbulo y bajaban los brillantes escalones de la entrada, subiéndose el cuello para defenderse de la lluvia. Se montaron en una limusina Silver Ghost que les estaba esperando fuera, y se libraron del remojón. Luca observó el lujoso interior del coche, la tapicería gris de terciopelo, la madera de caoba.

—El nuevo juguete de Carlo —dijo Sandoval con una sonrisa irónica, y Luca se la devolvió. Luego la expresión de Sandoval cambió y se tornó sombría—. Lo siento, Luca. Carlo quiere verte —añadió en tono apesadumbrado, y de la cara de Luca se deducía que esperaba que pasara aquello. Sandoval dio un golpecito en el respaldo

del asiento que tenía delante y el conductor enfiló el coche hacia la calzada. Luca pasó revista a Sandoval, a su delgada estructura ósea, su cara frágil de viejo. Se estaba acercando a los setenta años y ya había pasado la época de hacerles recados a los Matranga.

—Creía que ya te habrías retirado —dijo Luca.

Sandoval aspiró, dejando que el aire le silbase entre los dientes.

—Ya sabes cómo es Carlo —contestó—. Le resulta difícil fiarse de la nueva generación.

Luca asintió. Él y Sandoval se habían llevado bien en otro tiempo: Sandoval fue uno de los muchos hombres de la Familia que había apadrinado a Luca muchos años. En realidad nunca fue un mafioso, o no al menos en lo referente a su carácter; era un buen hombre que por algún motivo se vio arrastrado por la vida. Se miraron con mutuo cansancio, dos hombres destrozados por la Familia, encerrados en la parte de atrás de un coche dorado.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo Luca—. Consigue a un chico que entre al despacho de Schneider. Hay un armarito en la escalera, en el piso más alto. Deje allí una caja y necesito que me la traigas. Y Alessandro —añadió—, no le hables a Carlo de esto.

Sandoval miró con recelo a Luca durante un momento, y luego asintió.

—Claro —dijo, sin expresión en la cara. Se colocó a un lado, bajó la persiana y cerró los ojos, sin duda intentando descansar un poco. Luca se volvió, mirando por la ventanilla la sucesión de calles lluviosas.

—Jefe —dijo el conductor a Sandoval—, hay un sedán marrón detrás de nosotros. Está ahí desde que salimos del juzgado.

Sandoval abrió los ojos y él y Luca se volvieron para mirar hacia atrás. Vieron el coche un poco más allá, con dos hombres que parecían policías en los asientos de delante, esforzándose por no parecer policías.

—Talbot ha ordenado que me sigan —dijo Luca.

Sandoval asintió y se encogió de hombros.

—Era de esperar —dijo, dándose la vuelta y cerrando los ojos.

MEDIA HORA DESPUÉS LUCA estaba otra vez en casa de Carlo, sentado en un sillón junto al anciano mientras este le reñía por haber metido la pata. Esta vez no ofreció comida ni bebida, solo una gélida compostura, un ocupémonos de nuestro asunto.

—Me has implicado de modo directo en esto —dijo Carlo—. Ahora estoy peor que antes de que te detuvieran. ¿Qué les contaste?

Luca se encogió de hombros.

—No les conté nada. No tienen pruebas de que estuviera en el despacho.

—¿Y de qué te acusan?

—De allanamiento.

Carlo le miró con desconfianza y Luca podría predecir lo que estaba pensando: allanamiento era una acusación demasiado insignificante. Tamborileó con los dedos en el brazo del sillón y miró a Luca.

—Hablaemos con el propietario —dijo, al fin—. Conseguiremos que retire cualquier acusación.

—Gracias. —Luca asintió, aceptando la reprimenda. Carlo le miró y sacudió la cabeza.

—Y la próxima vez no seas tan estúpido —dijo, levantándose con esfuerzo de su sillón y saliendo de la habitación sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación.

Luca suspiró y se puso de pie. Todo el afecto paternal de Carlo podía cambiar en un instante y hacer que Luca pasase de sentirse como un miembro de la Familia a sentirse como un ser abandonado al que no se quiere. Se dirigió a la ventana que daba al jardín. La lluvia estaba destrozando el césped y, un poco más allá, las vides desnudas se retorcían y contorsionaban, oscilando por la lluvia que caía con fuerza. A Luca le gustaría saber si mantenerle a cargo del caso podía ser una treta para que bajara la guardia. A lo mejor ya se estaban poniendo en acción. Rezó por que Sandoval no le hubiera contado a Carlo lo de la caja, y pensó en el sedán marrón que debía de estar aparcado delante de la casa. Recordó que había una cancela al fondo del jardín que daba a otra calle. Cruzó las puertas de la terraza, y salió bajo la lluvia, cerrando la puerta atrás de sí, y anduvo por los senderos embarrados hasta el fondo del todo. Tenía que matar el tiempo y sabía exactamente cómo hacerlo, pero antes necesitaba hacer un viaje a una tienda de bebidas.

UNA HORA MÁS TARDE LUCA estaba llamando con los nudillos en el panel de cristal de la puerta de la Agencia de Detectives Pinkerton. Una voz inequívocamente femenina le indicó que entrase y él pasó a la oficina y vio a una chica guapa de unos veinte años sentada detrás de una mesa. Guapa si se exceptúa un ojo amoratado y un corte en la frente. Algo de la chica le recordó a Simone, la postura erguida, el desenfado, la profundidad de sus ojos. Ella volvió ligeramente la cabeza y sus miradas se cruzaron, y Luca se dio cuenta de inmediato que desconfiaba de él.

—Buenas, señor, ¿en qué puedo ayudarle? —Hablaaba con una voz suave, y Luca tuvo la impresión de que la chica estaba inquieta, puede que un poco asustada.

—¿Está Lefebvre? —preguntó, quitándose la gorra visera de la cabeza.

—Iré a ver si está libre. ¿Quién le digo que pregunta por él?

—Dígale que soy un viejo amigo.

La chica asintió, se levantó y se alisó la falda con la palma de la mano. Luego desapareció dentro de la habitación de al lado. Reapareció unos segundos después y le condujo al despacho de Lefebvre.

El viejo alzó la vista y sonrió a Luca cuando entraba. Lefebvre había envejecido diez años en los cinco que Luca había estado fuera. Más manchas en la piel, más

amarillo en sus ojos: era una especie de suicida a cámara lenta conservado en alcohol. Señaló con un gesto la silla de enfrente y Luca se sentó y sacó la botella de *whisky* de centeno que había comprado en la tienda de bebidas. La sostuvo en su palma un momento, como si calculara el peso, y luego la dejó encima de la mesa junto a la botella que ya tenía abierta Lefebvre.

—Para tu colección —dijo Luca.

Lefebvre le echó un vistazo, luego se dobló para rebuscar dentro de un cajón de su mesa; los michelines que rodeaban su cintura se estiraron pegados a la camisa.

—Oí que te habían soltado —dijo, volviendo a la posición vertical con dos vasos en la mano—. Oí que estabas trabajando otra vez con Carlo. En un asunto poco común. —Luca permaneció callado y Lefebvre sirvió unos dobles. Levantaron sus vasos y bebieron, y Luca supo que lo lamentaría cuando empezó a sentir dolor de tripa—. ¿A qué debo el honor?

—He venido a preguntarte por un hombre que se llama Schneider —dijo Luca—. Oí que tuvisteis unos negocietes juntos no hace mucho.

—Te lo contaré si me cuentas cómo te enteraste —contraatacó Lefebvre, alzando una ceja. Luca asintió y Lefebvre dio otro sorbo a su vaso—. Vino a verme por un asunto de protección. Me contó que estaba preocupado de que le siguiera alguien y quería contratar a un guardaespaldas. Yo le dije que nosotros ya no nos ocupábamos de ese tipo de cosas, pero que por una pequeña cantidad le podría dar un nombre. Así que me pagó una pequeña cantidad y le di un nombre. —Lefebvre alzó las manos indicando el final de la historia.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Luca.

—Un par de semanas antes de que lo mataran.

Luca asintió.

—Parece que el nombre que le diste no tuvo un buen resultado para el viejo Schneider.

—Ni siquiera lo tuvo para él —dijo Lefebvre—. La policía se lo encontró criando malvas en el parque Audubon el sábado de la semana pasada. Dos agujeros de bala en la cabeza.

Luca volvió a asentir, variando la posible versión. Schneider había estado esperando al asesino. Había visto que mataban a los tenderos y había ido a contratar un guardaespaldas.

—¿Hablaste con alguien de la visita de Schneider? —preguntó.

Lefebvre dio otro sorbo al *whisky*.

—Con nadie en absoluto —dijo—. Aunque la policía vino a verme ayer. Les conté lo que te he contado a ti, aunque a ellos les dije que le contesté a Schneider que no le podía ayudar, y que eso fue todo. —Lefebvre suspiró melodramáticamente y negó con la cabeza—. Las cosas no son como antes —dijo con pesar, y descansó las manos en la amplia extensión de su estómago—. Aquel antiguo vínculo entre nosotros y la policía. Ya no existe. Los tiempos han cambiado para peor.

Luca no estaba seguro de a qué se estaba refiriendo exactamente con el *nosotros*, pero asintió en señal de acuerdo. Los criollos siempre se estaban lamentando de que los mejores tiempos habían pasado. Para ellos la historia de Nueva Orleans había iniciado un constante declive desde la época álgida del gobierno francés, una lenta y vulgar americanización que primero había marginado y luego desmantelado su cultura. Lefebvre, lo mismo que muchos de los criollos blancos que había conocido Luca, pasaba el tiempo lamentando la pérdida de una edad de oro que, en opinión de Luca, era sobre todo un mito.

—¿Y quién era ese hombre? —preguntó.

—Tú no le conoces. Un chico de Baton Rouge. Schneider quería alguien que no fuera de la ciudad. —Lefebvre se encogió de hombros—. Ya sabes, un fantasma.

—¿Y te dijo Schneider por qué creía que le seguía alguien?

—¿Tú qué crees? —dijo Lefebvre. Luca asintió y pensó un momento. Antes de que le condenaran, Lefebvre era confidente del departamento de policía; la confidencialidad de los clientes para él no significaba nada. Pero cuando Hess, su antiguo socio, se enteró de lo que hacía y amenazó con contárselo a la dirección de Pinkerton y al fiscal del distrito, Lefebvre le tendió una trampa, y Luca contribuyó a prepararla. Fue en ese momento cuando Lefebvre recurrió a la botella, encurtiéndose en culpabilidad. En aquel entonces Luca consideró patético todo el asunto y no perdió ni un segundo pensando en él. Pero ahora no podía evitar sentir pena por la masa golpeada por el arrepentimiento que era aquel hombre sentado frente a él. Lo realmente triste era que Lefebvre no tenía agallas para terminar con todo rápidamente. Un disparo habría sido más sencillo que la botella.

—Bien, ha sido agradable volver a verte —dijo, pasando los dedos por el borde de su gorra. Dejó el vaso de *whisky* de centeno a medio beber encima de la mesa y se levantó.

—¿Vas a decirme quién te pasó la información? —preguntó Lefebvre.

—No hay nada que contar, viejo amigo —replicó Luca con una sonrisa de suficiencia—. Encontré una de tus tarjetas de visita en la oficina de Schneider. Debes tener más cuidado con a quién le pasas esas cosas.

—Hijoputa.

Luca sonrió otra vez y salió tranquilamente del despacho. Se despidió con un gesto de la chica de recepción, bajó los escalones al trote y atravesó el vestíbulo del piso bajo. Se detuvo protegido por el pórtico del edificio mientras se abrochaba el abrigo y se fijó en que un hombre de color, alto y corpulento le miraba desde el otro lado de la calle; su imagen parpadeaba intermitente entre el tráfico que circulaba entre ellos. Luca frunció el ceño, intentando situar la cara del hombre, una cara enfadada y de aspecto dolido que había visto en alguna parte. ¿Podría ser en Angola? Se subió el cuello y empezó a andar por la calle, dirigiéndose al norte, hacia la parada más cercana de tranvía.

Cuando llegó a la parada, encendió un cigarrillo y se dio la vuelta para ver si se

acercaba el tranvía. Mientras miraba avenida abajo, se fijó en que el hombre corpulento le había seguido y también estaba esperando en la parada. Luca volvió a preguntarse por él: si en realidad reconocía la cara o si la paranoia le traicionaba.

El tranvía llegó a los pocos minutos y Luca saltó dentro. Lanzó una mirada a sus espaldas cuando arrancó el tranvía: el hombre todavía estaba en la parada, esperando un tranvía que hacía ruta distinta. Luca se relajó un poco y ocupó un asiento junto a la ventana. Contempló el mundo pasar durante todo el trayecto hasta el City Park, donde se apeó y tomó un embarrado sendero que seguía el curso del pantano St John, cavilando sobre el caso mientras andaba. Schneider estaba involucrado en algo y había contratado a un guardaespaldas. Su insistencia en un guardaespaldas que no fuera de la ciudad significaba que el que le daba miedo tenía contacto con los bajos fondos de Nueva Orleans. Y luego al guardaespaldas lo habían ejecutado. De modo profesional. O el Asesino del Hacha también era bueno con una pistola o había otra persona implicada, que le despejaba el camino. Las insinuaciones de Michael sobre Carlo se abrieron paso otra vez hasta el resto de los pensamientos de Luca, y rezó porque Sandoval se atuviera a su palabra y le entregara la caja sin contárselo a nadie.



MUY A SU PESAR, MICHAEL HABÍA ido al juzgado aquella mañana para ver cómo se desarrollaba la vista del caso de Luca. No estaba seguro de por qué había ido: habían llegado a un acuerdo con el fiscal del distrito y el juez en las primeras horas, pero tenía la sensación de que podría perderse algo importante. No creía que su antiguo mentor le hubiera visto; él llegó tarde, se sentó en la última fila de la tribuna y se marchó en cuanto quedó fijada la fianza. En la celda Luca le había parecido viejo y frágil, a la defensiva. Pero en el juzgado se mostró como un tipo seguro: sonreía a Sandoval y se arrellanaba en su asiento con una chulería que le trajo recuerdos de su juicio cinco años atrás. El alarde hizo dudar a Michael de que la decisión de dejarle suelto con tanta facilidad fuese la adecuada. Consideró mentalmente todos los aspectos mientras hacía el camino de vuelta a la comisaría. ¿Luca estaba de verdad investigando los asesinatos por encargo de Carlo? Si era así, entonces él estaba equivocado acerca de que la Familia estuviera involucrada en ellos... ¿o Carlo estaba engañando a Luca y le estaba tendiendo una trampa que descubriría en su momento?

Cuando Michael llegó a su mesa de la comisaría, le estaba esperando un Kerry con cara de sueño. Se sentaron a la mesa y Kerry recorrió el fajo de papeles que tenía en la mano.

—Jones y Shippey están de guardia en el juzgado —dijo, leyendo un mensaje de la parte de arriba del montón.

—Bien. ¿Partes de los registros? —preguntó Michael, encendiendo un cigarrillo. Kerry buscó entre los papeles.

—El inspector Hessel registró la oficina de Schneider, hace dos días. No encontró nada con lo que acusar a nadie. A no ser esto... —Kerry entregó a Michael un par de hojas de papel sujetas con un clip—. Hessel lo escribió ayer mientras estábamos fuera.

Michael examinó los papeles: Hessel había encontrado en el despacho de Schneider una tarjeta de visita de la Agencia de Detectives Pinkerton. Se había personado allí y el de la agencia aseguró que Schneider le había visitado para hacerse con un guardaespaldas y se había marchado con las manos vacías.

—Lefebvre —se dijo Michael. Recordó al sujeto, un colaborador de Luca, un criollo tremendamente gordo, borracho y acosado por las preocupaciones. No tenía sentido que hubiera rechazado un trabajo tan fácil como proporcionarle un guardaespaldas a alguien. Michael pensó en la pistola que habían encontrado bajo la almohada de Schneider, y ahora además resultaba que había estado buscando un guardaespaldas. Si Schneider le había contado al criollo por qué quería protección, y si Michael conseguía hacerle hablar, estaría un paso más cerca de enterarse del motivo de los asesinatos—. Dile que venga a mantener una charla —dijo Michael.

—Sí, señor —dijo Kerry—. El inspector Jones comprobó los datos que había en

el ayuntamiento de los últimos cinco años de Schneider. Ningún caso que hiciera pensar que conocía a los miembros de la Familia o a alguna de las víctimas. Carter los volvió a comprobar la noche pasada. Tampoco encontró nada, y no parecía que hubiera desaparecido algo.

Michael se quedó pensando un momento, y se frotó la cara con los dedos. En cuanto aparecía una pista nueva, enseguida se revelaba carente de valor. Puede que tal vez aquella tarde, cuando llegaran los informes del seguimiento, surgiera otra pista nueva, pero Michael no se sentía demasiado optimista al respecto.

Alzó la vista y apreció que Kerry le estaba sonriendo.

—¿Por qué sonrías, hijo? —preguntó.

Kerry alzó triunfante un telegrama.

—Del Registro de la Propiedad. La dirección de Ermanno Lombardi.

LA PENSIÓN DE LOMBARDI ESTABA en una casa estrecha de estilo criollo de una avenida bordeada de robles del Distrito Séptimo. El edificio estaba recubierto de estuco color pastel y se alzaba detrás de un diminuto jardín con jazmines y caquis. La calle estaba tranquila, si se exceptúa a unas cuantas criollas viejas que estaban atareadas limpiando sus porches.

Michael y Kerry ascendieron deprisa por el sendero que llevaba a la casa de Lombardi y llamaron al timbre. Una vieja criolla rechoncha de piel oscura que llevaba un mandil abrió la puerta y les miró de arriba abajo por la puerta mosquitera. Las mujeres del Distrito Séptimo tenían fama de estar orgullosas de sus casas y ser quisquillosas: eran las matronas de una clase media negra que tenía más de un siglo. La aparición de policías a su puerta les resultaba tan sorprendente como la de una dama de la buena sociedad.

—¿Sí? —La voz de la mujer era recelosa y suave.

—Somos del departamento de policía, señora —dijo Michael—. Nos gustaría hablar con Ermanno Lombardi.

La mujer frunció el ceño y a su cara asomó una expresión preocupada.

—No lo he visto desde hace días —dijo con un marcado acento francés—. Hace eso a veces.

—¿Podemos registrar su habitación? —preguntó Michael.

—Desde luego —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Se secó las manos en el muy almidonado mandil y abrió la puerta mosquitera empujándola.

—Los pies —dijo, severa y arrogante.

Se limpiaron la suela de los zapatos en un felpudo de color dorado del interior de la puerta y cruzaron el porche. La casa estaba impecable y bien decorada con plantas de interior, cuadros y *étagères* de palisandro que contenían jarrones y estatuillas de porcelana y otros *objets d'art*. Un olor a julepe de menta flotaba en el aire. La mujer

les sonrió orgullosa y les precedió por una rechinante escalera enmoquetada.

Se acercaron a una puerta del cuarto piso y un desconcertante olor a putrefacción hizo que la mujer pusiera mala cara cuando sacó una llave del bolsillo de su mandil y abrió la cerradura. Cuando empujó la puerta para abrirla, el olor que les llegó era mucho más fuerte, un hedor a podrido, fecal. Vieron a Lombardi caído fuera la cama, desnudo, un garrote alrededor del cuello, manchas marrones en las sábanas blancas.

La mujer soltó un chillido y se alejó de la puerta con una mano tapándose la cara. Michael sacó un pañuelo del bolsillo, se tapó la nariz y la boca, y entró en la habitación. Se acercó al cuerpo y lo inspeccionó. El muerto tenía una expresión de angustia en la cara, los músculos del cuello, contraídos, tiraban de la barbilla hacia abajo, haciendo que pareciese que estaba sonriendo. Tenía los puños cerrados y aferrados a las sábanas como nudos congelados. Michael se volvió a Kerry y le dijo que informara del asesinato. Kerry echó una última mirada al cuerpo y corrió escalera abajo, dejando a Michael solo con los restos de Ermanno Lombardi.

MEDIA HORA DESPUÉS, LA CASA bullía de gente. En la propia habitación, un grupo de policías estaba a cargo de las operaciones propias en la escena de un crimen. Había llegado el forense y tras un breve reconocimiento había estimado que la hora de la muerte debió de producirse al menos una semana antes. Lombardi era el único inquilino del piso de arriba y la patrona tenía una pierna mal, así que raramente subía a ver cómo le iba. Aseguraba que desaparecía con frecuencia varios días seguidos, y había atribuido su ausencia final a eso.

Su declaración sobre el carácter de Lombardi coincidía con lo que Michael le había oído a O'Neil: era tranquilo e introvertido, y la única queja que tenía de él era que llamaban hombres preguntando por él con demasiada frecuencia. Dijo que le venía a ver un hombre más que los otros, pero sólo pudo proporcionar una descripción imprecisa: era grande, de unos treinta años y con aspecto de italiano.

En la habitación no había señales de lucha y la patrona dijo que la última vez que había oído entrar a Lombardi fue el lunes anterior, y que tal vez viniese en compañía de alguien, aunque no estaba segura. Michael pensó en el cuerpo desnudo y lo comentó con el forense, el cual confirmó que había tenido relaciones sexuales poco antes de la muerte. Michael reconstruyó la cadena de acontecimientos: Lombardi había estado hablando del Asesino del Hacha y, para que callase, pagaron a un hombre para que le matara. El hombre había ligado con él y Lombardi lo llevó a su pensión; después de una sesión de sexo y cuando Lombardi se quedó dormido, el hombre le había estrangulado con un garrote.

Cuando los hombres se llevaron de la habitación el cuerpo de Lombardi y se abrieron las ventanas para que saliera el aire fétido, Michael revisó las pertenencias del muerto. En la habitación no había nada sospechoso: ni armas ni montones de dinero o bolsas con contrabando, ni libros de contabilidad escritos en clave; ni

siquiera un diario. En un baúl bajo la cama, encontró una bolsa con útiles de aseo, un sacapuntas, un frasco de brillantina, otro de perfume Guerlain Mitsouko, una cámara de fotos Brownie y finalmente sobres llenos de fotografías reveladas por la Eastman Kodak Co., de Rochester, Nueva York.

Michael se sentó en la cama y se puso a examinarlas. No había fotografías de la familia, solo de los amigos de Lombardi, y ocasionalmente de él mismo. En las fotografías se repetían las mismas caras, cinco o seis hombres, todos de aspecto atlético, de cara joven. Había fotos de vacaciones en el lago, de una merienda campestre, un quiosco de música, de reuniones de borracheras en casas de gente. Las fotografías revelaban una intimidad tal que a Michael le dio la sensación de que estaba vulnerando algo cuando las miraba.

Llegó a una fotografía de Lombardi y un segundo hombre, un plano medio tomado en algún lugar junto al río, supuso. Los dos hombres se pasaban el brazo por los hombros, sonreían a la cámara, el viento les agitaba el pelo.

Michael llevó la foto a la sala de estar del piso bajo. La patrona había llamado a sus amigas para que la acompañaran, y ahora se encontraba en medio de un grupo de viejas criollas que se consolaban y lamentaban la situación del mundo, quitándose la palabra las unas a las otras en un muro de lamentos, oraciones y penas. *Gumbo ya-ya*, pensó, y gritó para hacerse oír.

Cuando atrajo su atención, enseñó la fotografía a la patrona que confirmó lo que Michael había estado pensando: el hombre de la foto con Lombardi era el que le venía a ver más que los otros. El hombre tenía que saber lo suficiente de Lombardi para proporcionar una pista de por qué le habían matado. Michael volvió a llevarse la fotografía al dormitorio y él y Kerry examinaron el contenido de los sobres otra vez buscando todas las fotografías en las que aparecía el hombre. Las extendieron por el suelo en un desordenado cuadrado y cuando lo terminaron dieron un paso atrás y examinaron atentamente el mosaico en blanco y negro que tenían delante.

Michael agarró la fotografía que le había enseñado a la patrona y se fijó en el desconocido con el brazo sobre los hombros de Lombardi. Uñas cortas. Mano derecha ostensiblemente mayor que la izquierda. La izquierda con cortes por encima. El hombre tenía un trabajo en el que usaba un cuchillo. ¿Un carnicero o un cocinero? Recorrió con la vista las otras fotografías y encontró una que mostraba a un grupo de hombres reunidos en casa de alguien. El desconocido estaba en una mesa del fondo de la habitación. Llevaba puesto un chaquetón de marino y debajo un mono de trabajo sucio. En el pecho del mono había un parche con una palabra que sólo se podía ver parcialmente bajo la sombra del chaquetón. Michael supuso cuál era la palabra a partir de las primeras letras: Normanson's. Una fábrica que procesaba pescado en los muelles.

IDA ESPERÓ HASTA QUE D'ANDREA se fue antes de asomar disimuladamente la cabeza en el despacho de Lefebvre. Este tenía el teléfono pegado a la oreja, tamborileaba con sus gruesos dedos en la mesa, e Ida supuso que estaba esperando a que una operadora le diera línea. Había oído parte de la conversación entre su jefe y D'Andrea, incluido el nombre de Schneider, y supuso que la llamada que iba a hacer Lefebvre tenía algo que ver con el asunto. Volvió a su mesa y dejó la mano encima del teléfono, como un pistolero, y se puso de puntillas para distinguir la forma de Lefebvre por la separación del cristal.

—¿*Monsieur* Lefebvre? —dijo en voz alta. Vio que este apartaba el teléfono de la oreja, e Ida descolgó entonces el auricular.

—¿Sí? —gritó él.

—¿Podría salir unos minutos a comer? —dijo, de manera poco convincente.

—Claro —respondió Lefebvre, moviendo la cabeza y volviendo a llevarse el teléfono a la oreja.

Ida se sentó a su mesa y escuchó mientras la operadora le daba línea.

—¿John? Soy Lefebvre —le oyó decir por teléfono.

—Dime, Lefebvre.

Ida reconoció la voz del otro lado y comprendió por qué en la Pinkerton no tenían ningún dato de John Morval.

—Tenemos que hablar —dijo Lefebvre, en tono brusco y formal—. Acabo de tener una visita. La de Luca D'Andrea.

Se hizo un momento de silencio, y de fondo al otro lado de la línea, Ida oyó ruidos, máquinas de escribir, conversaciones, pasos.

—¿Qué quería?

—A ver si lo adivinas —dijo Lefebvre, sarcástico.

El otro hombre suspiró.

—¿Puedes venir a verme? —preguntó.

—Claro —dijo Lefebvre—. Estaré ahí lo más pronto posible.

Ida esperó a que Lefebvre colgara el auricular, antes de colgar ella. Cogió su bolso y su abrigo, salió del edificio y ocupó una posición al otro lado de la calle donde esperaba que Lefebvre no la viera. Dos hombres de negocios pasaron junto a ella bajo la lluvia, con traje y sonriendo bajo sus paraguas. Se dieron la vuelta para mirarla con la misma expresión que puso cuando entró en la oficina el hombre que ahora sabía que era D'Andrea. Lefebvre ni siquiera se había fijado, estaba demasiado borracho, pero ahora ella se llevó la mano al ojo morado y el corte que le desfiguraban la cara como para evitar que se vieran. Estaba acostumbrada a que la mirara la gente, pero no de aquel modo.

Le volvieron otra vez como relámpagos las mismas imágenes repetidas del

ataque, y el terror de todo aquello la alteró de nuevo. Recordó lo asustada que estaba, cómo había cogido la piedra de modo instintivo pero también dominada por la ira, cómo había golpeado a los chicos, cómo habían quedado tumbados en la embarrada zanja como cadáveres cubiertos de sangre. ¿Los había herido de gravedad? ¿La andarían buscando? Notó otra vez el tacto de su falda cuando le bajaban la cinturilla, sus propios esfuerzos inútiles como si fuese una pesadilla, el peso de la piedra en la mano. Recordó los abusos que cometieron con ella y todavía no estaba segura si la habrían atacado de haber estado sola, sin Lewis.

Por encima de todo se sentía una idiota, pues aquello fue culpa suya. Había andado jugando a ser detective y, por su culpa había arrastrado al peligro a Lewis tanto como a ella. Puede que para lo que únicamente sirviera fuera para ser secretaria, para ser algo con lo que alegrar la oficina. ¿No era para eso para lo que en principio le había dado el trabajo Lefebvre?

Y sin embargo, cuando antes se dio cuenta de lo que estaban hablando Lefebvre y D'Andrea, no dudó en escucharlo, ni en hacer lo mismo con la llamada telefónica de Lefebvre, ni en salir a espiarle, a seguirle adonde fuera que la llevase. Tuvo la sensación de que mientras se encontraba en estado de *shock*, otra parte se había hecho con el control y la veía, y se dio cuenta de que tenía más resistencia de la que pensaba. Aquella nueva conciencia le proporcionó una confianza y determinación mayores. No tenía otra elección que continuar.

Lefebvre salió unos minutos después y parpadeó con la luz del día. Se caló el sombrero y enfiló calle arriba; su inmenso peso y el alcohol en sangre hacían inestables sus pasos. Ida le siguió entre la lluvia hasta unas manzanas más allá, donde dejó la calle y entró en un alto edificio de oficinas.

Ella permaneció fuera unos cuantos minutos y, cuando estuvo segura de que Lefebvre había subido al piso en el que estuviera Morval, entró a la zona de recepción. Ignoró al estirado recepcionista sentado detrás de un mostrador con adornos dorados y se acercó al directorio del edificio, que estaba sujeto a una placa junto a un helecho tan verde que deslumbraba. Aparecía «John Morval y compañía fabricantes de ropa», que tenían alquilado todo el cuarto piso. Ida se dio la vuelta, saludó con la cabeza al recepcionista y abandonó el edificio.

Volvió a esperar en el otro lado de la calle, esta vez bajo el alero de una tienda para protegerse de la lluvia. La reunión de Lefebvre duró veinte minutos. Abandonó el edificio a toda prisa, con aspecto inquieto, y anduvo lo más deprisa que pudo calle arriba hasta una parada de tranvía. Ida volvió a cruzar al mismo lado de la calle y esperó. Cuando llegó el tranvía de Lefebvre y este se subió, ella saltó dentro por la entrada de atrás, esperando que él no volviera la cabeza hasta que estuviera sentada. Cuando llegó a la barrera de separación, que se movía hacia delante o atrás en función de la cantidad de negros que estuvieran en la zona que les correspondía, ocupó un asiento desplazando el cuerpo por la madera barnizada hasta que quedó fuera de la vista.

El tranvía salió del distrito financiero, se dirigió al sudoeste por unos extensos barrios residenciales que se desparramaban por la ciudad en un fárrago de jardines bien cuidados y bulevares bordeados de árboles. Pasaron junto a la cuadrangular Universidad de Tulane y bordearon el parque Audubon, y cuando llegaron a la calle Terrier, Lefebvre hizo sonar la campanilla e Ida vio que se apeaba del tranvía. En la parada siguiente se bajó ella, desanduvo el camino y localizó a Lefebvre cuando este tomaba la avenida Henry Clay. Le siguió mientras cruzaba la calle Coliseum y le vio entrar en un edificio siniestro que parecía una especie de *château* francés. Ida podía decir por la situación del edificio, su tamaño, los barrotes en las ventanas, y el hecho de que estuviera detrás de un elevado muro de ladrillo, que aquel sitio era un hospital psiquiátrico.

Una vez estuvo segura de que él se encontraba dentro, se acercó a la cancela del edificio y leyó el rótulo que había: «Refugio para enfermos mentales de Luisiana». Había oído hablar de aquel lugar: un hospital al que acudían las familias más ricas de Nueva Orleans. Vio ir y venir gente por la entrada principal. Las monjas que regentaban el hospital se apresuraban por los lluviosos patios con las manos en los velos. Ida anduvo hasta la parte de atrás del edificio, donde supuso que estaría la entrada de servicio. Encontró una cancela que daba a los jardines, entró y se sentó en un banco que estaba protegido de la lluvia por el delgado techo de madera de un pabellón.

Al cabo de media hora o así, una chica negra unos pocos años más joven que Ida salió del edificio y se sentó en la galería que se extendía a lo largo del muro de atrás. Era regordeta y llevaba puesto un uniforme de doncella azul marino, el pelo recogido atrás bajo una cofia blanca de algodón. Sacó un bocadillo de morcilla de una fiambarrera metálica de su regazo y empezó a comerlo con mordiscos lentos, como de pájaro. Ida dejó su refugio bajo el pabellón y se acercó a ella. La chica frunció el ceño cuando vio aproximarse a Ida. Esta sonrió, notando el intenso olor a desinfectante de la ropa de la chica.

—Hola. ¿Trabajas aquí? —preguntó. La chica asintió y miró con desconfianza la cara magullada de Ida, que se sentó junto a ella y le volvió a sonreír—. Hazme un favor. Te daré algo de dinero —dijo.

La chica dejó de comer y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de favor? —preguntó con un marcado acento de la parte alta de la ciudad.

—Hace una media hora estuvo aquí un hombre que se llama Lefebvre. Mira en el libro de visitas y dime a quién vino a ver y te daré un dólar.

La chica miró a Ida, sopesándola.

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó, lanzando a Ida la mirada de reojo de una chica de la calle que sabía que se estaba tramando algo.

—Eso no te lo puedo decir —contestó Ida, tratando de sonar pesarosa.

La chica quedó en silencio y continuó mirándola.

—Dos dólares —dijo, al fin—. Voy a tener que darle uno al recepcionista.

—De acuerdo —dijo Ida, sabiendo perfectamente que la chica estaba mintiendo. La chica sonrió por primera vez, contenta de haberle metido un gol a Ida. Volvió a meter su bocadillo en la fiambarrera, se sacudió las migas del vestido y entró de nuevo al edificio.

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE IDA ESTABA en el tranvía de vuelta a la ciudad. Lefebvre había ido a ver a un paciente que se llamaba Samuel Kline Junior. Ida ya había oído ese nombre, pero no podía recordar dónde. Después del trabajo fue a la biblioteca y buscó el nombre en los periódicos locales. Lo encontró en un montón de artículos. El general de brigada Samuel Kline Junior pertenecía a una familia adinerada de toda la vida y era un héroe de guerra que había combatido en Cuba y Filipinas. Había abandonado el servicio activo y participado en política; llegó a ser miembro del ayuntamiento de Behrman, como supervisor del comité que concedía licencias en Storyville. La mayoría de los artículos, sin embargo, se referían a un caso judicial de unos años antes: le habían acusado de abuso de menores. Dimitió, le diagnosticaron una enfermedad nerviosa y un juez amigo le internó en un manicomio. D'Andrea había ido a ver a Lefebvre por algo del Asesino del Hacha, y Lefebvre había ido a ver a un miembro de una de las familias más antiguas de Nueva Orleans. Las personas implicadas eran cada vez más poderosas y bien relacionadas, y para preocupación de Ida, su jefe parecía estar en el meollo de todo el asunto.



LA LLUVIA HABÍA ENCHARCADO los senderos del pantano, de manera que cada paso suponía un lento esfuerzo contra la succión del barro. Luca estaba a unos minutos de la cabaña de Simone, en un inhóspito trecho del camino, cuando oyó ruido de pisadas detrás. Se dio la vuelta y vio al hombre corpulento del tranvía que se le echaba encima y le golpeaba con el hombro. Antes de darse cuenta, Luca estaba en el suelo. Los golpes le machacaron la cara con la fuerza de una bomba de pistones, estrellándose contra su barbilla, destrozándole los dientes.

—¡Ocho años, hijoputa! —gritó el hombre entre los golpes, y Luca supo en medio de su aturdimiento de qué le conocía: una década antes, una agresión en un bar. Resultó que el hombre se encontraba cerca y tenía antecedentes penales. Ocho años en Angola por pruebas falsas que aportó Luca.

Sabía que era inútil tratar de devolver los golpes; lo único que podía hacer era mantenerse con la guardia alta y tratar de protegerse de ellos. Él era mayor, estaba débil y cansado, y su atacante tenía todas las ventajas. A medida que el hombre le pegaba una y otra vez, en la cabeza, los brazos, el tronco, Luca deliraba, los pensamientos se le dispersaban, y algo de su interior se revolvía, sacándole del mundo. Los puñetazos se volvieron impactos sordos, indoloros y distantes, como si estuvieran golpeando a otro. Tuvo una premonición de su destino —un descenso dentro de las oscuras y cálidas aguas del pantano, un descenso que, en cierto modo, era también un regreso, una renovación—, y por alguna razón la visión le infundió calma. Dejó los brazos caer a sus costados y cerró los ojos. El hombre seguía pegando, sus puños como bloques de cemento. Luego el frenesí de puñetazos disminuyó, cesando poco a poco hasta parar como un motor desconectado. Se hizo el silencio, si se exceptúa la lluvia, y entonces Luca oyó que el hombre sollozaba.

—Ocho años —balbuceó el hombre, con la voz asfixiada por la emoción—. Ocho años. —Luca notó que el hombre le agarraba y le arrastraba hasta el borde del sendero y abrió los ojos brevemente, viendo el barro que se desmoronaba en las aguas del pantano. Notó que le estaban levantando y supuso que el hombre iba a tirarle dentro. Nunca estuvo seguro de por qué lo hizo, probablemente fue una especie de impulso instintivo, pero cuando el hombre le arrojaba al agua, Luca agarró su camisa, y los dos cayeron juntos al pantano.

Luca había oído cosas de los que se ahogan, de cómo una vez que aceptan su destino descende sobre ellos una hermosa paz. Siempre se había preguntado cómo era posible que alguien supiera eso, y si no sería solo una patraña que se contaba para aliviar la pena de las viudas de los marineros ahogados. Pero ahora sentía que él se rendía a algo, al descenso a una calma eterna. Notó como si una especie de limo se le desprendiera del cuerpo, e imaginó escenas de ceremonias de iglesia, figuras humanas con ropas blancas, cabezas rociadas por agua, el tranquilizante sonido de

himnos.

Emergió a la superficie y jadeó en busca de aire. El agua de pronto resultaba fría, y le provocaba escozor en los cortes y magulladuras. Vio que no estaba lejos de la orilla. Se revolvió y sus manos se agarraron al barro. Respiró con esfuerzo, sintiendo algo cortante en los pulmones cada vez que respiraba. Hizo acopio de todas sus fuerzas y consiguió rodar por la orilla y respirar a fondo, exhausto. El dolor de las magulladuras, cortes y huesos fracturados se le materializó en el cuerpo como un resplandor caliente. Miró las nubes allá arriba, el perfil de los árboles, las hojas que bailaban con las gotas de lluvia, acariciando el cielo.

Oyó chapoteos y gritos, y volvió su cabeza hacia el agua: el hombre estaba allí, agitándose, dominado por el pánico. Se hundía dentro del agua, luego aparecía rompiendo la superficie y gritaba. Luca no iba a ser tan tonto como para sacarle del pantano, pero de todos modos se levantó tambaleante, vio la rama de un árbol que colgaba baja cerca del agua y se acercó a ella. Apenas le quedaban fuerzas, así que se dejó caer con todo su peso encima de la rama donde esta se unía al tronco. El otro extremo de la rama se hundió hacia el agua, y con unos cuantos tirones el hombre la alcanzó, la sujetó con una mano y salió a terreno seguro.

Luca miró al hombre, que tosía echando agua, doblado por la mitad; luego Luca cerró los ojos, y al cabo de un momento, se derrumbó.

CUANDO RECUPERÓ LA CONSCIENCIA el cielo estaba más oscuro y se encontraba solo, doblado encima de la rama del árbol. Buscó al hombre pero no encontró rastro de él. Con cierto esfuerzo consiguió ponerse en pie y cojeó aturdido hacia la cabaña de Simone. Apenas podía ver entre la sangre de sus ojos, pero al fin se las arregló para llegar hasta allí, derrumbándose en el sendero delante de la cabaña y dispersando a las gallinas en un frenesí de cacareos.

LA FÁBRICA DE NORMANSON ERA UNA construcción de madera oscura y húmeda expuesta a los vientos y aferrada al mismo borde del muelle. Aparte de una oficina con módulos junto a la entrada, había una zona colosal sin divisiones con unas cincuenta mesas dispuestas en hileras. En cada mesa un trabajador con mono manchado de sangre y botas de goma procesaba barriles de pescado.

Kerry y Michael hablaron con el gerente, un tipo serio con pajarita, traje de un dólar del catálogo de Sears y zapatos Porkony igual de baratos. Le enseñaron la fotografía que habían encontrado en la habitación de Lombardi y el hombre asintió con solemnidad al reconocerla. Los condujo a lo largo del piso, dejando atrás las hileras de mesas y les explicó el procesado: las tripas del pescado iban al almacén de desperdicios; los filetes, a los proveedores que los enlataban; el aceite a las farmacias; y los huesos a los fabricantes de pegamento. La fábrica estaba invadida por una humedad que apestaba a salmuera y pescado muerto, y Michael se fijó en que Kerry se llevaba una mano a la nariz para contener las arcadas.

Se acercaron a una mesa en la que un italiano fornido y de buen aspecto estaba cortando pescado con un cuchillo enorme y depositando las distintas partes en bandejas de colores. Había una gracia y velocidad en los movimientos del hombre que no casaban con su corpulencia; la hoja bailaba entrando y saliendo de cabezas, troncos y colas con un brillo de rubí volátil.

—Rocco, ha venido la policía a verte —gritó el gerente por encima del sonido metálico de un centenar de cuchillos que levantaban ecos en las paredes.

Rocco alzó la vista hacia ellos y asintió, y Michael reconoció su cara por las fotografías que habían encontrado. Tenía una cara inmutable, dura y picada, de pómulos pronunciados.

—Cuando hayan terminado, ven a mi despacho —siseó el encargado en tono de sospecha.

—De acuerdo, jefe. —Rocco habló con desdén, sin mirar al hombre a los ojos ni interrumpir su ritmo. El encargado le fulminó con la mirada, se dio la vuelta y se alejó serpenteando entre las mesas.

—Rocco, soy el detective Talbot, y este es el agente Kerry.

Rocco les echó un vistazo: un destello de cobalto bajo espesas pestañas femeninas.

—¿Qué quieren?

—Queremos hablar contigo de Lombardi. Sabes lo que le pasó ¿verdad?

—No. ¿Qué pasó? ¿Lo mataron? —preguntó Rocco, secándose el sudor de la frente con un antebrazo robusto. El tono despreocupado hizo que Michael se detuviera y se plantease si habría interpretado mal la relación entre los dos hombres.

—Sí. Lo mataron —dijo al fin, intentando dar la noticia con cierta contención.

—Se lo dije muchas veces. —Rocco aceleró sus cortes, partiendo el pescado con golpes furiosos.

Agarró varios trozos de espina y carne con el lado del cuchillo y los tiró a las bandejas. Michael distinguió una espina perfectamente limpia que brillaba amarilla. Rocco limpió la tabla de cortar con un cepillo, dejando caer entrañas en el cubo de desperdicios que estaba a sus pies.

—Bien, eso no pinta bien para ti —dijo Michael.

—¿Sí? ¿Y eso por qué? —Había un tonillo de amenaza en su voz.

—Sabemos por qué mataron a Lombardi, para cerrarle la boca por lo del Asesino del Hacha. Si el que lo mató sabía que andaba contándolo, entonces es probable que supiera que estuvo hablando contigo.

Rocco dejó de trabajar por primera vez desde el encuentro. Pensó un momento. Sus marcados rasgos acusaron poco a poco que había caído en la cuenta de que él también podría estar en peligro. Le miró fijamente y luego clavó la punta del cuchillo en la mesa de madera, donde su hoja osciló brevemente. Agarró un trapo del lado de la mesa, se secó las manos y señaló con la cabeza una puerta en la pared más alejada de la construcción.

—Hablairemos fuera.

Le precedió por la zona de trabajo, pasando junto a hombres y mujeres todavía doblados sobre sus mesas mientras que lanzaban miradas maliciosas a Rocco y los dos policías. Salieron por una puerta a un embarcadero cubierto colgado sobre las aguas del muelle. El estrépito de la fábrica se atenuó casi por completo una vez que cerraron la puerta a sus espaldas, aunque fue reemplazado por el sonido de la lluvia en el río y las sirenas para la niebla lejanas. Había unas cuantas sillas dispersas por allí, cubiertas de musgo, y una alfombra de colillas extendida por el suelo.

Se sentaron y Rocco miró por encima del muelle.

—¿Qué quiere saber? —dijo, sacando un cigarrillo de un paquete del bolsillo de arriba y encendiéndolo.

—Se dice que a Lombardi...

—*Ermanno* —interrumpió Rocco—. Se llamaba Ermanno. Llamarle Lombardi hace que recuerde que está muerto. —La repentina tristeza en la voz del hombre detuvo a Michael. A fin de cuentas, el bruto sentado cerca de él sentía pena.

—Claro —dijo Michael, con amabilidad—. Se dice que a Ermanno lo liquidaron por hablar del Asesino del Hacha. Queremos saber qué te contó sobre eso.

Rocco suspiró, movió la cabeza y miró más allá de las contaminadas aguas que tenía delante. Dos gaviotas graznaron en las vigas del techo de la fábrica.

—Esto queda entre nosotros, ¿de acuerdo? No van a llevarme al juez.

—Claro que no —dijo Michael—. No estás detenido.

Rocco clavó la mirada en él un momento, luego se pasó una mano nerviosa por el pelo y empezó a hablar.

—Bien, supongo que eso nos retrotrae a unos meses atrás. Manno recibió un

telegrama de un tío del norte... Boston. Tiene un almacén de madera. Le preguntó si quería ir allí y trabajar con él. Un buen dinero, así que Manno dijo que claro y empezó a prepararse para dejar la ciudad, pero entonces le pidieron que hiciera un trabajo. Oiga, Manno les hacía trabajos a unos tipos de los bajos fondos cuando andaba apretado de dinero; darle un susto a un tipo por aquí, cobrar algo de dinero por allá. Mierdas sin importancia. Así que antes de que se fuera le pidieron que se ocupara de pasar droga en alguna parte del pantano. Manno dice que sí, claro, y lleva un paquete a donde se suponía que debía hacerlo. Pero le entran sospechas. El paquete pesa demasiado poco para ser droga, y quién coño lleva droga al pantano, ¿no? Conque piensa que se la están jugando. Él era así de listo, ¿sabe usted?

»Total que se para en un sitio tranquilo y lo abre. Nada de droga dentro, sólo trapos, páginas de periódico, relleno. Mira en el medio y encuentra un trozo de papel, una especie de carta, pero está escrita en francés y no entiende lo que dice. Pero en mitad de la carta hay una lista, un montón de nombres y direcciones, ¿vale? No entiende nada. Así que ata el fardo otra vez y se dirige al punto de encuentro.

»Pero no aparece nadie. Las órdenes eran que si no aparecía nadie tenía que dejar el paquete al lado de la carretera. Él estuvo esperando unas horas, con la sensación de que alguien le estaba observando, pero nadie apareció. Así que dejó el paquete en la cuneta como le habían dicho y volvió a casa.

—¿Dónde era ese sitio? —preguntó Michael.

Rocco negó con la cabeza.

—No lo especificó. En una carretera de uno de los pantanos. Eso es todo lo que dijo. —Se encogió de hombros y dio una calada a su pitillo, mirando por encima del muelle.

—Bien. Sigue —dijo Michael, echándose hacia atrás en su silla.

—Total, que vuelve y está preparando las cosas para marcharse al norte cuando recibe otro telegrama; el tío del almacén de maderas ha muerto en un incendio. El almacén se quemó entero, con que ya no hay trabajo para Manno y se tiene que quedar en Nueva Orleans. Eso pasa hacia la época en que empiezan los asesinatos del Asesino del Hacha, y después... No sé, puede que al tercero Manno se da cuenta de algo: los nombres de los tipos que estaban en aquella lista coinciden con los que está liquidando el Asesino del Hacha.

—¿Cuántos nombres había en la lista?

—No sé. Unos cuantos. —Rocco se encogió de hombros—. Más de los que han matado, creo.

—¿Y qué dijo él de los nombres de la lista, Rocco? —le apremió Michael.

—¿A qué se refiere?

—¿Eran nombres italianos? ¿Eran hombres? ¿De qué barrios?

Rocco negó una vez más con la cabeza.

—No sé. No puedo acordarme. Sólo dijo que había nombres. No dijo de qué clases. Sólo nombres y direcciones —dijo Rocco, ahora un poco agitado.

—Bien, sigue —dijo Michael, y Rocco retomó el relato.

—Con que Manno se huele que todo era una trampa, o algo. Sólo le encargaron el trabajo porque creyeron que se marchaba de la ciudad, y ahora que se queda, a lo mejor lo liquidan a él para asegurarse de que no lo iba a soplar. Total, que empieza a reunir dinero para marcharse de la ciudad, porque necesita algo de dinero si va a pegarse el piro, pero, bueno, usted ya sabe lo demás. —Rocco se encogió de hombros y miró el agua; los cuerpos ensangrentados de los peces desechados flotaban en el muelle junto a papeles grasientos mojados, latas—. ¿Cómo lo hicieron? —preguntó, volviéndose hacia Michael.

—Con un garrote. En su casa. —Michael intentó mantener un tono tranquilo.

Rocco asintió y se miró los pies. Apartó unas cuantas colillas con la punta de su bota.

—Quise decirle que se marchara, pero él no quería irse sin dinero. —Suspiró—. ¿Cuándo murió?

Michael echó una mirada al hombre, sorprendido por la profundidad de sus sentimientos. Otro amor extraño, pensó.

—Hace unos días. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hará una semana. Discutimos.

Michael dejó que el comentario quedara colgado. Escuchó el sonido de la lluvia que golpeaba contra el techo y el agua aceitosa que tenían delante, haciendo que los desperdicios de la superficie subieran y bajaran. Sacó la pitillera del bolsillo, encendió un cigarrillo y se inclinó más hacia el hombre.

—Mira, Rocco. Esto es importante de verdad ¿Quién le encargó el trabajo?

Rocco se volvió para mirarle y frunció el ceño, comparando la intensidad del dolor por su pérdida con la estupidez de informar sobre la Familia.

—No lo voy a declarar ante un tribunal. Esto es confidencial. —Michael asintió—. Un tipo que se llama Piero. No sé nada de él. Lo único que contó Manno fue que era un inútil que no se entera de nada.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un tipo menudo, italiano, el pelo grasiento peinado hacia atrás. Puede que del mismo peso que el chico —dijo Rocco, señalando a Kerry.

—¿Edad?

—Treinta y muchos. Me parece. Solo lo vi una vez. —Rocco se encogió de hombros.

Michael asintió y sonrió. Las dos gaviotas que tenían encima salieron disparadas de las vigas y aletearon hacia río abierto, luchando con fuerza contra la lluvia que caía. Observaron a las aves que desaparecían a lo lejos.

—¿Alguna idea de dónde puedo dar con él?

Rocco sacudió la cabeza.

—Manno solía reunirse con él en un antro del distrito financiero cuando le encargaba los trabajos. El Tito's, creo.

Rocco sacudió la cabeza.

Michael volvió a sonreír.

—Gracias, Rocco.

Se puso de pie y Kerry le imitó.

—Oiga, ¿habla en serio cuando dice que a lo mejor yo soy el siguiente? —dijo Rocco.

—Podría ser.

—¿Entonces qué hago?

—Si crees que te sigue alguien, hazme una llamada.

Michael entregó a Rocco una tarjeta, saludó con el sombrero y volvió a entrar a la fábrica con Kerry.

Cruzaron la planta procesadora y salieron a la calle. La mente de Michael iba disparada. La lista de Lombardi tenía más nombres que los de las víctimas hasta el momento. Quedaban por llegar más asesinatos.

**L**EWIS ABRIÓ EL PARAGUAS PARA protegerse de la lluvia y anduvo por la calle Perdido, deteniéndose cada pocos minutos para intercambiar saludos con conocidos a los que no había visto desde su regreso. Era raro estar de vuelta a su antiguo barrio, de nuevo entre las personas con las que se había criado. Por mucho que le importasen, no podía detenerse a sentir pena cuando se cruzaba con ellas por la calle: navajeros, jugadores, drogadictos, chulos y sus putas, todos ellos recorriendo como sonámbulos su existencia de habitantes de los barrios bajos. Unas vidas echadas a perder y breves, sin planes, ambiciones ni pensamientos de futuro.

Lewis sabía que para él era una suerte tener talento y trabajo, algo que le protegía de la pobreza en la que creció. Las cosas habían cambiado desde la primera vez que se trasladó a casa de Mayann cuando tenía seis años y su vida era una variedad de trabajos esporádicos, rebuscando y ganando lo justo para vivir. Mayann le había matriculado en la escuela Fisk para chicos negros, pero él pasaba la mayor parte del tiempo tratando de conseguir comida para la familia. Vendía periódicos en Front o' Town, cantaba por unas monedas en una esquina de la calle o trabajaba repartiendo carbón y haciéndoles recados a las mujeres de la vida de los tugurios de Storyville. Y cuando no había trabajo en perspectiva, se dedicaba a rebuscar: removía los desperdicios del basurero de Silver City o bajaba a los muelles con sus amigos y esperaban a que hubieran descargado las barcazas con carbón para luego saltar a los cascotes vacíos y recoger el polvo de carbón que vendían en Back o' Town a cinco centavos el cubo. Lo peor de todo era cuando tenía que revolver los cubos con sobras de los restaurantes del Tango Belt y llevar la comida que tiraban a casa, donde Mayann quitaba las partes estropeadas para que él pudiera volver a llevarla a los restaurantes y vendérsela otra vez por lo que los dueños estuvieran dispuestos a pagar.

Gracias a todo eso, junto al trabajo de criada de Mayann y la constante afluencia de hombres que pasaban por la casa, siempre había comida en la mesa, pero esa no era la vida que quería él para sus propios hijos, incluido Clarence. Lewis siempre se sentía culpable del accidente del niño, y le mimaba todo lo que podía. Ahorraba dinero todas las semanas para pagar a los médicos y a un especialista del colegio para niños retrasados. Rezaba por ganar el dinero suficiente y curar a Clarence, para demostrar que los médicos se equivocaban. Y si no conseguía demostrar que los médicos estaban equivocados, se aseguraría de que a Clarence no le faltaba nada.

Antes de que Lewis se marchara de casa aquella tarde, Clarence le había pedido que le contara un cuento a la hora de acostarse cuando volviera. «Uno nuevo», había dicho Clarence. Lewis trató de inventar un cuento de miedo nuevo para contárselo al chico, pero no se le ocurría ninguno. Había pasado por el repertorio completo del folclore de Luisiana en su intento de saciar el apetito de Clarence. Le había contado



el del *loup-garou*, el hombre lobo francés que andaba por las ciénagas y al que no le asustaba nada excepto las ranas. Le había contado el de Bras Coupe, el esclavo fugado y su banda de renegados, que atacaban las plantaciones y eran inmunes a la muerte. Le había contado el de los hombres de la aguja, los estudiantes de medicina blancos del Hospital de la Caridad que acudían a Back o'Town de noche, armados de jeringas llenas de líquido que dormía, dispuestos a llevarse a chicos negros para usarlos en experimentos. Incluso le había contado el de los *mystères*, los esqueletos del vudú con sombrero de copa y esmoquin, que se llamaban como aristócratas franceses: barón Kriminel, barón La Croix y barón Samedi.

Pero los cuentos favoritos de Clarence eran los del pirata Jean Lafitte, que cada vez que enterraba un tesoro en los pantanos mataba a un compañero de tripulación para que su espíritu guardara el botín. Se decía que los espíritus se manifestaban como luces de Halloween que se veían en los pantanos al caer la noche, las luces que retrocedían cuando ellos se aproximaban y hacían salir a los viajeros de los senderos seguros.

Lewis dobló una esquina en la calle Bienville y se acercó a su destino: el Mahogany Hall, un edificio colonial encalado que se alzaba detrás de un pequeño jardín bien cuidado. Entró al porche, contento de estar protegido de la lluvia, y llamó a la puerta. Al abrirse apareció una chica de piel clara de su misma edad. Él explicó quién era y la chica le dejó pasar a un vestíbulo espacioso y bien decorado donde Lewis se sentó en un sillón de cuero rojo con botones en el respaldo.

Paseó la vista por la habitación: alfombras persas encima del suelo del parque, arañas de mal gusto colgadas del alto y abovedado techo y un piano de cola en una esquina. En las *chaise longues* y sofás dispersos por la sala, chicas en ropa interior que charlaban tranquilamente, como odaliscas cansadas. Todas eran jóvenes y atractivas, y, lo más importante, de piel clara, porque el Mahogany Hall solo contratava a chicas con una octava parte de sangre negra, siete octavos de sangre blanca, que se consideraba la mezcla más deseada por los hombres blancos que constituían la clientela del distrito de Tenderloin.

Todavía era primera hora de la noche y la habitación se encontraba relativamente tranquila: el único cliente estaba en la barra pidiendo unas copas. Dio la casualidad de que se volvió y se fijó en que Lewis le miraba, y quedó evidentemente sorprendido al ver a un joven negro sentado en la sala como un cliente. A los negros no los admitían en ninguno de los salones de Storyville, al menos como clientes, una prohibición que desembocó en la aparición del Storyville Negro, el barrio de luces rojas para negros un poco más arriba de la ciudad, donde había trabajado Mayann y se había criado Lewis. El cliente movió la cabeza y volvió a la *chaise longue*, donde le esperaba una joven sonriente, con los pies bajo el cuerpo y un dedo retorciéndolo el pelo. La chica echó una ojeada a Lewis cuando volvió el hombre y le pasó una copa de champán. Había cierto embarazo en el modo en que miró a Lewis, y a pesar de su belleza Lewis sintió pena por ella.

Algunas de las otras chicas que pululaban por la sala también le miraron, preguntándose por qué estaba allí. Las chicas le recordaron a Ida. No sólo por su aspecto —de piel clara, guapas y jóvenes—, sino también porque tenían el mismo aire de desarraigo y recelo que él había apreciado en su amiga. Tenían la tristeza de los exiliados. A la deriva en ambas razas, habían llegado a la orilla en los burdeles de Nueva Orleans, donde adquirieron lo que la sociedad les dijo que eran sus características definitorias y se convirtieron en una mercancía, algo con un toque exótico, que se vendía por horas a los hombres que habían orquestado su exilio.

Lewis devolvió la sonrisa a las chicas, que, dependiendo de su carácter, se la devolvieron o se dieron la vuelta para mirar hacia otro sitio con una expresión altanera en los ojos. No reconoció a ninguna de la época en que trabajó en el establecimiento años antes, cuando el Mahogany Hall estaba situado en la calle Basin. El antiguo Hall era un edificio de cuatro pisos decorado con suelos de madera en espineza y ventanas de cristales emplomados de Tiffany traídas de Nueva York. Jelly Roll Morton solía dirigir la banda allí, pero cuando se marchó al norte en busca de fortuna, contrataron a Kid Ory para que le reemplazara, y Lewis consiguió trabajo en el nuevo grupo.

Las puertas del fondo del salón se abrieron y una mujer de piel clara inmaculada se acercó a Lewis.

—¡El pequeño Louey! —exclamó con un marcado acento francés. Lewis se puso de pie y la mujer le abrazó, aplastándole la cara contra el pecho.

—Hola, señora —dijo Lewis, hablando directamente a los pechos de Lulu White—. No puedo respirar.

Lulu le soltó, le miró y sonrió. Era una mujer guapa, de edad madura y corpulenta, con el pelo corto y caderas anchas. Lulu era la dueña del Mahogany Hall, y llevaba en Storyville desde sus mejores tiempos. En los libros azules —las guías turísticas del distrito, que recogían los burdeles respetables y catalogaban a las chicas por belleza, raza y anchura de miras— Lulu había anunciado el Hall como «El salón de las de una octava parte», donde todas las chicas eran, como la propia Lulu, una octava parte negras. Se presentaba a sí misma como «la reina de diamantes del *demimonde*», y la publicidad funcionaba: gastó cuarenta mil dólares en la construcción del Hall y amortizó el coste en un par de años. Cuando la marina obligó al cierre del distrito, Lulu se trasladó a estas nuevas instalaciones más deslucidas. Desaparecieron las ventanas emplomadas de Tiffany, pero todavía quedaba algo en el lugar, los últimos restos de *la belle époque*.

Lulu condujo a Lewis a un salón privado y pidió dos tazas de chocolate caliente con aguardiente de menta. Charlaron un poco sobre lo que había sido de los dos durante los meses desde que habían estado sin verse, y luego Lewis desvió la conversación hacia el asunto de Morval. Le habló a Lulu del Asesino del Hacha, le dijo que Morval había estado husmeando por las escenas de los delitos, le contó la teoría que tenían Ida y él sobre su implicación. Se sintió un poco idiota cuando le

explicaba las cosas a Lulu, pero conforme hablaba se iba dando cuenta de lo mucho que habían averiguado, de lo cerca que estaban de descubrir algo.

—Lo que no pude entender —dijo Lewis— fue que Dots dijera que Morval era un chulo, y que yo nunca hubiera oído hablar de él cuando estaba trabajando en Storyville.

—Eso es porque Morval nunca trabajó en el distrito —dijo Lulu—. Lo hacía en privado. Tenía un grupo de niñas que mandaba por encargo. Y sus clientes eran gente importante. Todo muy... confidencial.

—¿Niñas? —repitió Lewis para asegurarse de que había entendido bien, y Lulu asintió.

—Cualquiera que rondara más o menos la pubertad —explicó, inexpresivamente. Luego echó una ojeada a Lewis y se encogió de hombros, como para indicar que llevaba mucho tiempo aceptando las barbaridades de sus semejantes. Lewis consideró la noticia durante un momento y recordó a Dots diciendo que Morval era un demonio. Se miraron, Lulu terminó lo que le quedaba en su taza y pidió dos más a la chica que les servía.

—No estoy segura de hasta qué punto esto... el grupo de chicas de Morval, me refiero —continuó—, tiene que ver con el Asesino del Hacha. Morval cerró la tienda más menos en la época en que ilegalizaron el Distrito. El alcalde retiró su protección y Morval se dedicó a otros asuntos.

—Ida dijo que Morval trabajaba con la Mano Negra —dijo Lewis—. ¿Crees que eso tiene algo que ver con que Morval cerrara la tienda?

—Podría ser —contestó ella—. Matranga y el alcalde Behrman se pelearon cuando entró en vigor la nueva ordenanza. Podría estar relacionado con eso.

Lewis asintió. Se conocía la historia. Cuando la Marina cerró el distrito, Carlo Matranga ignoró la nueva ordenanza y mantuvo sus burdeles, algo que trajo problemas al alcalde Behrman con el Departamento de Guerra; pero Behrman no podía hacer nada para parar a Carlo porque sus propios negocios estaban muy imbricados con los de los Matranga.

—He estado con Morval unas cuantas veces, ¿sabes? —dijo Lulu—, y Morval produce una sensación rara, tiene la mirada como muerta. Te sientes asustada sólo por tenerlo cerca. —Lulu hizo un gesto con la mano; el alcance de la bajeza de Morval iba más allá de lo que podían expresar las palabras.

—¿Sabes de alguien que conozca a Morval? ¿Algún amigo con el que pudiera hablar? —preguntó Lewis, y Lulu sonrió.

—Claro que sí —dijo—. Te daré la dirección.

LEWIS DEJÓ A LULU CUANDO EL reloj se acercaba a las ocho. El atardecer había caído sobre Storyville y el neón de las luces de los bares, salones con música y espectáculos de revista brillaba en la noche oscura. Música procedente de los cabarés, risas y

charlas de borrachos y calles repletas de gente: turistas, puteros, paseantes, borrachos y hombres anuncio tratando de atraer a clientes para sus clubes con cancioncillas subidas de tono y frases ingeniosas. El negocio de la carne todavía seguía en marcha, pero ya no era igual que antes. Lewis notaba una diferencia, había desaparecido algo, o se percibía un vacío en el corazón de aquel lugar. Pensó en Lulu y en el nuevo Mahogany Hall y tuvo la misma sensación de que había desaparecido algo. Storyville estaba empezando a convertirse en un residuo de otra época, como los piratas fantasmales del pantano, que se aferraban a un mundo al que ya no pertenecían, en busca de tesoros que habían desaparecido hacía tiempo.

Lewis se abrió paso a empujones entre la multitud reunida y se dirigió hacia Back o' Town. En el bolsillo, enrollaba entre los dedos el trozo de papel que le había dado Lulu con la esperanza de que no lo mojase la lluvia. Cuando dobló una esquina, oyó sonido de música de iglesia que se imponía al ruido de la calle, una música solemne, seria y melodiosa. Avanzó un poco más por la calle y llegó a su fuente: un grupo de mujeres de edad madura y rostro inexpresivo estaban paradas en semicírculo en un cruce. Tenían pancartas con borlas y entregaban folletos a los que pasaban, que en su mayoría seguían negando con la cabeza y la mirada fija en la dirección opuesta.

Lewis se detuvo a leer las pancartas: «Labios que tocan el alcohol no tocarán los nuestros»; «Templanza o muerte»; «Cuidado con la primera copa». Una de las mujeres se le acercó, sonrió y le entregó un folleto.

—Gracias, señora —dijo Lewis. Saludó con el sombrero a la señora y miró el folleto. En la parte de arriba había un dibujo que representaba algo que llamaban la evolución del borracho, y debajo una lista de beneficios que El Movimiento por la Templanza traería al país.

Aquel año habían ratificado la octava enmienda, y solo era cuestión de tiempo que se implantara la ley seca. En realidad Lewis nunca había pensado demasiado en eso, pero supuso que la ley seca no tendría mucho efecto en Nueva Orleans. El gobierno ya había prohibido el Distrito, pero allí estaba, todavía en marcha. Tuvo la sensación de que con el alcohol pasaría lo mismo, al menos en Nueva Orleans. La ciudad raramente hacía lo que le mandaba hacer el gobierno.

Por mucho que abominara de la dura realidad de ser negro en Nueva Orleans, en parte esa falta de respeto por las leyes de los otros, por la del resto del mundo, le parecía muy bien. Una rebeldía educada que cuadraba bien con su propia personalidad. Envolvió la nota que le dio Lulu en el folleto y se lo guardó en el bolsillo, sonriendo para sí mismo cuando se abrió paso entre el gentío y se dirigía a casa. Ahora lo único que tenía que hacer era inventar un cuento de miedo que contarle a Clarence.

**K**ERRY SALIÓ DE LA COMISARÍA CON la carta agarrada con fuerza en la mano y esta metida con firmeza en las profundidades de su bolsillo. Podría haber mandado la carta por el correo interno, o dejarla en una estafeta de correos que estaba a una manzana de la comisaría, pero la carta era importante y pensó que el acto de mandarla por correo merecía algún tipo de ceremonia. Así que decidió darse un paseo hasta Storyville y el Tango Belt y mandar la carta desde la estafeta de allí.

Cruzó la calle esquivando el lento movimiento de la circulación de la tarde y pensó en lo difícil que era para un hombre sin amigos ni familia marcar un hito con algo más que un ritual sin sentido. Aunque había hecho un amigo en la ciudad, en realidad no podía decir que el inspector Talbot estuviera al corriente de todo. No podía hablarle de su búsqueda, el auténtico motivo por el que estaba rebuscando en los archivos de la policía cuando encontró los casos del Asesino del Hacha. Kerry le había mentado la primera vez que estuvieron juntos, pero sólo porque él era un desconocido, y ahora que tenían más intimidad le resultaba difícil contar la verdad. Pero el inspector también guardaba sus secretos. Kerry había oído los rumores, los que decían que vivía con una mujer negra, que había tenido hijos con ella y que los mantenía encerrados y al margen. Algunos de los hombres incluso sugirieron que a la mujer también la mantenía encerrada, que el asunto tenía tintes sádicos. Kerry no estaba seguro de ello: el inspector Talbot era de esa clase de hombres que no le hacen daño a nadie. De eso estaba seguro. A lo mejor, si todo iba bien, decidió Kerry, dejaría que el inspector Talbot lo supiera.

Hizo el recorrido hasta Storyville. Le gustaba el antiguo distrito de las luces rojas: tenía un carácter y un descaro distinto al de cualquier sitio de Dublín. En un cruce oyó música de iglesia, y considerando que resultaba incongruente, la siguió hasta su fuente: un grupo de mujeres de edad madura, del tipo de las del Ejército de Salvación, celebraban un mitin en defensa de la templanza. Se detuvo y contempló un rato al grupo mientras cantaban y agitaban sus pancartas. Kerry se había dado cuenta de que en Nueva Orleans a todo lo acompañaba la música, desde mítines hasta entierros, carreras de anuncios y vendedores ambulantes de las esquinas de las calles. Era como si los habitantes no estuvieran contentos si no entonaban algún tipo de canción.

Se fijó en que una de las mujeres le entregaba un folleto a un chico negro rechoncho con traje, el cual sonrió y le dio las gracias exageradamente. Otra golpeaba la Biblia con la mano cuando adoctrinaba a la gente que se apresuraba arriba y abajo por las avenidas. Kerry lamentó su suerte: había llegado a Estados Unidos justo cuando ilegalizaban el alcohol. Movié la cabeza y continuó su marcha, empapándose del ambiente, sabiendo que eso le haría sentirse menos solo. No sabía qué hacer con el resto de la tarde cuando hubiera mandado la carta por correo. No quería quedarse levantado bebiendo otra vez con los del turno de noche, y tampoco pasarse la tarde

tumbado en su cama leyendo a la mala luz del sótano. Pensó que podría ir al cine y ver una película: acababa de estrenarse la nueva de Fatty Arbuckle.

Kerry llegó a la estafeta de correos y se dirigió a los buzones por la escalinata de mármol del edificio, donde una enorme águila de piedra se cernía sobre la entrada como un guardián. Le sorprendió ver que unas cuantas oficinas del piso de arriba todavía tenían las luces encendidas, un mosaico de ventanas color naranja que brillaba en la fachada del edificio. Cuando llegó a los buzones, sonrió. Sacó la carta del bolsillo, la desenrolló, la alisó con la palma de la mano y, después de respirar profundamente, la dejó caer por la ranura.

El trabajo se había terminado. Ahora lo único que podía hacer era esperar. Giró sobre sus talones y recorrió la oscura y húmeda ciudad dirigiéndose hacia el cálido anonimato de la sala de cine. Todavía era pronto, y cuando cruzó Canal Street vio entrar y salir a la gente. Parejas sonrientes se dirigían a los teatros y restaurantes, las mujeres con pieles y perlas, los hombres con traje y fumando. Otras volvían de hacer sus compras cargadas de bolsas. Kerry las contempló con una sonrisa en los labios, mientras sus formas oscilaban al acercarse y alejarse de las luces de las tiendas y sus pies se adentraban en la oscuridad de los charcos que formaba la electricidad del neón de los anuncios.

LUCA SE RELAJÓ EN UNA BAÑERA DE cobre abollada y mate que Simone mantenía oculta detrás de una cortina de gasa en la esquina de la cabaña. Ella se había esforzado por lavarle las magulladuras y limpiarle, aplicando unguento de tarros de los estantes para desinfectar las heridas. Le había preguntado quién le había pegado, y cuando él dijo que no lo sabía y que no le importaba, entendió la evasiva y no insistió más. Pasaron la noche en la cama, y cuando despertaron por la mañana Luca sugirió lo del baño, en contra del consejo de Simone, porque las magulladuras necesitaban agua fría, no caliente, pero él había insistido.

Luca vio que Simone se acercaba con una pesada olla y añadía más agua caliente a la bañera. Luego dejó la cacerola, se quitó la ropa y se metió dentro, rompiendo la superficie con los dedos de los pies. Luca se sentó para hacerle sitio y se quedaron un rato tumbados en silencio. Él paseó la vista por la habitación y se fijó en que habían desaparecido las tarteras y los demás recipientes que estaban dispersos por el suelo la última vez que estuvo allí.

—¿Has arreglado el techo?

—De momento —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Luca asintió, echó la cabeza atrás y observó el vapor del baño alzándose hasta las vigas, donde se condensaba en las planchas de madera y volvía a caer al suelo en gotas de lluvia frías, limpias.

—¿Te importa si te hago una pregunta? —quiso saber él, volviéndose para mirarla. Ella le echó una ojeada y volvió a encogerse de hombros como respuesta—. ¿Cómo es no te has casado nunca?

Simone no contestó de inmediato, tomándose un tiempo para considerar sus palabras.

—¿Conoces «Pauvre Petite Mam'zelle Zizi»? —preguntó, y Luca negó con la cabeza—. Es una antigua canción criolla. Sobre los peligros de enamorarse. —Habló en voz baja, con nostalgia, como si la referencia a la canción fuera suficiente respuesta—. ¿Y cómo es que no te has casado tú? —preguntó.

Luca lo pensó. Él mismo se había hecho la pregunta con bastante frecuencia y sin embargo todavía no era capaz de dar una respuesta de la que estuviera completamente seguro que fuese la auténtica.

—Hubo chicas —dijo—, pero ninguna que me gustara lo bastante. —La respuesta era cierta en parte, al menos eso creía—. A veces pienso que lo dejé para demasiado tarde. —Ella le miró con fijeza y la frente ligeramente arrugada.

—Nunca es demasiado tarde —dijo inexpresiva, moviendo la cabeza. Y dicho eso cerró los ojos y se hizo de nuevo el silencio. Luca bajó la vista a su torso desnudo, que brillaba bajo el agua: una letanía de magulladuras y cortes que se le extendían por el estómago y el pecho. Luego cerró los ojos también, abandonándose un poco al

calor del baño, y juntos escucharon el sonido amortiguado de la lluvia fuera.

LUCA SE MARCHÓ UN PAR DE HORAS después y no volvió a su hotel hasta bien entrada la tarde. El ataque no había afectado a sus piernas, pero las magulladuras de su abdomen, y lo que Simone sospechaba que era una costilla rota, dificultaban sus movimientos. Distinguió a dos policías de paisano delante de la tienda del otro lado de la calle, y se preguntó si Sandoval habría conseguido recuperar la caja. Cuando entró, el conserje, un viejo siciliano, gordo y arrugado, le susurró en italiano:

—*Signore*, trajeron algo para usted ayer por la noche. Lo dejé debajo de su cama.

—Gracias, Paolo —dijo Luca.

El conserje le miró con ojos de miope y señaló su cara con la cabeza.

—¿Qué le ha pasado?

—Unos chicos —dijo Luca, y empezó a subir la escalera. Cuando llegó a su habitación, se tumbó en el suelo y sacó la caja de donde la había metido el conserje. Estaba hecha de un metal fino y pintada de negro y tenía una cerradura que mantenía la tapa cerrada. Luca consiguió abrirla con bastante facilidad gracias a una navaja y miró el contenido: billetes de banco polvorientos y unos cuantos documentos legales. Sacó los papeles y los examinó: la carta de un notario, a partir de un borrador de Schneider, que confirmaba una venta de terrenos, y una escritura de la propia venta de dichos terrenos de la propiedad Belle Terre, en la parroquia de Lafourche, por una empresa que se llamaba Tenebre Holdings. El nombre le resultaba conocido. Luca repasó sus recuerdos. Su mente deambuló hasta las hojas de un periódico, unas letras marrones que goteaban pintura, listones de madera: una fotografía de la escena de un crimen de los archivos de Michael. La inscripción en la parte de atrás de la casa de los Maggio.

*A la señora Tenebre le pasará lo que a la señora Maggio cuando yo termine.*

Luca pensó un momento, plegó la carta del notario y se la guardó en el bolsillo trasero. Volvió a guardarlo todo dentro de la caja, la limpió para eliminar las huellas y la llevó abajo, diciéndole al conserje que la guardara en un sitio seguro. Luego salió en medio de la lluvia y paró un taxi.

Quince minutos después estaba en el ayuntamiento hablando con una solterona de la sala de registro. Contuvo la lengua, sabiendo que cualquier cosa que dijera sería transmitida a los policías que le seguían.

Le indicaron el registro de empresas y, después de asegurarse de que la solterona había vuelto a su mesa arrastrando los pies, recorrió las fichas del archivo. Encontró los datos de Tenebre Holdings registrados en la parroquia de Orleans en 1888. Sólo constaban las transacciones referentes a la adquisición de los terrenos de la Belle Terre, parroquia de Lafourche. La empresa fue disuelta nueve meses después por un consejo de administración. La única propietaria de la empresa mientras operó era una mujer que se llamaba Maria Tenebre, de Belle Terre, parroquia de Lafourche.



Volvió a guardar con mucho cuidado la ficha en el cajón, asegurándose de que no sobresalía entre las otras, y se dirigió a la solterona de la mesa de recepción. Esta le miró por encima de sus gafas cuando renqueaba hacia ella con una expresión de ligero enojo en la cara.

—Perdone, señora —dijo él—. Si estuviera buscando el catastro de unas tierras de una parroquia de las afueras de Orleans, ¿cómo lo encontraría?

Ella echó una ojeada a las magulladuras y cortes de su cara, al ojo negro, con la mirada cargada de reproches.

—El catastro se guarda en dos sitios —respondió remilgadamente—. En la parroquia donde estén registradas las tierras o en Baton Rouge. Los documentos de los dos sitios están a disposición del público, aunque si usted quiere ver el registro de Baton Rouge, tendrá que hacer una petición por escrito antes.

Luca tamborileó con los dedos en la mesa y la solterona bajó la vista hacia las costras de sus nudillos.

—Gracias, señora, ha sido usted muy útil —dijo él con una sonrisa, saludando con el sombrero y dirigiéndose a la salida. Las víctimas estaban relacionadas de algún modo con Maria Tenebre, de la parroquia Lafourche. Si la encuentro, pensó Luca, descubriré por qué las han matado.

LA IGLESIA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN era un disparate imponente construido por los jesuitas en 1857 al norte del distrito financiero. Carecía por completo de la austeridad por la que eran reconocidos sus fundadores, y era más bien un edificio suntuoso que mareaba, una mezcla de mosaicos bizantinos, cúpulas moras, columnas venecianas y arcadas góticas que ascendían extravagantes al cielo. Sentado en la última hilera de bancos y con la vista en el altar de cúpula bulbosa, Michael tuvo la sensación de que no estaba tanto en una iglesia sino en un majestuoso decorado de teatro diseñado para parecer el refugio de un mago.

Michael no era una persona religiosa, pero unos años antes Annette había empezado a llevar todos los domingos por la mañana a Thomas y Mae a una iglesia baptista de la parte alta de la ciudad, y Michael, que solo en casa se aburría y se sentía apático e inquieto, había empezado a llenar el tiempo con largos paseos por la ciudad. Una mañana de viento se había refugiado de las inclemencias del tiempo en una iglesia, y por primera vez desde que era niño había permanecido sentado hasta el final de la misa y comprobó que había disfrutado con la experiencia. No despertó ningún sentimiento religioso en él, pero le gustó el calor y las sonrisas que se produjeron al final de la ceremonia, y hasta los rayos de sol que brillaban en las vidrieras y llenaban los suelos de mármol con manchas resplandecientes de luz multicolor.

En el altar, el sacerdote estaba terminando de entonar el *Agnus Dei* y los fieles se prepararon para recibir la comunión. Hubo un movimiento expectante en la iglesia que despertó un poco a Michael. Él nunca se molestaba en acercarse al altar porque prefería observar a la gente arrastrando los pies al ir y volver, a las abuelas, los niños, las mujeres de rostro sombrío y los viejos malhumorados.

Sentado solo en los bancos, el rumbo de sus pensamientos derivó hacia Annette y los niños, que en aquel momento estaban sentados en otros bancos, en la parte alta, dentro de una iglesia destartada, separados de él por media ciudad, el color de la piel y quizá también por un Dios. Annette tenía el suficiente sentido común como para saber que no deberían de seguir llevando vidas separadas. Soñaba con irse al norte, a una ciudad mayor, más tolerante. Incluso había mencionado los rumores que circulaban sobre París, donde los soldados negros que se habían quedado allí una vez terminada la guerra, veían un futuro mejor en un país extranjero, en una orilla lejana, que en los Estados del Algodón sumidos en el odio.

La conversación sobre su marcha y un nuevo lugar de residencia había sido sólo una de las muchas sombras de su relación, pero la idea de trasladarse de verdad a Michael siempre le había parecido irreal, lejana y onírica. La publicidad y las tensiones de los últimos meses, sin embargo, estaban haciéndole compartir cada vez más la opinión de Annette. Tenía la sensación creciente de que estaba llegando al

final de algo, y que el Asesino del Hacha no era ajeno a ello, y le forzaba a actuar.

Los fieles se pusieron de pie para rezar después de la comunión y, concluida la ceremonia, la gente emprendió la salida de la iglesia. Michael echó a andar dejando atrás columnas y arcos estilo Alhambra y salió por las puertas moras a la calle Baronne. Se puso el sombrero y observó a los feligreses hablar unos con otros, ponerse al día de lo que pasaba y contarse cotilleos. Annette y los niños llegarían pronto a casa. Annette prepararía la comida y se sentarían y disfrutarían de los alimentos, y después Michael jugaría con los niños o leería el periódico. Y cuando los niños se hubieran ido a la cama, él y Annette se tumbarían en el sofá y permanecerían unidos delante del fuego.

Sonrió, encendió un cigarrillo y anduvo bajo la lluvia. Los domingos el distrito financiero estaba muerto y las calles vacías salvo por ocasionales coches o tranvías que seguían su marcha despidiendo agua. Recorrió Baronne hasta llegar a la calle Common y dobló a la derecha; no era el camino más directo a casa, pero tenía que hacer una parada.

La tarde anterior Michael había interrogado al criollo que dirigía la agencia de detectives, pero no sacó nada en limpio. El hombre se había atenido a su historia: aseguraba que Schneider había acudido a él en busca de un guardaespaldas y que él lo había despachado con las manos vacías. Insistió en que Schneider nunca le expuso un motivo por el que necesitara protección, y aunque Michael sabía que el criollo no era de fiar, le creía en lo referente a ese punto. Así que le había dejado marchar, sintiendo pena por él. Si las cosas llegaban a un punto muerto, le llamaría otra vez. Y le presionaría algo más.

Los resultados de las búsquedas que habían hecho los días anteriores, como había esperado Michael, tampoco habían dado resultados relevantes. De los ochenta sospechosos que habían reunido de las fichas de la cárcel y el manicomio, cuarenta tenían coartada al menos una de las noches en cuestión, unos cuantos más no estaban en las condiciones físicas necesarias para cometer un asesinato, y a los demás no los encontraron. Michael había pensado por un momento dedicar más recursos para localizar a esos hombres, pero pronto llegó a la conclusión de que sería perder el tiempo. Había revisado más a fondo los informes referidos a los asesinatos de 1911 y ahora creía que Hatener tenía razón en eso: los asesinatos de 1911 no tenían nada que ver con el Asesino del Hacha. Carecían de la brutalidad, el deleite en la violencia, de este último. Pero el protocolo era el protocolo, y había que seguir con lo que tenían. Si la prensa se enteraba de los asesinatos anteriores, al menos él podría decir que habían investigado todas las relaciones posibles. Y por tanto la única pista que quedaba era la que les había proporcionado Rocco: el nombre del que había pagado a Ermanno Lombardi para que dejase en el pantano una lista que contenía los nombres de las víctimas. El nombre de ese hombre y el bar donde paraba.

EL TITO'S SÓLO ESTABA A UN PAR de manzanas al norte de la iglesia, en el cruce con la avenida O'Keefe. Desde fuera parecía que estaba cerrado, pero Michael empujó la puerta sólo para probar y, ante su sorpresa se abrió. El interior era una sala estrecha y aletargada ocupada por una larga barra de madera oscura y una hilera de taburetes, y que olían a cerveza rancia y humo de tabaco. Habían bajado la persiana de la única ventana, interrumpiendo todas las relaciones con el mundo exterior y convirtiendo el local casi en una tumba. Un grupo de tipos callados estaban sentados y encorvados sobre sus copas, y detrás de la barra estaba un italiano con el tórax como un tonel cubierto con un chaleco amarillento y que parecía un poco aburrido de estar allí.

Michael se acercó a la barra y se sentó. Unos cuantos de los clientes miraron en su dirección sin interés, y luego volvieron su atención a las copas que tenían delante. Michael no entendía por qué habían elegido pasar el domingo en un bar lóbrego y desierto de un distrito financiero lóbrego y desierto. Sus pensamientos le llevaron otra vez al criollo que había interrogado el día antes en la comisaría. Un hombre con el mismo aire melancólico que los clientes del bar, destrozados por el alcohol y con ojos enrojecidos.

El barman se echó un trapo encima del hombro y asintió a Michael.

—¿Qué va a ser? —preguntó, con una voz profunda, cavernosa.

—¿Es usted el dueño? —preguntó Michael a su vez, enseñando la placa.

—Mi nombre está encima de la puerta —dijo el barman, adelantando la barbilla. Michael volvió a guardar la placa en el bolsillo interior, se quitó el sombrero y lo colocó con cuidado encima de la barra.

—Oí que un tipo llamado Pietro toma copas aquí —dijo—. Necesito dar con él.

El barman frunció el ceño y pensó un momento, pasando el palillo que estaba masticando de un lado de la boca al otro.

—Aquí toma copas un montón de gente —dijo, al fin, asintiendo. Michael giró de modo ostensible el cuello para mirar el semidesierto bar—. ¿Qué aspecto tiene? —preguntó el barman.

—De mi edad, italiano, pelo con brillantina hacia atrás, más o menos así de alto —dijo Michael, poniendo la mano a la altura de lo que suponía era la estatura correcta. El barman asintió con la cabeza muy despacio, como confirmándose algo a sí mismo.

—Sí, le conozco. Armaba líos —dijo—. Ya no viene por aquí.

Michael vio con el rabillo del ojo que los clientes se alejaban poco a poco de ellos. Tamborileó con los dedos en la barra y sonrió.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —preguntó.

—Claro —dijo el barman con una sonrisa—. Trabaja en la puerta del club Kitty-Kat, en el Tango Belt. —El barman le sonrió y Michael tuvo la sensación de que se alegraba de causarle problemas a Pietro—. Dígale que le manda Tito.

Michael asintió y sonrió.

—Me aseguraré de hacerlo —dijo—. Gracias por su ayuda, Tito. —Se levantó y se puso el sombrero.

—¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó el barman cuando Michael se volvía para irse—. ¿Molestó a otra niña? —Michael se detuvo y se dio la vuelta de nuevo, temeroso de repente de que estuvieran hablando de un hombre distinto—. Por eso ya no viene a tomar copas por aquí —explicó el barman.

Michael clavó la vista un momento en él y luego volvió a quitarse el sombrero.

—¿Qué pasó?

—Uno de los otros tipos que se dejaban caer por aquí, uno de toda la vida que se llama Joe, oyó ciertos rumores y le llamó la atención. El muy bestia lo mandó al Hospital de la Caridad, sin importarle que Joe ronde ya los sesenta. No quiero a nadie como ese en mi bar. Yo tengo hijas —continuó, dándose golpecitos en el pecho con el dedo índice. Por algún motivo la indignación del hombre parecía falsa, como si estuviera jugando a ser el hombre ofendido porque sabía que eso era lo que se esperaba de él.

—Bien por usted —dijo Michael, tratando de no sonar sarcástico.

Sonrió, se dio la vuelta y salió del bar, contento de encontrarse con el aire frío y húmedo de la calle. Andando, estaba a cuarenta minutos de su casa, aunque las calles estaban vacías y resbaladizas y reflejaban el cielo cubierto. Mientras caminaba, pensaba en el último giro de los acontecimientos. Estaba sorprendido por la descripción de Pietro hecha por el barman. Esperaba que fuese un mafioso, no un portero violento de uno de los clubes nocturnos de la ciudad. Y que encima abusaba de niños. ¿Se estaba equivocando Michael sobre que los asesinatos los orquestaba la Familia? ¿Tenían en realidad relación con algún tipo de red de prostitución o con una *vendetta* del Tango Belt? El caso no dejaba de cambiar, escurriéndose de las manos de Michael como un pez que se agita. Pero después de tantas semanas de decepciones, podía notar que estaba cerca del final. Pietro había encargado el envío de la lista de víctimas del asesino, y ahora que Michael sabía dónde trabajaba, encontrarle sería fácil. Estaba solo a unos pasos de distancia de resolver el caso.

LEWIS ESTABA SENTADO EN LA COCINA de Ida mientras ella recorría la casa de arriba abajo en busca de un par de paraguas que llevar en su expedición. La cocina tenía mucha luz y los muebles claros, y en una de las paredes había unas cuantas fotografías, cada una con un marco metálico fino y brillante. Lewis mató el tiempo examinando las fotos y recordando, con el ojo fijo en una concreta. Mostraba, en tonos pálidos de blanco y negro, a quince chicos negros sentados en hileras en un patio polvoriento; llevaban gorras de plato y casacas que no les quedaban bien. Cada uno de ellos sujetaba un instrumento, y el bombo de la parte de debajo de la imagen tenía escritas las palabras:

*Banda de Metales del Hogar para Niños de Color Abandonados.*

Ninguno de los chicos sonreía, sino que más bien dejaban traslucir en sus miradas un orgullo embarazoso: una mezcla de vergüenza, afectación e incipiente autoestima. En la parte de abajo de la fotografía habían grabado los nombres de los chicos en una placa de cobre: Isaac «Ikey» Smooth, Thomas «Cricket» Walter, Gus Vanzan... Lo escrito identificaba al cuarto chico a la izquierda de la última fila como «Little» Lewis Armstrong. El chico de la foto era un Lewis más delgado, más menudo, con aspecto de inseguridad.

Toda la pared estaba cubierta de fotos de la banda, cada una de un año distinto. Lewis se fijó en el resto de las fotos apreciando cómo cambiaban las caras, cómo aparecían y desaparecían los chicos: salían en una, se hacían mayores en la siguiente, faltaban en una tercera o cuarta, para ser reemplazados por una cara nueva, una nueva personalidad que debía moldearse. La única constante era el delgado hombre de edad madura que estaba sentado en el centro de cada grupo, un poco más encorvado en cada fotografía: Peter Davis, padre de Ida y profesor de música del Hogar para Niños de Color Abandonados.

La casa estaba situada en una zona rural de las afueras de Nueva Orleans, una zona con granjas lecheras, caminos de tierra y espesas madreselvas. Cada vez que Lewis olía la fragancia de esas flores, recordaba de modo instantáneo su época en el hogar. Fue una época hacia la que siempre volvía la vista con cariño, aunque su llegada allí fue cualquier cosa menos agradable. Le habían mandado al hogar cuando tenía doce años, la segunda gran metedura de pata de su vida, detenido una Nochevieja por disparar una pistola al aire. Era costumbre en Back o' Town celebrar las festividades haciendo estallar bengalas y disparando armas de todo tipo. Aquella Nochevieja concreta, Lewis había buscado con disimulo dentro del arcón de cedro que Mayann conservaba a los pies de su cama, había sacado la pistola del 38 de su tío, y la había cargado con balas de fogueo. Se reunió con los miembros de su cuarteto de la esquina de la calle Rampart y, en plena celebración, apuntó la pistola hacia el cielo e hizo seis disparos, sin darse cuenta de que un policía malencarado

estaba parado a pocos metros de su espalda. Dieciocho horas más tarde, después de pasar la noche en una celda, Lewis estaba de nuevo dentro de un furgón de la policía abandonando la ciudad con un grupo de cabizbajos chicos negros. Sin haber estado presente en su propio juicio, sin haber visto a un abogado, ni tampoco a su madre, a Lewis el Tribunal de Menores lo había declarado culpable, condenándole a una estancia indefinida en el hogar.

Cuando llegó, el profesor Davis no se ocupó mucho de Lewis: era de Liberty y Perdido, las dos peores calles de Nueva Orleans, y el profesor Davis no esperaba de él más que problemas. Así que Lewis tuvo que esperar seis meses antes de que le permitiera formar parte de la banda para ensayar. Y cuando el profesor Davis lo admitió, le obligó a empezar con la pandereta. Lewis se tomó el desaire con filosofía, y al final el profesor le enseñó a tocar la corneta. Lewis lo hacía muy bien y terminó convirtiéndose en el líder de la banda, desfilando en cabeza de los chicos cuando tocaban en Spanish Fort, Milneburg, el West End y Front o' Town. Cuando Lewis desfilaba por su antiguo barrio, Mayann salía a la calle para verlo y los vecinos les lanzaban monedas.

El profesor Davis impartía clases de un nivel excepcionalmente elevado, y les enseñaba un repertorio que incluía a Liszt, Haydn, Rachmáninov, Bach y Mahler, una música que Lewis todavía escuchaba en el gramófono a manivela. Los domingos por la noche Freddie Keppard y su banda de *jazz* tocaban en una sala de conciertos no lejos del hogar, lo suficientemente cerca para que algunos de los chicos oyeran la música cuando estaban tumbados en sus literas, escuchando con atención mientras el aire de la noche se espesaba con el olor de las madre selvas.

Se abrió la puerta de la cocina y entró Ida, interrumpiendo los recuerdos de Lewis. Le sonrió y le entregó uno de los dos paraguas que tenía en la mano.

—¿Listo? —Lewis asintió e Ida se fijó en lo que había atraído su atención. Durante un momento se unió a él y miró unas fotografías que para ella sólo eran imágenes por delante de las cuales pasaba todos los días—. ¿Lewis? —dijo al cabo de un rato, volviendo la cara hacia él con expresión seria—. Esto no es una galería de arte.

ANDUVIERON HASTA LA AVENIDA City Park y se subieron a una serie de tranvías en los que atravesaron la ciudad. Mientras se desplazaban, Ida echó unas cuantas miradas furtivas a Lewis, que iba desacostumbradamente callado. No sabía si todavía estaba pensando en las fotografías del hogar para niños abandonados y los recuerdos que le habían traído o si aún estaba afectado por el ataque del Irish Channel. En medio de una caminata entre paradas de tranvía, él se volvió y preguntó a Ida cómo le iba desde el ataque. Ida se encogió de hombros y le dijo que había pasado algunas noches sin dormir y que a lo mejor le costaba un tiempo recuperarse del todo. También le dijo que había pensado dejar la investigación, pero que algo le había empujado a seguir

adelante, y ahora estaba contenta de no haberlo hecho.

No le habló, sin embargo, de lo que más temía que pudiera haber herido fatalmente a los chicos cuando les pegó con la piedra en la cabeza o les hubiera dejado lisiados de por vida. En lugar de eso le agradeció a Lewis su ayuda, el que la hubiera acompañado de vuelta a casa y consolado. Lewis había sonreído, con cierta tristeza, pensó ella, y aprovechó la oportunidad para preguntarle cómo le iba.

—Bastante bien —había dicho él, contándole que estaba acostumbrado a meterse en problemas, pero Ida sabía que estaba mintiendo. Supuso que, lo mismo que ella, no quería hablar demasiado de aquello y prefería digerirlo interiormente. El episodio les había recordado a los dos cuánto odio había en la ciudad, y cuánto de ese odio iba dirigido a personas como ellos. Reconocerlo era desalentador, pero sabían, después de años viviendo dentro de un sistema de maldad organizada, que no tenía sentido obsesionarse con el veneno de los demás.

Continuaron el trayecto en silencio, andando de parada en parada bajo la insuficiente protección de unos paraguas viejos apolillados. Ida los había encontrado al fondo de un armarito para las escobas. Cuando llegaron al edificio destartado del borde de la calle Robertson, estaban empapados. Lewis comprobó otra vez que era la dirección que le había dado Lulu White, luego llamó a la puerta y los dos dieron unos pasos atrás para examinar el edificio: las maderas estaban combadas y podridas, y la estructura se esforzaba mucho por no hundirse bajo su propio peso.

Una chica delgada con una octava parte de sangre negra abrió la puerta. Era joven e iba descalza llevaba puesta una falda andrajosa y un chaleco blanco de algodón que le apretaba el pecho. Tenía una cara bonita, pero se la echaba a perder un ojo hinchado muy rojo.

—¿Carmelita Smith? —preguntó Lewis, y la chica frunció el ceño y trató de imaginar quiénes eran.

—¿Sois los dos detectives? —dijo, por fin, con una sonrisa de suficiencia que hizo que a Ida le desagradara nada más verla. Lewis asintió y saludó con el sombrero —. Podéis llamarme Leeta —añadió la chica, antes de volverse para entrar de nuevo en la casa.

Les precedió por una escalera y, una vez arriba, por un pasillo que tenía puertas a los lados —las habitaciones de las chicas de la vida—, e Ida pensó en un mercado, pollos en jaulas, una puesta encima de otra.

Leeta les llevó a una habitación fría, húmeda y sombría, de dos metros y medio por tres, donde el papel pintado de las paredes se despegaba en arcos anchos como de helecho. Los muebles eran los imprescindibles —una cama metálica, un armario y un lavabo— y le recordaron a Ida un taller o una fábrica. Se fijó en los agujeros de ratones en las maderas del rodapié, y en el intenso olor a moho del aire, y frunció los labios sin darse cuenta. Leeta notó la expresión y le echó una ojeada. Luego encendió un cigarrillo y se apoyó en el alféizar de la ventana.

—Bien, somos el trío de los magullados —dijo, sarcásticamente, señalando con



un gesto de la cabeza las caras de Ida y Lewis—. Poneos cómodos —añadió, indicando la cama. Ida y Lewis hicieron todo lo posible por sonreír y se sentaron—. Lo primero es lo primero —continuó Leeta—. No me gusta que unos desconocidos metan las narices en mis asuntos. Solo dije que hablaría con vosotros porque Lulu dijo que érais amigos suyos, y Lulu me ofreció trabajo cuando se me quitase esto de la cara. Así que haced las preguntas rápido.

Ida y Lewis se miraron, los dos desconcertados por la evidente brusquedad de la chica.

—¿Te lo hizo él? —preguntó Ida, señalando la cara de Leeta.

—¿Morval? —dijo Leeta, con una sonrisa torcida—. No. Uno de sus chulos. Podría llamarse la gota que colmó el vaso. Por eso me echaron del trabajo con Lulu. Por eso y porque me estoy haciendo demasiado mayor para algunos de los clientes de Morval.

Se expresó como si aquello no fuera con ella, con un desencanto y resignación que indicaban que había aceptado las cosas como eran. Pero Ida tuvo la sensación de que había algo artificioso en todo aquello, que la actitud sólo era una bravata, un modo de defenderse del mundo.

—Lulu contó que Morval cerró su negocio de chicas cuando entró en vigor la nueva ordenanza —dijo Lewis, frunciendo el ceño.

—Lulu se equivoca en eso —dijo Leeta, volviendo su amarga mirada en dirección a Lewis—. Nunca lo cerró, sólo se volvió mucho más discreto.

Soltó el humo por la habitación y el olor a tabaco se mezcló con el olor a humedad, haciendo el aire todavía más desagradable de respirar.

—Nosotros, bueno, estamos investigando los asesinatos del Asesino del Hacha, y creemos que Morval podría tener algo que ver —dijo finalmente Lewis.

—Morval nunca hace nada que no sea por su bien —dijo Leeta, enarcando las cejas—. Él siempre ha sido más de navajas que de hachas, sin embargo. ¿Qué os hizo pensar eso?

—Morval ha estado mandando a uno que se llama Johnson a registrar las escenas del crimen —dijo Ida, y Leeta asintió.

—Johnson es un lacayo de Morval —dijo—. Morval lo tiene colgado de la coca y Johnson hace todo lo que le dice. —Leeta dio una calada larga y profunda a su cigarrillo e Ida se fijó en los puntos negros y las rayas púrpura extendidos por sus brazos—. Oí que hay una recompensa —añadió con brusquedad—. Unos cuantos de los grandes, oí. Sé algo que os podría ayudar. ¿Qué tal si hablamos de números?

—Claro —dijo Lewis, encogiéndose de hombros.

—Yo quiero uno de los grandes.

Lewis se volvió para mirar a Ida, que asintió.

—De acuerdo —dijo Lewis—, si conseguimos nosotros la recompensa, te daremos uno de los grandes.

Leeta sonrió como una niña que se ha salido con la suya. Dio otra larga calada a

su cigarrillo y empezó a contar lo que sabía.

—No sé lo que sabéis vosotros de las chicas que tiene Morval —dijo—, pero tiene niñas. Paga a los padres de pueblos pequeños donde va a comprar pieles. Les dice que necesita a las niñas para coser y trabajar en la fábrica de la ciudad. Supongo que algunos de los padres son estúpidos y otros simplemente avariciosos. Las coloca en casas de la ciudad. Las manda a fiestas o con gente que conoce.

»Bien, una de esas niñas estuvo un tiempo en la misma casa que yo. Morval la había traído de una aldea del norte de la ciudad. Anna. Una cosita de no más de diez años. Pelo rubio, ojos verdes. Creyó que venía a la ciudad para trabajar en la fábrica de Morval. Lloraba día y noche hasta que se acostumbró a la cosa.

»Total, que una mañana vino y me habló de una fiesta a la que iba con unas cuantas de las otras chicas. Una mansión en alguna parte. A la vuelta, oyó que Morval le decía a un italianini algo «sobre librarse de las pruebas y que necesitaba un nuevo depósito para el material». Anna creyó que estaban hablando de las chicas y se puso nerviosa creyendo que la iban a matar. Al día siguiente, Morval la llevó con una familia del otro lado de la ciudad.

»Yo había llegado a tener cariño a la chica el tiempo que estuvo allí. Sentí pena por ella, ya sabéis. Y la chica me miró como si yo fuera la luna o algo. Nunca me había pasado eso antes. Así que unos días después fui a verla. En realidad no era una familia, sólo un padre y sus dos hijas. Al padre le gustaban demasiado las chicas y conseguía una pasta extra haciendo que trabajasen para Morval. Anna dijo que le gustaba vivir allí, que las dos hijas eran de la misma edad y todo. Le gasté una broma sobre el miedo que había tenido, y ella dijo que había visto venir a Morval a la casa con un paquete, al sótano que había, y que eso es lo que quería decir cuando habló sobre que había que guardar el material en un sitio nuevo.

»Yo pensé que era un poco raro, ya sabéis, ¿por qué estaba guardando cosas en casa de aquel tipo? Así que se lo pregunté a ella. Dijo que él o Johnson se pasaban algunas noches y armaban lío en el sótano. Les despertaban a ella y a las dos hijas. Estas dijeron que sabían lo que estaba pasando, y que tenía que ver con el Asesino del Hacha, porque oyeron a su padre discutir con Morval sobre eso. Le pregunté qué quería decir, y ella dijo que las hijas no se lo quisieron contar. Guardaban el secreto porque si su padre se enteraba lo pasarían muy mal.

»El día después de eso, Morval vino a verme, con la cara toda roja y los ojos desorbitados, y me amenazó con sacarme las tripas. Preguntaba qué coño estaba haciendo yo en la casa hablando con Anna. Le dije que éramos amigas y quería saber de ella. Nada más. —Letta se interrumpió e Ida vio que a su cara asomaba una expresión de pena, la primera muestra de emoción que no había conseguido ocultar desde que estaban en su presencia—. Hace un par de semanas oí por una de las otras chicas que Anna había desaparecido. Por eso os lo estoy contando. Me gustaría ver que ese demonio lo paga. Si queréis encontrar pruebas de la relación de Morval con el Asesino del Hacha, es cosa hecha. Todo lo que tenéis que hacer es entrar en el

sótano de esa casa. Tengo la dirección.

UNOS MINUTOS DESPUÉS SALIERON de la casa y volvieron bajo la lluvia. Cuando se dirigían hacia la parada del tranvía, los dos iban en silencio, con el ánimo por los suelos. A pesar de la actitud arisca de Leeta, a Ida le daba pena la chica. No entendía por qué se había entregado a una vida de violencia y prostitución y vivía en un sitio que parecía más la celda de una cárcel que una casa. Ida no era muy distinta a Leeta en edad, aspecto y raza, y le daba escalofríos pensar que había sido sólo un ligero giro del destino lo que la había colocado a ella en mejor situación.

Miró a Lewis cuando pasaban junto al cementerio, y vio que también él estaba perdido en sus pensamientos, con el ceño fruncido. Tenía mucha más experiencia en cuestiones de mujeres de la vida que ella, pero podría asegurar que hasta él estaba alterado por el estado de la chica. Ida supuso que si Leeta tenía alguna esperanza, era encontrando una vida mejor trabajando para Lulu.

Mientras esperaban el tranvía, Ida pensó en la niña de la que había hablado Leeta, en aquella cosita de pelo rubio y ojos verdes, y le gustaría saber qué había sido de ella. Luego recordó a la otra chica que había visto recientemente: la chica muerta que sacaron del río cuando ella investigaba en los muelles. Unos días después leyó en el periódico que no se habían presentado sus padres a reclamar el cuerpo, e Ida pensó en lo que había contado Leeta acerca de los padres de los pueblos pequeños que les vendían sus hijas a Morval.

El tranvía llegó, salpicando de agua la calle, y cuando Ida se subió comprendió que no sólo era cuestión de que quisiera participar en una investigación; ahora sentía la obligación de involucrarse en ella y detener a Morval de una vez por todas.

## CUARTA PARTE



# The Times-Picayune

Jueves 8 de mayo, 1919

## ¡El Asesino del Hacha habla!

Ayer por la mañana un hombre que asegura ser el Asesino del Hacha y lleva aterrizando a nuestra hermosa ciudad estos meses pasados mandó una carta a *The Times-Picayune*. Reproducimos entera la carta aquí por el bien de todos nuestros ciudadanos. ¿Cederá la ciudad ante este loco aterrador y su manía con el *jazz* la noche en cuestión? Solo el tiempo lo dirá.

Infierno, 6 de mayo de 1919

Estimado mortal:

No me han atrapado y nunca lo harán. Nunca me han visto, porque soy invisible, tanto como el éter que rodea vuestra tierra. No soy un ser humano, sino un espíritu y un demonio del ardiente infierno. Soy lo que vosotros, vecinos de Nueva Orleans, y vuestra estúpida policía llamáis el Asesino del Hacha.

Cuando lo decida, saldré a reclamar otras víctimas. Sólo yo sé quiénes serán. No dejaré más pista que mi hacha ensangrentada, bañada con la sangre y los sesos de aquellos a los que haya mandado abajo a hacerme compañía.

Si queréis, podéis decirle a la policía que tenga cuidado de no irritarme. Eso sí, soy un espíritu razonable. No me molesta la forma en que han llevado a cabo sus investigaciones hasta ahora. En realidad, los policías han sido tan absolutamente estúpidos que no sólo me han divertido a mí, sino también a Su Satánica Majestad, Francis Josef, etc. Pero decidles que se anden con cuidado. Que no intenten averiguar lo que soy, pues más les valdría no haber nacido que provocar la cólera del Asesino del Hacha. No creo que sea necesaria esa advertencia, pues tengo la seguridad de que la policía siempre me evitará, como han hecho hasta ahora. Son listos y saben cómo mantenerse lejos de todo daño.

Es indudable que vosotros, vecinos de Nueva Orleans, me consideraréis el más horrible de los asesinos, lo que soy, pero podría ser mucho peor si quisiera. Si lo deseara, podría hacer una visita a vuestra ciudad todas las noches. Podría matar si me lo propusiera a miles de vuestros ciudadanos más insignes, pues mantengo una relación íntima con el Ángel de la Muerte.

Bien, para ser exacto, a las 12:15 de la noche (hora terrestre) del próximo martes voy a pasarme por Nueva Orleans. Con mi infinita misericordia, voy a haceros una pequeña proposición. Esta es:

Me gusta mucho la música de *jazz*, y juro por todos los demonios de las regiones infernales que no será atacada ninguna persona en cuya casa y a plena potencia esté sonando una banda de *jazz* a la hora que acabo de mencionar. Si todo el mundo tiene una banda de *jazz* tocando, bien, entonces mucho mejor para vosotros. Una cosa es segura y es que sobre algunos de los que no oigáis *jazz* el martes por la noche (si hay alguno) se abatirá el hacha.

Bien, como tengo frío y ansío el calor de mi Tártaro natal, y ya casi es hora de que deje mi estancia terrenal, interrumpiré mi discurso. Esperando que publiquen esto, que eso pueda servir de algo, he sido, soy y seré el peor espíritu que haya existido nunca tanto en la realidad como en el reino de la fantasía.

El Asesino del Hacha

**B**EHRMAN, EL ALCALDE, CELEBRÓ UNA rueda de prensa a primera hora de la mañana siguiente delante del ayuntamiento para anunciar la respuesta del municipio a la carta. Debajo de un toldo de lona, subidos a un estrado de poca altura, estaban el capitán McPherson, Michael, unos cuantos empleados municipales y el propio alcalde. Más allá de ellos, en los escalones más bajos y en la calle, un grupo de periodistas encogidos y sin protección contra la lluvia, mojados y muy molestos, tomaban notas en cuadernos empapados.

McPherson le había dicho a Michael que no sería necesario que hablase, pero a pesar de eso había requerido su presencia para «ofrecer un frente unido», en palabras del alcalde Behrman. Michael solo escuchaba a medias la voz atronadora del alcalde, que leía una hoja de papel; su atención la atraía la lona combada que tenía encima. Nada más amanecer, unos trabajadores habían instalado la lona a toda prisa encima de los escalones de la entrada al edificio, y la tela azul que restallaba había estado recogiendo lluvia desde entonces. El peso del agua estaba hundiendo el centro hinchado de la lona hacia el suelo, haciendo que Michael tuviera la sensación de encontrarse debajo de una criatura gigante, mirando hacia arriba el vientre de un vigilante Cerbero.

Oyó parte de lo que ya sabía: el municipio creía que la carta era una superchería, a pesar de lo cual quedaban cancelados todos los permisos a la policía; habría una presencia constante en las calles por la noche; agentes de paisano se mezclarían con la gente; y un ruego a todos los ciudadanos para que se mantuvieran vigilantes y sin salir de casa. Lo último provocó un murmullo de risas irónicas entre los periodistas. Michael oyó que Behrman mencionaba la posibilidad de desplegar a la Guardia Nacional. Miró ceñudo a McPherson cuando lo oyó, y el capitán negó con la cabeza de modo casi imperceptible. Cuando Behrman terminó el comunicado, les cedió la palabra a los periodistas, que lanzaron una sucesión de preguntas, gritadas para imponerse al ruido de la lluvia, que el alcalde sorteó con su sangre fría habitual.

Michael paseó la vista por el revoltijo de caras y se fijó en Riley que merodeaba detrás del grupo. Cruzaron la mirada y el periodista asintió y sonrió. Parecía más ojeroso de lo normal, e incluso a aquella distancia Michael apreció que a Riley le temblaba la mano cuando se llevaba el cigarrillo a la boca y le daba profundas chupadas. Michael hizo una señal moviendo la cabeza a un lado, y Riley pareció entender lo que indicaba. Asintió otra vez a Michael y le dio un golpecito al reloj de bolsillo de la palma de su mano.

Se puso fin a la conferencia de prensa y Behrman y su entorno se retiraron al calor de sus despachos. McPherson volvió a la comisaría, y el grupo de periodistas salió disparado hacia sus redacciones para quitarse la ropa mojada y escribir sus artículos. Michael bajó a la calle y se acercó a Riley, que había conseguido dos tazas

de café. Le entregó una a Michael y los dos buscaron la protección del portal de enfrente de la calle. Encendieron unos cigarrillos y miraron el ayuntamiento. Los escalones de pizarra gris estaban desiertos, reflejaban el azul brillante de la lona instalada sobre ellos.

—Dime la verdad —empezó Michael—. ¿Se lo han inventado tus chicos?

Riley negó con la cabeza.

—Yo mismo saqué del buzón esa puñetera cosa. O el tipo es un lunático o un músico de *jazz* con mucha iniciativa. —Michael sonrió y tomó un trago de café—. O un veterano —añadió el periodista.

Michael lo pensó un momento.

—¿Te refieres a la línea en la que habla de Franz Joseph? —Riley asintió—. Podría ser —dijo Michael—. Lo pronuncia al estilo alemán.

Desde comienzos de año, Nueva Orleans se había estado llenando de veteranos que volvían de la guerra en Europa, y Michael había apreciado un aumento del número de delitos en los que estaban implicados antiguos soldados, hombres que regresaban pero no conseguían readaptarse.

—En cualquier caso, va a fastidiar a los italianos —dijo Riley, y Michael le miró perplejo—. La fecha de la carta —explicó—. Es el día de san José. El santo patrono de los italianinis. Las procesiones de las iglesias van a tener que esquivar las bandas de *jazz*.

Se rieron los dos antes de dar sorbos a sus cafés.

—No te has dado demasiada prisa en pagar tu deuda —dijo Michael.

Riley se encogió de hombros y miró hacia la calle y Michael notó que estaba algo nervioso. Riley siempre había sido un tipo furtivo, inquieto, pero ahora además tenía un aire distraído; tenía la mente en otras cosas.

—He estado ocupado —dijo—. ¿Entonces funcionó lo de Lombardi?

—Claro —contestó Michael—. ¿Cómo le encontraste?

—Cuéntame lo que pasó —dijo Riley—. Estaremos empatados.

Michael soltó un suspiro.

—Seguimos a Lombardi hasta un sicario de poca monta que se llama Pietro. Pietro le dio a Lombardi una lista de víctimas para que se la entregase a un asesino a sueldo en algún lugar del pantano. Lo del pantano sugiere que es de fuera de la ciudad. Pietro lo está supervisando. ¿Qué supongo yo? Que es un asunto de la Mano Negra que se les ha descontrolado.

Riley dio una calada a su cigarrillo, echó el humo y asintió.

—Encaja con lo que yo sé —dijo.

—Bien. Y ahora me vas a contar cómo supiste de Lombardi —dijo Michael.

—En este trabajo al que me dedico se conoce a un montón de gente, Talbot —dijo—. Unos cuantos están bastante arriba. Eso que has sugerido sobre la Mano Negra... te podría causar problemas. Cuando hables con Pietro me cobraré mi deuda.

Los dos hombres se miraron y Michael asintió con la cabeza. Riley sonrió y

saludó con el sombrero, luego estrelló su taza en la acera y se alejó andando cansinamente bajo la lluvia.

Michael contempló cómo se marchaba, movió la cabeza y se apoyó en el quicio del portal mientras terminaba su café y su cigarrillo. Oyó un crujido fuerte y gritos de miedo y cuando dirigió la mirada a los escalones del ayuntamiento, vio que las cuerdas que sujetaban la lona a los lados del edificio se partían. La lona y el agua de lluvia que contenía cayeron sobre la escalinata con un gran estampido y toda el agua reunida se dispersó en un millón de gotas que volaban como metralla.



EL DESPERTADOR DE LUCA LE SACÓ de la cama a las 4:30. Se abrió camino a tientas en la oscuridad hasta la ventana, y movió el visillo unos centímetros. Abajo, en la calle, a unos cien metros de la misma manzana, estaba aparcado un sedán negro en un sitio en el que las ordenanzas municipales prohibían estacionar. Si los policías seguían vigilando a la gente como cuando Luca estaba en el cuerpo, los dos agentes del coche estarían profundamente dormidos y no se despertarían hasta que los relevaran los del turno de día.

Se apartó de la ventana y fue hasta la mesilla de noche, se quitó el chaleco y se miró en el espejo. Las magulladuras y cortes se habían extendido como moho por encima de su abdomen, un moho púrpura y rubí. Apretó la mano contra la piel donde creía que estaba la costilla rota y se dobló de dolor. Luego se volvió desde el espejo hasta la jarra de la mesilla, echó agua en una palangana y se lavó cuidadosamente con un trapo y una pastilla de jabón.

Envolvió las heridas con vendas nuevas, se vistió y abandonó sigiloso el hotel, saliendo a la noche por la puerta de la cocina. Anduvo con cuidado por una Canal Street desierta, silenciosa salvo por el ruido de la lluvia, hasta el borde de Storyville. Dobló, tomando la calle Basin, y entró en la estación de tren de Nueva Orleans por la imponente arcada neoclásica. Se detuvo en un quiosco de periódicos, compró la primera edición del *Picayune*, y recorrió rápidamente con la vista las llamativas letras de la primera página. El interior de la estación estaba vacío y en penumbra si se exceptúa una cafetería abierta las veinticuatro horas que arrojaba una ácida luz amarilla al vestíbulo con un molesto zumbido eléctrico.

Luca ocupó un apartado, sentándose despacio para proteger su cuerpo herido, y desplegó el periódico encima de la mesa. El dueño, un griego gordo con chaleco blanco y ojos hinchados por años de trabajo en el turno de noche, se acercó con una cafetera.

—¿Vaya locura, eh? —dijo, llenando la taza de la mesa de Luca, que alzó la vista hacia él y le lanzó una mirada inexpresiva—. La carta del Asesino del Hacha —explicó el dueño, moviendo la cabeza a los lados—. El hijoputa está loco. Le voy a decir una cosa, cuando llegue esa noche, todos los bares, clubes y restaurantes estarán llenos a reventar. El jodido Asesino del Hacha hace más por nuestro negocio de lo que hicieron nunca esos ladrones del ayuntamiento.

Luca asintió, pidió huevos y tostadas y vio que el hombre entraba en la cocina medio dormido. Pasó dos horas en el restaurante, la mayor parte del tiempo entretenido con el café y los cigarrillos.

Media hora antes de la salida de su tren dio un paseo alrededor de la estación. Había llegado el día y los andenes y las tiendas estaban llenos de viajeros. Desde las vigas de lo alto unas palomas que zureaban se lanzaban en picado de vez en cuando

al vestíbulo para coger algún resto. Encontró a unos golfillos callejeros jugando a los dados monedas de cinco y diez centavos detrás de los grandes almacenes Krauss y le dio a uno veinticinco centavos para que fuera a la taquilla y le sacase un billete de ida y vuelta a la parroquia de Lafourche. Alcanzó el tren casi cuando arrancaba, echando una última mirada a la estación para asegurarse de que no le había seguido nadie, antes de subirse al vagón agarrándose a las barras de metal.

Encontró asiento, se sentó y pasó el viaje mirando por la ventanilla, todavía medio dormido a pesar del río de café que había bebido.

Sólo había una breve caminata desde la estación hasta la arteria principal de Thibodaux, una calle desolada con proveedores de productos agrícolas, tiendas, bares y un edificio municipal.

La encargada del registro, una mujer frágil y sonriente, le explicó el sistema de clasificación de los archivos. Él buscó el de la propiedad de la Belle Terre y encontró la carpeta relacionada con ella. Contenía la mayor parte de lo que necesitaba para llenar los vacíos. Una reclamación presentada por Edgard Schneider había sido archivada en 1888 a nombre de la empresa Tenebre. La dueña de la empresa, Maria Tenebre, había muerto unos meses más tarde sin testar. La empresa se transfirió a un consejo de administración, que la vendió unos meses después en una subasta a la Empresa de Capital de Riesgo Thibodaux. Por la mitad que Tenebre había pagado por ella. La empresa todavía era dueña de la propiedad. Luca no sabía si la empresa se había registrado en Thibodaux.

Lo consultó con la mujer sonriente, y esta le llevó al registro de empresas, donde Luca encontró el archivo preciso de la empresa de capital de riesgo. Los nombres de sus directivos eran los que esperaba encontrar. Volvió a colocar el archivo en su sitio y salió a la calle, decidiendo realizar otra comprobación mientras aún estaba en el pueblo.

Consiguió la dirección de la oficina de correos y utilizó el teléfono público que había para hacer una llamada a Jake Hatener. Esperó unos minutos mientras la operadora le conectaba y luego la voz de Hatener resonó en la línea.

—Buenos días, Luca —dijo, sonando a preocupado.

—Jake, necesito un favor. ¿Puedes llamar a Thibodaux y conseguir que verifiquen los datos de una tal Maria Tenebre, ya fallecida? Propiedad Belle Terre. Parroquia de Lafourche.

La línea zumbó unos segundos y Luca tuvo dudas de que se hubiera cortado la conexión, luego volvió a oír la voz de Hatener.

—Claro. ¿Para qué los quieres? —pregunto el viejo.

—Adivínalo —dijo Luca—. La mujer era dueña de una empresa que se llamaba Tenebre Holdings, allá en el ochenta y ocho, establecida en Thibodaux.

—¿Tenebre? Bien. Dame una hora.

Luca colgó el auricular y se dirigió a uno de los bares por los que había pasado al venir de la estación. Entró y un grupo de hombres del pueblo apostados en la barra se

volvieron hacia él y frunció el ceño. Él los saludó con el sombrero y ocupó un asiento en una de las mesas vacías, y los hombres volvieron a sus cervezas y conversaciones.

Un camarero de aspecto adusto se acercó y Luca pidió un filete, patatas fritas y judías verdes. Cuando llegó la comida el filete estaba duro y las judías verdes cocidas y secas. Durante un momento consideró la posibilidad de preguntar si tenían aceite de oliva para echarle a las judías. Luego lo pensó mejor. Comió y fumó unos cigarrillos antes de pedir la cuenta, pagar y dirigirse de nuevo a la oficina de correos. Volvió a llamar a Hatener con unos minutos de adelanto.

—Hay datos de Maria Tenebre —dijo Hatener, con voz apagada—. Murió en agosto de 1888. ¿Quieres los detalles?

—Claro.

—Heridas diversas en la cabeza después de caer de un puente. Parece que estaba borracha e iba camino de casa a las dos de la mañana. Tropezó en una zanja. —Luca asintió y tamborileó los dedos mientras pensaba—. No hubo investigación —continuó Hatener—, solo unos cuantos chismorreos. Al parecer era la borracha del pueblo. Tres denuncias por borrachera pública entre 1870 y 1888. Todas ellas *nolle prosequied*. Una acusación se mantuvo, sin embargo: la detuvieron en un bar bebiendo licores fuertes en 1885, multa de veinticinco dólares y tres meses de detención. —La voz de Hatener quedó en silencio un momento, luego regresó confundida con la estática—. ¿Tienes lo que querías? —preguntó.

—Bastante. Gracias, Jake. Lo tendré en cuenta —dijo Luca.

—Ningún problema. —La línea volvió a quedar callada antes de que hablara Hatener otra vez—. Oí por los chicos de Talbot que te dieron una paliza.

—Nada demasiado importante.

—Bien —dijo Hatener, sin sonar convencido del todo—. Ahora ándate con cuidado.

Luca colgó y volvió a dirigirse al registro. Sacó otra vez el archivo de la empresa de riesgo y lo releyó, fijándose nuevamente en los nombres. Mentalmente ordenó una serie de acontecimientos: un grupo de personas quería hacerse con un terreno, así que utilizaron a Maria Tenebre, la borracha del pueblo, como representante. Ella compró el terreno. Ellos esperaron unos meses y luego la tiraron por un puente. Hicieron que la propiedad pasara a un consejo de administración que, untado, lo más probable, vendió el terreno a las personas que realmente lo querían comprar. Schneider, el abogado del grupo, conservó todos los datos de las transacciones, registró la empresa Tenebre en Nueva Orleans y la empresa de riesgo en Thibodaux y escondió los documentos en una caja bajo las maderas del suelo de su despacho.

La policía no había descubierto la relación porque el único papel que lo demostraba todo estaba en manos de Luca, sacado de un fichero polvoriento de un pueblo pequeño en medio de la nada. Luca lo miró de nuevo: los dueños de Belle Terre eran los señores Charles Cortimiglia, Joseph Romano, Steven Boca, Michael

Pepitone y Joseph Maggio, todos de la parroquia de Orleans. El Asesino del Hacha estaba matando a los dueños de la propiedad. Uno a uno. Aunque habían hecho todo lo posible para ocultar que eran los dueños de la propiedad. ¿Cómo y por qué un grupo de fruteros de Nueva Orleans termina siendo dueño de un terreno en mitad de la nada?

Luca miró otra vez el papel de su mano. Dudaba si llevárselo. Si dejaba el documento allí en Thibodaux, otro cualquiera podría venir a investigar, podría encontrarlo y reunir las piezas, y ese otro probablemente sería Michael. Volvió a pensárselo y, luego puso el archivo en su sitio por segunda vez.

IDA Y LEWIS HABÍAN PASADO LA mañana en la apolillada barra de un burdel de Back o' Town esperando que llegara un amigo de Lewis. El burdel era un local de navajeros, un sitio cochambroso con serrín en el suelo y una carta de bebidas que únicamente consistía en *whisky* destilado en bañera y cerveza para gaznates fuertes. Había un olor a levadura revenida, a humo de marihuana, sudor y orina, y estaba vacío a excepción del que lo atendía, Lewis e Ida y tres negros con traje de domingo que estaban sentados a una mesa atestada de vasos vacíos. Los hombres debían de llevar bebiendo toda la noche y el amanecer pasados, pues estaban allí cuando llegaron Ida y Lewis y todos se encontraban profundamente dormidos. El que atendía había puesto *Jazz Baby*, de Marion Harris, en el gramófono del bar, y los tres hombres movían la cabeza mientras dormían, recordándole a Ida un trío de bailarines que se movían con la música como en trance.

Lewis había advertido a Ida de que su amigo probablemente se retrasaría, así que ella había traído el periódico para pasar el tiempo, y ahora leía en voz alta la carta del Asesino del Hacha mientras Lewis y el encargado del bar escuchaban. Lewis estaba subido a un taburete junto a Ida y mareaba una cerveza, y el encargado meneaba la cabeza como arrepentido a cada frase rara que leía Ida, como si escuchara la confesión de los pecados de un hombre.

—Esto no coincide con quien tú sabes —dijo Ida después de terminar, consciente de la presencia del encargado.

—No tiene el más mínimo sentido —dijo Lewis—. Es probable que el periódico lo falsificara todo para vender unos cuantos ejemplares.

—Es lo que haría yo si fuera el dueño del periódico —dijo el encargado, mirándoles a los dos con complicidad.

—Si tú fueras dueño del periódico —dijo Lewis, con una sonrisa maliciosa—, ya habría quebrado.

El encargado le miró frunciendo el ceño y se alejó al otro extremo de la barra.

—Escribe mal Franz Joseph —dijo Ida.

—Eso probablemente no signifique nada —contestó Lewis, frotándose los ojos.

*No hay nada tan importante como las nimiedades*, pensó Ida.

—Podría ser alguien que quisiera disimular las pistas —dijo.

La puerta de la calle se abrió y un negro larguirucho un poco mayor que ellos entró pavoneándose. Recorrió el local con la vista y sonrió cuando vio a Lewis, que le hizo una seña con la mano.

—¿Cómo te va? —dijo el hombre, con una sonrisilla de suficiencia, e Ida vio que se abrazaban y estrechaban las manos con una complicada serie de movimientos coreográficos. El hombre tenía aire de estafador y llevaba ropa a juego: un sombrero Stetson de fieltro marrón, pantalones estrechos de Burtenard and Wager, zapatos en

punta y una cadena de reloj de oro que colgaba de un chaleco de terciopelo. Lewis y el hombre se dedicaron un momento a mirarse el uno al otro de arriba abajo y luego el hombre sonrió y movió la cabeza—. Coño, mi blanquito, te estás poniendo gordo, cuando entré creí que había una bola de billar del ocho en la barra —añadió, y los dos prorrumpieron en unas estridentes carcajadas que despertaron a los hombres de la mesa, que miraron a su alrededor unos segundos, luego cerraron los ojos y se volvieron a quedar dormidos.

—Ida, te presento a Cocaine Buddy —dijo Lewis—. Buddy, Ida Davis.

Buddy sonrió y saludó a Ida con el Stetson antes de quitárselo del todo haciendo una floritura. Pidieron otra cerveza para Buddy y se trasladaron a una de las mesas lejos del alcance del oído del encargado. Una vez que les hubieron servido y estuvieron solos, chocaron las botellas y sonrieron.

—¿Entonces qué hay de nuevo? —preguntó Lewis.

—Nada —dijo Buddy—, los blancos todavía mandan. ¿Para qué querías verme?

Lewis contó a Buddy sus investigaciones y Buddy escuchó con una sonrisa en la cara. Y cuando Lewis terminó, se rio y movió la cabeza.

—Bueno, veré. Sigues estando loco, Lil' Louey —dijo—. ¿Quieres meterte en el infierno? ¿No sabes quién es Morval?

—Claro que lo sé —dijo Lewis—. Hablé con Lulu de eso.

—¿Lulu White? —preguntó Buddy, encendiendo un cigarrillo—. ¿Esa bollera vieja? Ni siquiera sabía que todavía estuviera viva.

Ida hizo un gesto de desagrado, molesta por la expresión vulgar y el tono descarado de Buddy. El hombre le crispaba, su fanfarronería, su arrogancia, sus malditas gracias. Back o' Town estaba lleno de hombres como él, y en su opinión eran hombres como él los que hacían de Back o' Town el barrio de mala muerte que era.

Después de que Leeta les diera la dirección, Ida había discutido con Lewis sobre cuál sería el mejor modo de entrar en el sótano de la casa sin que se dieran cuenta, y Lewis había sugerido que pediría a Buddy que les ayudara. Era uno de los amigos más antiguos de Lewis, y especialista en reventar casas. Ida no estaba segura de que debiera participar alguien al que no ella no conocía, pero, como le explicó Lewis, sería estúpido que intentaran entrar por sí mismos en la casa cuando ninguno de los dos sabía lo que había que hacer. En especial cuando la casa era un escondrijo de Morval. Necesitaban ayuda, y Buddy era la adecuada.

—Muy bien. El trato es este —dijo Buddy—. Yo preguntaré por ahí, echaré una ojeada, veré si me merece la pena. Sólo un favor a mi viejo colega. ¿Cuándo quieres hacerlo?

Lewis se encogió de hombros y se volvió para mirar a Ida, que carraspeó.

—No hay una fecha límite —dijo—, pero nos gustaría hacerlo lo más pronto posible.

Buddy sonrió.

—Qué buena está —le dijo a Lewis, haciendo un gesto en dirección a Ida, que se indignó todavía más—. Dame un par de días —dijo Buddy, después de dar un trago a su cerveza—. Veré lo que puedo hacer.

Les volvió a sonreír a los dos, se puso el Stetson otra vez en la cabeza y salió contoneándose del bar. Ida le siguió con la vista, con ganas de saber cuánto tardarían en entrar en la casa y encontrar la prueba que Leeta aseguraba que estaba allí. Se quedaron un poco más, terminando lo que estaban tomando con el sonido de Marion Harris repitiéndose una y otra vez en el gramófono a manivela. El burdel era uno de esos sitios lúgubres donde la gente venía a olvidarse de sí misma, e Ida se alegró cuando al fin se levantaron para marcharse, pasando junto a los tres hombres dormidos con sus trajes para ir a la iglesia, todavía perdidos en sus brumas alcohólicas.

DESPUÉS DE LA RUEDA DE PRENSA, Michael volvió a la comisaría y anduvo entre las mesas preguntando a los agentes si tenían alguna información sobre un hombre que se llamaba Pietro, un tipo duro y posible pederasta que trabajaba de portero en un club nocturno del Tango Belt. Un inspector de antivicio, joven de ojos entrecerrados y sonrisa fácil, dijo que recordaba haber detenido a un tipo acusado de abusos sexuales que se llamaba Pietro unos meses antes. No recordaba su apellido, pero la descripción coincidía, así que Michael consultó los partes de detención del inspector y al final encontró el que encajaba.

Pietro Amanzo: última detención del día de Nochebuena. Encontrado por un agente de antivicio en Storyville dentro de un coche con una chica menor de edad a las cuatro de la mañana. Amanzo aseguró que era amigo del padre de la chica y que la llevaba de vuelta a su casa en un pueblo fuera de la ciudad. Por algún motivo, el padre de la chica corroboró la historia y los cargos fueron retirados.

Michael siguió con el expediente personal de Amanzo, que era grueso y lleno de partes de detención y procesos judiciales. Había tenido problemas con la policía desde la adolescencia, por infracciones que oscilaban entre varias agresiones violentas y abusos sexuales a niñas. A Amanzo lo habían encerrado en un reformatorio a los catorce años por agredir a su hermana menor, y lo soltaron a los dieciocho, cuando empezó a trabajar con conocidos elementos del hampa. Desde entonces su expediente estaba plagado de detenciones; cada pocos meses lo enjaulaban, o por comportamiento violento y agresiones sin motivo, o por haber sido descubierto en actitud comprometida con chicas menores de edad. Había cumplido dos condenas de seis meses y una condena de año y medio en Angola. Sus socios conocidos incluían a miembros de poca monta de la Familia y a un confidente de antivicio. El expediente todavía contenía una dirección de su casa, que estaba encima de una tienda del Tango Belt.

Michael había solicitado un furgón policial y se dirigió a aquella dirección con Kerry y tres de los agentes, sólo para mayor seguridad. Aparcaron a una manzana de distancia e hicieron el camino hasta el edificio a pie. Encontraron abierta la puerta del portal, así que entraron, subieron la escalera y llamaron a la puerta de Amanzo. Un hombre bajo con el aspecto atezado de un *paesano* la abrió.

—¿Pietro Amanzo? —dijo Michael.

—Sí. ¿Quién pregunta por mí? —Michael se volvió para mirar a los agentes de uniforme que tenía al lado y Amanzo sonrió sin disimulo ante su propia broma.

—El Ratoncito Pérez —dijo Michael, enseñando la placa—. Queremos hablar contigo del asesinato de Ermanno Lombardi.

—¿Ese maricón? —dijo Amanzo, y se rio de un modo repugnante, despectivo.

—Te puedo detener si es lo que quieres —dijo Michael, manteniendo la calma.



Amanzo le miró fijamente y luego asintió.

—Vamos entonces —dijo, y agarró un abrigo de un perchero de detrás de la puerta y se apresuró a pasar junto a Michael camino de la escalera.

CUANDO VOLVIERON A LA COMISARÍA, Michael hizo que Amanzo se sentase en una de las salas de interrogatorio más pequeñas y le quitó las esposas. Amanzo frunció los labios y clavó la vista en la pared más alejada con una actitud hosca, de adolescente. Michael le ignoró y colocó la documentación encima de la mesa, no porque la necesitara, sino porque quería atemorizar a Amanzo haciéndole pensar que ya disponían de gran cantidad de pruebas en su contra. Después Michael sacó su pitillera de plata y las cerillas del bolsillo, las colocó junto a los documentos y movió el cenicero hacia el centro de la mesa para que lo compartieran los dos.

Kerry llegó con cafés, los puso sobre la mesa y se sentó a un lado con un cuaderno de notas.

—Vamos a empezar, ¿estamos? —dijo Michael, cuando Kerry estuvo preparado—. ¿Conocías a un hombre que se llamaba Ermanno Lombardi?

—Claro que sí —contestó Amanzo mirando a Michael desde el otro lado de la mesa de madera que les separaba.

—¿Cuál era el motivo por el que os conocíais?

—Él es siciliano, yo soy siciliano. Le veía por ahí. —Amanzo se encogió de hombros, manteniendo los ojos fijos en Michael. Este abrió su pitillera, sacó un Virginia Bright y le prendió fuego. Ofreció uno a Amanzo, que puso mala cara y negó con la cabeza. Michael se encogió de hombros, dio una calada y sonrió.

—¿Trabajaste alguna vez con Lombardi?

—¿Con un bujarrón? Nunca.

—Corre la voz de que le encargabas trabajos —insistió Michael. Amanzo no dijo nada y continuó con la vista clavada en él. Aquella mirada constante pretendía ser desconcertante, un truco de gánster que hacía años que había perdido su efecto sobre Michael—. ¿Estás al tanto de que a Lombardi lo mataron la semana pasada?

—Claro.

—¿Cómo te enteraste?

—Esas noticias corren por ahí —respondió Amanto, y una amplia sonrisa estiró sus finos y pálidos labios. Michael oyó el sonido de los pies de Amanzo golpeteando contra los cuadrados blancos y negros del linóleo del suelo. La sala estaba vacía si se exceptúan la mesa y las sillas, y el sonido reverberó con una estridencia lúgubre.

—¿Dónde estuviste la noche que mataron a Lombardi? —quiso saber Michael, continuando la presión con la lista de preguntas que quería despachar cuanto antes.

—Trabajando. En el club Kitty-Kat.

—¿Ah, sí? Resulta divertido.

—¿Por qué? —preguntó Amanzo.

—Porque no te he dicho nunca qué noche lo mataron.

Amanzo le miró un momento, luego hizo una mueca.

—Estoy en ese club todas las noches.

—¿Sí? —dijo Michael—. ¿Tienes testigos del lunes pasado?

—No. Pero puedo tener —dijo Amanzo, con una sonrisa de superioridad.

Michael sonrió, se echó hacia atrás en su silla y se cruzó de brazos.

—Oí que tenías cogido por los huevos a Lombardi porque empezó a largar cosas sobre el Asesino del Hacha.

—Pues ha oído mal —dijo Amanzo, con demasiada rapidez.

—¿Sí? Pues oí que le encargaste un trabajo a Lombardi porque oíste que se iba a marchar de la ciudad, y cuando resultó que no se podía ir, te lo cargaste para que no te siguieran la pista. —Amanzo miró a Michael, la amenaza de sus ojos reemplazada por la certeza de que Michael sabía más de lo que debería—. Oí que le encargaste a Lombardi que dejara una lista de las víctimas del Asesino del Hacha en el pantano. —Michael veía la duda apoderarse del semblante de Amanzo y los intentos que estaba haciendo el hombre para evitar que se notara. Michael aprovechó la oportunidad para hacer una oferta—. Las cosas claras, Amanzo. Tenemos testigos que demuestran que le encargaste a Lombardi ese trabajo. Pruebas suficientes para que te electrocuten. —Amanzo se echó atrás en su silla, dio un sorbo a su taza y miró a Michael por encima del borde; sus ojos oscuros brillaban entre el vapor ondulante—. Eso es pena de muerte —añadió Michael, presionándole—. No es una agresión de borracho. Cuéntanos lo que sepas y retiraremos los cargos. Podrás seguir como hasta ahora. Atendiendo puertas, toqueteando a niñas, pegando a cualquiera que diga que no eres un hombre de verdad porque te gusta follarte niñas menores de edad. —Amanzo saltó sobre Michael como un relámpago. Michael lo esquivó y un día una patada a la mesa para que golpeará a Amanzo en la tripa. Amanzo se dobló, jadeando, y Kerry corrió hasta ponerse detrás de él y le empujó la cabeza contra la mesa. El siciliano se retorció y trató de soltarse, pero Michael lo sujetó y Kerry volvió a ponerle las esposas en las manos. Le alzaron y dejaron que volviera a derrumbarse en su silla—. ¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó Michael, y Kerry asintió, respirando con dificultad. Miraron a Amanzo, que estaba sin aliento y clavaba la vista en ellos con ojos enfurecidos y el pelo grasiento revuelto.

—Cerdos cabrones —murmuró—. Ni siquiera estoy detenido.

Michael le miró y se encogió de hombros.

—Ahora sí estás detenido. Por agresión a un agente de policía —soltó Michael, y Amanzo se rio, moviendo la cabeza.

—Quiero ver a un abogado —dijo, con una voz dura, contenida.

—¿Quieres un abogado? Bien. Te acusaré de agresión. Responde a mis preguntas y podrás salir de aquí en quince minutos.

Amanzo calló y pensó un momento. Miró los arañazos de la mesa que tenía delante y de pronto pareció que temblaba, lleno de dudas.

—Si se lo cuento, estoy muerto.

Michael suspiró y se volvió a sentar en su silla.

—Amanzo, voy a comprobar tus coartadas de aquella noche, voy a registrar tu casa, voy a hablar con tus amigos, con tus enemigos. Voy a descubrir algo. Los dos sabemos que voy a encontrar algo, así que ahórranos las molestias y saldrás de aquí como un hombre libre.

—¿Va a olvidar lo de ese marica? —dijo—. Ya soy un hombre muerto.

Amanzo volvió a sentarse y miró ceñudo a Michael, que comprendió por la expresión del hombre que no hablaría. Su única posibilidad era seguir presionándole con la esperanza de que se le escapara algo. Lo mantendría detenido por agresión y lo encerraría en una celda a la espera de un abogado.

Michael sabía cómo acabaría la cosa. El abogado llegaría dentro de unas horas y al día siguiente Amanzo tendría que presentarse ante un juez, que o bien le pondría una fianza, o le mandaría a la cárcel. En los dos casos Amanzo quedaría expuesto a que lo matara alguien que quisiera quitárselo de en medio, y cuando se corriera la voz de su detención, era indudable que alguien querría quitárselo de en medio. Al detener a Amanzo, Michael había puesto en marcha un reloj, y sólo era cuestión de tiempo que alguien lo decidiera y fuera a por Amanzo o a por el propio Michael, que necesitaba estar preparado para eso. Estaba llegando al final de la partida, pero no tenía ninguna clave de cuál sería el siguiente movimiento.

## **PARTE DE HOMICIDIO**

### **Departamento de policía**

Cuarto distrito, Nueva Orleans      Jueves, 8 de mayo de 1919

Nombre de la persona asesinada:    Carmelita Smith, de color

Residencia:                                Calle Robertson, 1503

Profesión:                                  Prostituta

Nombre del acusado:                    Desconocido

Residencia:                                Desconocida

Profesión:                                 Desconocida

Lugar del homicidio:                  Calle Robertson, 1503

Día, fecha, hora del suceso:        6 de la tarde, jueves, 8 de mayo

Quién informó:                          Sargento William Kingman

A quién informó:                        Sargento Joseph J. Carter

Hora del informe:                        6 de la tarde, jueves, 8 de mayo

Si se detuvo, por quién:                Todavía fugitivo

Dónde se le detuvo:                    Sin datos

Si huyó, de qué modo:                 Dejó la escena antes de nuestra llegada

Testigos:                                  Martha Cheri, Henrietta Russell, Corinne Edwards  
Calle Robertson, 1503, todas de color

## Parte detallado

El sargento William Kingman informa que a las 6 de esta tarde, jueves, 8 de mayo, se recibió un mensaje telefónico en esta comisaría que comunicaba que se habían oído ruidos de un altercado en la calle Robertson, 1503. Inmediatamente yo, en compañía del sargento William Kingman y el patrullero John Mayer, me encaminé a la dirección y a la llegada encontramos a Carmelita Smith, una prostituta negra de 17 años, muerta en la única habitación de su alojamiento. Los muebles estaban revueltos y se encontraron manchas de sangre en la almohada, el colchón, las sábanas y maderas del suelo. También resultaban visibles huellas de sangre en las bragas de la víctima, que le habían sido quitadas.

La víctima fue encontrada desnuda excepto por un chaleco blanco. Eran evidentes heridas de cuchillo en la parte alta de los muslos de ambas piernas, entrepierna, todo el abdomen y la cara. También un tajo alargado en el cuello, desde la mandíbula izquierda hasta la clavícula derecha. No se encontró arma en la escena.

Un total de tres dólares y cuarenta centavos fueron encontrados en una mesilla junto a la cama, y debajo del colchón había un crucifijo de oro.

Se notificó el hecho a su comisaría a las 6:35 de la tarde; al fiscal del distrito St Clair Adams y al forense Joseph O'Hara a las 6:45 y 6:50 de la tarde. El inspector jefe Daniel Mourny y el patrullero Joseph Reggio llegaron inmediatamente a la escena y ayudaron en los procedimientos.

Por orden del forense el cuerpo fue trasladado al depósito de cadáveres en el furgón policial del Cuarto Distrito, a cargo del conductor George Brandt y el patrullero Francis D. Peyronnin. Un lote de ropa, consistente en: sábanas, almohadas y colchón; dos toallas; un par de bragas, y un chaleco le fue entregado al forense por orden del fiscal del distrito para ser utilizado como prueba.

Declaraciones de las testigos mencionadas arriba, todas prostitutas negras con alojamiento en el edificio, se adjuntan al presente informe.

Muy respetuosamente,  
Joseph J. Carter  
Comisario jefe del distrito  
A. J. Escude, escribiente

—¡EL ASESINO DEL HACHA VA A PAGARNOS a todos, chico! —gritó Baby Dodds.

Eran las ocho recién pasadas y la banda se estaba tomando un descanso en la bodega del *Dixie Belle*. Baby le pegó un trago a una cerveza y sonrió, y Lewis murmuró algo como respuesta. Apoyaba la cabeza en una pared, intentando echar un sueñecito, y tenía los ojos medio cerrados, pero Baby no se fijó en nada de eso. Lewis nunca se sentía cómodo con Baby cuando este bebía desde un episodio en el barco de vapor: Baby se puso borracho perdido mientras trabajaban y empezó a gritar y soltar tacos delante de todos los clientes, así que toda la banda estuvo a punto de ser arrojada por la borda por un grupo de blancos airados. Baby era un batería excelente, y podía levantarse y bailar mientras tocaba, moviéndose alrededor de la batería con un contoneo enloquecido mientras mantenía el ritmo. Eso siempre lo celebraba mucho el público, que lo premiaba con propinas, pero cuando se trataba de alcohol, Baby era un borracho iracundo, intratable.

—¿No te lo contó Pops? —dijo Baby—. La noche del Asesino del Hacha. Veinticinco pavos la pieza. Más propinas.

Lewis se despejó un poco y miró ceñudo a Baby.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio, Lil' Louey. A la gente le preocupa no tener una banda de jazz sonando. ¿No es verdad eso, Fate? —gritó Baby a Fate Marable, que estaba en el otro lado de la bodega manteniendo una intensa conversación con Pops Foster, el bajista de la banda. Fate y Pops volvieron la mirada hacia Baby desde el otro lado de la bodega—. La noche del Asesino del Hacha —repitió Baby—. Veinticinco pavos la pieza.

—Sí, es verdad —dijo Marable con su voz melosa—. Vais a tener que aprender una composición nueva. La jodida partitura me costó dos dólares.

Lewis miró sin expresión a Marable y el líder de la banda arrastró los pies hasta un saco de lona que estaba encima de un bombo roto. Abrió los cierres, sacó una partitura y se la pasó a Lewis. Este examinó la portada. «Jazz del misterioso Asesino del Hacha (No me asustes, papá)» estaba escrito en grandes letras de imprenta, y debajo, con unas más pequeñas: «De Joe Davilla, autor de la famosa y nueva canción negra *Devuélveme a mi marido. Ya lo has tenido bastante*».

Debajo del título había una ilustración que Lewis reconoció del *Picayune*: un dibujo a tinta de una familia de blancos tratando de tocar una canción de jazz en el piano de casa. Nubes de ondulantes líneas negras se alzaban de sus manos, lo que indicaba, supuso Lewis, que estaban temblando de miedo. En el fondo otro miembro de la familia estaba vigilando parado delante de la puerta con una escopeta. Lewis pasó la portada y miró las notaciones musicales: líneas y puntos bailaban en las páginas como gusanos en una parrilla.

Lewis había empezado a aprender a leer música con Kid Ory, y las clases continuaron con Marable, pero todavía no había llegado al punto de ser capaz de leer una partitura. Marable lo sabía cuando contrató a Lewis: leer música era una habilidad propia de los criollos que los músicos negros de la parte alta de la ciudad raramente tenían. Lewis se encontraba en medio de dos mundos: aunque podía leerla un poco, le resultaba más fácil escuchar un arreglo un par de veces, memorizar la pieza, y luego tocarla de oído. La memoria de Lewis y su talento para aprender piezas nuevas con rapidez hicieron pensar a muchos de los músicos con los que tocaba que sabía leer partituras, un error que él no se molestó en desmentir.

—Ensayaremos un poco mañana —dijo Marable, mirando a Lewis con una sonrisa que daba a entender que se hacía cargo de su preocupación. Lewis devolvió la sonrisa a Marable y le volvió a entregar la partitura—. Necesito hablar contigo esta noche cuando terminemos —añadió Marable en voz baja—. Nos veremos aquí después de recoger. —Marable guardó nuevamente la partitura en la bolsa y Lewis tuvo la sensación de que le habían llamado al despacho del jefe.



CUANDO EL *DIXIE BELLE* REGRESÓ a su amarradero de Canal Street, y los escasos clientes que habían tenido aquella noche se marcharon, Lewis se dirigió a la bodega, donde le estaban esperando Marable y Pops Foster. Lewis supuso que su cara debía de expresar aprensión, porque cuando entró, Marable y Pops le miraron y se echaron a reír.

—No hay nada de lo que debas preocuparte, Lewis —dijo Pops, soltando una risita, lo mismo que Marable, y Lewis le devolvió la sonrisa, todavía un poco inseguro. Pops señaló una de las sillas medio rotas que tenían enfrente y Lewis se sentó. Entonces Marable se acercó y le sonrió, y Lewis vio el brillo de sus ojos.

—Queremos ofrecerte trabajo en el *Sidney* este verano —dijo Marable—. Hace cruceros lejos de Nueva Orleans.

Lewis les sonrió y soltó un suspiro de alivio; le estaban ascendiendo.

—Estarás fuera cuatro meses —explicó Pops—. El barco remonta todo el Mississippi... hasta San Luis y más arriba, Minnesota.

—La paga es muy buena —dijo Marable—. Treinta y siete cincuenta a la semana, alojamiento y manutención, y una prima semanal de cinco dólares que se cobra al final del viaje. —El sueldo doblaba el que ganaba Lewis con la banda de Ory, y eso sin contar la prima—. Y algo más para endulzarlo —continuó Marable—. El capitán Joe dijo que te compraría una corneta, así que podrás devolver a Ory la que estás utilizando.

Lewis les sonrió y asintió.

—Esa es una oferta increíblemente buena, señor Marable —dijo—. La aprecio

muchísimo.

—Tú tocas muy bien, chico —dijo Marable—. Todavía necesitas trabajar un poco, necesitas mejorar tu embocadura, necesitas aprender a leer música, trabajar en tus cortes y tus frases. Pero te enseñaremos todo eso. Será como ir a la universidad.

Marable se volvió hacia Pops y este asintió.

—Yo no sabía leer ni una mierda hasta que empecé a trabajar con Marable —dijo Pops, haciendo un gesto de asentimiento al líder de la banda—. Tampoco sabían St Cyr ni Dots. Te ayudaremos, chico. Llegarás a ese siguiente nivel. —Pops hablaba de un modo lento, arrastrado, con una voz profunda y cálida.

Lewis los miró a los dos con una sonrisa, pero poco a poco se produjo un cambio en él que tanto Marable como Pops notaron.

—Es una oferta estupenda, gracias a los dos —dijo Lewis—. ¿Pueden darme un poco de tiempo para pensarlo?

Marable y Pops volvieron a intercambiar miradas, sorprendidos de que el chico tuviera que considerar la oferta. Luego Pops se volvió hacia Lewis y habló.

—Recuerdo la primera vez que te oí tocar, Lil' Louey. Tocabas el solo de clarinete de «Hight Society». Aquellos arpegios ya eran bastante difíciles de tocar con un clarinete, así que no tenía ni idea de cómo coño los tocarías con una corneta. Y a los diecisiete años, encima. —Pops miró a Marable cuando decía eso último, y este asintió mostrándose de acuerdo. Luego Pops dirigió la mirada de nuevo a Lewis y habló en un tono amable, paternal—. Lo que estoy diciendo es que sería una pena desperdiciar todo ese talento sólo porque te preocupe un poco marcharte de la ciudad. Si quieres ser todo lo que puedes llegar a ser, tienes que irte de Nueva Orleans.

LA PASARELA HASTA EL MUELLE estaba resbaladiza a causa de la lluvia, y cuando Lewis la atravesó pensaba en la oferta de Marable y todo lo que suponía. El dinero era mucho más del que podría ganar en la ciudad. Más de cuarenta dólares a la semana durante cuatro meses, cuando el sueldo medio de un carpintero, un oficio que para un negro requería habilidad, en Nueva Orleans nunca superaba los quince. Pero marcharse de Nueva Orleans era una perspectiva que le asustaba.

Había oído historias de músicos a los que prometían mucho dinero fuera de la ciudad y a los que luego dejaban colgados promotores desaprensivos o productores de discos poco honrados, y sin medios para volver a casa. Vio a los músicos regresar a Nueva Orleans en la ruina y harapientos, jurando que nunca volverían a dejar la ciudad. E incluso cuando los responsables de las compañías de discos los llamaban, dispuestos a ofrecer contratos de mucho dinero, los mejores intérpretes los rechazaban, y no solo porque tener grabados sus solos significaba que los podían copiar otras personas. Freddie Keppard incluso tocaba en público con un pañuelo encima de la mano para que la gente no pudiera ver su digitación y copiarle sus solos. Tal era el grado de desconfianza. Y todas esas personas eran mayores y más listas que



Lewis, así que debían de tener motivos para ser tan desconfiadas.

Pero luego pensó en su antiguo protector, King Oliver, al que le iba muy bien en Chicago, y en la Original Dixieland Jazz Band, que había ido a Nueva York y grabado el primer disco de *jazz*. Y en Jelly Roll Morton y Bill Johnson, que se habían instalado en Hollywood.

Pero el barco fluvial no iría a Nueva York, Chicago o Los Ángeles, recorrería los estados del Medio Oeste, tocando principalmente para los blancos. Gente que todavía pensaba que el *jazz* era una especie de música endiablada. En Nueva Orleans podía haber segregación y prejuicios, pero allí los negros contaban con mucha seguridad personal. Y a ese respecto, era un oasis comparada con el resto de Luisiana, y el lupanar del estado vecino, Mississippi.

¿No era por eso por lo que miles de negros de todo el Sur se dejaban caer incesantemente por Nueva Orleans? ¿Porque era un sitio jodido pero mejor que cualquiera de los otros? ¿Un puñado de negros en un barco podría estar seguro de verdad en pleno territorio salvaje? Luego pensó en Mayann y Clarence, y solo después de todo eso se preguntó cuál sería la reacción de la mujer de la que se había separado.

Bajó al muelle y se disponía a dirigirse hacia la parada de tranvía cuando se fijó en que le esperaba alguien al final del embarcadero: una Ida, medio empapada, con aspecto de congelada, pálida y desconsolada. Lewis corrió hacia ella y le agarró por los codos.

—La han matado, Lewis —dijo Ida entre sollozos, enseñando un periódico que la lluvia había convertido en una masa de papel reblandecido—. Morval ha matado a Leeta. Lo dice el periódico —añadió, con una voz desgarrada—. ¿Y si la ha matado por nuestra culpa?



DIEZ MINUTOS DESPUÉS ESTABAN sentados en una cafetería vacía junto al puerto con unas tazas de café muy caliente en las manos. Se trataba de una cafetería siendo muy flexible con el sentido de la palabra, pues era más una chabola con una cocina de gas y unas cuantas mesas destartadas. El local se había instalado para atender a los negros que trabajaban en los muelles y a los que no se les permitía entrar en los otras cafeterías dispersas por el desembarcadero. El dueño, un viejo silencioso, esquelético y encorvado, les trajo por su cuenta un plato de galletas y melaza para que las tomaran con sus *café brûlots*.

Lewis dio las gracias al hombre, el cual, tras una rápida mirada al aspecto desaliñado de Ida, se dirigió de vuelta a la barra. Ida se iba sintiendo un poco mejor ahora que Lewis y estaba con ella y se encontraba sentada caliente en la cafetería. Más tranquila por tener a alguien con quien compartir la noticia, aunque todavía

hecha un completo desastre, con el pelo apelmazado, la ropa empapada, el maquillaje corrido.

—¿Y si la mató porque habló con nosotros? —repitió Ida, con las manos sujetando la taza para calentárselas.

—No la mató por eso —dijo Lewis, negando con la cabeza—. ¿Cómo estás tan segura de que fue Morval?

Ida señaló con la cabeza el periódico que estaba sobre la mesa.

—Ella dijo que le gustaban las navajas. Lee lo que le hizo. ¿No habría alguien vigilándola y vio que hablaba con nosotros?

—Eso es mucho suponer —dijo Lewis, con una voz un poco más cortante de lo que pretendía—. Aunque fuera él quien la mató, eso no significa que tenga nada que ver con nosotros. Ella acababa de abandonar el redil como una de sus chicas, ¿no? A los chulos eso no les gusta. Y contó que hacía poco que le había pegado uno de los sicarios de Morval. A lo mejor ella se ocupaba de sus clientes por su cuenta y Morval se había enterado. —Ida suspiró y bajó la vista hacia su café, sin estar convencida del todo. Dio otro sorbo al *brûlot*, y la mezcla de cafeína y *brandy* empezó a sacarla de su estado de conmoción—. Vamos a esperar y ver qué nos trae Buddy —añadió Lewis—. No tiene sentido hacer especulaciones.

—No, claro —dijo Ida, con desánimo y cansancio, y la voz todavía temblorosa. Volvió la cabeza hacia la puerta de entrada, que formaba un ángulo sujeta por las bisagras, y miró el muelle. A pesar del mal tiempo que hacía y la hora, habían atracado un par de barcos y los pasajeros y la carga estaban siendo desembarcados por un raquítico grupo de oficiales y estibadores. No le podía contar a Lewis que no solo era culpabilidad lo que la tenía descompuesta. Volvía a sentirse una idiota. Había estado jugando a ser detective y ahora por su culpa podía haber muerto una persona. Su sueño se había hecho dolorosamente real y la hacía sentirse estúpida, avergonzada y decepcionada. Dio otro sorbo a su *brûlot* y volvió la vista hacia Lewis—. ¿Qué vas a hacer la noche del Asesino del Hacha? —preguntó, y Lewis la miró ceñudo, sorprendido por el cambio de tema.

—Tocar en un cabaré —dijo—. ¿Por qué? ¿Quieres estar pegada a mí todo el tiempo?

Ella sonrió y Lewis le devolvió la sonrisa y estuvieron sentados en silencio un rato largo. Luego, sin más, Ida puso su mano en la de Lewis.

—Gracias, Lewis —dijo. Él la miró con el ceño fruncido, sin estar completamente seguro de qué hacer ante aquello, y luego se encogió de hombros.

Se quedaron un poco más hasta que terminaron sus cafés, luego siguieron caminos distintos. Lewis tomó el tranvía hacia Back o' Town e Ida anduvo hasta una parada de taxis para conseguir uno que le llevara a casa. Cuando se acercaba a la parada, se fijó en la luz que salía de un edificio de la esquina de la calle que tenía enfrente. Había mucho movimiento y sonido de cubiertos chocando con platos. Pensó en lo extraño que era que un restaurante estuviera abierto hasta tan tarde en aquella

parte de la ciudad, y que pareciera que estaba haciendo buen negocio.

Se acercó al edificio y vio que no tenía ningún nombre, ni nada que identificase la actividad a la que se dedicaba. Su parte delantera la ocupaban por entero dos ventanas con los cristales empañados y una puerta de madera en el centro con un cartel de «abierto» colgado. Ida se encaminó hacia la ventana más cercana y atisbó por ella. Dentro había un espacio estrecho y deslucido ocupado por hileras de mesas largas y bancos a las que estaban sentados varias docenas de hombres zarrapastrosos que tomaban pan y sopa. Al fondo del espacio, un puñado de trabajadores con mandil atendían unas cubas que humeaban encima de un fogón, o servían sopa con un cucharón en cuencos alineados en bandejas.

El silencio parecía reinar en el local; nadie hablaba con el que tenía al lado, y todo aquello transmitía un aire de desesperación. Ida supuso que era una fonda, una especie de comedor para pobres, instalado por benefactores para alimentar a vagabundos. Pero se fijó en que todos los que estaban sentados en los bancos parecían jóvenes y tenían la mirada perdida. Y entonces comprendió que eran veteranos indigentes de vuelta de la Gran Guerra, y traumatizados por lo que habían pasado, que dependían de la caridad de personas que montaban albergues como aquel.

Iba a apartarse de la ventana empañada y la luz eléctrica amarilla que proyectaba, cuando se fijó en un cartel de la pared del fondo. Le llevó unos segundos hacerse cargo de su importancia. «Asociación de Veteranos de Nueva Orleans, albergue para soldados de la Gran Guerra, mantenido por la amable aportación de Samuel Kline Junior». Aquel comedor lo pagaba el general de brigada al que había ido a ver Lefebvre a la residencia de Luisiana. Y entonces algo hizo clic en su cabeza y comprendió por qué había ido su jefe a ver al héroe de guerra.

# The Times-Picayune

Martes 13 de mayo, 1919

## Artículos de opinión – Comentarios de Muzz

### *¡El Asesino del Hacha viene!*

Desde que este diario publicara en exclusiva la espeluznante carta del Asesino del Hacha dirigida a Nueva Orleans la semana pasada, la ciudad ha estado sumida en una febril preparación para esta noche y todo lo que pueda traer. A pesar de que afirmara que no era más que una falsificación, el alcalde Behrman se ha asegurado de que su municipio no se vea envuelto en una situación complicada: han sido cancelados todos los permisos a la policía, se ha recurrido a los reservistas, se ha solicitado la intervención de fuerzas de apoyo de las parroquias cercanas (uno tiembla al pensarlo), y todos los mejores efectivos de Nueva Orleans trabajan horas extras (en turnos dobles, nos informan nuestros amigos en el cuerpo). ¡Y no olviden que, el propio alcalde insinuó que el *Picayune* tenía tendencia a sacar provecho de lo macabro!

Pero quizá lo que más les interese a nuestros lectores sean los planes que están haciendo los habitantes de la ciudad. El espíritu emprendedor mostrado por los propietarios de nuestros locales nocturnos para hacer que la situación les favorezca ha puesto en circulación el rumor de que todos los cabarés, bares y restaurantes del Tango Belt están reservados al completo para esta noche. ¿Se convertirá la Noche del Asesino del Hacha en la mayor fiesta de la historia de la ciudad? Es muy posible a tenor de lo que se cuenta.

Qué ha alimentado exactamente el alboroto que rodea esta horripilante situación, aparte del espíritu emprendedor, es, por supuesto, cuestión de debate. Me gustaría creer que se trata de la inclinación natural de Nueva Orleans a pasarlo bien. Por lo general ese espíritu encuentra un modo de manifestarse en el Mardi Gras de cada primavera, pero como nuestro desfile mundialmente famoso ha sido suprimido los dos últimos años por culpa de los hunos que invaden Europa, debe de haber una reserva intacta de *joie de vivre*, reprimida y deseosa de ver la luz del día.

Por supuesto, no es sólo que los dueños de los locales nocturnos aumenten sus ganancias. La canción preferida de esta noche (aparte de *Cerca de Ti, Señor*), es *El jazz del Asesino del Hacha*, obra del compositor de la ciudad Joseph John Davilla. La partitura llegó a las tiendas hace unos días y ha tenido tal éxito que los editores sacaron rápidamente una segunda tirada. Este abnegado cronista oyó la dichosa melodía tomando una copa en el Ringside Café y quedó sorprendido al enterarse de que la cancioncilla estaba inspirada en un dibujo que vio el compositor en el *Picayune*.

Davilla, nacido en Nueva Orleans y residente en la avenida de los Campos Elíseos, declaró: «Se trata de mi décima composición musical en los últimos tres años, todas canciones de negros. Y aunque he tenido algunos éxitos, este los ha eclipsado todos. Quiero dedicar la canción a la banda de la policía de Nueva Orleans».

A pesar de la gran cantidad de posibilidades que tienen esta noche los que quieran divertirse, yo celebraré una pequeña fiestecita por mi cuenta. Y me gustaría invitar cordialmente al Asesino del Hacha a que asistiera. Será una reunión reducida y selecta y espero sinceramente que el que se proclama el «peor espíritu que haya existido nunca», no tenga que elevar sus protestas a su encargado de asuntos sociales. La reunión tendrá lugar en la calle Lowerline, 552, y las puertas estarán abiertas para todos.

Asesino del Hacha, serás tan bien recibido como el agua de mayo.

Suyo, como siempre, Muzz.

LUCA SE LEVANTÓ TARDE A la mañana siguiente. Había comprado un sobre y papel la noche anterior, y en cuanto despertó se sentó en la cama y trató de redactar una carta para el encargado de Belle Terre. Pero no era escritor, y las complicaciones con el tono que quería utilizar y las informaciones que tenía que incluir en la carta tuvieron como resultado que usase medio cuaderno, y las páginas arrancadas se amontonaban hechas bolas en el suelo antes de conseguir algo de lo que estuviera contento.

Se levantó, tiró al cubo de basura las hojas desechadas, se lavó con el agua fría de la palangana y se vistió. Agarró la carta y la bolsa de basura y bajó la escalera hasta el vestíbulo del hotel. El conserje estaba en su puesto habitual detrás del mostrador, llenando un libro de registro. Alzó la vista cuando oyó el eco de los pasos de Luca al acercarse y sonrió.

—Buenos días, *signore* —dijo.

—Buenos días, Paolo. Quisiera que me hiciese un favor. Tengo que echar esta carta al correo pero no quiero que me vean los policías de fuera.

—Ah —dijo el conserje, asintiendo como un médico que acaba de oír a un paciente confesarle una enfermedad íntima. Se frotó la barbilla y pensó un momento, y luego se le iluminó la cara—. Tengo que salir a comprar unas cosas —dijo, sonriendo—. ¿Atiende usted la recepción mientras estoy fuera?

—Claro que sí —dijo Luca.

—Bien, bien. Deme... —el viejo consultó su reloj de bolsillo— ¿cinco minutos?

Luca asintió con la cabeza y el viejo hizo lo mismo y concentró su atención otra vez en el libro de registro que tenía delante, escribiendo con una mano lenta, insegura.

—Paolo, ¿cómo puedo ir hasta la caldera? —preguntó Luca.

—¿Eh? —dijo el viejo, mirándole.

Luca levantó la bolsa con los papeles y el conserje sonrió y señaló una escalera del otro extremo de la habitación. Luca se dio la vuelta, se dirigió a la escalera y la bajó. Avanzó por un pasillo oscuro, vio la sala de la caldera un poco más adelante y entró. La caldera estaba en el centro de la habitación, y de ella salían retorcidos tubos de latón que se perdían en la oscuridad.

Luca abrió la rejilla con un atizador polvoriento combado, echó la bolsa con los papeles al fuego del interior y contempló un momento cómo se retorcían y consumían las páginas, mientras el calor le secaba los ojos.

Volvió al vestíbulo, vio que el conserje se había ido, se instaló detrás del mostrador y fumó un pitillo mientras esperaba. Hojeó el registro de entradas y vio que, por lo que le parecía, él era el único cliente actual del hotel. Detrás del mostrador había un panel de corcho al que el conserje había clavado unas fotografías: imágenes grises de familia y amigos, fotos de recién nacidos y de un trasatlántico y una postal

de una fotografía sacada desde las colinas de los alrededores de Nápoles. Luca cogió la postal del panel de corcho y la miró. Mostraba la ciudad desde arriba, extendiéndose para abarcar la amplia curva de la bahía. Unos barcos muy pequeños se arracimaban en los muelles como bancos de peces comiendo, y a lo lejos, recostada garbosamente en el cielo, la sombra pálida del Vesubio. Lo único que en realidad se veía de la ciudad en sí eran los techos de los edificios, pequeños cuadrados de tejas rojas formando un mosaico caprichoso, dividido por calles y puntuado por un centenar de campanarios.

Una vez Luca había pasado un día en Nápoles, años atrás, cuando él y sus padres habían subido al barco que le trajo a América. Era la primera vez que había estado en una ciudad; recordaba que había quedado perplejo por las calles estrechas, los elevados edificios uno encima de otro, las ruidosas plazas del mercado, los mendigos, los borrachos caídos encima de las alcantarillas. Recordó que miraba a su padre cuando recorrían los muelles en busca del barco de enlace con la ligera inquietud de unos turistas, comprendiendo que la ciudad desasosegaba a su padre tanto como a él.

Los recuerdos no provocaban nostalgia a Luca, no le hacían ansiar el regreso, como sucedía cuando pensaba en su infancia en Monreale durante las largas noches que había pasado tumbado despierto en Angola. La ciudad de la postal parecía ajena e inquietantemente real. Los edificios parecían demasiado pequeños, y el volcán del fondo un dios desconocido al que no sabía cómo adorar. La ciudad de la foto significaba tanto para él como San Petersburgo, Manila o Atenas, y se dio cuenta con una súbita sensación de ansiedad de que incluso si volvía a Italia, seguiría estando en el exilio, sería un hombre sin hogar, porque un hogar no sólo era el sitio donde vivías, sino el lugar en el que te gustaría morir.

Volvió a colocar la postal en el panel de corcho, clavándola cuidadosamente en su sitio como a una mariposa, y fumó otro cigarrillo mientras esperaba. El conserje volvió unos minutos después, sacudiendo agua de su paraguas con una sonrisa. Hizo un gesto a Luca para indicar que la misión había sido cumplida.

LUCA SALIÓ DEL HOTEL INMEDIATAMENTE. Anduvo por las calles mojadas, con los hombros encogidos, mirando el mundo desde debajo del ala de su sombrero, caminando sin tener pensado un destino. Se había dado cuenta con una punzada de pánico de que estaba empezando a tener dudas sobre su regreso a Monreale. Suponía que la idea sólo era el sueño estúpido de un viejo tumbado en un camastro de la cárcel, y pensó en la risa de Carlo cuando le había contado sus planes. Luca anduvo sigiloso por las aceras y le daba vueltas a las cosas en su cabeza. De vez en cuando miraba atrás por encima del hombro y veía a los dos policías que le seguían, con la cara roja, molestos porque les obligase a andar bajo la lluvia.

Después de un cuarto de hora yendo de un sitio a otro se dio cuenta de que estaba en el Tango Belt. En las aceras de madera los chicos que vendían periódicos gritaban

«¡Especial Noche del Asesino del Hacha!», y los carteles y anuncios de los cabarés, restaurantes y bares con música proclamaban los nombres de las bandas que habían contratado para la noche.

EL CABARÉ OASIS PRESENTA SU  
ESPECIAL ASESINO DEL HACHA  
¡La Onward Brass Band aquí esta noche!  
*¡Ningún muerto víctima del Hacha o devolvemos el dinero!*

¡LA TUXEDO BRASS BAND!  
¡ESTA NOCHE EN EL HAYMARKET!  
¡El Jazz no para en toda la noche!  
*¡Dejen sus hachas en casa!*

EL HUMOR SINIESTRO DE LOS carteles y la agitación de las calles sólo incrementaron su inquietud. Se dio cuenta de que todavía no había comido, así que decidió encaminar sus pasos hacia el Grocery, un restaurante cuyos dueños eran italianos de la calle Decatur.

Anduvo con la cabeza baja y las manos hundidas con firmeza en los bolsillos, sin estar más cerca de ordenar el rumbo de sus pensamientos. Cuando llegó, encontró el local casi vacío. Pidió una *muffuletta* y un café y ocupó un asiento en una mesa vacía.

Encendió un cigarrillo y recorrió con la vista el interior mientras esperaba, y sólo entonces se fijó en el altar de la esquina y recordó que era el día de san José. La gente montaba altares en toda la ciudad dedicados al santo, cargados de panes trenzados, tartas, frutas, pastas y botellas de vino, todo disperso entre parpadeantes luces rojas y dominado por estatuas de la sagrada familia. Los altares estaban rebosantes porque cada individuo, casa, tienda e iglesia trataba de superar al de al lado.

Bartolomeo, el dueño del Grocery, le trajo su café y la *muffuletta*: un sándwich de masa de *pizza* con mortadela, aceitunas picadas y queso provolone. Mientras comía, Luca miró el altar, la comida, las velas y las estatuillas de san José, y pensó si el Asesino del Hacha habría planeado deliberadamente que su noche coincidiera con la del día del santo. Oyó a los otros clientes hablando con el personal de sus planes para la noche, en qué cabaré habían reservado entrada, y las ventajas o no de «pasarla oyendo *jazz*».

Los escuchaba y comía, y cuando la *muffuletta* le provocó ardor de estómago, hizo sus propios planes. Para Luca el día de san José normalmente suponía acudir a las procesiones de las iglesias del Barrio Francés, ver cómo llevaban fervorosos la imagen del santo a hombros y luego ir al banquete de casa de Carlo, con todos los miembros de la extensa familia comiendo y bebiendo juntos. Carlo podría considerar una desconsideración que Luca no apareciera, y sin embargo él no tenía ganas de ir.

La falsa sinceridad y afecto de los hombres allí reunidos compartiendo bromas unos con otros mientras tramaban intrigas... preferiría pasar el día en compañía de otra persona. Quizá pudiera utilizar la investigación como excusa para no presentarse, pero ahora que había mandado la carta, no tenía nada que hacer más que esperar. Decidió ir a ver a Simone, dándose cuenta de que ella era el ancla que le sujetaba a Nueva Orleans, y pensó si tendría sentido tratar de librarse de los dos policías que sin duda le seguirían hasta allí.

Terminó de comer y se acercó al mostrador con su cuenta. En el mostrador Bartolomeo les estaba enseñando su escopeta a dos mujeres con abrigos caros, caras pálidas y con pinta de tener dinero. Bartolomeo presumía de que el Grocery estaría abierto toda la noche, y que no pondría música de negros, viniese el Asesino del Hacha o no. Las clientas se rieron con las divertidas ocurrencias del viejo italiano, llevándose unas manos enguantadas a la boca.

Luca entregó su cuenta y pagó, luego salió a la calle. Encendió un cigarrillo protegiéndolo de la lluvia con las manos e inició la larga caminata hasta casa de Simone.

UNAS HORAS DESPUÉS ESTABA sentado en el porche de la cabaña y miraba la lluvia golpeando contra la superficie del pantano. Los dos policías de paisano le habían seguido todo el camino hasta allí y se habían escondido detrás de una chabola del otro lado del sendero. Se habían quedado allí por lo menos la primera hora, y echaban ojeadas de vez en cuando por la esquina, empapados de lluvia y enfadados. Pero Luca supuso que debían de haber olvidado sus obligaciones y se habrían dirigido de vuelta a la comisaría, o más probablemente al bar más cercano.

La puerta que tenía detrás chirrió y al darse la vuelta Luca vio a dos cajunes salir de la cabaña. El marido llevaba la mano encima de la tripa, sonrió cálidamente a Luca y dijo algo en francés que este no entendió. La mujer le siguió, ajustándose un chal que le cubría la cabeza, y la pareja se alejó bajo la lluvia.

Habían llegado una hora antes, cuando Luca estaba en la cabaña con Simone tratando de explicarle por qué le seguían dos policías. Los cajunes habían llamado y saludaron a Simone con familiaridad. El hombre era alto y ancho de hombros y tenía el pelo negro escaso y un bigote poblado. Llevaba una camisa blanca y un sombrero de ala ancha y Luca lo identificó de inmediato como un pescador cajún. La mujer era igual de alta y también tenía el pelo negro, pero para ser alguien que trabajaba al aire libre, a Luca le sorprendió que estuviera tan pálida. Simone había pedido a Luca que saliera mientras los atendía, así que Luca se sentó en el porche fumando y mirando la lluvia, sintiéndose tanto un intruso como un exiliado.

Siguió con la vista a la pareja que se alejaba por el sendero camino del rincón de aguas estancadas del que hubieran venido. Luego se puso en pie, arrojó el cigarrillo a la huerta y entró de nuevo en la cabaña. Simone estaba ocupada junto al fogón,



preparando algún tipo de sopa. Por el modo en que prestaba atención a lo que cocinaba, Luca podría asegurar que no tenía ganas de hablar. Se sentó a la mesa y la miró mientras ella cortaba verduras en una tabla y las echaba en la olla.

—¿Todavía están esos idiotas ahí fuera? —preguntó, sin alzar la vista.

—¿Los cajunes?

—No, la policía —contestó cortante ella, sin ganas de seguirle la broma.

—No los veo —dijo Luca—. Creo que se han ido a casa.

Ella asintió y continuó con su trabajo. Se había mostrado distante desde que él había llegado, tanto que cuando llamaron los cajunes Luca se alegró de la interrupción.

—¿Cómo les fue a los pacientes? —preguntó, buscando un tema de conversación intrascendente.

—Tiene úlcera de estómago. Lo mismo que tú —respondió ella, cortante—. Le di unas hierbas.

Agarró distraída el cazo del fogón sin haber envuelto antes el mango con una tela. Gritó y el cazo se estrelló en el suelo con un sonido metálico. Luca se levantó de un salto y corrió hacia ella.

—*Merde* —dijo Simone entre dientes, agarrándose la mano dolorida.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió, se apartó de él y hundió la mano en el cubo de agua fría al pie del fogón.

Luca agarró un trapo y limpió del suelo lo que contenía el cazo: una especie de pringue viscoso marrón que le recordó la mermelada de higos que hacía su abuela en septiembre allá en Sicilia. Simone le miró cuando se arrodillaba, con la mano metida en el agua fría y expresión de enfado, como si le echara la culpa del accidente.

Se estiró, se secó la mano y se dirigió a las hileras de tarros. Abrió uno, sacó unas hojas amarillas acartonadas de árnica y las apretó contra la quemadura de la palma de su mano, envolviéndola con una venda que dejó floja. Volvió al fogón y estiró la mano hacia Luca, que la cogió y apretó la venda.

—Gracias —dijo ella.

Luca sonrió, terminó de vendarla haciendo un nudo y se levantó. Se miraron con las caras cerca por primera vez desde que Luca llegó. Luca se inclinó hacia delante y la besó y, ante su sorpresa, ella le devolvió el beso. Luego se volvió, agarró un trapo y se agachó para terminar de limpiar el pringue del suelo de madera.

Luca se sentó de nuevo a la mesa y miró cómo trabajaba Simone. Se dio cuenta de que moqueaba un poco, y supuso que había cogido frío después de andar bajo la lluvia toda la mañana.

—¿Tienes algo ahí para un resfriado? —preguntó, señalando los estantes.

—Muchas de esas cosas son buenas para los resfriados. Té de pimienta, lentejilla del campo, hojas de mirto de turbera, madreSelva. Te prepararé una *tisane* cuando acabe con esto.

—¿Una *tisane*? —preguntó Luca.

—Una infusión medicinal.

MEDIA HORA DESPUÉS ESTABAN sentados en el porche tomando la *tisane*, una infusión amarilla de rabogato que sabía levemente a manzanilla. Permanecían sentados sin hablar mirando la lluvia bailoteando en el sendero embarrado y que producía una cacofonía al chocar contra el techo de planchas metálicas de las chabolas de enfrente. Ahora Simone parecía más tranquila, menos irritada.

—«Y las cataratas de los cielos fueron abiertas» —dijo—. «Y hubo lluvia sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches». —Luca frunció el ceño y se volvió para mirarla—. Dos semanas lloviendo sin parar —añadió ella—. No había visto nada como esto desde el huracán de 1915. ¿Te acuerdas?

Luca negó con la cabeza.

—Ese año yo estaba en Angola —contestó él, con indiferencia. Simone le miró y asintió, y luego se giró para contemplar otra vez el chaparrón que caía en el lago.

—Llovió una semana antes de que llegara el temporal, y cuando llegó... —Hizo un gesto con la mano para indicar que cualquier expresión que tratara de describirlo se quedaría corta—. Recuerdo el ruido cuando se rompieron las presas... como un trueno. Y luego al día siguiente todos los cuerpos flotando por la calle. Personas, vacas, perros, todos muertos blancos e hinchados y dando vueltas en el agua, flotando calle abajo.

Movió la cabeza y miró la taza con la infusión de su mano antes de dar un sorbo.

—¿Tú crees que se está gestando otro huracán? —preguntó Luca.

—Dos semanas de lluvia —dijo ella, inexpresiva, como si eso lo explicara todo.

—¿Un huracán en mayo? —preguntó Luca.

Simone se encogió de hombros.

—Ya ha pasado antes.

Clavó la vista en el otro lado del sendero, mirando con preocupación el pantano y las nubes grises que se reunían sobre él.

Continuaron mirando el desolado panorama: las desvencijadas chabolas, los árboles balanceándose, el lago, la lluvia estrellándose estúpidamente en la tierra. A Luca le gustaría apartarse de lo que veía: tenía la impronta de una devastación opresiva. Era del tipo de cosas que solo le es dado ver a las personas al mismo borde del abismo, apenas a un paso del caos total. Pero él encontraba cierta belleza en aquello, una seguridad inexplicable; tenía la sensación de que, a pesar del aspecto desamparado del pantano, era en aquel submundo donde empezaba la vida.

En cierto momento el vecino inició una melodía con la mandolina, esta vez acompañado por un violín, el dúo entrecortado por la lluvia con un vivaz *stacatto*. A Luca le gustaría saber si la interpretación venía motivada por la carta del Asesino del Hacha, si los dos músicos intentaban conseguir la salvación con la melodía. La

música era menos triste que la vez anterior que Luca había oído tocar al vecino, como si ahora que la mandolina había encontrado pareja, la canción sonara menos solitaria.

Miró a Simone y ella le sonrió cálidamente, su mal humor previo había desaparecido por completo. Él estiró la mano, ella la cogió entre las suyas y los dos contemplaron el temporal. La ansiedad que había atenazado el corazón de Luca durante todo el día se disolvía lentamente, haciéndose tan insignificante que neutralizaba cualquier amenaza, hasta el punto de olvidar que alguna vez hubiera existido. Cuando anocheció encendieron un fuego y comieron la sopa de verduras y pollo, y luego pasaron la noche enlazados el uno en el otro, mientras la música sonaba y el fuego iluminaba de naranja la habitación, y ninguno de los dos se preocupaba ya del temporal que describía círculos sobre el delgado techo de la cabaña.

LEWIS NUNCA HABÍA VISTO nada igual. La ciudad estaba inundada de *jazz*. Desde los burdeles de Back o' Town y los locales nocturnos del Tango Belt hasta las casas y los cafés normalmente tranquilos, mil y una canciones se derramaban por las calles. A Lewis le daba la impresión, cuando hacía el camino desde casa de Mayann hasta el cabaré, de que se estaban utilizando todos los medios posibles de crear música; en sitios donde no había banda, gramófonos a manivela, fonógrafos y pianolas hacían sonar canciones, mientras en otras partes músicos aficionados habían desempolvado sus instrumentos tanto tiempo sin usar y formaban bandas con cualquiera capaz de tocar unas cuantas torpes notas. Era como si un espíritu se hubiera apoderado de todos los instrumentos de la ciudad y por ensalmo estos se hubieran lanzado a sonar. El ruido se agolpaba en las calles, donde a pesar de que apenas había empezado la noche, Lewis tuvo que sortear grupos ya borrachos que se tambaleaban entre bares y clubes.

Cuando llegó al cabaré percibió un ambiente electrizado, expectante. Al local lo habían decorado para la noche al estilo tropical, con rollos de papel de seda colgando del techo, y farolillos multicolores que difundían luces irisadas, y el bar y el escenario con hojas de palmera, cocos y juncos hawaianos falsos. Oyó que los dueños discutían sobre si añadir unas mesas a la pista de baile o por el contrario dejar esta un poco más amplia apartando las mesas.

La banda ensayó unas cuantas veces la nueva canción, y luego se abrieron las puertas de golpe y a la media hora el local estaba atestado; todos bailaban, pateaban el suelo y aplaudían en un sudoroso frenesí avivado por el alcohol. Los collares de perlas se partían, las mangas de las camisas se desgarraban y los vestidos se empapaban de champán y sudor. Hasta los noctámbulos que normalmente se sentaban al fondo y nunca parecían divertidos estaban bailando unos con otros. El gentío estaba tan excitado que la banda abandonó su repertorio habitual en el Tango Belt y se puso a tocar las canciones arrastradas y con un toque de *blues* que normalmente no se oían fuera de Back o' Town: *Kiss My Funky Ass* y *Brown Skin Who You For?*

Lewis recordó que su abuela le contaba cosas de los días anteriores a la emancipación, cuando los esclavos de Nueva Orleans hablaban francés y se reunían todos los domingos por la tarde en la plaza Congo para bailar la bamboula o la conjaine con música africana que hacían sonar con tambores, tablas de lavar, cuernos de vaca y campanas: cualquier cosa de la que la gente pudiera echar mano para hacer ruido. Le había hablado del fervor con el que bailaba la gente, y por primera vez en su vida, Lewis pensó que estaba siendo testigo de una escena que se parecía a las historias de su abuela.

Hubo un par de minutos en *Tiger Rag* en que Lewis oyó una señal de Baby cuando llegaban al final de un estribillo, medio compás en la batería, un golpe doble

en el tambor. Cerró los ojos y se lanzó a un solo, pero no a uno de sus solos habituales, porque ninguno de ellos parecía ser el adecuado. Aquella noche lo iba inventando según se producía, alimentado por la multitud y su frenesí. Se le fue la cabeza mientras tocaba, se alejó de la música, y pensó en el día, siendo un niño, en que estaba junto al río, en el *blues* que oyó tocar al salvaje con su vieja y abollada corneta Kress. Lewis nunca había sido capaz de reproducir aquel sonido, y lo tenía siempre sepultado en su mente. Pero ahora consiguió recordarlo con claridad y lo utilizó en su solo, alcanzando tonos que en circunstancias normales no alcanzaría, dejando que la memoria le guiara en su elección de notas.

Otros recuerdos se agolparon en su cabeza: el sonido de la iglesia cuando era niño; cuando cantaba por unas monedas con su cuarteto en una esquina de la calle; cuando se acercaba con sus amigos para atisbar sin que los vieran entre las rendijas del Pete Lala y el Funky Butt Hall para poder ver a sus héroes sobre el escenario: Buddy Bolden, Sidney Bechet, Jelly Roll Morton. Recordó a Joe Oliver enseñándole a utilizar una sordina y tocando en desfiles con la banda del Hogar para Niños Abandonados, incluso interpretando *blues* para las putas a las cuatro de la mañana en burdeles desaparecidos hacía tiempo. Los recuerdos encontraron su camino a través de la música que estaba tocando ahora, todos ellos ordenados. Y una hermosa paz que pareció durar una eternidad se apoderó de él.

Pero igual de rápida que había llegado, desapareció. Y de pronto sintió miedo. Había olvidado dónde estaba. ¿Qué había estado tocando? Oyó a Baby redoblar otro medio compás, señalando el final de su solo y el comienzo de otro estribillo. Tuvo la sensación de que era demasiado pronto para que dieciséis compases bastaran, y una sensación de desazón, de miedo se apoderó de él. Abrió los ojos para ver lo que estaba pasando.

Los ruidos del cabaré llegaron arrolladores primero: unos le estaban gritando con caras sonrientes, otros clavaban la vista en él con la boca abierta. Se volvió para observar a Fate y él le devolvió la mirada con algo que Lewis supuso que era orgullo. El ruido de la gente se convirtió en gritos pidiendo un bis y sintió que le recorría un cálido alivio y luego una alegría ilimitada. Querían volver a oírle, pero él no podía recordar lo que había tocado. Dirigió la vista a Ida, que le miraba radiante desde el borde de la pista de baile. Fate hizo una señal a Baby con la cabeza y en la siguiente pieza Baby hizo otro redoble. Lewis volvió a cerrar los ojos y nuevamente se sumergió en la luz hermosa y oscura.

INTERPRETÓ EL SEGUNDO SOLO durante un estribillo con cambios de ritmo, largos intervalos entre los acordes estruendosos de la banda, intervalos que permitieron a Lewis mostrar su destreza, saltando alegremente sobre los silencios, con toques volátiles, acrobáticos. Sus fraseos se hicieron más largos cada vez, alzándose en una espiral de arpeggios, antes de mantener un largo y agudo si bemol durante cuatro

acordes enteros, en un tono perfecto, limpio, claro. Y entonces descendió del limbo, como una paloma del cielo.

Se oyó un griterío e Ida se volvió para mirar a la gente: Lewis la había embrujado. Un chico de dieciocho años que ni siquiera era dueño de su instrumento se expresaba con un lenguaje tan elegante y natural que cierta parte inconsciente de los presentes lo entendió y respondió a él con una alegría igual de hermosa. Ida sonrió y se dirigió a la barra por otra copa. Se abrió paso entre la gente, sin sentir el nerviosismo que normalmente acusaba en esas situaciones. Ningún hombre se le acercó o la miró de aquel modo que era como un zarpazo, como hacían normalmente. La fiesta carecía de contenido sexual, lo único que les interesaba a todos era beber, bailar y pasarlo bien. Tratar de ligar les alejaría de la diversión que estaban disfrutando, del hermoso ahora.

La muchedumbre de la barra le obligó a permanecer en quinta fila, y mientras esperaba, Ida comprobó el estado de su vestido de muselina rosa con un hombro ribeteado de cuentas doradas. Se cepilló una pelusa y cuando avanzó más cerca de la primera fila, alzó la vista y se fijó en dos mujeres del otro extremo de la sala, unos cuantos años mayores que ella, con el pelo a lo *garçon*, vestidos ajustados, muy delgadas y aspecto de porcelana. Una de ellas susurró algo a la otra y las dos se rieron, y durante un momento Ida se sintió sola y deseó tener una amiga con la que compartir la velada. El hombre que tenía delante se apartó con sus copas e Ida se acercó a la barra y pidió un *whisky* con hielo. Se dio la vuelta de nuevo para mirar a las dos mujeres, pero ya no las pudo ver; allí parado ahora había un hombre alto con un traje negro de raya diplomática. El hombre hacía gala de una calma, una inexpresividad y una rigidez que no casaban con el ambiente del local, y estaba mirando a Ida fijamente, tan ausente que hizo que ella se sintiera inquieta. Miró de nuevo a la barra, preguntándose si le conocía de algo.

El barman puso su copa en la barra, Ida pagó y se abrió paso a empujones entre la gente hasta su sitio al borde de la pista de baile. Cuando se dio la vuelta para mirar a la banda, se fijó en que el hombre se dirigía hacia ella entre la muchedumbre. Ida sintió una punzada de pánico, y con el asesinato de Leeta fresco en la mente, no podía decidir si el hombre suponía una amenaza o sólo era su agitación lo que le provocaba paranoia.

Mientras lo miraba abrirse paso por la sala, él rozó el hombro contra una pareja que bailaba y el contacto hizo que la chaqueta se le echara hacia atrás, permitiendo que Ida viera algo que brillaba en la oscuridad junto a su camisa. ¿Una navaja? ¿Una pistola? Volvió a sentir pánico y no supo lo que debería hacer. El hombre seguía acercándose. La gente estaba tan pegada entre sí que él podría darle un navajazo entre las costillas sin que nadie se diera cuenta. Podría correr a los servicios y esconderse en los retretes, pero si él entraba detrás de ella, entonces estaría atrapada. Estaría más segura en la calle, donde podría correr y la gente la oiría gritar, y probablemente hubiera policías patrullando. Se dirigió a la salida, apartando a la gente lo más deprisa que pudo, de modo que algunos de los que bailaban se volvieron hacia ella y le

pusieron mala cara. Volvió la vista hacia atrás. El hombre había cambiado de dirección y seguía los pasos de Ida.

Ida aceleró y llegó hasta el final de la multitud, al espacio junto al guardarropa y la puerta delantera, y justo cuando estaba a punto de salir, una mano la agarró por el codo y sintió que le recorría un escalofrío.

—¿Te marchas tan pronto?

Ella se dio la vuelta y vio a la mujer delgada que había visto desde la barra con su amiga. Ida soltó un suspiro de alivio antes de volver la vista por encima del hombro en busca del hombre del traje negro. Este observó que Ida estaba hablando con alguien y se detuvo bruscamente, haciendo como que miraba hacia otro lado del extremo opuesto de la sala. Ida se dio la vuelta hacia la mujer, que todavía le sonreía, con su delicada cara y los ojos reflejando el resplandor de las luces irisadas del techo.

—Lo siento, tengo que irme —dijo Ida, después de mirar un momento a la mujer. Luego se dio la vuelta y salió disparada del cabaré. Cuando irrumpió en la abarrotada calle, vio que estaba tan bulliciosa como el cabaré, llena de borrachos tambaleantes, gente que bailaba y parejas que se apoyaban uno en otro para sostenerse. Ella se abrió camino en la calle, empujando a la muchedumbre, y al darse la vuelta vio que el hombre cruzaba corriendo las puertas del cabaré y la buscaba entre el gentío. La vio y sus miradas se cruzaron.

Ida siguió lanzada por la calle, tropezando con la gente. Miraba hacia atrás cada pocos segundos y veía que el hombre se acercaba quitándose a la gente de delante. Ella abandonó la acera y se internó en una calle donde había menos gente que dificultase su huida. El hombre la alcanzó y agarró justo cuando Ida estaba a punto de doblar una esquina. Ida se apartó y un coche se detuvo oscilando, tocó la bocina y ella se precipitó al otro lado de la calle. El hombre se detuvo en seco, con el coche entre ellos, y se miraron un instante. Entonces, pegados al coche, un grupo de policías bajó corriendo por la calle.

—¡Agente! —gritó Ida, y uno de los policías se separó del grupo y se detuvo delante de ella, respirando pesadamente debido a la persecución en que estuviera participando. Ida sonrió al policía y se dio la vuelta para mirar al hombre del traje negro. Este se había alejado de ella y andaba a paso rápido en dirección contraria. Ida dirigió otra vez su mirada al policía—. Lo siento, señor. Le confundí con otro.

El policía la miró extrañado y corrió por la calle para reunirse con sus colegas, e Ida, con el corazón todavía agitado, corrió a la parada de taxis más cercana. Se subió a uno que la llevara a casa, volviendo la vista constantemente para asegurarse de que no la seguía nadie, pero ni siquiera cuando entró en casa se sintió completamente a salvo. Aunque dio dos vueltas a la cerradura de la puerta y comprobó las ventanas un centenar de veces, no fue capaz de dormir hasta las primeras horas y permaneció tumbada en la cama ansiosa y desvelada. En la oscuridad oía música de *jazz* que sonaba apagada en algún sitio cercano, saltarina y tensa, ensombreciendo sus pensamientos mientras se preguntaba quién habría mandado a aquel hombre para que

la matara.



RILEY HABÍA PASADO LA NOCHE DE BAR en bar con sus antiguos amigos de la universidad; hombres que se habían hecho ricos e influyentes mientras que Riley se estancaba en el *Picayune*. Fueron de cabaré en cabaré en su convoy de coches conducidos por chóferes, se sentaron en las mejores mesas, tomaron champán, fumaron puros y se rieron escandalosamente, inmensamente satisfechos de que la vida les hubiera ido tan bien. Todos estuvieron de acuerdo en que aquella era la mejor noche de la historia de la ciudad, y en cuanto al *jazz* que tuvieron que soportar, bueno, es posible que hubiera algo en aquella música saltarina. Así que alzaron sus copas numerosas veces y brindaron por el Asesino del Hacha que había proporcionado una diversión tan estupenda.

Llegó un momento de la noche, cuando estaban en el cuarto cabaré, en que Riley ya no pudo mantener aquel nivel de gastos. Ellos, que notaron su incomodidad, y conscientes de su situación, habían empezado a pagarle las copas y a decirle con unas voces de repugnante condescendencia que no se preocupase por eso. Pero su camaradería sólo hizo que se sintiera peor, y según avanzaba la noche se fue metiendo cada vez más en sí mismo.

Uno de los hombres sugirió que, como aquella noche estaban libres de sus mujeres, podrían ir a un burdel y divertirse de verdad. Los demás se mostraron de acuerdo con roncós gritos de entusiasmo, tras pedir la cuenta, dejaron el dinero en la mesa como si fuera confeti, y avanzaron tambaleándose entre la muchedumbre hacia la salida del cabaré. A Riley se le encogió el corazón: una noche en el tipo de burdeles que frecuentaban ellos le supondría una semana de sueldo. Y además sentía náuseas. Podría haberse quedado con ellos; tenía en el bolsillo su pequeña pipa de latón, junto con su provisión de resina para emergencias dentro de una cajita de laca. Pero por algún motivo ansiaba la paz de la lavandería, el anonimato.

Salieron a la calle dando tumbos, cinco hombres de edad madura con esmoquin, las caras rojas por el alcohol. El ambiente del exterior era caótico: los cuerpos abarrotaban las calles, balanceándose bajo la lluvia, la atmósfera densa por el alcohol y el desamparo.

El aire fresco afectó a Riley, que tenía la cabeza embotada por el vino, y de pronto se sintió aturdido y enfermo. Sus amigos se tambaleaban alrededor, haciendo señas con las manos a sus chóferes gritándoles entre la muchedumbre. Se acercó a ellos y les dijo que iba a dar por terminada aquella noche, y el escándalo que armaban sus amigos se atenuó un poco. Luego se fueron callando y le miraron con el ceño fruncido y le hicieron preguntas mientras él ofrecía débiles excusas, explicando que en realidad no se sentía con ánimos. Se despidieron de él con tristes lamentaciones y Riley se alejó calle arriba odiándose a sí mismo. Había dado la espalda a sus amigos, había dado la espalda a la mejor fiesta que hubiera habido en la ciudad, para ir a

sentarse solo en el suelo de una triste lavandería de la avenida de los Campos Elíseos.

Conforme se alejaba del Tango Belt, por calles que llevaban al norte, la muchedumbre y el ruido disminuyeron, hasta que Riley se encontró completamente solo. Ya no se veían luces brillantes ni juerguistas, pero aún oía la música, tenue y débil que se filtraba a las calles. Ya no había cabarés cerca, y Riley se preguntó cómo podía conjurar la ciudad aquella música.

Perdido en el discurrir de sus pensamientos no se fijó en los dos hombres con gorras de lana que acechaban en la sombra detrás de él. Cuando llegó al río, uno de ellos sacó una porra de la manga y la sujetó en la mano, y el otro comprobó una vez más la cuerda que tenía enrollada en la bolsa que le colgaba del hombro. Riley había llegado al recodo de la calle North Peters, a medio camino entre los Campos Elíseos y la oscura y nutriente agua del Mississippi, cuando los dos hombres se acercaron y le preguntaron la hora.

LOS RUIDOS DEL CARNAVAL SE COLABAN desde la calle por las ventanas abiertas de la comisaría y llegaban hasta el despacho de los inspectores donde Michael estaba caído encima de unos documentos, durmiendo inquieto. Los ruidos de la calle se filtraban en sus sueños, mezclándose en una pesadilla espasmódica: un paseo por una recreación infernal de Nueva Orleans. Era de noche y las calles estaban abarrotadas de gente como en el Mardi Gras, pero sus caras estaban distorsionadas y resultaban grotescas, con muecas fijas o sonrisas que les estrechaban los ojos. Vio ángeles y demonios rondando entre la multitud, doctores vudú con sombrero de copa, negros con la cara pintada de blanco y blancos con la cara pintada de negro. Un criollo esquelético revolvía un cubo en la esquina de una calle y Michael se detuvo para mirar dentro; un guiso de varios miembros y caras de personas de su infancia que habían muerto hacía mucho tiempo.

Pasó tambaleándose junto a edificios en llamas, con sus balcones de hierro forjado brillando al rojo vivo flotando como arabescos en el cielo nocturno. En otros lugares, huracanes barrían las calles y levantaban en el aire a parejas sonrientes. Y durante todo ese caos la gente se reía y bebía aguardiente casero, o se tambaleaba abrazada, con la ropa desgarrándoseles cuando caían, los ojos rojos y ardientes. Otros enlazaban sus brazos con los demonios y bailaban al ritmo de las bandas que tocaban nocturnos extravagantes en el terreno a oscuras fuera de los límites de la ciudad. La música era cada vez más alta, empezaba a sonar como un timbre, insistente, imparable, en un tatuaje siniestro que producía dolor.

Michael despertó y se frotó los ojos. El suelo del despacho lo veía borroso, las luces del techo quemaban. Descolgó el teléfono, más para que no sonase que por otra cosa. Las dos y en el Distrito Séptimo todo estaba tranquilo: ninguna novedad, ningún asalto, sólo detenciones por desórdenes de borrachos y otros delitos menores. Un minuto después llegó otra llamada; del Distrito Cuarto, que también informaba de que a las dos todo seguía tranquilo. A los diez minutos habían llamado los doce distritos. Nada. Si el Asesino del Hacha había actuado a las 12:15, como había dicho, o bien todavía no habían encontrado nada, o no se descubriría hasta por la mañana.

Michael se volvió a frotar los ojos y echó un vistazo a la sala. Kerry estaba dormido en su sillón al otro lado de la mesa. Michael decidió quedarse otro par de horas y luego dar por terminada la noche. Estaba empezando a sentir claustrofobia por estar encerrado en el edificio tanto tiempo. Aquella mañana, cuando al resto de los hombres se les encomendaban sus tareas, el capitán McPherson le había informado de que él se quedaría en la comisaría esa noche.

—Te queremos en el cuartel general para que lo coordines todo —dijo, sin más—. En la central, así puedes llegar enseguida a cualquier sitio si actúa el Asesino del Hacha.

Con aquel intento por asegurarle a Michael que la decisión no era una humillación, confirmó lo opuesto: que a Michael se le retiraba de la calle el día más importante de la historia del departamento. Apartado de su propia investigación durante aquella noche, Dios sabía por qué motivo. Michael había mirado fijamente al viejo con incredulidad, pero no se había enfadado, asintió y se marchó. Estaba llegando al meollo de la cuestión, y saberlo le hacía estar más tranquilo de lo que habría estado en otras circunstancias.

A primera hora de la mañana habían llevado a Amanzo ante el juez, que le puso una fianza. Michael ordenó a dos hombres que le siguiesen, y se había ocupado de sus coartadas de la noche del asesinato de Lombardi: otro portero del club nocturno, el encargado del local y dos bailarinas del coro. Todos habían respaldado la historia de Amanzo. Los agentes habían registrado su casa y no encontraron nada. Ahora la única esperanza de Michael era que Amanzo cometiera un desliz, y que los dos hombres que le pisaban los talones lo pillaran. O eso, o que alguien por encima de Amanzo fallara en un intento por quitarle la vida. Lo que era más probable, sin embargo, era que Amanzo se largase de la ciudad, y la única pista que le quedaba a Michael desapareciera en el inescrutable y vasto interior del país.

Michael se dirigió cansinamente a la ventana y miró la calle. Todavía estaba entregada a la fiesta, atestada de gente, borracha, tambaleante, con sus trajes de noche empapados de lluvia. La comisaría ni siquiera estaba enclavada donde tenía lugar el alboroto principal; debía de ser incluso peor en el centro del Tango Belt. Le gustaría saber cómo les iba a Annette y los niños. Se encaminó a la máquina del agua y llenó un par de vasos de plástico. Volvió junto a Kerry y le dio un meneo para que se despertase. El chico le miró con ojos soñolientos y el pelo aplastado a un lado.

—Un poco de agua, hijo —dijo Michael—. Voy a salir para tomar un poco de aire fresco.

—Iré yo también —dijo Kerry, con voz adormilada.

Bebieron el agua y se dirigieron fuera, cruzando apresuradamente el vestíbulo y saliendo a los escalones de la comisaría. Michael encendió un cigarrillo y bostezó, la impenetrable humedad de la noche le chupaba la energía. Se llevó las manos a las caderas y miró a los juerguistas que se abrían paso tambaleándose por las calles. No era tan diferente al desenfreno y el desorden de su sueño. Incluso se fijó en unas «muñecas», prostitutas negras de la parte alta que en los desfiles se ponían sugerentes vestidos de niñas pequeñas. Una pareja de borrachos bien vestidos se abrió paso dando tumbos por la calle y chocó con las muñecas, que protestaron y pusieron mala cara hasta que el hombre sonrió y ofreció a las chicas un trago de la botella de champán que llevaba en la mano.

Un turismo Paterson azul procedente de otra manzana arrancó y se abrió paso lentamente por la calle. Los juerguistas se apartaban como una marea. El coche pasó por delante de la comisaría y se detuvo unos metros después. La masa de gente bloqueaba su visión. Kerry bostezó y entonces Michael se fijó en que unos hombres

saltaban fuera del coche, con algo brillándoles en las manos. Sacaron unos tubos oscuros de sus chaquetas y los dirigieron hacia la comisaría.

Michael gritó a Kerry y se oyeron disparos que perforaron los tímpanos. Los escalones a su alrededor empezaron a restallar cuando los alcanzaban las balas, fragmentos de piedra salieron saltando hacia arriba como atraídos por el cielo. Michael agarró a Kerry por el cuello y corrieron a buscar protección en el muro bajo de piedra que se extendía al lado del edificio. Se tiraron al suelo detrás del muro mientras a su alrededor llovían las descargas. La piedra adquirió vida cuando se astillaba bajo la granizada de balas. El ruido de los gusanos metálicos que cortaban el granito producía sonidos estridentes y ensordecedores que hacían pitar los oídos de Michael, y el mundo quedó en silencio. Vio que nubes de polvo de la piedra se alzaban silenciosamente en el aire cada vez que una bala alcanzaba los escalones chamuscados. Y entonces un sonido llenó el silencioso vacío de su mente, la música de su sueño, la serenata mortal de las bandas de música.

Alzó la vista: el coche estaba rodeado de hombres sin cara, cada uno con una escopeta, brotes naranja titilaban a través de la lluvia, fogonazos de disparos trazaban una silueta en torno a la masa oscura del coche. Vio a transeúntes que gritaban y corrían para ponerse a salvo, a la pareja bien vestida protegiéndose en la entrada de una tienda.

No estaba seguro de cuánto duró aquello ni de cuándo cesaron los fogonazos, pero recordó que oía pitidos en los oídos, luego gritos. Luego el chirrido de las ruedas del coche. Abrió los ojos y recorrió con la vista la calle: el coche se alejaba avenida abajo, haciendo sonar su bocina. Se levantó para perseguirlo pero casi se cae al suelo: los escalones se balanceaban e inclinaban. Apoyó la mano en la pared para reafirmarse y entonces vio a Kerry, caído en un charco de sangre, los miembros retorcidos en posición nada natural como un muñeco de trapo desechado.

Michael le miró fijamente, luego se arrodilló y trató de levantarlo, pero al hacerlo de la boca del chico salió un borbotón de sangre. Kerry intentaba respirar, pero tenía obstruida la tráquea, trozos de metal ardían en sus pulmones. Clavó en Michael una mirada patética de miedo y desconcierto y luego sus ojos se pusieron blanquecinos e inexpresivos y Michael notó que la respiración dejaba el cuerpo del chico con un espasmo que los sacudió a los dos.

Michael se sentía mareado y enfermo, y el cuerpo de Kerry de pronto le pesó mucho en las manos. Tenía una sensación de dolor en los brazos, cercanos y distantes los dos, así que bajó el cuerpo y respiró profundamente unos segundos. Sintió la presencia de algunos veteranos de la comisaría inquietos a su alrededor, unos le ponían la mano en el hombro, otros corrían calle abajo. Volvió a mirar la cara de Kerry; la expresión asustada, sin color y la lluvia que recogían sus ojos verde oliva. Se estiró y cerró los párpados del chico, y cuando lo hizo le asaltó una rabia salvaje, violenta que hizo que desapareciera el mareo, la confusión y el dolor. Se levantó temblando, miró al grupo de gente que se estaba reuniendo a su alrededor, y se lanzó

calle abajo.

Agitó su pistola en el aire y gritando a la gente que se apartara de su camino se unió a los veteranos en su persecución. Los jueguistas chillaron y miraron con estupor cómo los apartaba el grupo de policías. Estos doblaron la esquina y vieron el coche al final de la calle; su avance bloqueado por algo, el conductor haciendo sonar enloquecido la bocina. Los hombres del asiento de atrás miraron a sus espaldas. Michael hizo unos disparos al aire y los jueguistas corrieron en busca de protección. Los hombres del coche se asomaron por las ventanillas y dispararon, pero Michael siguió corriendo hacia ellos. Disparó al coche, vaciando el cargador de la pistola y rezando por que todas las balas dieran en el blanco. Pero las balas chocaron contra el metal, y entonces el obstáculo que impedía el paso al coche desapareció, y el vehículo dobló la esquina y aceleró perdiéndose en la noche.

Michael continuó en su persecución, aunque sabía que no tenía posibilidad de atraparlo. Siguió corriendo hasta que de pronto sintió que se encontraba mal y se le doblaban las piernas. Cayó al suelo, su revólver rebotó en la calle, y al cabo de un momento, vomitó.

Al final los veteranos se reunieron con él y los oyó discutir sobre disparos, arterias y sangre, aunque en su estado de aturdimiento no pudo entender lo que estaban diciendo. Pero entonces se miró el hombro, vio sangre corriendo y comprendió que le había alcanzado un tiro. Los veteranos lo levantaron y se lo llevaron, dando traspies al pasar junto a la gente. Llegaron a la comisaría y Michael echó una ojeada al cuerpo de Kerry, todavía extendido sobre los escalones. Unos cuantos agentes de uniforme habían formado un cordón para contener a los mirones, y otro le estaba echando una manta por encima. Se fijó en que la sangre de Kerry goteaba escalones abajo y el agua de lluvia se la llevaba hacia el desagüe lleno de barro.

## QUINTA PARTE



# The Times-Picayune

Sábado 12 de abril, 1919

## El tiempo

Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, Nueva Orleans, Luisiana, 14 de mayo.  
Estado del tiempo: Nueva Orleans, Luisiana, 13 de mayo de 1919, 21 horas.

### **La inusual situación meteorológica va a continuar Posible alerta por temporal**

Las condiciones de presión y viento sobre Santo Domingo y las Bahamas indican la posible presencia de una perturbación al este de las Bahamas. El Servicio Meteorológico Nacional ha recibido esta tarde un informe de Nassau que sugiere que un posible temporal alcanzará la región de Florida. Si la dirección cambia, se izarán banderas que anuncien un huracán.

### **Previsiones**

Luisiana: Miércoles, la lluvia y el viento van a continuar en el norte, posible temporal en la zona sur: sin cambios de temperatura. Jueves, vientos ligeros, posibilidad de lluvia en la zona sur.



**A** LA MAÑANA SIGUIENTE IDA despertó con los ojos pesados y resaca, y mentalmente retrocedió hasta el hombre que la había perseguido, su rostro impenetrable, la mirada de fría amenaza de sus ojos y el brillo del arma escondida bajo su chaqueta. Una oleada de agitación le recorrió el pecho y, como consecuencia, tuvo una sensación de malestar en la boca del estómago. Le costó un rato salir de la cama y reunir las ganas necesarias para tratar de hacer algo durante el día. Tenía tiempo de sobra antes de reunirse con Lewis y Buddy, así que se lavó y vistió y se dirigió a la parada de tranvía sin dejar de mirar hacia atrás por encima del hombro.

Había hablado con Lewis la noche anterior quien le había dicho que Buddy había terminado su reconocimiento de la casa y tenían previsto entrar aquella noche. Pero después de lo que había pasado en el cabaré no estaba segura de que fuera muy inteligente hacerlo, pues alguien podría estar vigilándoles todo el tiempo. Que ya no realizara la investigación en secreto había cambiado mucho las cosas, y se preguntó cómo lo habrían descubierto. Debían de habérselo contado a alguien que se lo había contado a otra persona. ¿Leeta? ¿Buddy? ¿Lulu White? ¿Lefebvre?

Sólo se relajó un poco cuando estuvo sentada en la parte de atrás del tranvía y se convenció de que no tenía a nadie pegado a los talones. Se fijó en que habían dejado un periódico en el asiento de al lado, así que lo cogió para no seguir dándole vueltas a las cosas. La primera página la ocupaba casi por completo un artículo sobre los preparativos para la noche anterior; los periódicos habían entrado en prensa mucho antes de que se iniciara la Noche del Asesino del Hacha. Había declaraciones del alcalde y el jefe de policía sobre cómo protegería la ciudad a sus habitantes, y se mencionaba al inspector que estaría a cargo de la operación, Michael Talbot.

Ida no había visto nunca al inspector, pero había oído hablar a Lefebvre de él en varias ocasiones, la más reciente sólo unos días antes, cuando maldijo su nombre después de que aparecieran dos policías por la agencia y le pidieran que los acompañase a la comisaría para responder a unas preguntas. Había muchos rumores, la mayoría referidos a una mujer de color que el detective mantenía supuestamente oculta en su casa.

Al fin el tranvía llegó a su parada e Ida hizo sonar la campana, se apeó y anduvo hasta el Refugio para Débiles Mentales de Luisiana, esta vez entró al edificio por la parte delantera. Cuando vio el comedor para veteranos dos noches atrás, y comprendió su relación con el caso, no estuvo muy segura de lo que debería hacer con esa información. Pero ahora que se había descubierto su tapadera, no tenía nada que perder por ir directamente al origen del misterio. Anduvo por el sendero hasta el porche del ala principal y entró en la recepción.

Sacudió el agua de su paraguas y se acercó a un mostrador, donde estaba sentada una monja de edad madura que miraba a Ida con una débil sonrisa en los labios.

—Buenos días, señorita —dijo la monja, señalando con la cabeza el paraguas de Ida—. Un tiempo terrible.

—Desde luego —contestó Ida con una sonrisa—. He venido a ver al general Kline.

La monja la miró un momento.

—¿Cuál es la naturaleza de su visita, señorita? —preguntó, en un tono amable pero desconfiado.

—Trabajo con John Lefebvre. Él lo entenderá.

La monja la observó un momento, con una sonrisa tensa.

—Veré si está libre —dijo finalmente, levantándose y saliendo de la recepción por una puerta batiente que cerró ruidosamente después de cruzarla. Ida echó una ojeada a su alrededor mientras esperaba. Era un sitio decorado con sencillez: baldosas blancas y negras en el suelo, y helechos en tiestos de terracota bulbosos colocados en los rincones. Detrás del mostrador había un retrato de un monje medieval y debajo una placa con el nombre, «San Vicente Paul», el santo patrón de la orden que regentaba el sanatorio. Ida miró el retrato un momento, un anciano francés amable con una sotana negra. Oyó un ruido y al alzar la vista vio que la monja volvía con una sonrisa en la cara.

—Por favor, rellene el registro de visitantes —dijo, haciendo un gesto hacia el libro que estaba sobre el mostrador—, y la llevaré a ver al general.

Bajo la curiosa mirada de la monja, Ida relleno el registro con el nombre de Carmelita Smith. Luego fue conducida fuera de la recepción siguiendo un largo pasillo alfombrado. Se acercaron a una puerta numerada y la monja llamó suavemente con los nudillos.

—Entre —dijo una voz desde el interior.

La monja abrió la puerta e hizo un gesto a Ida para que entrara. Ida sonrió y entró. La habitación parecía más una *suite* presidencial que una celda de un hospital psiquiátrico: espaciosa y limpia, y bien provista de muebles de la época francesa. Una mesa de despacho de caoba y una estantería con libros estaban en una esquina, y en otra una zona para recibir con una mesa baja y sillones chesterfield. Una gran ventana daba a los jardines barridos por la lluvia de la parte de atrás del edificio donde Ida había sobornado a la muchacha en su visita anterior. Delante de la ventana, sentado en una silla tapizada, con las manos unidas y apretadas delante de su barbilla, estaba un hombre blanco de aspecto anciano vestido elegantemente con un traje azul marino y corbata borgoña.

Sonrió a Ida con una ligera expresión de desconcierto y abrió una mano insegura señalando la silla enfrente de él. Ida sonrió y se sentó remilgadamente en la silla.

—General —dijo.

—Samuel —replicó él amablemente.

Tenía un aire de patricio, amistoso, urbano y como de hombre de estado; nada que sugiriera locura, nada que revelara maldad.

—He venido para hablar de John Morval —dijo Ida sin rodeos, y Kline enarcó sus cejas ralas.



UNA HORA DESPUÉS IDA DEJABA el sanatorio, con el misterio del Asesino del Hacha mejor resuelto de lo que podía haber esperado, pero sin experimentar ninguna alegría ni sentir que hubiese obtenido un logro, sólo con un miedo intenso y paralizante. Tomó el tranvía hacia el centro de la ciudad, se detuvo cerca del banco Hibernian, donde guardaba sus escasos ahorros, y los retiró casi todos. Luego anduvo por la calle Lafayette bajo la lluvia, en busca de un abogado.

LUCA CAMINÓ FATIGOSAMENTE POR las afueras de la ciudad en el crepúsculo previo al amanecer, dirigiéndose al río. Un ejército de estibadores iba camino del trabajo, y se unió a ellos, siguiendo el Mississippi donde se arqueaba hacia el sur. Incluso antes de amanecer y con la lluvia cayendo con fuerza, el río olía a industria pesada, a gasolina, aguarrás, alcantarilla y humo. Luca dobló al oeste cuando llegaron al centro de la ciudad y se encaminó al Mercado Francés. Los vendedores ya habían montado sus puestos, y él se detuvo a tomar un café en un carrito ambulante. Se dirigió a la oficina de correos de enfrente de la entrada al mercado y usó el teléfono público para llamar al hotel. El conserje le dijo que aquella mañana habían dejado una carta para él y Luca preguntó si todavía estaba la policía rondando cerca del hotel. Cuando le dijo que sí, Luca pidió al conserje que abriera el sobre y le leyera la carta. Tomó nota de los detalles y luego le dijo al conserje que la quemara. La mandaba un antiguo administrador de la propiedad Belle Terre en respuesta a la carta de Luca. El hombre estaba dispuesto a hablar, pero quería dinero.

Luca colgó y se dirigió a la oficina de Sandoval, un piso de tres habitaciones bien situado del distrito financiero. Sandoval parecía un poco preocupado cuando Luca llegó y le entregó el dinero sin demasiadas preguntas. Luca le dio las gracias y volvió a salir a la calle.

Se detuvo en Krauss y compró ropa nueva, pidiendo al vendedor que tirara la que llevaba puesta al entrar en la tienda, y cinco minutos después estaba en la estación Terminal. Recorrió dos veces con la vista el vestíbulo de la estación y no consiguió ver a nadie que le siguiera, así que fue al despacho de billetes y compró uno de ida y vuelta a Lafourche, luego se abrió paso entre la gente y se subió al tren.

Tras una breve espera, el tren arrancó y Luca contempló los edificios y las viviendas que pasaban sesgados entre las gotas de lluvia que caían por el cristal. El tren traqueteó al cruzar el puente del río y recorrió las afueras. Justo cuando estaba cruzando el segundo recodo del río, se fijó en algo: en las orillas unos trabajadores removían frenéticamente la tierra y colocaban sacos de arena. El río estaba desbordándose. Todavía no se salía del cauce, pensó Luca, pero si la lluvia no paraba pronto podía producirse una inundación; en todos los diques trabajaban grupos de trabajadores y campesinos, gritándose órdenes a gritos unos a otros, con miedo y ansiedad en el semblante.



LUCA SE BAJÓ DEL TREN EN UNA PARADA que no era más que un chamizo ruinoso para el

jefe, con un par de pasarelas de madera a cada lado de las vías. Más allá de la parada vio un grupo de edificios, y más lejos aún, campos vacíos que se extendían hasta el horizonte.

Llegó a la plantación tras una caminata de media hora y comenzó a explorar, tratando de seguir un camino a lo largo de los límites de la propiedad. Los terrenos de la propiedad estaban separados por caña de azúcar, y los campos se extendían sobre colinas ligeramente onduladas, y como la caña de azúcar se había reducido a retoños, era lo bastante baja para permitir una visión decente del conjunto. Al cabo de una hora había rodeado lo que creyó que era el perímetro de la propiedad y no había visto nada anormal. Nada de plantas de droga, ni alambiques para hacer *whisky*, ni arboledas ni bosques u otros sitios donde los dueños podrían esconder cargamentos o cosechas ilegales.

Encontró un cartel de la propiedad al comienzo de un sendero embarrado y lo siguió con esfuerzo. Al cabo de unos minutos quedó a la vista una casa abandonada de la plantación de antes de la guerra, un edificio descabalado al final de una larga avenida de robles, magnolias y pacanas. Luca supuso que en algún momento los jardines que rodeaban la casa habían estado bien cuidados, llenos de camelias, azaleas y otras plantas delicadas que necesitaban un ejército de trabajadores para atenderlas. Pero cualquier orden impuesto a los terrenos por sus cuidadores había desaparecido hacía tiempo bajo la presión del descuido, y ahora los jardines parecían más bien campos en barbecho, ahogados por hierbajos, arbustos y retoños.

Llegó al final de la avenida y se detuvo a mirar la casa, contemplando su fachada resquebrajada con un desasosiego creciente. Tenía tres pisos, una hilera de columnas dóricas blancas en la parte delantera, una galería, balcones en cada piso y ventanas abuhardilladas dispersas a lo largo del tejado.

Pero todo se había dejado pudrir. Las ventanas habían sido condenadas y los tablones que protegían la casa estaban retorcidos, rotos y maltrechos por los temporales. Los pájaros habían anidado en los aleros y manchado las paredes, y la pintura blanca que una vez había recubierto la casa estaba cuarteada y desconchada. La casa, tan vacía y deteriorada, tenía un aspecto siniestro, embrujado.

Luca se abrió paso entre la maraña de maleza, matorrales y enredaderas que se agarraban al edificio y saltó a la galería. Al acercarse a la puerta principal, notó que el sitio olía a muerto, a carne podrida. No sabía si los animales se las habían arreglado para entrar en las ruinas y habían quedado atrapados, o si los osos traían a sus presas para comérselas sin que los molestasen. Tuvo la sensación de que el edificio emanaba maldad mientras seguía en pie entre su propia decadencia.

Atisbó por las rendijas de los tablones que tapaban una de las ventanas junto a la puerta principal. Tuvo una visión fragmentaria —un espacio vacío, polvoriento— y notó el mismo olor a carne podrida que llegaba fuera. Dos ratas pasaron corriendo por lo que supuso había sido la sala de baile, produciendo ondulaciones en los charcos de lluvia que ennegrecían las grandes alfombras y los suelos de parqué. Las paredes

estaban llenas de moho, y los frisos dorados que una vez recorrieron la parte de arriba, habían caído al suelo, donde yacían rotos y brillantes en la suciedad. En el extremo más alejado distinguió una gran escalera con su alfombra y barandillas de roble todavía intactas, que se perdía en la oscuridad.

Se apartó de la ventana, desconcertado por la casa y su olor a podrido, y la maldad que parecía emanar de ella. Se dio la vuelta, volvió a recorrer la galería y regresó a la maleza de la avenida. Comprobó una vez más las indicaciones que tenía, contento de alejarse de la casa, y tomó un sendero que doblaba a la derecha.

Al cabo de unos minutos de caminar por una pequeña colina, y pasado un ingenio azucarero en ruinas, llegó a una cabaña grande de adobe situada junto a una corriente. Se acercó y vio a un viejo sentado en el porche que miraba los campos inundados de lluvia, fumaba un puro barato y se balanceaba adelante y atrás en una mecedora. Cuando Luca estuvo más cerca vio, junto al hombre, una mesa baja con libros apilados, un cenicero y una taza de porcelana.

—Buenos días, señor —dijo Luca, quitándose el sombrero—. Soy el que le mandó la carta.

El hombre le miró y asintió.

—Lo sé —dijo—. No hay tantas visitas como para no saber de quién se trata. —Hablabla despacio, tomándose su tiempo con las palabras, su voz sonora y con un fuerte acento—. Será mejor que te apartes de la lluvia, muchacho —continuó—. Rosie te dará una toalla y ropa para que te cambies.

Una mujer tan vieja y frágil como el hombre salió por la puerta que llevaba al interior de la cabaña y sonrió amablemente.

—Bueno, mira cómo estás. Entra y te secaremos —dijo.

—Gracias, señora.

Le llevó a un cuarto de baño y trajo una palangana de agua caliente, una toalla, una camisa de algodón áspero y unos pantalones. Él se lavó en la palangana, se secó y se cambió de ropa. Colgó a secar la ropa que llevaba y puso el dinero de Sandoval en la nueva camisa.

Cuando volvió al porche, el viejo todavía se balanceaba adelante y atrás, mirando los campos.

—Siéntate —dijo—. Rosie te ha dejado una taza de té en la mesa.

Luca dio las gracias al hombre, se sentó y tomó un sorbo de té: de menta con mucha melaza. Los dos hombres miraron los campos, observando a la lluvia aplastar las plantas. Luca distinguió sobre la última cresta la casa que había dejado atrás, alzándose sobre la línea del horizonte y destacando ante las nubes de tormenta.

—La cosecha casi se ha echado a perder —dijo el hombre inexpresivamente, sin una pizca de amargura en la voz—. A la caña de azúcar no le convienen los suelos inundados. ¿Cultivas? —Luca negó con la cabeza y el viejo asintió—. Una pena —añadió—. Ahora no hay nada que hacer más que esperar a que pare la lluvia. Soy Jacob. —Volvió la cabeza para mirar a Luca a los ojos.

—Luca. Encantado de conocerle —dijo Luca, extendiendo la mano para estrechar la del viejo.

—¿Italiano? —El viejo no movió la mano para agarrar la de Luca. Luca asintió y el viejo le miró con desconfianza—. Claro. Eso pensé cuando te vi subiendo por el sendero —dijo—. No te preocupes, no tengo nada contra vosotros. —Al fin el viejo se estiró y estrechó la mano de Luca—. Lo primero es lo primero —añadió—. Por viejo que seas, estas cosas no dejan de resultar incómodas. —Luca sonrió y sacó el sobre del bolsillo de la camisa. El viejo lo cogió, contó los billetes y se guardó el sobre en un bolsillo interior—. Muy agradecido —dijo. Se volvió a apoyar en la mecedora y se balanceó de nuevo—. ¿Entonces qué es lo que sabes ya? —preguntó—. ¿Y qué quieres saber?

Luca lo pensó un rato antes de hablar.

—Sé que estos terrenos son propiedad de un grupo financiero, y que a los dueños de esa empresa los ha ido matando uno a uno el Asesino del Hacha. Sé que la empresa se hizo con esto allá en 1888 tras engañar a una borracha del pueblo que se llamaba Maria Tenebre para que hiciera de intermediaria, y que unos meses después la mataron. También sé que el abogado que arregló todo se esforzó por mantenerlo en secreto, y que usted consta como encargado de estos terrenos desde 1902 hasta su jubilación.

Luca miró al viejo, que a su vez lo miró a él con severidad durante un momento antes de responder.

—Si eso es todo lo que sabes, hijo mío —dijo—, entonces no sabes ni la mitad.

El viejo sonrió, detuvo la mecedora y se inclinó sobre la mesa. Sacó un puro de una cigarrera de latón y se lo puso en la boca, deslizándolo por los labios un momento. Ofreció uno a Luca, que lo aceptó, luego lo encendió y volvió a repanchingarse en su mecedora.

—Oye, chico —dijo—. ¿Te gustan los cuentos de terror?

—LOS NIÑOS SE LEVANTARÁN PRONTO —dijo Annette, sin ningún tipo de insinuación en el tono de voz. Miró a Michael, se levantó de la mesa de la cocina y anduvo blandamente hasta la encimera, sus pies descalzos, suaves y callados por el suelo gélido de la noche. Michael miró las marcas que dejaban los pies en las baldosas: islas flotantes y atolones de condensación del calor. Supuso que ella quería que se asease antes de que lo vieran los niños, que se diera una ducha y se cambiara de ropa, o al menos fuera a tumbarse al dormitorio hasta que Thomas y Mae hubieran salido de casa. La idea de que sus hijos le vieran ensangrentado y sin haber dormido produjo a Michael una especie de decaído pánico, y la bilis y el *whisky* de centeno de su estómago se revolviéron una vez más produciendo una náusea que se estaba haciendo alarmantemente familiar.

Annette levantó el cazo del fogón, lo puso debajo del grifo y abrió el agua. Mientras esperaba que se llenase, apartó un poco el visillo de la ventana y echó una ojeada al patio trasero. La luz del día trepaba sobre la valla, sesgada y pálida, y destacaba la silueta de los dos policías que estaban parados junto a la puerta de atrás, protegiéndose de la lluvia. Miró el perfil de los fusiles que les colgaban de los hombros, los cañones apuntando hacia el amanecer, en los gruesos troncos de la cerca, y se preguntó si los niños verían a los dos hombres desde la ventana del cuarto de baño cuando se estuvieran preparando para ir al colegio.

Los colegas de Michael la habían despertado justo después de las cuatro. Entraron con las llaves de Michael, llevaron a su marido al cuarto de estar y le tumbaron en el sofá junto al fuego. Ella se les unió, despertada por el ruido y el vacío al otro lado de la cama. Se presentó como «la doncella del inspector Talbot», sintiéndose idiota incluso cuando lo decía, y después de un embarazoso momento para entenderlo, el hombre que parecía al cargo le contó lo que le había pasado a Michael. Ella le escuchó atentamente, sintiendo frío e indefensión en camisón, con los brazos cruzados en el pecho. El hombre le habló con una autoridad gélida, echando de vez en cuando ojeadas a sus hombros desnudos. Le contó que pondrían a cuatro hombres a vigilar la casa para seguridad de la familia; dos en un coche delante, y dos en la parte de atrás. Cuando ella preguntó por la herida de bala del hombro de Michael, le dijo que sólo era un arañazo, que se la habían limpiado y que Michael se había negado a ir al hospital. Los hombres dejaron la casa inmediatamente después, manchando de barro las alfombras con sus recias botas reglamentarias de policías. Mientras Annette volvía después de comprobar que se habían ido, tuvo una sensación de desasosiego, de que habían mancillado su casa; de profanación.

Cuando regresó, Michael se había dejado caer en una silla de la mesa de la cocina, y tenía delante una botella de *whisky* de centeno y un vaso. No había encendido la luz y estaba sentado medio a oscuras, medio iluminado por los rayos



sesgados del cuarto de estar. La luz le incidía de tal modo que las marcas de la cara se veían en relieve, haciéndole parecer extraño, macabro.

Le miró, entró a zancadas en la cocina, cogió otro vaso de la alacena y se sentó a la mesa. Michael sirvió una buena cantidad a los dos y por primera vez desde que había llegado le habló.

—Después de que termine esto, ¿quieres marcharte de Nueva Orleans? —preguntó, deslizando el vaso de ella por la mesa. Lo dijo como si estuviera confesando algo, librándose de un gran secreto. Ella se mordió el labio cuando le miró, fijándose en la sangre de su traje arrugado, roto, su cara cenicienta.

—¿Cuándo va a terminar eso? —preguntó Annette, no segura del todo de lo que era «eso».

Él se encogió de hombros y dio un sorbo al *whisky*.

—Pronto, supongo.

Ella tuvo la sensatez de no preguntarle hasta qué punto corrían peligro, ni quién era el que había tratado de matarlo, o lo que significaba que hubiera policías vigilando la casa. Siguió sentada con él y escuchó, viéndole beber, sin dejar de mirarle maternalmente. Michael se entregó al *whisky* con constancia y habló del semblante del chico cuando murió, de lo patético e injusto que fue todo. Le había hablado del chico con anterioridad, y Annette se dio cuenta de lo mucho que significaba para él tener a alguien a quien enseñar. Habló de todo eso con una resignada distancia y unos ojos que se fueron tornando más vidriosos conforme bebía.

Cuando Annette estaba de pie junto a la encimera contemplando el amanecer en el patio de atrás, él había terminado la primera botella de *whisky* y había empezado la segunda. Mientras ella miraba por la ventana, uno de los policías se dio la vuelta y se cruzaron sus miradas. Sobresaltada, Annette volvió la cabeza y dejó que el visillo cubriera la ventana otra vez. Luego se maldijo por permitirles que la hicieran sentirse incómoda en su propia casa.

Cerró el grifo y levantó el cazo del fregadero. Vio a través del visillo que el policía se daba la vuelta y le decía algo a su compañero, y los contornos de los cañones de los fusiles se balancearon mientras los dos hombres soltaban una risita. Dejó el cazo en el fogón, lo encendió y se dispuso a preparar café y una tostada para Michael. Miró el reloj de la pared y supuso que tenía tiempo suficiente para hacerle el desayuno y meterle en la cama antes de que se levantaran los niños y empezasen a hacer preguntas. Abrió una alacena y sacó un bote de café molido.

—Voy a hacer el desayuno y te lo vas a tomar —dijo, en un tono más severo de lo que pretendía.

Como Michael no respondió, se dio la vuelta y le sorprendió ver que la habitación estaba vacía. Frunció el ceño un momento, luego oyó que se cerraba la puerta de entrada. Suspiró y cruzó la cocina hasta las ventanas del cuarto de estar, fijándose en el barro seco de la alfombra. En la calle, delante de la casa, Michael, inclinado sobre el coche de la policía, hablaba con alguien por la ventanilla del lado del acompañante.

Annette se fijó en que la lluvia le estaba mojando la espalda y esperó que se diluyera un poco la sangre.

Michael dio un puñetazo en el techo del coche. Los dos policías se miraron, acto seguido uno se apeó y Michael ocupó su puesto en el asiento del acompañante. El policía que conducía arrancó el motor y el hombre expulsado corrió hasta los escalones de la casa y se puso a vigilar junto al porche. El conductor puso el coche en marcha y se alejó por la calle vacía bañada por la lluvia. Antes de apartarse de la ventana, Annette vio desaparecer el coche al doblar la esquina. Volvió a la cocina. Se sentía sola, abrumada por la sensación de que las cosas habían empeorado.

VEINTE MINUTOS MÁS TARDE MICHAEL subía inseguro los escalones de la comisaría. Se sentía culpable por marcharse sin decir nada, pero sabía que Annette habría intentado detenerle, habría impuesto su sensatez y hubieran discutido. Sabía quién le había intentado matar, y sabía que tenía que actuar antes de que fuera demasiado tarde.

Pasó junto al lugar donde había caído el cuerpo de Kerry la noche anterior y advirtió que ya habían limpiado la sangre. Se preguntó dónde estaría ahora el cuerpo del chico antes de darse cuenta de que probablemente en el depósito de cadáveres, desnudo y frío sobre una superficie deslizante. Sintió amargor en el estómago cuando miró las losas del suelo, agrietadas por las balas, picadas de viruela y llenas de cicatrices como su propia piel. La gente había puesto a un lado ramos de flores y coronas. Alguien había dejado una vela metida en un tarro de cristal delante de una postal barata del arcángel san Miguel, santo patrono de la policía. La vela se había apagado porque el tarro ya estaba lleno de agua de lluvia marrón, sucia de barro.

Michael dejó atrás el chaparrón y entró en el vestíbulo medio vacío. Reinaba el silencio y se preguntó si se debería a la muerte de Kerry, aunque luego comprendió que la mayoría de los agentes estarían probablemente en casa, durmiendo tras la noche de guardia, y los que quedaban estaban a punto de terminar su turno de veinticuatro horas. Pasó la zona de archivos y se fijó en que los agentes que se ocupaban de ellos parecían agotados y de mal humor, después de una noche entera comprobando los partes de detenciones de la fiesta de la noche anterior. Los hombres lo vieron pasar, alzaron la vista y le saludaron con la cabeza, sombríos, y Michael también hizo el mismo gesto y continuó su marcha hasta la escalera.

La oficina estaba mucho más movida que el vestíbulo. La mitad de los del turno de día ya estaban trabajando, y se imponía el ruido de la actividad. Cuando Michael entró, la planta quedó en silencio, sus colegas le miraron con expresión desconcertada, casi de sobresalto. Luego uno a uno se acercaron y le ofrecieron sus condolencias. Le dieron palmadas en la espalda, le estrecharon la mano y le dijeron lo mucho que apreciaban al chico y cuánto lo sentían. Michael les dio las gracias murmurando, enfadado porque fingieran ser amigos suyos después de todos aquellos años haciéndole la vida imposible. Contuvo las ganas de soltarles unos gritos, y

mantuvo la cabeza centrada en su objetivo. Estrechó sus manos mientras buscaba con la vista al detective Jack Hatener.

Sin embargo antes de que pudiera localizarlo, McPherson surgió de entre el grupo, puso una mano en el hombro de Michael y le llevó a su despacho. Los demás se callaron y volvieron a su trabajo, y McPherson cerró la puerta del despacho con cuidado.

Michael se sentó a la mesa, frente a él, y los dos hombres se miraron. La mirada de McPherson era inquisitiva y curiosa; estaba examinando a Michael, buscando alguna señal, pero Michael no estaba seguro de cuál.

—Apesta a alcohol —dijo—, ¿y esa sangre de tu chaqueta es la del chico?

Michael se miró las manchas de la ropa, como si las viera por primera vez, y luego alzó la vista hacia McPherson y frunció el ceño. Había algo falso en el tono de voz del comisario y se dio cuenta de lo que era: McPherson fue el que le mandó quedarse en la comisaría por la noche, lo que le convertía en blanco fácil para los autores de los disparos.

—Siempre resulta duro perder a un agente amigo —dijo McPherson, suspirando—. Lo sé. Yo estaba de guardia allá en 1890.

Hizo un gesto de asentimiento a Michael y este se lo devolvió a él, inseguro de lo que acababa de decir McPherson. Estaba dejando de concentrarse en la conversación. El alcohol y la falta de comida y sueño le embotaban la cabeza. El contorno de McPherson entraba y salía tembloroso de su visión.

—Creo que deberías tomarte un permiso.

—¿Señor? —Michael estaba sobresaltado.

—Tómate un tiempo libre, muchacho —dijo McPherson.

Michael frunció el ceño. El viejo de pronto parecía completamente distinto, desprovisto de su autoridad habitual. Michael miró la alargada cara huesuda y los ojos penetrantes que en el pasado le hicieron temer a McPherson. Pero ahora el hombre no le hacía sentir nada de nada, su cara solo era la de otro viejo policía agotado.

—Prefiero no hacerlo —dijo.

McPherson le miró un momento como si estuviera eligiendo las palabras que iba a pronunciar.

—Si quieres seguir trabajando, tienes que demostrar que eres capaz de ello. Aparecer aquí con ese aspecto no te ayudará. Por lo menos tómate hoy el día libre. Hablaremos tranquilamente mañana.

—Sí, señor. —Pero Michael no tenía la menor intención de seguir el consejo de McPherson. Asintió, se levantó cansinamente y se dirigió a la puerta. Entró vacilante en la sala principal de la oficina y se dirigió al departamento de homicidios, buscando con la mirada a Hatener. Al final lo vio llenando una taza en la cafetera al final de la recepción, con aspecto desaliñado y de mal humor.

LA CAFETERÍA GYOR ESTABA REGENTADA por una familia de judíos húngaros y situada en una esquina justo enfrente de la comisaría. La comida tenía fama de resultar pesada y estar mal guisada, pero debido a la cercanía y la cordialidad de sus dueños era muy frecuentada por los hombres de la comisaría, aunque estaba casi vacía cuando entraron Hatener y Michael. Se sentaron en un apartado y Hatener pidió café, huevos fritos y tostadas para los dos. Cuando llegó la comida, el olor de los huevos le revolvió el estómago a Michael.

—¿Has dormido? No tienes muy buen aspecto. —Hatener puso una yema de huevo en una tostada y le dio un mordisco.

—Necesito tu ayuda para conseguir información de una persona —dijo Michael.

Hatener se interrumpió, y luego asintió, haciéndose cargo de lo que Michael quería que hiciera.

—El policía bueno se vuelve malo —dijo, sin más, mirando a Michael, que apartó la vista y la dirigió al plato intacto que tenía delante, al reflejo de las luces eléctricas en las cúpulas brillantes de las yemas de los huevos—. ¿Amanzo? —preguntó Hatener.

Michael asintió.

—Es la clave de todo —dijo—, y no suelta prenda.

Hatener se quedó pensando a juzgar por la expresión de concentración en medio de su aspecto abatido. Luego miró su plato y se metió el tenedor con comida en la boca.

—¿Cómo sabes que no se ha largado ya de la ciudad? Si yo fuera Amanzo, y hubiese organizado el ataque de la noche pasada, tomaría un tren lo más pronto posible.

—Hay dos hombres pegados a él desde que lo detuve. Todavía está en la ciudad.

—Ya, pero probablemente no por mucho tiempo —contestó Hatener—. Tendremos que hacerlo esta noche.

Michael le miró.

—¿Eso significa que lo harás tú?

Hatener asintió, con una expresión sombría, de premura en los ojos.

—Lo haré por el chico —dijo—. No por ti.

—Gracias —dijo Michael. Bajó la vista a su café y decidió dar un sorbo. Le cayó en el estómago como una losa de plomo. Hizo un gesto de dolor y notó que Hatener estaba clavando la mirada en él con una expresión que era mezcla de pena y curiosidad.

—La sed de sangre no conviene, Talbot —dijo—. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Michael asintió.

—Quiero hacerlo mientras todavía me hierva la sangre. Puede que si no lo hago ahora, no lo haga nunca.

Hatener continuó mirándole con la misma expresión y Michael tuvo la sensación de que no estaba convencido del todo. Al final Hatener asintió y rebañó lo que le quedaba en el plato con un trozo de pan.

—¿Lo quieres muerto? ¿O sólo quieres información? —preguntó, masticando; su gran papada se movía. Michael no había pensado antes en ello en esos términos. Sabía que quería hacerle algo a Amanzo, para vengar a Kerry y llegar al fondo del asunto. ¿Pero deseaba de verdad la muerte del hombre?

—No sé —dijo, finalmente—. Kerry era huérfano, ¿lo sabías? No tenía a nadie en el mundo que se interesara por él, y me eligió a mí como el padre que nunca tuvo.

—Tú no mataste al chico, Talbot. Fue Amanzo —contestó Hatener, y Michael se sorprendió al oír compasión en su voz. Pero entonces recordó que al hijo de Hatener lo habían matado no hacía mucho, y supuso que el hombre percibía algo de su propia pena en Michael.

—¿Es así como funciona todo? —preguntó Michael, que sólo había sido vagamente consciente de las técnicas de Hatener durante su época con Luca.

—Atrapamos al tipo, le llevamos a un sitio escondido que sólo conocemos los chicos y yo, y nos ponemos a trabajar. No es complicado pero... al final siempre hablan. —Michael notó que no había nada siniestro en el tono de Hatener, se limitaba a constatar un hecho. Encendió un cigarrillo para quitarse de la nariz el olor a grasa y huevos; la resaca arreciaba y la cabeza estaba empezando a zumbarle.

—Escucha, camarada —dijo Hatener—, ¿estás seguro de que quieres participar en eso? Exige un carácter un poco especial, y si te descubren, tu carrera se va al carajo.

Michael dio una larga chupada a su cigarrillo y la cabeza se le fue.

—Mi carrera ya ha terminado —dijo—. Y se lo debo al chico.

## PARTE DE HOMICIDIO

### Departamento de policía

Thibodaux, parroquia de Lafourche      Miércoles, 14 de mayo de 1919

Nombre de la persona asesinada:      Joseph Fisher

Residencia:      Camino de la Plantación, 336

Profesión:      Contable

Nombre del acusado:      Desconocido

Residencia:      Desconocida

Profesión:      Desconocida

Lugar del homicidio:      Camino de la Plantación, 336

Fecha y hora en que se cometió:      13 de mayo, 12:00-12:30 de la mañana

Quién lo informó:      argento David Pettersson

Quién informó:      Sargento Martin Schluapp

Hora del informe:      6 de la mañana del 14 de mayo

Si fue detenido, por quién:      Todavía fugitivo

Dónde se le arrestó:      Sin datos

Si huyó, de qué modo:      Dejó la escena antes de nuestra llegada

Testigos:      Sin datos

Testigo que informó:      Neville Clark, sin dirección fija (de color)

## Parte detallado

El sargento David Pettersson informa de que a las 6:00 de esta mañana, miércoles, 14 de mayo de 1919, Neville Clark (13 años), empleado en Carbones Du Pont, llegó a la recepción de comisaría y comunicó al encargado del registro del turno de noche que había encontrado un cuerpo en el Camino de la Plantación, 336, durante su reparto diario de pedidos de carbón (véase declaración del testigo adjunta – Clark, N.º 2373-1919).

Fui inmediatamente a la dirección en compañía del sargento Schluapp, y al llegar se encontró a Fisher muerto. El cuerpo de Fisher estaba caído en el vestíbulo de la casa, y había sido golpeado varias veces en la cabeza con un instrumento sin punta; abundante pérdida de sangre y magulladuras en la cara y cráneo. Un rastro de sangre desde la cocina hasta el vestíbulo sugirió que la víctima había sido atacada inicialmente en la cocina y trataba de escapar del lugar cuando se derrumbó a causa de sus importantes heridas. Se encontró una pluma estilográfica clavada en su ojo derecho. Páginas manchadas de sangre de libros de registro fueron encontradas hechas pedazos y sembradas por el vestíbulo y un despacho de la parte delantera de la casa.

Se realizó un rápido registro del lugar. Se encontraron charcos de sangre en el suelo de la cocina y una barra metálica ensangrentada, de unos 40 centímetros de largo. También muebles de cocina con daños, que sugerían lucha. No se descubrieron señales de que la entrada hubiera sido forzada.

Se informó a la comisaría hacia las 6:55 de la mañana, por los patrulleros Reginald Hurst y David Fornes, y también el médico forense del condado, doctor Sam. Connolly.

Por orden del médico forense el cuerpo fue trasladado al depósito de cadáveres del Hospital Regional de Thibodaux. Las ropas de la víctima, la barra, la pluma y otros diversos objetos ensangrentados de la cocina (una alfombra; tres cubiertos; un vaso de *bourbon*) y los libros de registro ensangrentados del vestíbulo y el despacho se entregaron al médico forense por orden del fiscal del distrito para que fueran utilizados como pruebas.

Este parte y todos los informes, declaraciones, pruebas, etc., adjuntos se han remitido a la oficina del *sheriff* del condado de Lafourche, al departamento de investigación, con la solicitud de ayuda (se adjuntan para sus archivos).

Respetuosamente suyo,  
Capitán L. Donald Greer,  
Comisario jefe del distrito

EL VIEJO CONTÓ SU HISTORIA CON una mirada vidriosa que dirigía a los campos barridos por la lluvia. Sólo de vez en cuando la enfocaba en Luca, como para asegurarse de que todavía estaba allí, testigo de lo que narra.

—Allá por entonces estos terrenos pertenecían a una familia criolla... unos criollos negros, quiero decir, que se llamaban Baudet. Eran el marido, la mujer y dos hijos. Suena un poco raro oír eso en estos tiempos... terratenientes negros, quiero decir. Pero en aquel entonces las cosas eran diferentes... la influencia francesa todavía era bastante fuerte por aquí. Supongo que a estos sitios perdidos les cuesta más ir en consonancia con el resto del mundo. Mira, los franceses veían las cosas de modo distinto. En algunos sitios hasta había negros que tenían esclavos. Suena un poco como al revés, ¿no?

El viejo miró a Luca y enarcó una ceja. Luego dio una breve calada a su puro y volvió a mirar los campos.

—Al final cambia todo, supongo —continuó—. Dicen que el mundo progresa. A veces no estoy tan seguro. El viejo Baudet me dio trabajo de jornalero cuando yo tenía doce años, y aquí he estado desde entonces. La antigua casa de los propietarios entonces era hermosa, no el desastre que es ahora. *Monsieur* Baudet, el padre de familia, tenía entonces más o menos tu edad, era un hombre rechoncho y hablaba francés. Tenía aires de grandeza, ya entiendes, pero en el buen sentido. Resultaba agradable tenerle cerca, no como esos asquerosos criollos que te encuentras ahora. Y la madre de la familia, bueno, era la criatura más hermosa que he visto nunca. ¿Has oído eso de «aristócrata por naturaleza»? Thomas Jefferson fue el primero que lo dijo, creo. Me refiero a una persona que es principesca y elegante, no porque sea un príncipe o una princesa o lo que sea, sino porque la naturaleza la hizo de ese modo... superior. Bueno, pues ella era de esas.

Un atisbo de sonrisa asomó en la cara del viejo, y se interrumpió un momento. Luego a la sonrisa la reemplazó una expresión de tristeza, de pena por la belleza que había desaparecido del mundo.

—Curaba a la gente de color de la zona. Había estudiado medicina en una universidad francesa, pero la mezclaba con todas esas cosas africanas. Hoy lo llaman vudú, pero no eran diferentes a los remedios de las madres de entonces. Tisanas, ungüentos y compresas, ese tipo de cosas. Había una cola formada delante de la casa algunas mañanas... gente de cerca que buscaba cura. Los recuerdo... todos negros harapientos, haciendo cola, con el aliento empañándoseles de frío. Y ella lo hacía bien, además, y nunca cobró ni un centavo a nadie.

»Fue unos cuantos años antes de la época en que empezó a llegar gente nueva... extranjeros que querían montar sus propias granjas. Alemanes, españoles, suecos, sobre todo. Sobre todo italianos, sin embargo. Ya puedes imaginar lo que pensaban,



venían aquí y tenían que cultivar trozos pequeños de tierra con un suelo espantoso, y sus hijos con hambre, y todo mientras miraban y veían a una familia de negros a los que les iba mucho mejor. Aquello no se correspondía con la forma en que ellos pensaban que deberían ser las cosas. Se produjeron tensiones. No empezaron enseguida, les llevó unos años incubarse, pero al final se hicieron tan evidentes que las percibías. Y luego aumentaron y era imposible no notarlas.

»Hasta empezaron a meterse conmigo, por trabajar en «la granja de los negros de mierda». Como si me tuviera que avergonzar de ello. Llegó un punto en que yo no podía ir al bar los sábados por la noche por miedo a que las cosas se pusieran feas. El ambiente del pueblo cambió. Cuando íbamos a por provisiones, había mucho más silencio en aquel sitio. Creo que es como empiezan esas cosas, con gente que no se habla entre ella.

»No mejoraba la situación que la madre fuera el médico de toda aquella maldita parroquia, al contrario... la convertía en una *strega* a ojos de los italianos... una bruja. Con el tiempo se instalaron cada vez más recién llegados y la gente se sintió amenazada. Los otros criollos empezaron a trasladarse a la ciudad. Uno a uno. Los nuevos compraban sus tierras por nada. Y resultó que Baudet fue el único que se quedó. No quería marcharse por nada.

»Bien, todo eso llegó al máximo en el ochenta y ocho. Verás, a Baudet le mandaban esos productos químicos desde algún sitio del norte, Connecticut, creo. Impedían que la cosecha enfermara y se secase. Y en el ochenta y ocho hubo una plaga de un tipo u otro y todas las cosechas se echaron a perder. Todas menos la de Baudet, porque la había fumigado.

»Los nuevos no lo vieron así. Veían cosas de brujería. Claro, usaron todo eso como excusa para lo que pasó después. Se corrió el rumor por el pueblo de que *madame* Baudet había echado una maldición a sus tierras, y por eso se habían arruinado sus cosechas y la de Baudet no. Y esa fue precisamente la excusa que habían estado esperando.

»Había una cabaña grande cerca de la casa donde se quedaban los temporeros, gente que venía al pueblo en busca de trabajo unos cuantos meses todos los veranos. Yo también me quedaba allí a veces porque la casa de mi familia estaba a casi diez kilómetros. Era una antigua construcción de madera, literas, corrientes de aire, ese tipo de cosas. Cuando pasó aquello, nos despertamos todos en plena noche... gritos y chillidos y pies que corrían. Me levanté para ver a qué se debía todo aquel escándalo pero no lo supe hasta salí fuera... un resplandor naranja entraba por debajo de la puerta. Recuerdo lo raro que parecía ver aquel resplandor a las dos de la mañana pasadas.

»Fuera era como una tempestad de fuego. Los campos estaban ardiendo e iluminaban el cielo hasta donde me alcanzaba la vista. Parecía una maldición. La gente corría alrededor tratando de organizar una cadena de cubos de agua pues era lo único que se podía hacer. Baudet y unos cuantos trabajadores formaron una cuadrilla

para ir a buscar a quien lo había hecho. Volvieron sujetando por el codo a un chico italiano. Yo le conocía de verlo por el pueblo. Parecía asustado como un conejo, también aturdido, probablemente fuera de sí debido al julepe de menta. No era posible que un chico solo hubiera iniciado todos los incendios, así que empezaron a hacerle preguntas, delante de la casa... ¿Quién estaba con él? ¿Qué nombres podía dar? No sé si fue el julepe o que le habían pegado al volver, pero el chico decía cosas sin sentido.

»Bien, pues los compañeros del chico imaginaron que se había perdido y fueron a buscarle. Un grupo de ellos subía por el sendero, con escopetas. Baudet y sus chicos sólo tenían unas cuantas pistolas entre todos y, bueno, miraron y vieron que eran más que ellos.

»Ni siquiera a día de hoy estoy seguro de lo que pasó... Los italianos les quitaron las pistolas. Estaban borrachos, además, y desvariaban sobre esto y aquello. Entonces solo recuerdo una pelea y que uno de ellos le hizo una llave en la cabeza a Baudet y lo tiró al suelo. Lo siguiente que sé es que hay un hacha levantada. Y luego un ruido seco. Siempre recordaré aquel ruido. Baudet gritó, pero lo que recuerdo es el ruido seco. Todavía puedo oírlo ahora.

»*Madame* Baudet vio lo que pasaba porque estaba en la escalinata de entrada a la casa. Allí parada con los dos niños. Un par de manos la contenían, pero ella se soltó cuando vio aquello. Corrió hasta donde estaba su marido y se dejó caer al suelo junto a él. Empieza a llorar y sollozar y le sujetaba la cabeza mientras él se desangraba allí delante de su maldita casa. Y los otros se reían. Entonces empezaron a llamarla bruja. Empezaron a decir que iba a aprender. Los otros jornaleros ya se habían dispersado... así que sólo están los Baudet y ellos.

»Ellos la tumban en la tierra y le levantan la falda. Se turnan, y todo mientras el marido está caído allí al lado de ella desangrándose hasta morir y todo alrededor tierras en llamas, y ella grita y se queja y patalea resistiéndose. Y una vez que eso termina, supongo que ellos se recuperan un poco y comprenden que tienen que borrar las huellas. Así que también le dan un hachazo a ella. Y entonces es cuando oyen los gritos. Venían de la escalinata de la casa. Se habían olvidado de los niños. Un niño y una niña. Ni siquiera tenían diez años y vieron todo lo que les pasó a sus padres.

»Los italianos corren hacia la casa, y tratan de agarrar a los niños antes de que huyan, pero los niños atraviesan la casa corriendo y salen al campo. Consiguieron escapar. De modo que agarran los cuerpos y los tiran en uno de los campos y dejan que se quemen. Lo más triste es que yo fui testigo de todo eso. Desde la esquina de la casa de los trabajadores. No podía hacer nada para detener aquello, pero... bueno, cargaré con la culpa hasta la tumba.

Se detuvo y suspiró, y Luca vio por primera la vergüenza en su cara. Luego el viejo arrojó el final del puro al campo... el brillo de su punta era una libélula entre las gotas de lluvia.

—Si estás buscando al Asesino del Hacha —continuó el viejo—, digo que el hijo

de Baudet tendría más o menos la misma edad. Y que si él mata a los que mataron a sus padres, la cosa en su conjunto me parece justa.

El viejo volvió la vista hacia los campos y Luca siguió su mirada hasta la destrozada casa sobre la línea del horizonte, y los dos hombres quedaron sentados en silencio un momento.

—«Ay Luisiana, hermoso paraíso del sur, si todavía tan encantadora en tu ruina, ¿qué serás el día de tu gloria?». —Luca miró al viejo mientras pronunciaba las palabras. El hombre sonrió y dio unos golpecitos al montón de libros de la mesa que tenía delante—. Lafcadio Hearne —dijo, a modo de explicación.

Luca asintió.

—No leo mucho —dijo.

—Les pasa a la mayoría —contestó el viejo—. Baudet nos mandó a un grupo de jornaleros a la escuela del pueblo cuando volvimos de la Guerra de Secesión. Una tarde a la semana. Allí es donde aprendí las letras. También se lo agradezco mucho, porque cuando llegas a ser tan viejo como yo, no hay mucho más que se pueda hacer que leer.

El silencio volvió a imponerse sobre ellos y Luca se echó hacia delante y agarró su taza de la mesa. Dio un sorbo al té dulce y la porcelana calentó sus gélidos dedos. Estaba pensando en fumar un cigarrillo cuando el viejo se estiró hacia su cigarrera y le ofreció otro puro. Luca lo aceptó y el viejo se lo encendió.

—¿Qué pasó después? —preguntó Luca.

—Nada —contestó el viejo—. Esa es la triste verdad. Todos sabíamos quiénes lo habían hecho, pero ellos eran muchos más. —Se encogió de hombros, un gesto de exasperado desencanto del mundo—. Untaron a la policía, y luego la propiedad se subastó. No sé si lo tenían planeado todo o sólo fue coincidencia, pero los que cometieron los asesinatos se unieron y compraron las tierras. Las compraron, además, por cuatro perras porque el subastador al que la parroquia encargó la venta era un estafador. Claro, no fueron tan idiotas como para comprarlas ellos directamente, así que hicieron lo que ya sabes, que la Tenebre las comprara a nombre de ellos, y cuando pasó el tiempo suficiente, se quitaron de enmedio.

»No les pareció adecuado seguir viviendo en estos entornos donde todos sabían lo que pasó, así que se mudaron a Nueva Orleans. Dejaron la propiedad a cargo de un administrador. Decidieron hacerlo así para conseguir los beneficios sin tener que asomar la cara por aquí. Cuando se jubiló el antiguo administrador, fui yo quien quedó a cargo de este sitio. Nunca estuve completamente seguro de hacer lo correcto, pero supuse que si los Baudet estaban en alguna parte desde la que me vieran, estarían muy contentos de que cuidara esto uno de los suyos. —El viejo hizo una pausa para dar una chupada a su puro, luego se volvió para mirar a Luca con una sonrisa peculiar en los labios—. ¿Entonces encontraste lo que buscabas, hijo? —preguntó.

—Sí, señor. Gracias —dijo Luca, asintiendo.

—Ya —dijo el anciano, con tristeza—, la gente siempre encuentra lo que busca. Por eso el chico de los Baudet está haciendo lo que hace.

Luca le miró frunciendo el ceño.

—¿Señor? —preguntó, y el viejo se encogió de hombros.

—Es sólo mi idea de cómo funciona el mundo —dijo—. El Asesino del Hacha es un misterio, algo vacío que no se puede explicar. Y no nos gusta que algo esté vacío. Así que cuando vemos algo así, empezamos a llenarlo. Y con lo que se llena es con lo que hay al fondo de nuestra mente... las cosas oscuras que nos dan miedo. Esos italianos que mataron a los Baudet vieron algo que no entendían y que mentalmente llenaron con lo que les daba miedo... la brujería. Es lo mismo que pasa con el Asesino del Hacha, me parece. Los italianos ven al Asesino del Hacha y se imaginan que es un negro. La policía ve al Asesino del Hacha y se imagina que es la Mano Negra. Supongo que los negros probablemente piensen que el Asesino del Hacha es un demonio enorme, poderoso del hombre blanco. Todos miran la misma cosa... una gran cantidad de nada... pero todos la ven a su manera, que depende de lo que zumba en el fondo de su mente y les da miedo. Solo encuentran lo que ya han decidido que era real, lo que su miedo les hizo imaginar.

El viejo volvió a acomodarse en la mecedora y durante un rato los dos permanecieron sentados en silencio, fumando sus puros, dando sorbos de té, y mirando la lluvia.

—Hay otra cosa que creo que deberías saber —dijo por fin el anciano—. En esa lista de víctimas que leí en el periódico no están todos los que mataron a los Baudet. Falta un par de ellos.

—¿Quiénes?

—Había un contable que les ayudó a montarlo todo. Vivía en Thibodaux. Oí que el otro día también se deshicieron de él. La misma noche que se organizó el guirigay aquel en Nueva Orleans porque era la Noche del Asesino del Hacha. Imagino que también fue el chico de los Baudet. Va detrás de todos los que tuvieron que ver con el asunto, así que supongo que a lo mejor también va detrás del administrador. No debería estar en la lista de terratenientes, pero estoy completamente seguro de que todo tuvo que ver con el asunto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Luca.

—Rodrigo Bianchi —respondió el viejo, pronunciando el nombre muy despacio—. Ahora está jubilado. Se trasladó a Nueva Orleans cuando dejó de trabajar, así que podría estar con su hijo. Si todavía no lo han matado, supongo que está en la lista.

—¿Tiene su dirección? —preguntó Luca, y el viejo negó con la cabeza.

—No lo podría decir.

Luca asintió y pensó un momento.

—¿Qué les pasó a los hijos de los Baudet? —preguntó, y el viejo puso mala cara, cansado de preguntas dolorosas.

—Eso es otro lío tremendo —dijo—. Las primeras semanas después de que

pasara aquello se quedaron cerca de aquí. Escondidos en los campos. Los vi unas cuantas veces. Les llevaba comida cuando podía. Intenté decirles que volvieran al pueblo, pero estaban demasiado asustados. Perdí contacto con ellos después de eso. El rumor era que desaparecieron en el agua estancada. No estoy seguro de cómo vivieron exactamente. Supongo que a alguno de los que vivían por allí les dieron pena. Hace años que hay historias de un hombre que vive en los pantanos. Siempre imaginé que era él. De la chica, no puedo decir nada.

El viejo se estiró hacia la mesa y con mano temblorosa abrió un cajón debajo del tablero. Buscó un momento y luego sacó una antigua fotografía que le entregó a Luca. Este la examinó y vio que era de la familia Baudet, sacada hacia 1880 o así, supuso. La familia iba vestida con sus mejores galas, trajes muy rígidos y posturas rígidas de los viejos tiempos, y estaban delante de la casa, que brillaba blanca con el sol.

—Esos son *monsieur* y *madame* Baudet —dijo el anciano, señalando las dos imágenes. Luca miró sus caras. Había algo familiar en *madame* Baudet—. Y esos son los hijos, Davide y Simone —añadió. Luca miró a los niños parados delante de sus padres, sus caras serias, casi desconsoladas, y sólo fue entonces se dio cuenta de quién era la niña de la foto: Simone, parada junto a su hermano, treinta años más joven.

LLEVABAN APARCADOS EN LITTLE ITALY más de una hora, a media manzana de la dirección de Pietro Amanzo que figuraba en el archivo. El Chevrolet color crema que les había proporcionado el detective Jones para aquella noche era rápido, pero increíblemente estrecho, en especial para un hombre del tamaño de Hatener. Este ocupaba su posición habitual en el asiento trasero, junto al detective Gregson, y Michael estaba sentado delante con Jones. Hatener estaba contento de que Michael hubiera ido a casa mientras su mujer estaba en el trabajo y se cambiara de ropa, pero podría asegurar por sus ojos vidriosos que no había dormido.

Después de que Michael se marchara de la cafetería, Hatener había llamado al hotel donde sabía que se alojaba Luca y había hablado con el conserje. El viejo siciliano se había mostrado desconfiado por teléfono y aseguró que no sabía quién era Luca. Hatener había colgado y marcado de nuevo, hasta que localizó a Sandoval en su despacho. Sandoval pareció sorprendido al oírle, y cuando Hatener explicó la situación, Sandoval le dijo que Luca se había ido de la ciudad aquel día. Hatener había pensado si sacaría algo en limpio o no. Por lo que sabía, Amanzo todavía no era miembro de la mafia, solo un socio de la Familia. Decidió no andarse con muchas precauciones y le explicó a Sandoval lo que Michael quería que hiciese. Hubo silencio al otro lado de la línea, luego Sandoval se lo aclaró todo: si Amanzo estaba matando policías sin autorización de la Familia, tenían que saberlo.

Así que Hatener había vuelto a la comisaría y organizado las cosas para aquella noche: llamar a Jones y Gregson, arreglar lo del coche, reunir las herramientas que necesitaban. Luego, cuando caía la tarde, fueron a recoger a Michael a su casa. Hatener tuvo que hablar con los que vigilaban la casa y explicarles que si alguien preguntaba, ellos nunca habían estado allí y Michael había pasado la noche en casa. Los hombres se mostraron de acuerdo enseguida y Hatener y los demás se encaminaron después a Little Italy en el coche. Cuando llegaron a la calle de Amanzo, tuvieron que hablar con los dos hombres que le habían estado siguiendo y explicarles en términos parecidos que, si preguntaba alguien, ellos no habían visto salir a Amanzo de su casa en toda la noche. Después se instalaron en el estrecho interior del Chevrolet sin querer entrar por la fuerza en casa de Amanzo a no ser que tuvieran que hacerlo.

A Hatener le molestaba cada vez más la espera: el techo de lona del coche tenía goteras, y los cigarrillos que Talbot y Jones fumaban sin parar le estaban irritando la garganta. Se recordó de joven, cuando había empezado a ocuparse de aquel tipo de trabajos. Recordaba la incertidumbre, la expectación, la energía para salir disparado. Ahora sólo se sentía fastidiado por la interrupción de su rutina y algo ansioso porque pudiera salir algo mal. Miró a Jones y Gregson, sus dos protegidos, sus caras siniestras entre las sombras del coche, y se preguntó si había hecho todo lo que podía

por ellos. Luego pensó en su hijo, caído en un campo embarrado de algún lugar de Francia. Miró por la ventanilla y vio las gotas de lluvia deslizarse por el cristal distorsionando el mundo.

Pasó el tiempo y en cierto momento Jones se removió.

—¡Eh! Creo que tenemos a nuestro pájaro —dijo, dando un codazo a Michael.

Se irguieron en sus asientos y miraron por las ventanillas. Enfrente de la calle, unas casas más abajo, se había abierto una puerta y un italiano bajo estaba en medio de la lluvia con un maletín en una mano.

—Es él —dijo Michael.

Jones arrancó el coche, metió la marcha y mantuvo el embrague pisado. Cuando Amanzo estuvo a unos metros de ellos, Jones levantó el pie. El coche dio una sacudida hacia delante, se subió al bordillo y se detuvo chirriando delante de Amanzo. Hatener abrió su puerta y le agarró por el abrigo. Amanzo agitó las manos y golpeó con el borde del maletín el estómago de Hatener. Gregson corrió desde el otro lado del coche, dio un rodillazo a Amanzo en la entrepierna, y con ayuda de Hatener, uno tirando y el otro empujando, metieron a Amanzo en el coche. Gregson saltó encima de él y Jones metió marcha atrás y salió disparado por la calle, con la puerta trasera agitándose con el viento. Amanzo se resentía en el asiento, retorció el cuerpo, trataba de pegar puñetazos y patadas a todo el que podía. Hatener sacó su pistola del abrigo, la estrelló contra el cráneo de Amanzo con un ruido como de rama al quebrarse, y siguió haciéndolo hasta que Amanzo quedó inconsciente. Entonces Gregson se estiró y tiró de la puerta que se agitaba para cerrarla, y los sonidos de la tormenta quedaron enmudecidos al instante.

LUCA VOLVIÓ A LA ESTACIÓN CON menos de un cuarto de hora de adelanto sobre la llegada del tren. Usó el teléfono del chamizo del jefe de estación para hacer una llamada a Sandoval y esperó ansioso los minutos que tardó la operadora en conectarle.

—¿Alessandro? Soy Luca —dijo cuando por fin consiguió comunicarse.

La voz de Sandoval llegó distorsionada desde el otro lado de la línea.

—¿Luca? La línea está mal. ¿Dónde estás?

—Fuera de la ciudad —dijo Luca, hablando en italiano para evitar que entendiera sus palabras el jefe de estación, que estaba sentado en su mesa mirándole—. Dile a Carlo que me he enterado de quién es. Es un criollo que se llama Davide Baudet. —Luca echó una ojeada al jefe de estación, que miró ostensiblemente su reloj de bolsillo, se puso de pie y salió al andén—. Necesito que encuentres a un hombre que se llama Rodrigo Bianchi —dijo Luca—. Si todavía anda por ahí, es el siguiente de la lista.

—¿Tienes una dirección? —preguntó Sandoval.

Mientras Sandoval hablaba, Luca oyó que se acercaba el tren, el estrépito de su locomotora, el chirrido de sus ruedas cuando el maquinista accionó el freno.

—No tengo ninguna dirección —gritó Luca para imponerse al ruido del tren—. Sandro, necesito que lo encuentres. —El tren se detuvo y su locomotora soltó vapor. Luca miró hacia el andén y vio a gente apresurándose junto el tren al subir y bajar.

—Bien. Pondré las cosas en marcha —dijo Sandoval deprisa—. ¿Cuándo vuelves?

—Esta noche. Deja una dirección en el hotel.

Luca colgó el teléfono y salió del chamizo. Se abrió paso a empujones por el andén y saltó al tren justo cuando el jefe de estación hacía sonar el silbato para que se fuera.

Pasó el viaje de vuelta mirando por la ventanilla, pensando en todo aquello de lo que se había enterado. Bechet lo había sabido todo el tiempo. Luca le había preguntado por alguien que le pudiera ayudar a encontrar al Asesino del Hacha y Bechet lo había remitido directamente a la hermana del Asesino del Hacha. «Ella te puede ayudar. En más de un sentido», había dicho, y Luca lo había interpretado mal. Todos los comentarios de Bechet empezaron a tener sentido cuando Luca reprodujo mentalmente su conversación. «La conspiración es más poderosa que la brujería». Luca comprendió que no le había escuchado de verdad. Pensó en Simone, y su comportamiento también empezó a tener sentido: por qué se mostró tan dispuesta a tenerle a él por allí, por qué se había molestado tanto cuando los dos policías siguieron a Luca hasta su casa, por qué le preocupaba que se acercara un temporal, un temporal que podría provocar que su hermano se ahogase, que vivía en la zona de



aguas estancadas.

Y también las complicaciones del caso empezaron a tener sentido. La carta que el Asesino del Hacha había mandado al periódico, a pesar de lo que decía sobre demonios y *jazz*, estaba dirigida a la policía de Nueva Orleans la noche que Baudet dejó la ciudad para matar al administrador. Luca supuso que había grandes posibilidades de que en circunstancias normales a Baudet lo atraparan: un negro solo moviéndose por un distrito rural apartado para atacar. Pero la carta había dejado a todas las parroquias cercanas con escasa presencia policial, que se habían concentrado en Nueva Orleans. ¿Pero por qué había matado al contable de modo distinto que a las demás víctimas? ¿Y por qué no había dejado una carta del tarot?

Puede que no fuera necesaria. Baudet había matado a los asesinos de sus padres con un hacha, vengándose con la misma arma exacta que usaron ellos para cometer sus crímenes. Y las cartas del tarot se añadían a esa venganza. Las cartas del tarot, y las puertas y ventanas cerradas en todas las escenas del delito. Baudet estaba haciéndose pasar por demonio porque los italianos habían creído que su madre era una bruja, y por eso había revestido sus ataques de ideas e imágenes ocultistas. Luca imaginó lo que debía de haber supuesto para sus víctimas, que se preguntarían si en la acción estaría interviniendo alguna forma de justicia sobrenatural. Luego pensó en lo que le había contado el antiguo jornalero sobre el miedo, sobre los demonios que acechaban en lo más profundo de la mente de las personas. Baudet se había apoderado de ese miedo y había hecho real.

A LUCA LE LLEVÓ DOS HORAS ir desde la estación Terminal de Nueva Orleans hasta la casa de Simone. El temporal había desatado torrentes de lluvia y viento sobre la ciudad, haciendo traicioneros los senderos inundados del pantano. Cuando llegó a casa de Simone, estaba cansado y calado hasta los huesos.

Ella estaba a la mesa remendando una prenda de ropa cuando entró. Lo miró, reparó en su cara enfurecida y Luca pudo decir por la solemnidad que adquirió la expresión de Simone que se había dado cuenta de que había descubierto la verdad. Cerró la puerta apoyándose en ella para vencer la fuerza del viento y se acercó a la mesa.

—Tu hermano —dijo Luca, con frialdad.

Ella no dijo nada. Dejó la prenda y le escrutó inexpresivamente, y los dos se quedaron allí, mirándose uno al otro sin hablar, durante un largo y pesado momento. Luca había esperado una discusión, recriminaciones, lágrimas, pero ahora se sentía privado de energía, abatido y extrañamente tranquilo, y tuvo la sensación de que a Simone le pasaba lo mismo. Ninguno tenía ganas de pelea. Eran demasiado mayores para pegarse, y demasiado listos para culpar de su situación a otra cosa que no fueran los caprichos del destino.

Luca se sentó a la mesa enfrente de ella y se llevó la mano a la cabeza.

—Deberías habérmelo contado —dijo finalmente él, frotándose las sienes.

—Lo sé. Pero ¿cómo iba a decírtelo? No sabía quién eras. —Se interrumpió y bajó la vista a la mesa que tenía delante—. Está enfermo, Luca. Lo está desde que murieron mis padres.

Luca la observó con atención. No temblaba, no hacía ningún ruido, y la voz no le vacilaba, pero de sus ojos empezaron a brotar lágrimas y Luca recordó lo que le había contado el viejo sobre la elegancia y compostura de su madre.

—Tengo que cuidarlo —dijo—. ¿Qué habrías hecho tú? —Luca puso la mano encima de las de ella—. ¿Cómo lo descubriste? —preguntó.

—Hoy fui a Belle Terre. Hablé con el antiguo jornalero. Me contó lo que le pasó a tu familia. Lo siento.

—De eso hace mucho tiempo —dijo ella inexpresiva, y las lágrimas empezaron a deslizarse por las mejillas.

—Yo le protegeré si puedo —dijo Luca, y ella sonrió y se secó las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—Dijo que pararía —explicó ella—. Después del siguiente. Dijo que había uno más.

Luca asintió.

—Lo sé.

—Déjale que lo haga y nunca volverás a oír hablar de él. Lo juro. —Se secó las lágrimas luego movió la cabeza a los lados. Se llevó la mano a la cara y Luca se levantó y fue hacia ella, se inclinó y se abrazaron. Solo entonces empezó a sollozar.

Al cabo de un rato Simone se apartó de él, se puso de pie y se dirigió al fogón. Cogió una botella de ron y dos vasos de un estante y volvió a la mesa. Les sirvió a los dos y bebieron. El ron era tostado y dulce y calentó a Luca con un ardor que quemaba.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No lo sé. Vive en los pantanos al noreste de aquí. Viene a veces, por comida. —Se secó las lágrimas otra vez y miró a Luca a los ojos—. No sabe lo que está haciendo.

Luca no estaba tan seguro de eso. Rebuscó en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos húmedos, infumable.

—¿Tienes algo que fumar? —preguntó.

Ella señaló con la cabeza los estantes que estaban detrás de Luca, donde este encontró una petaca con tabaco y papeles de fumar. La trajo a la mesa y empezó a liar un cigarrillo.

—¿Qué pasó después de que escaparais? —preguntó.

Simone se sirvió otro poco de ron.

—Nos quedamos en los pantanos un tiempo —dijo, con un encogimiento de hombros—. Teníamos que sobrevivir nosotros solos. Davide tuvo que cazar animales. Uno de los viejos jornaleros a veces nos daba comida. Al final nos recogió una

familia cajún que vivía en un pueblo pesquero junto al lago. Nos quedamos allí hasta que fuimos mayores. Yo me trasladé a Nueva Orleans, y luego aquí. Davide se alistó en el ejército, en un regimiento de negros. Viajó por ahí. Cuba, Filipinas. Combatía y mataba y ganó medallas.

Se levantó y fue a una de las estanterías de libros que se extendían por las paredes de la cabaña. Abrió una caja metálica, sacó una fotografía de ella y volvió a la mesa. Se la tendió a Luca y él la cogió. La fotografía era de su hermano durante su estancia en el ejército. El hombre de la foto era joven y de aspecto triste, y tenía la guerrera cargada de medallas. Luca percibió algo de Simone en la cara de su hermano: los mismos pómulos altos y ojos hundidos, la misma elegancia natural en su porte.

—Empezaron a mandarle a misiones especiales —siguió ella—. Él nunca decía cuáles. Pero cuando lo licenciaron y se trasladó aquí... no volvió a ser el mismo.

Luca asintió. Un pasado como militar tenía sentido. Si el ejército le había mandado a realizar misiones especiales, debían de haberle preparado para actuar con sigilo, lo que explicaba cómo planeaba tan bien sus ataques, cómo podía entrar y salir de los edificios sin ser advertido. Algo que le habría pasado a Baudet durante sus años de servicio activo, había trastornado su mente ya inestable.

—Hace un tiempo vino a verme —dijo Simone—. Me contó que se había enterado por alguien de Nueva Orleans de dónde estaban todos los que mataron a nuestros padres. Dijo que iba a arreglar las cosas. Le contesté que no merecía la pena, pero no me quiso escuchar.

Dejó de hablar e intercambiaron una mirada. Luego Luca le pasó el cigarrillo que había liado. Ella lo encendió y los dos lo compartieron, pasándose de uno al otro, dando profundas bocanadas al humo pesado, seco.

—El hombre al que quiere matar tu hermano. El último que queda —dijo Luca—. Está siendo vigilado.

Simone frunció el ceño y le miró con expresión implorante.

—Luca, él es lo único que me queda —dijo, moviendo la cabeza, y a Luca se le encogió el corazón. Se dio cuenta de lo que había hecho, y que ahora no tenía más elección que ir. Tenía que volver a la ciudad y ver cómo concluía la cadena de acontecimientos que él había puesto en marcha.

—Trataré de ayudarle si puedo —repitió Luca con voz sorda y sombría.

Se levantó y la besó, y se miraron con desaliento. Luego él cruzó la habitación hasta la puerta de la cabaña, y quedó expuesto al rugiente temporal que se había desencadenado fuera.

PASADAS LAS OCHO, CUANDO OYERON arrancar el coche y el sonido de su motor se desvaneció poco a poco en la distancia, Buddy se había vuelto hacia Ida y Lewis y con la cabeza les había indicado que era hora de moverse. La observación por parte de Buddy de la casa durante los días anteriores había demostrado que la mayoría de las noches el padre sacaba a las dos chicas de casa a las ocho en punto, y no las traía de vuelta hasta pasada la medianoche. Así que cuando se reunió con Ida y Lewis aquel día, Buddy había sugerido que esperaran en el callejón detrás de la casa hasta que oyesen marcharse el coche. A Ida el plan le pareció sensato, pero significaba que tenían que estar al descubierto durante el chaparrón, de modo que ahora los tres estaban completamente empapados.

Sin una palabra, Buddy saltó la cerca trasera de la casa y les abrió la cancela desde dentro. Atravesaron cautelosos el patio en sombra hasta que llegaron a la entrada principal, una puerta de la cocina cubierta por un porche. Buddy se arrodilló, sacó una linterna del bolsillo, la encendió rápidamente e iluminó la cerradura. La miró un par de segundos antes de volver a apagar la linterna. Luego sacó un rollo de lona grasiento del tamaño de un puro largo del bolsillo interior de su abrigo y lo desenrolló en el porche. La lona tenía tiras de tela cosidas que formaban una serie de abultamientos, cada uno de los cuales contenía una especie pincho; herramientas delgadas de metal sin brillo. Sacó dos de sus sujeciones, las probó en el ojo de la cerradura e inició el trabajo. Echando el aliento a las manos y frotándoselas para que se mantuvieran calientes, a Buddy le llevó poco más de cinco minutos tantear la cerradura hasta que al fin encontró los muelles, que hicieron un ruido como el de alguien que chasquea la lengua. Sonrió, giró el picaporte y abrió la puerta poco a poco.

Se deslizaron dentro y se encontraron en la cocina. Estaba a oscuras, pero distinguieron la forma de una puerta en el otro extremo. Se dirigieron de puntillas hacia ella y pasaron a un pasillo, donde encontraron una puerta debajo de la escalera, que supusieron era la entrada al sótano. Lewis probó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Miró a Buddy y este puso los ojos en blanco, divertido; luego se arrodilló y se puso a trabajar de nuevo, repitiendo lo que había hecho con la linterna, el rollo de lona y las ganzúas. A los pocos minutos la puerta del sótano estaba abierta. Buddy sonrió para sí mismo, se puso de pie, y se frotó las rodillas.

Sacó dos velas del interior de su abrigo y se las dio a Ida y Lewis.

—No las encendáis hasta que bajéis al sótano —dijo—. Yo voy a dar una vuelta por la casa.

Buddy le guiñó el ojo a Ida y se puso a andar por el pasillo. Ida hizo un gesto desagradable en su dirección conforme se alejaba. Buddy había estado coqueteando con ella toda la tarde, salpicando la conversación de indirectas, miradas y sonrisas

insinuantes, y ella se fue sintiendo cada vez más molesta con él. Aunque sabía que Buddy no era el responsable de su mal humor: tenía la espantosa sensación de que no habría pruebas, de que les estaba poniendo en peligro sin el menor motivo. Su visita al sanatorio esa mañana le había hecho comprender hasta qué punto las altas esferas estaban implicadas en la conspiración, que se necesitarían pruebas incontrovertibles para acusar con solidez a Morval. Se había dado cuenta con un creciente malestar de estómago de que allí sólo había una mínima posibilidad de encontrar la prueba precisa, y que lo más probable era que ni siquiera existiese esa mínima prueba. Pero Buddy y Lewis ya lo habían arreglado todo, e Ida consideraba un deber para con Leeta hacer aquello. Quería demostrar que Letta, contra todo pronóstico, estaba en lo cierto frente a todas las previsiones, y encontrar la pistola en el sitio que ella había dicho que estaría. Además, era la única pista que le quedaba a Ida.

Bajaron por la escalera y a medio camino encendieron las velas. El resplandor naranja proyectó sombras alargadas allá abajo. El sótano era grande, ocupaba el espacio completo del suelo del edificio, y estaba enteramente ocupado por un charco de casi treinta centímetros de profundidad, que reflejó la luz de sus velas. Intercambiaron una mirada e hicieron una mueca. La lluvia estaba inundando el sótano y tenían que vadear el agua. Movieron las velas a su alrededor e iluminaron las formas pesadas y medio empapadas que tenían debajo: muebles viejos cubiertos de sábanas polvorientas y en un rincón un montón de cajas de cartón que se inclinaban a un lado; la parte de abajo de las cajas estaba empapada de agua.

Se metieron en el agua fría y se dirigieron a las cajas. Ida entregó su vela a Lewis y empezó a rebuscar en ellas. Todas contenían informes y archivos; principalmente documentos de negocios, libros de registro, listas de gastos y de contratos y una carpeta en la que había títulos de propiedad.

La cuarta caja que abrió Ida tenía la prueba: archivos referentes a las cuentas de robos poco importantes del distrito, listas de empleados, contratos de licencias, fuentes de ingresos y un libro pequeño que contenía una lista de iniciales, direcciones, fechas y cantidades de dólares. Ida cogió el libro y se sentó en la escalera con él, recorriendo las páginas atentamente. Si pudiera encontrar el nombre de la persona a la que había contratado Morval para que cometiese los asesinatos, a lo mejor esa persona podría comprometer a Morval. Puede que su nombre estuviese en el del libro, puede que un grupo de iniciales fuera la clave, o una de las direcciones.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Lewis al cabo de un rato.

—No lo sé. —Ida pensó un momento, y comprendió con una sensación de desaliento que aquel librito era lo más cerca que iba a llegar de tener una prueba. Necesitaba sentarse y estudiarlo con más detenimiento, y ver si contenía datos del paradero del hombre del que le había hablado el general Kline, el hombre que había estado en el ejército a sus órdenes, el hombre al que había contratado Morval. Pero no tenía sentido estudiar el libro allí, donde estaban expuestos y eran vulnerables.

—Vayámonos de aquí —dijo, guardándose el libro en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Lewis cuando subían la escalera.

—Estoy pensando que puede que el libro contenga el nombre del asesino que contrató Morval para eso —dijo.

—¿No tienes material sobre las chicas de Morval? —preguntó Lewis.

—Las chicas de Morval no tienen nada que ver con esto —contestó Ida—. Se trata de la estrategia del alcalde para enfrentarse a los Matranga. Morval hizo que mataran a esas personas porque el alcalde le pidió que las matara.

—¿El alcalde?

Llegaron a lo alto de la escalera y soplaron las velas.

—A cambio, Morval pudo controlar todos los burdeles de fuera de Storyville.

Lewis la miró y frunció el ceño.

—Ida, no hay burdeles fuera de Storyville —dijo.

—No, todavía no los hay.

Salieron al pasillo y llegaron a la sala de estar. Buddy estaba sentado en el sofá del extremo más alejado de la habitación, con una inerme sonrisa aflorando en sus labios, la cabeza inclinada. Lewis advirtió algo fiero en sus ojos, algo extraño en su sonrisa, y luego vio la línea roja que le atravesaba el cuello.

—¿Buddy? —dijo Lewis, antes de que algo descargara sobre él y el mundo se quedara negro.

EL HOSPITAL PARA INCURABLES ERA un conjunto disperso de edificios abandonados que se alzaban detrás de una cerca de alambre con púas en el monte ubicado en el sudoeste de la ciudad. Había sido cerrado por el alcalde unos cuantos años antes y la policía había quedado a cargo de su seguridad hasta que se decidiera su destino. Hatener se las había arreglado de algún modo para conseguir las llaves. Los terrenos del hospital eran lo bastante extensos para ahogar el ruido del interior, y cuando arrastraron el cuerpo de Amanzo desde el coche, Jones había informado a Michael, con una sonrisa siniestra, de que el incinerador del hospital todavía estaba en funcionamiento.

Entraron en el edificio principal y encendieron un par de lámparas de gas que proporcionaban una luz débil, parpadeante. Hatener les condujo por un pasillo largo, sórdido, hasta una habitación sin ventanas de azulejos blancos que Michael supuso había sido una sala de operaciones. En el centro había un artilugio médico que le recordó una silla eléctrica: algo oscuro y siniestro hecho de madera, cuero y metal. Gregson y Jones pusieron el par de lámparas de gas en el suelo, y luego sujetaron al asiento por tobillos y muñecas al aún inconsciente Amanzo. Le dijeron a Michael que se le limitara a mirar, así que él se quedó en una esquina del cuarto fumando un cigarrillo y tratando de no fijarse en las marcas de arañazos y las manchas de sangre junto a la pata de la silla, ni en su ocupante, que aparecía a la luz de gas en un inquietante claroscuro. De vez en cuando Michael echaba una ojeada a los otros, que se dedicaban a preparar sus herramientas: instrumental médico, un trozo de cuerda, un cubo.

Cuando terminaron, Hatener hizo un gesto con la cabeza a Gregson, que agarró el cubo y vertió su contenido encima de Amanzo. El agua fría le golpeó en la cara y él dio una sacudida, esforzándose por respirar, abriendo y cerrando los ojos.

Paseó una vacilante mirada por la habitación, recuperando poco a poco la conciencia.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz soñolienta.

—El Hospital para Incurables. —Hatener habló con un brillo en el ojo—. Te han traído muy grave.

Hatener se dirigió a la mesa donde habían dejado el instrumental médico. Pasó la mano por instrumentos antiguos, oxidados: sierras para amputar, bisturís, fórceps, un compás de Hirtz, un escarificador. Los recorrió uno a uno, agarrándolos por turnos y examinándolos, asegurándose de que Amanzo echaba una mirada a lo que se le venía encima.

—Aquí mi colega Michael dice que tienes cierta información útil referente al Asesino del Hacha —dijo Hatener, con ensayada naturalidad—, pero que no la sueltas.

Hatener agarró un bisturí y examinó su filo oxidado a la turbia luz de la lámpara de gas.

—Los oxidados son los peores —intervino Jones—. No cortan. Desgarran.

Hatener soltó una sonrisilla y, bisturí en mano, se acercó a Amanzo.

—Ahora que estás aquí, la única posibilidad que tienes es dárnosla ahora o dárnosla más tarde.

Amanzo alzó la vista hacia Hatener y durante un momento miró con desasosiego y miedo, y Michael sintió una punzada de compasión. Luego los dientes de Amanzo brillaron a la luz de gas y dijo con desprecio:

—*Vaffanculo*.

Hatener se encogió de hombros y acercó el bisturí a la cara de Amanzo, pero no deslizándolo, sino girando la muñeca, como un hombre que excava para hacer un agujero. Amanzo gritó, un alarido gutural con todo el cuerpo que rebotó en las paredes y reverberó sin fin. Jadeaba por culpa del dolor y la conmoción, esforzándose por respirar. Tenía un aspecto enloquecido, perplejo, desenfrenado y lleno de odio.

—¿Eso es todo? —soltó despectivo, entre jadeos.

Hatener volvió a clavar el bisturí, esta vez en el otro lado de su cara. Amanzo gritó y Michael distinguió un pómulo blanco al aire, como un iceberg en medio de un mar rojo brillante. Se volvió hacia la pared y tuvo arcadas. Luchó contra la bilis que le subía a la garganta, pero terminó vomitando en el suelo. Oyó que Gregson y Jones se reían, y él avanzó tambaleándose contra la pared, mientras se esforzaba por alcanzar el picaporte de la puerta. Salió dando tumbos al pasillo y cerró de un portazo. El pasillo estaba a oscuras salvo por el débil resplandor naranja que procedía de las luces de gas de la otra habitación. Se limpió la bilis de la boca y se dejó caer apoyado en la pared del pasillo. Apoyó la cabeza en las manos y respiró profundamente, con el olor a vómito en la nariz. Miró la rendija de luz naranja que se filtraba al pasillo por debajo de la puerta y dotaba a una parte de las baldosas del suelo de tenue brillo luminiscente.

Oyó gritar otra vez a Amanzo, de modo más espeluznante ahora que estaba a oscuras. Sacó un cigarrillo del paquete, se lo puso en la boca, y encendió tembloroso una cerilla. El fósforo brilló un momento, y el pasillo llenó su visión: cubierto de polvo y sucio, sumido en la oscuridad a ambos lados. Encendió el cigarrillo y apagó la cerilla sacudiéndola, hundiéndose de nuevo en la oscuridad.

Los alaridos se hicieron más frecuentes a partir de ese momento, acompañados por gritos de Hatener, desgarradores y llenos de ira. Luego oyó susurros y sollozos. No estaba seguro de cuánto duró aquello, pero en determinado momento alguien desde dentro de la habitación, Gregson o Jones, gritó su nombre. El tono era trivial, como el de alguien que pide ayuda para una tarea doméstica.

Respiró a fondo, se levantó y volvió a entrar en la habitación. La cara de Amanzo estaba cubierta de sangre, y no tenía muy buen aspecto. Los ojos le brillaban y parpadeaban a la luz de gas y la cabeza se le balanceaba. La sangre le mojaba la



camisa y había salpicado las baldosas del suelo. Michael vio que el pecho le subía y bajaba; respiraba con dificultad, delirando debido a la conmoción y la pérdida de sangre. Le habían llevado al mismo límite, hasta el punto inmediatamente anterior a la muerte, en el que ya no le quedaba energía para mentir, sino sólo la justa para responder preguntas. Michael consideró lo delgada que era la línea entre los dos estados, y cuántos hombres habrían muerto arrastrados por Hatener hasta allí sólo para que este perfeccionara su habilidad.

Hatener hizo un gesto con la cabeza a Amanzo y lentamente, sin que se notase al principio, este le devolvió el gesto. Jones se acercó y sacó una petaca del bolsillo. Soltó la correa de una de las muñecas de Amanzo y le puso la petaca en la mano. Amanzo cerró los dedos en torno a ella, se la llevó a la boca y dio un trago, con la mano temblándole y derramando el licor sobre la carne desgarrada de su barbilla.

—Usted... ¿tiene usted un cigarrillo? —preguntó.

Michael dio unos pasos hacia él y encendió un cigarrillo. Le quitó la petaca de la mano y puso el cigarrillo entre sus dedos. Sólo entonces, cuando estaba cerca, se fijó en las cinco babosas como de arcilla al pie de la silla. Alzó la vista hacia la mano de Amanzo, la que todavía estaba sujeta, y vio que solo era un muñón del que goteaba sangre al suelo.

—Deme un momento —dijo Amanzo.

Amanzo se puso el cigarrillo entre los labios y se pasó la mano por la cara, tocando las heridas del bisturí. Dio otra calada y se quitó el cigarrillo de los labios.

—Pregunte —dijo, con voz temblorosa, y Michael comprendió que estaba mirando a un hombre muerto.

—¿Quién es el Asesino del Hacha?

—Un... un maldito negro francés de los pantanos —dijo Amanzo, jadeante—. Nunca lo he visto. Nadie lo ha visto.

—¿Quién te encargó que le entregases la lista?

—Sam Carolla —siseó Amanzo, casi en un susurro.

Michael pensó en su encuentro con Carolla en la barbería. Recordó la broma que había hecho Carolla sobre Annette, y sus palabras de despedida, que el Asesino del Hacha era un fantasma. Pruebas dispersas empezaron a relacionarse, una tras otra, y una secuencia de acontecimientos que encajaban con las pruebas adquirió un orden en su cabeza, como la cadena de un ancla que sube eslabón a eslabón del limo del océano.

—Cuéntame lo que sepas —dijo.

A Amanzo le llevó un momento tomar aire, profunda y ásperamente, y Michael pensó que la sangre le debía de estar encharcando los pulmones.

—El Asesino del Hacha ha llevado a cabo una especie de *vendetta*. Carolla tenía una lista. Me pidió que la entregara.

—Y te juró que si lo hacías, y no se lo contabas a nadie, te haría miembro de la mafia —dijo Michael—, porque tú en todos estos años no has hecho más que de

figurante. —Amanzo asintió—. Pero le pasaste el trabajo a Lombardi porque no te olía bien, y te preocupaba que te quitaran de en medio, y habías oído que Lombardi de todos modos se marchaba de la ciudad. Y luego resultó que no se marchó.

Amanzo asintió. Hatener y los otros pasaban la mirada del uno al otro, y luego Hatener frunció el ceño y se volvió hacia Amanzo.

—¿Por qué los quería matar Matranga? —preguntó.

—No era Matranga —dijo Michael, interrumpiéndole—. Carolla era el que estaba detrás de todo. ¿No es así?

Amanzo volvió a asentir.

—Carolla quiere librarse del Don —dijo—. Lleva años siendo el número dos. Pero... —Amanzo se esforzó por respirar—. Pero no quería la guerra.

Michael tendría que haberse dado cuenta antes, y se maldijo por no verlo. Carolla había utilizado al Asesino del Hacha para desestabilizar a Carlo Matranga. Encontró a un sicario de fuera de la ciudad para que cometiera los asesinatos, alguien sin contactos con la Familia. Un fantasma. Y utilizó los asesinatos para propagar el miedo por la ciudad, para obligar a la policía a poner fin a las actividades de la Familia. La situación de Carlo Matranga se debilitaría hasta el punto de que al final se viera obligado a retirarse. Entonces Carolla tomaría el poder con un golpe incruento, y todo parecería un simple golpe de mala suerte del Don.

Eso explicaba por qué nadie en Nueva Orleans sabía quién era el asesino, y demostraba que Luca estaba diciendo la verdad cuando le había contado a Michael que Carlo le había pedido que investigase. ¿Por qué Michael no se había dado cuenta antes? En especial cuando en la barbería se puso tan gallito... para disimular su preocupación por haber atraído la investigación directamente hacia él. Michael pensó en las cartas del tarot dejadas en las escenas de los crímenes para hacer que los asesinatos parecieran obra de un criollo, o un negro, y que todos siguieran pistas equivocadas. Pensó en la carta demente que mandó a la prensa, con sus historias del infierno, el jazz y los demonios... miedos raciales que confundieron y llevaron a la ciudad por el camino equivocado.

Amanzo tosió y una bocanada de sangre le separó los labios y cayó al suelo con un chapoteo. Michael escrutó al hombre y notó la mirada anonadada, moribunda, de sus ojos. El pecho le jadeaba cuando se esforzaba por respirar y Michael tuvo de nuevo la sensación de que estaba mirando a un hombre ya al otro lado del río.

—Trataron de matarle a usted a la entrada de la comisaría y, van a volver a intentarlo. Esta noche —dijo, luchando desesperadamente por aire—. En su casa.

Michael miró a Amanzo y un escalofrío de pánico y miedo le recorrió el cuerpo al darse cuenta del peligro que corrían Annette y los niños. Cerró los puños y lanzó un puñetazo a Amanzo. El puñetazo llegó y la cabeza de Amanzo salió despedida hacia atrás con un crujido repugnante. Michael se dio la vuelta y salió disparado de la habitación.

—Ponte en contacto con la comisaría —le dijo Hatener a Gregson—. Cuéntales lo

que está pasando, y que se nos unan en casa de Talbot. Jones, tú líbrate de Amanzo, y luego nos sigues.

—Claro, jefe —dijo Jones—. Encenderé la incineradora.

EL AGUA DE LA CRECIDA LEVANTÓ ondas en torno a las piernas de Luca antes de deslizarse colina abajo frente a él. Se quedó quieto en lo alto de una cuesta mientras observaba el camino: una calle que llevaba a Marigny, casas a los dos lados, y en el centro, como rápidos de agua blanca, agua desbordada invadiendo la calle y formando una cascada que se precipitaba en un charco del fondo.

Se había detenido en el hotel. Sandoval había encontrado a Bianchi y le dejaba una dirección: un apartamento al norte del Barrio Francés, en un punto al otro lado de la crecida que estaba convirtiendo la ciudad en un lago. Luca tenía náuseas, le temblaban las manos y respiraba con dificultad; pasar todo el día con ropa mojada le había dado fiebre.

Oyó voces, y unas luces iluminaron la superficie del agua. Un grupo de personas se acercaba por un lado. Parecían refugiados: vestidas a toda prisa y cansadas, las conducían tres policías con ropa impermeable que llevaban en la mano linternas eléctricas a prueba del mal tiempo. Se detuvieron cuando vieron a Luca y cruzaron miradas de perplejidad.

—¿Qué está haciendo, amigo? —preguntó uno de los policías, gritando para imponerse al ruido del temporal.

—Voy a casa de un amigo —contestó Luca.

El policía frunció el ceño y señaló la pendiente.

—¿Ahí abajo? —preguntó. Luca asintió—. ¿No se ha enterado? —gritó el policía imponiéndose al ruido del viento y la lluvia—. El río se ha desbordado, ha roto los diques. Estamos evacuando a la gente.

—Gracias por el aviso, agente —gritó Luca—. Pero tengo que encontrar a mi amigo.

El policía miró a Luca con desconfianza, suponiendo que debía de tener planes de robar en las casas o saquear tiendas.

—No puedo dejar que lo haga, amigo —dijo.

—¿Qué va a hacer? ¿Detenerme? No puede detenerme y evacuar a toda esta gente al mismo tiempo. —Señaló con la cabeza a los evacuados reunidos detrás de los policías—. No me pasará nada, agente. Gracias por preocuparse.

El policía le miró y luego cruzó algunas palabras con sus colegas.

—Bueno —dijo—. Su entierro es cuestión suya, amigo.

Hizo una señal con la mano a los otros y el grupo avanzó por la calle; los evacuados fruncieron el ceño a Luca cuando pasaban andando con dificultad junto a él.

Luca contempló cómo se iban y luego dio unos pasos vacilantes bajando la calle, con el agua que chocaba contra sus tobillos amenazando con hacerle perder pie. Estaba a medio camino de la cuesta cuando algo chocó contra él, algún desecho

arrastrado por el agua. Era pesado y dentado y le hizo perder el equilibrio. Cayó al torrente, notó que daba vueltas, moviéndose hacia abajo. A cada giro se golpeaba contra la calle y la costilla fracturada le explotaba de dolor.

Al cabo de unos segundos su cuerpo se estrelló contra algo duro. Se agarró a lo que fuera y se levantó; el dolor del torso era insoportable. Abrió los ojos y miró alrededor. Estaba sujetándose a una farola del centro del lago que se había formado al final de la calle. Volvió la vista hacia la pendiente —la cascada le había arrastrado al menos cien metros— y luego vadeó el agua hasta el otro lado del lago.

Avanzaba lentamente, sujetándose a las paredes de los edificios siempre que podía, y por fin salió del agua a una calle que subía al otro lado de la cuesta. Esta vez el agua corría hacia él. Avanzó calle arriba como un montañero, asegurando el punto de apoyo antes de poner el pie. Cuando llegó arriba, el avance fue más fácil, perpendicular al flujo de la corriente. Cruzó tres calles y por fin llegó al edificio de apartamentos. El de Bianchi estaba en el segundo piso. Subió pesadamente la escalera, llamó a la puerta, y al cabo de unos segundos la abrió un siciliano corpulento con un traje de algodón gris.

—Luca —dijo el siciliano con una risita—. Pareces un pez.

Luca entró tambaleante al apartamento y se dejó caer en un sillón. Se llevó la mano a la cara y respiró lo más profundamente que pudo, tratando de resistir las náuseas que le subían del estómago. Oyó voces a su alrededor, que entraban y salían titilantes de su cabeza, y notó que alguien le sacudía. Alzó la vista. Sandoval estaba de pie a su lado, con expresión preocupada.

—Luca, ¿te encuentras bien?

Luca asintió. Sandoval le miró, poco convencido.

—Vete al cuarto de baño y sécate.

Luca se levantó inestable y miró a su alrededor. Estaba en un cuarto de estar con luz escasa, junto a un puñado de *picciotti*: mafiosos jóvenes de mandíbula cuadrada y con bultos de armas en las chaquetas. Y sentado en un sillón más apartado estaba el hombre que supuso que era Bianchi, un tipo flaco, de unos setenta años, con los ojos desorbitados y furioso.

Luca encontró el cuarto de baño en el pasillo y entró. Una luz eléctrica deslumbrante rebotó en los azulejos blancos, hiriéndole los ojos. Abrió el agua caliente y se salpicó la cara; luego se quitó la ropa y por segunda vez en el día se secó con una toalla. Llamó a uno de los hombres para que le trajera algo de ropa de Bianchi.

Se cambió y volvió al cuarto de estar.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Sandoval.

Luca asintió.

—Algo fuerte.

Sandoval cruzó hasta el armarito de las bebidas y sacó una botella de *whisky* de centeno.

—Que le siente bien —dijo sarcásticamente Bianchi.

Sandoval le ignoró, sirvió dos vasos y volvió hacia Luca. Sacó una pitillera del bolsillo interior, ofreció un cigarrillo a Luca y los dos los encendieron.

Luca reclinó la cabeza en el sillón y suspiró.

—¿Dónde has estado? —preguntó Sandoval.

—Volviendo de las afueras de la ciudad —dijo Luca, y su tono dejaba claro que no tenía ganas de hablar.

Sandoval asintió.

—Nos lo ha contado todo. He hablado con Carlo. Buen trabajo, Luca. —Luca asintió y de un trago vació el vaso de *whisky*. Se lo pasó a Sandoval que se lo relleno—. ¿Este sujeto es el último? —preguntó.

—Eso creo —dijo Luca.

Sandoval le entregó el vaso, y Luca dio un sorbo. Miró atentamente a Bianchi, que todavía estaba sentado en su butaca con las manos enlazadas delante del estómago. Era un hombre delgado, de pelo gris con unos ojos desafiantes como de pájaro y la piel curtida de un campesino. Bianchi se dio cuenta de que le estaba mirando y los dos cruzaron la mirada.

—¿Por qué no huiste? —preguntó Luca—. Viste que mataban a todos tus socios y te quedaste.

—¿Por qué iba a huir? —Hablabas con vehemencia—. Si muero, moriré en mi casa.

El viejo tenía algo venenoso, un engrimiento orgulloso que resultaba discordante y por algún motivo falso. Luca miró a Bianchi detenidamente y luego se levantó y se dirigió a la ventana, apartando la cortina para echar una ojeada a la calle. El agua había subido, y a Luca le dio la impresión de que se encontraba en lo alto de un desfiladero, contemplando un río enfurecido. El temporal había derribado las farolas: no veía mucho más que el torrente incontrolable y las luces de las casas cercanas, nebulosas en la oscuridad.

Se dio la vuelta y recorrió con la vista la habitación. Bianchi seguía en su sillón, Sandoval estaba de pie junto a la puerta de la cocina mareando su copa, y los mafiosos jóvenes estaban inclinados sobre la mesa de centro jugando una partida de *briscola* con un mazo de naipes napolitanos.

Luca notó que el humo del cigarrillo empeoraba su respiración. Lo apagó en el cenicero, se sirvió más *whisky* y volvió a sentarse. Cerró los ojos un momento y antes de darse cuenta se dejó ir y estaba en medio de un sueño febril. Soñó con un campo de Sicilia, el campo que cultivaba su padre cuando él era niño. Vio a su padre parado a unos metros de él, y cuando se acercó vio que su padre estaba llorando porque en el campo no crecía nada, estaba lleno de piedras y tocones quemados. Su padre alzó la vista hacia él, con lágrimas en los ojos, y Luca se dio cuenta con pánico de que el hombre no era su padre.

Despertó entre gritos y agitación.

—Jodido temporal —oyó decir a uno de los *picciotti*.

—¿Dónde está la caja de los plomos, viejo?

Luca vio que la habitación había quedado sumida en la oscuridad: un apagón. Se puso de pie, avanzó a tientas hasta la ventana y miró fuera. Las luces de las casas cercanas seguían encendidas.

—¡No es por el temporal! —gritó, pero era demasiado tarde.

Una de las ventanas se abrió con violencia y trozos de cristal y gotas de lluvia se dispersaron por la habitación. La cortina se agitó enloquecida por el viento que rugía y Luca vio una sombra entre la confusión mientras los hombres empezaban a gritar. Se apoyó en la pared, tratando de ver en la oscuridad para distinguir lo que estaba pasando. Oyó ruido de muebles por el suelo y luego un alarido.

—¡Está aquí! —gritó alguien, y la habitación relampagueó. Los hombres habían empezado a disparar, sobrecogidos de pánico en la oscuridad.

—¡No disparéis! —gritó Luca sobre el estruendo, preocupado porque los hombres se mataran unos a otros. Se dejó caer al suelo deslizándose por la pared, con la esperanza de que no le alcanzase ninguna bala perdida. Relámpagos de disparos estallaban a su alrededor y el olor a pólvora quemada se mezclaba con el del agua de la crecida que entraba por la ventana reventada. Luca oyó otro alarido y vio la silueta de un hombre, ancho de hombros con un abrigo largo. Los disparos cesaron y se agitó algo en la ventana, luego la habitación quedó callada a excepción del viento y la cortina que se golpeaba contra el cristal roto.

Luca se levantó y se abrió paso a tientas hasta el armarito. Había visto una palmatoria allí. Cerillas. Unos segundos después la vela parpadeó con vida y la hizo girar para comprobar los daños. Los *picciotti* estaban muertos en el suelo, caídos sobre los muebles, algunos con hachazos, la mayoría alcanzados por los disparos de sus colegas. Sandoval estaba tumbado boca abajo en la alfombra. Luca le dio la vuelta: una bala le había dado en un lado de la cara. Luca le miró un momento, luego suspiró, meneó la cabeza y se santiguó. Miró hacia donde había estado sentado Bianchi. Seguía en el sillón, pero había desaparecido una parte de su cabeza. En el regazo tenía una carta del tarot. Con el relampagueo de la vela, Luca echó una ojeada a la figura de la carta, un ser con alas y cabeza con cuernos que agarraba una gruesa antorcha en llamas.

Luca corrió a la ventana y miró la calle. Vio una forma humana en la parte de más abajo de la escalera de incendios. Se retorció, con el abrigo enganchado a algo, luchando por soltarse. Luca cogió la pistola de uno de los muertos, comprobó que tenía balas y saltó a la escalera de incendios. El sonido metálico de sus pies hizo que el asesino alzara la vista. Luca corrió bajando los peldaños, con la cabeza yéndosele, las costillas doliéndole a cada paso. El asesino consiguió desenganchar el abrigo y se soltó, saltando al agua y corriendo calle arriba.

Cuando Luca alcanzó la parte de abajo de la escalera de incendios, el otro ya estaba a medio camino de la esquina. Luca saltó, se tambaleó y corrió detrás de

Baudet por la ciudad oscura, inundada.



IDA DESPERTÓ CONFUSA POR EL GOLPE y con náuseas; tenía la mejilla aplastada contra un frío suelo de cemento. Se sentó y se frotó la cara, y notó sangre seca formando escamas bajo sus dedos. Vio a Lewis tumbado junto a ella, inconsciente, con una magulladura cruzándole la frente. Le sacudió para despertarle y miró a su alrededor. Era un espacio de trabajo, enorme como una fábrica, y ya lo había visto antes. Hileras de abrigos colgaban de rieles que se perdían a lo lejos como un ejército desfilando. Las cajas y pieles dispersas por el suelo en el centro de la sala, y la incisiva luz de una bombilla dotaban a todo de una iluminación deprimente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lewis, con voz débil.

—No lo sé —dijo Ida—. Vamos a salir de este maldito sitio.

Se levantaron y pasearon la vista por aquel espacio. Encima de una mesa de trabajo junto a un montón de pieles Ida vio un cuchillo de caza. Dudó un momento y luego lo cogió. Lo notó más pesado de lo que esperaba, extraño por algún motivo. Se lo guardó en el bolsillo, para mayor seguridad. Lewis se volvió hacia ella e iba a decir algo cuando los ojos se le quedaron en blanco y cayó al suelo haciendo un ruido sordo.

—¡Lewis! —gritó Ida, corriendo a su lado.

—Me encuentro mal —dijo Lewis, sujetándose la frente, respirando con dificultad.

—¿Crees que puedes andar?

Pero antes de que Lewis pudiera responder, la puerta más alejada de la sala se abrió y entraron dos matones pisando fuerte, dos mentecatos vestidos con traje azul, uno de ellos unos treinta centímetros más alto que el otro, entraron dando zapatazos. Miraron a Ida y Lewis un momento y luego el más alto se volvió hacia el otro.

—Dile al jefe que están despiertos —dijo, con un toque nasal en la voz.

El más bajo asintió y salió, y el más alto los miró como un perro de presa. Unos segundos después Morval entró en la sala. A pesar de su edad, Ida vio que se conservaba bien, hombros anchos y la espalda recta, el pelo brillante bajo la hiriente luz eléctrica. Les miró inexpresivo, con cierta curiosidad en la inclinación de cabeza, como un perro podría mirar a su amo. Se quitó la chaqueta y la colgó de uno de los rieles e Ida se fijó en los músculos de sus brazos, que se abultaban bajo la seda de su camisa. Se estiró el chaleco, volvió la cara hacia ellos e hizo un gesto con la cabeza a los dos hombres.

—Llevadlos a la mesa —dijo.

En la esquina de la sala había una mesa redonda cubierta por un paño verde, naipes y ceniceros dispersos sobre ella. Los hombres agarraron a Ida y Lewis por los codos, los llevaron a la mesa y los depositaron en un par de sillas. Morval se acercó y agarró una botella de *bourbon* de la mesa. Sirvió un vaso y se lo entregó a Lewis.

—Parece que te vendría bien, hijo —dijo, con una voz paternal y cálida.

—Gracias, señor —dijo Lewis, y dio un sorbo. Morval se sirvió un vaso para él, se sentó a la mesa y encendió un puro, mientras los miraba a los dos. Sus pequeños ojos pardos parecían muertos y revelaban una indiferencia, una falta de humanidad que inquietó a Ida. Cuando acabó de encender el puro, se llenó la boca de humo y les sonrió.

—¿Qué estabais haciendo en mi casa? —preguntó, sin el menor asomo de amenaza en el tono de voz.

—Nada, señor —dijo Ida, con voz dulce—. Entramos a pasar la noche. Vivimos en la calle y queríamos ponernos a salvo de la inundación. No pretendíamos hacer nada malo.

—Bien, pero eres la chica de la calle mejor vestida que he visto en mi vida —dijo Morval, con sarcasmo—. Si queríais protegeros del temporal, ¿por qué estabas en el sótano rebuscando entre mis papeles?

Hablaba como sin darle importancia, lo mismo que si sus preguntas formaran parte de un juego intrascendente.

—Estábamos buscando algo con lo que encender un fuego. Estaba empezando a hacer mucho frío —dijo Ida con desesperación, sonriendo lo mejor que pudo.

Morval soltó una risilla y movió la cabeza a los lados despacio. Se sacó algo del bolsillo y lo tiró encima de la mesa: el libro negro que Ida había guardado en su abrigo.

—¿Ibas a iniciar el fuego en tu bolsillo? —Dio una chupada a su puro, dejando que el humo circulara por su boca—. Si creyéramos que erais unos ladrones, ya estarías muerta. Y lo mismo tu amigo, el del traje caro —dijo, y con un arrebato de miedo y culpabilidad, la imagen de Buddy sentado en sofá relampagueó en la mente de Ida—. Lo único que os ha permitido seguir vivos —continuó Morval—, es que quiero saber exactamente qué interés tenéis en mis asuntos. ¿Vas a decirme para quién trabajáis?

—No trabajamos para nadie, señor —dijo Ida.

Morval suspiró y sacudió la cabeza a los lados. Se levantó y estiró la espalda; la tela de su chaleco se le tensó contra el pecho. Se dirigió al riel de ropa más cercano y desenrolló un trozo de cuerda del gancho de la polea que colgaba del techo.

—Átala —ordenó, tirando la cuerda al matón más bajo. El hombre atrapó la cuerda y se colocó detrás de Ida. De pronto, esta sintió claustrofobia, un pánico que le apuñalaba el corazón mientras el hombre le cogía las manos y las ataba. Pensó en Leeta y todas las advertencias que les había hecho sobre Morval, y sintió que una ola de miedo y vergüenza por su propia estupidez se estampaba contra ella. Dudó si debería tratar de resistirse a que la ataran, o si eso empeoraría las cosas. Luego se apoderó de ella una parálisis de pesadilla, una congelación de los músculos, y se encontró sentada muy quieta, entregada, mientras el áspero bramante con el que la ataban iba apretándole las muñecas. Morval miraba al que la ataba con una ligera

sonrisilla en los labios, y cuando terminó el hombre asintió.

—Lleva fuera al jodido negro y deja que le dé un poco la luz del día —dijo—. Yo me ocuparé de la chica.

Ida gritó y Lewis la miró con desesperación y pánico. El matón más bajo sacó una porra de la chaqueta y la estampó en la cabeza de Lewis.

VOLVIÓ EN SÍ CON UNA SENSACIÓN de peso en los hombros: los hombres le estaban arrastrando hacia algún sitio con las manos colocadas bajo sus sobacos. Miró a su alrededor y vio que estaba en un pasillo frío y húmedo, camino de unas puertas cerradas con cerrojo. Uno de los hombres dio una patada al cerrojo y las puertas se abrieron. El temporal rugió al entrar en el pasillo y gotas de lluvia salpicaron a Lewis antes de que la puerta volviera a cerrarse con la fuerza sometida a la presión del viento.

—¡Hay que joderse! —Uno de los hombres volvió a empujar la puerta con el hombro y el viento rugió en sus oídos una vez más. Arrastraron a Lewis bajo la tormenta hasta un malecón que colgaba sobre el río. El viento azotaba el agua formando olas que chocaban contra el malecón, que se balanceaba convulsivamente. Los hombres soltaron a Lewis encima de los tablones y entonces el matón más bajo sacó una pistola del bolsillo y le apuntó con ella.

—¿Qué estás haciendo? —gritó el más alto sobre el rugido de la tempestad.

—¿Tú qué crees?

—Llévalo hasta el final, cojones.

Lewis notó que le agarraban otra vez y le arrastraban sobre los tablones. Vio el río enfurecido debajo de él, y a su derecha algo que avanzaba hacia él, un muro de espuma, blanco y turbulento, que aumentaba de tamaño. Los hombres gritaron cuando los golpeó; cinco metros de agua del Mississippi se estrellaron contra el malecón. Se oyó un ruido como de explosión y la madera que les rodeaba pareció partirse y salir disparada hacia el cielo, antes de darse cuenta de que estaba bajo el agua.

Las corrientes le empujaron como a un muñeco de trapo, haciéndole rodar por la silenciosa oscuridad hasta que notó que chocaba contra algo duro y tieso y salía disparado a la superficie. Se agarró a lo que fuera contra lo que había chocado y miró a su alrededor. Donde antes estaba el malecón ahora sólo había una hilera de postes que asomaban por encima del agua y, a su alrededor, estaban los restos de los tablones, convertidos en mil pedazos que flotaban en la superficie como una capa de algas enfurecidas, de forma irregular.

Lewis se dio cuenta de que estaba agarrado a uno de los postes, y avanzando de poste en poste hizo el camino de vuelta hasta la orilla. Encontró puntos de apoyo para los pies practicados en el enladrillado del embarcadero y subió por ellos para salir del río. Se quedó un momento tumbado en el muelle recuperando la respiración y luego

se levantó. Miró a su alrededor buscando señales de los dos hombres, y al no ver a ninguno, supuso que se los habían llevado las olas. Tomó aliento una vez más y regresó dando traspiés a la fábrica, rezando para que no fuera demasiado tarde.

MICHAEL YA ESTABA ARRANCANDO el Chevrolet cuando vio a Hatener salir corriendo del hospital. El viejo le hizo un gesto para que se detuviera y abrió la puerta del acompañante.

—Vas a necesitar ayuda —dijo Hatener, cuando se metió dentro. Michael le miró un momento y luego volvió su atención a los mandos del coche; no estaba seguro de conseguir que aquello anduviera. Tiró del freno, metió la marcha al coche y tras unas sacudidas hacia delante tomaron el camino hacia la salida del hospital.

Circularon en silencio, Michael concentrado en la carretera y Hatener mirando por la ventanilla. Cada vez había más agua en las carreteras conforme iban acercándose a la ciudad, lo que forzó el motor e hizo patinar los neumáticos, pero Michael mantuvo el coche a la misma velocidad lo mejor que pudo. Rezó por que no hubieran cogido desprevenidos a los cuatro policías que vigilaban su casa, o peor aún, que estuvieran a sueldo de Carolla.

A unas manzanas de su casa se encontraron con un cordón policial. Michael detuvo el coche y uno de los agentes con ropa impermeable se acercó e hizo señal de que bajaran la ventanilla. Echó una ojeada dentro del coche y reconoció a los dos inspectores.

—Estas carreteras están cortadas, señor —le dijo a Michael—. El temporal ha producido inundaciones por toda esta zona. Estamos evacuando...

Pero antes de que pudiera terminar, Michael metió la marcha atrás y aceleró. Hizo un giro y tomó una carretera secundaria. Hatener le miraba.

—Esta carretera lleva a una zona alta —dijo Michael.

Cinco minutos después estaban en una cresta que dominaba la calle de Michael. Se bajaron del coche y Hatener hizo señas a Michael de que abriera el maletero. Dentro había tres escopetas Chesterfield y unas cuantas cajas de cartuchos, algunos de los cuales se habían salido durante el recorrido.

Cogieron una cada uno, comprobaron los cañones, y se guardaron en los bolsillos unos puñados de cartuchos de reserva. Luego comenzaron a bajar a la calle, Michael el doble de rápido que Hatener, que iba a trompicones detrás de él. Corrieron lo más que podían tratando de no resbalar en la corriente oscura que fluía como una cascada por los arcenes. Cuando estaban cerca de la casa de Michael, Hatener señaló un coche del otro lado de la carretera: el landó pequeño sin distintivos ocupado por dos de los cuatro policías. Se acercaron y echaron una ojeada dentro del coche: los hombres estaban desplomados en sus asientos, agarrotados por cables alrededor del cuello, sus caras tornándose de un verde parduzco.

—Ni un disparo —susurró Hatener, y Michael asintió, entendiendo lo que quería decir: si no había habido tiroteo, existían posibilidades de que también hubieran cogido desprevenidos a los dos hombres apostados en la parte trasera de la casa.

—¿Vas a esperar que lleguen mis chicos? —preguntó Hatener.

Michael le miró, se dio la vuelta y corrió hacia la casa. Hatener le contempló un momento, luego volvió a comprobar su escopeta y le siguió. Cruzaron la calle, resbaladiza por la lluvia, y alcanzaron la parte delantera de la casa. Cuando llegaron a los escalones de la entrada, sonaron disparos a sus espaldas. Subieron rápidamente al porche y se dejaron caer detrás del muro de ladrillo hasta la altura de la cintura que corría a lo largo de la parte delantera. Se estrellaron balas en los ladrillos y en la pared de madera de detrás, que se astilló y agrietó. Mientras continuaba la descarga, Michael y Hatener se miraron para comprobar que los dos estaban bien y luego echaron una ojeada por encima del muro: brotes naranja que escupían contra ellos los cañones de los que disparaban desde un coche del otro lado de la calle.

—Yo me quedaré aquí —dijo Hatener.

Michael asintió, y Hatener asomó la escopeta y empezó a devolver los disparos por encima del muro. Luego se dio la vuelta, empujó la puerta de entrada, abriéndola con la culata de su arma, y reptó al interior de la casa. Continuó por el pasillo hasta que estuvo fuera del alcance de los disparos que resonaban en la pared delantera, entonces se levantó y se encaminó rápidamente y con mucho cuidado al cuarto de estar. Cuando llegó a la puerta, se detuvo junto a ella, escuchando para ver si oía ruidos. Nada. Respiró profundamente, y empujó la puerta poco a poco. Las luces todavía estaban encendidas, pero el cuarto de estar estaba vacío. Entró en la cocina, sin dejar de vigilar a su alrededor mientras avanzaba. Annette había dejado algo cociendo en el fogón y la olla hervía, soltando columnas de humo en medio de la habitación desierta. Cuando llegó al fogón, lo apagó y echó una ojeada al patio trasero. Los cuerpos de la segunda pareja de policías estaban desplomados uno sobre el otro en el escalón de atrás.

Se apartó de la ventana y trató de despejar su mente. Dentro de la casa todo estaba en silencio, los únicos ruidos procedían de fuera: la lluvia, el viento y los estampidos de la calle. Entonces oyó un ruido detrás de él y se giró, con la escopeta apuntando frenéticamente en abanico la habitación.

Todo seguía en silencio y tranquilo. Pero estaba seguro de que había oído un crujido: una pisada en el suelo de madera quizá, o la puerta de una alacena al abrirse. Recorrió con la vista una vez más la habitación tratando de averiguar dónde podría haberse escondido alguien y entonces volvió a oír el ruido. En el otro extremo de la cocina había un armarito empotrado en la pared. La puerta empezó a abrirse despacio, y Michael vio a Thomas y Mae escondidos debajo de la arpillera del fondo, con las caras manchadas de lágrimas y paralizadas por el terror. Michael se llevó un índice a los labios, ellos respondieron como se les pedía y él avanzó hasta el armarito.

—¿Estáis bien? —susurró, arrodillándose junto a ellos. Los dos asintieron y Michael se fijó en que Thomas tenía su brazo en torno a Mae, protegiendo a su hermana pequeña. El gesto hizo que se sintiera orgulloso, y acarició la cabeza de su hijo—. Lo estás haciendo muy bien —dijo—. ¿Qué pasó?

—Mamá oyó ruido en la calle y nos escondió aquí. Luego hubo otro ruido y oímos llorar a mamá. Pero... pero nos había dicho que no saliéramos.

Thomas empezó a sollozar y contagió a Mae. Michael los abrazó a los dos.

—Escuchad. Aquí estáis seguros, ¿de acuerdo? —dijo—. Pero tenéis que estar callados. Yo voy a buscar a mamá, ¿de acuerdo? —Los niños asintieron—. Pero tenéis que estar callados —repitió concluyente—. Y no salgáis de ahí hasta que yo os lo diga. ¿Lo entendéis?

Volvieron a asentir y Michael sonrió. Se levantó y Thomas cerró la puerta del armarito desde dentro. Michael intentó imaginar lo que había pasado. Carolla y sus hombres debían de haber llegado y liquidado a los policías, luego habían entrado a por él. ¿Pero dónde habían llevado a Annette? No tenía sentido que hubieran corrido tantos riesgos y se hubieran marchado sin más al descubrir que él no estaba en casa. Tenían que estar todavía en la casa... esperando para tenderle una emboscada.

Michael reptó para volver a la encimera de la cocina y levantó poco a poco el marco de la ventana. La lluvia empezó a entrar en el cuarto y le mojó las manos. Mantuvo la ventana a medio subir y pasó por ella, con cuidado de no hacer ruido. Se dejó caer en las piedras del suelo del patio trasero. La lluvia y el frío le golpearon, y se dio cuenta de que ya no oía a Hatener y los otros disparar en la otra calle. Recorrió con la vista el costado de la casa y vio una luz que se filtraba por la ventana del dormitorio.

Se arrastró junto a la pared de atrás y llegó hasta donde estaban los cuerpos de los dos policías muertos. Uno de ellos tenía las manos alrededor del cuello, como si todavía intentara librarse del alambre que lo agarrotaba. Se inclinó para cerrarle los ojos, se santiguó, luego continuó su avance pegado a la pared hasta que llegó a la ventana del dormitorio.

Se dio la vuelta y miró dentro del dormitorio. No veía a Annette, pero sí a Carolla y a otro hombre: un hombre menudo con aspecto joven, una gorra de paño y un chaquetón de marinero. Los dos estaban parados junto a la puerta cerrada, con Colts niquelados en las manos. Supuso que habían oído el tiroteo en la parte delantera y estaban discutiendo qué hacer.

Entonces distinguió a Annette. Le habían atado las manos y tirado al suelo a los pies de la cama. Se apartó de la ventana y soltó un suspiro de alivio, y entonces trató de idear un plan. Miró a su alrededor y vio la oxidada mesa metálica de jardín que ya estaba en el patio trasero desde antes de que ellos se mudaran, e hizo un cálculo rápido de su peso y de la fuerza exacta que le quedaba en los brazos.

TREINTA SEGUNDOS DESPUÉS, LLUVIA, viento y ruido se precipitaron dentro de la habitación cuando la mesa penetró destrozando la ventana, trazó un arco en el interior y aterrizó sobre la cama antes de rebotar, salir volando otra vez y estrellarse contra la pared del fondo. El más joven apuntó su Colt hacia el patio trasero y abrió fuego.

Según disparaba iba acercándose a la ventana, y cuando estaba casi a la altura de ella, un disparo desde la oscuridad del exterior le impactó en un lado de la cara. Se tambaleó, intentó recuperarse, luego cayó hacia delante, derrumbándose sobre los trozos de cristal que apuntaban hacia arriba en la parte de abajo de la ventana rota, y que le atravesaron las tripas.

Mientras el hombre yacía muerto, Carolla se dio la vuelta y se esforzó por conseguir abrir la puerta del dormitorio. Michael apareció delante de la ventana.

—¡Quieto! —gritó por encima del ruido del temporal. Carolla se detuvo y se dio la vuelta en redondo, levantando las manos poco a poco. Los dos hombres se miraron entre los puntiagudos cristales de la ventana rota. Carolla parecía pálido a la luz eléctrica de la habitación. La bombilla que colgaba del techo estaba justo encima de él, y brillaba directamente en su cara, convirtiendo las cuencas de sus ojos en sombras cavernosas y confiriendo a su cara el aspecto de una calavera. Michael advirtió en la expresión del hombre algo en lo que no se había fijado antes: un ansia, una voracidad. Quiso preguntarle a Carolla si creía que tanta muerte y dolor merecían la pena. Pero entonces oyó un ruido y bajó la vista.

El hombre empalado en los cristales todavía respiraba, y emitía un gorgoteo mientras la garganta se le llenaba de sangre. Carolla, al ver distraído a Michael, se giró y echó a correr para salir de la habitación. Michael volvió nuevamente su mirada hacia él y el tiempo pareció hacerse más lento. Le temblaba la mano cuando apuntó su arma. Pensó por algún motivo en el cementerio de la calle Robertson, y con visiones de tumbas antiguas, ángeles y santos de piedra, respiró profundamente, y disparó.



UNA VEZ QUE LOS HOMBRES HUBIERON sacado arrastrando a Lewis al pasillo, Morval se dio la vuelta y salió por la puerta del lado opuesto de la habitación. Ida supuso que sólo estaría fuera unos pocos segundos. Retorció las manos, sabiendo que su única esperanza era agarrar el cuchillo de su bolsillo. Las puntas de sus dedos sólo pudieron alcanzar el borde del mango, pero no conseguía estirarse lo suficiente para sujetarlo con el pulgar. Movi6 el cuerpo a un lado, y el bolsillo se desplaz6 un poco, con el cuchillo asomando de 6l en direcci6n al suelo, pero todavía no conseguía cogerlo. Su única posibilidad era girar el cuerpo para que el cuchillo se saliera completamente del bolsillo y agarrarlo mientras caía al suelo. Si no coordinaba bien los movimientos, el cuchillo se le escaparía de la mano y estaría perdida. Pensó otra vez en Leeta, y en Lewis fuera. Respiró profundamente y sacudió el cuerpo. Notó que el cuchillo se salía del bolsillo y estiró la mano.

Agarró el aire. Oyó el cuchillo chocar contra el suelo, y un pánico paralizante se apoderó de ella. Había fallado. Su última esperanza se había desvanecido.

Empezó a sollozar, sacudida arriba y abajo por los embates de la desesperación. Pero entre las convulsiones de su cuerpo notó algo que le rozaba en los nudillos. Reteniendo las lágrimas abrió la mano. Agarró algo entre el pulgar y el índice. El borde mismo del mango. El cuchillo debía de haberse clavado por la punta en la madera del suelo debajo de su silla. Echó el cuerpo hacia abajo, arrancó el cuchillo de la madera del suelo, y luego deslizó los dedos por el mango hasta que lo tuvo agarrado con firmeza. Le dio la vuelta, apretó el cuchillo contra las cuerdas y empezó deslizar la hoja de un lado a otro lo más deprisa que podía. La cuerda era vieja y dura, y le llevaría un tiempo cortarla. Rezó para que Morval no volviera pronto, pero unos segundos después oyó pasos, la puerta se abrió y 6l entró en la habitación con un maletín de cuero negro en una mano, y una pistola en la otra.

Ida se quedó quieta cuando se le acercó, demasiado asustada para seguir cortando las cuerdas y que 6l se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Morval se sentó en una silla enfrente de ella y puso la pistola encima de la mesa, apuntando en su direcci6n. Sonrió y abrió el maletín. Dentro había una colección de relucientes cuchillos de caza que brillaban, completa a no ser por el espacio vacío del tamaño del cuchillo que tenía ella en las manos.

—Si me hace daño, todo lo que sé se lo contaré directamente a la policía — susurró Ida, sintiéndose idiota mientras lo decía.

Morval adelantó el labio inferior y se quedó pensativo. Agarró el vaso de *whisky* de la mesa y dio un sorbo.

—Bueno, eso no es una amenaza a menos que yo sepa lo que sabes. —Ida le miró, y tuvo la misma sensación que había tenido antes: que a 6l en realidad no le importaba lo que ella supiera, que toda la sesi6n de preguntas y respuestas sólo era un

juego, un preámbulo al terror que tenía planeado. Ida pensó que quizá podría sacar ventaja del juego, si conseguía que Morval hablara lo suficiente para que ella pudiera soltar las cuerdas.

—Sé que usted se encargó de los asesinatos del Asesino del Hacha en nombre del alcalde. Porque el alcalde se quería librar de Carlo Matranga. Entregué las pruebas a mi abogado. Si me pasara algo, acudirían directamente a la policía.

Morval se quedó pensativo, sus ojillos pardos brillaban inmóviles. Luego movió la cabeza a los lados y dio una chupada al puro.

—Lo que pasa es que no te creo —dijo. Se inclinó sobre la mesa y cogió uno de los cuchillos del maletín—. Si tuvieras esas pruebas no estarías rebuscando en una de mis casas para tratar de *tener* pruebas ¿no crees? Me parece que lo único que tienes son teorías.

—Lo juro por Dios —dijo Ida—. Escribí un informe para un abogado y lo dejé bajo su custodia. Si me pasa algo, lo mandará a la policía y a los periódicos.

Morval la ignoró y bajó la vista hacia el cuchillo que tenía en la mano como si sólo entonces se hubiera fijado en él. Ida siguió su mirada. La hoja dentada centelleó, el mango nacarado reflejó la luz en destellos irisados. Morval sonrió mientras lo observaba, con ternura en la mirada, como si fuera un recién nacido que tuviera en las manos.

—¿Cómo llegaste a tu teoría, chica? —preguntó de repente, sin entonación, alzando la vista hacia ella y sin rastro de sonrisa en sus labios—. ¿Quién te la metió en esa cabecita preciosa? ¿Tu novio, el de ahí fuera?

—La teoría es mía.

—Venga, no eres una chica lista. —Morval sonrió—. A mí me gustan las chicas listas. Es muy raro encontrarlas en mi trabajo. Si ahora me cuentas la verdad y sueltas todo lo que ha imaginado esa cabecita tuya preciosa, entonces no tengo ninguna razón para mantenerte con vida, ¿no te parece?

Sonrió, lanzó el cuchillo al aire y lo agarró por el mango. Luego se levantó y la miró, sus ojos dos charcos de hielo. Dio una chupada a su puro y avanzó hacia la temblorosa Ida. Esta se mantuvo quieta hasta que estuvo cerca, entonces con toda la fuerza de sus piernas le soltó una patada a las espinillas con la esperanza de hacerlo caer y así ganar un poco de tiempo más. Pero era más débil de lo que imaginaba, o Morval más fuerte, y los pies de este no se movieron de donde estaban. La miró fijamente y por primera vez manifestó cierta emoción: un destello de rabia. Aguzó la mirada, y le lanzó un cuchillazo.

Ida fue lo bastante rápida para verlo llegar y apartó el cuerpo a un lado. El cuchillo no acertó, pero ella no fue lo bastante rápida: se hundió justo encima de su cadera, y un dolor la desgarró de modo tan completo e incontenible que sintió como si el tiempo se hubiera paralizado y lo único que existía era el sufrimiento que recorría su cuerpo. Jadeó, se le cortó la respiración, y el corazón empezó a latir al doble de velocidad.

Morval la agarró por el cuello y tiró de ella hacia arriba, acercando su cara a la de él. Clavó en ella sus ojos de granito, su aliento caliente e impregnado de *whisky*, sus dedos como un lazo alrededor del cuello. La tensión con que la sujetaba estaba imprimiendo a las cuerdas que le ataban las muñecas —ya deshilachadas en el punto en que las había serrado con el cuchillo— se desgastaran todavía más, y rezó para que la presión fuera la suficiente y se rompiesen.

Morval puso su cuchillo en la parte interna de la rodilla de Ida y hundió la punta en la carne. Después fue subiéndola despacio por la parte interior del muslo, y mientras tanto mantenía sujeta la cara de Ida delante de la suya. Ida respiró profundamente y tiró hacia atrás de las manos y las cuerdas alrededor de sus muñecas se tensaron. Tiró otra vez.

Y las cuerdas se rompieron.

Giró el brazo formando un arco y enterró con todas sus fuerzas el cuchillo de caza entre las costillas de Morval. Este soltó un jadeo y con los ojos desorbitados, se tambaleó hacia atrás y, siguiendo un instinto momentáneo, lanzó su cuchillo hacia ella y la alcanzó en la mejilla.

Pero sólo fue el acto reflejo de un moribundo. Se tambaleó atrás otro paso y se derrumbó al suelo, quedando boca arriba y asfixiándose mientras la sangre brotaba de la herida. Ida bajó la vista hacia él, respirando agitadamente, aturdida porque tal vez lo habría matado y con miedo de que pudiera sobrevivir. Pero poco a poco su respiración fue debilitándose, y el pecho dejó de moverse, entonces toda la habitación se quedó quieta, en silencio, salvo por el ruido apagado del temporal.

Ida no estaba segura de cuánto tiempo pasó mirando el cuerpo, paralizada por la conmoción, mientras la sangre iba formando un charcho alrededor de Morval. Tenía la mente en un sitio lejano, desligada y apartada de cuanto la rodeaba. Oyó un ruido, alzó vista y vio a Lewis parado en el pasillo. Se le encogió el corazón y estalló en lágrimas mientras Lewis corría a abrazarla.

—No pasa nada —dijo—. Se terminó.

Ella no dijo nada, demasiado conmocionada por lo que había pasado, demasiado desorientada por el dolor que le recorría la mejilla, el tronco y el interior de la pierna. Lewis la miró de arriba abajo y sus ojos se detuvieron en el punto encima de la cadera donde Morval la había acuchillado. Ida advirtió sobresalto y preocupación en la cara de Lewis y siguiendo la dirección de su mirada vio la sangre que fluía en abundancia de la herida, deslizándose por el vestido abajo hasta el dobladillo, desde donde goteaba al suelo.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo él. Luego se arrodilló, arrancó el cuchillo del pecho de Morval, lo limpió en la camisa de él para borrar las huellas y lo dejó en el suelo junto al cuerpo—. Vámonos —dijo, e Ida de pronto sintió un ataque de vergüenza.

—No puedo andar —dijo, y le miró con ansiedad, asustada. Él le pasó el brazo por los hombros y, con la mitad del peso de Ida apoyado en él, salieron cojeando del

almacén al patio, sin saber cómo conseguirían llegar a un hospital en pleno temporal.

LUCA SIGUIÓ A BAUDET MIENTRAS este corría en dirección norte hacia Marigny-Faubourg; de algún modo se las arreglaba para avanzar frente al diluvio que se vertía sobre las calles. El temporal estaba asolando la ciudad, arrancando cercas, vallas de anuncios, techos y árboles. La corriente arrastraba trozos más pequeños de escombros que chocaban contra las piernas de Luca mientras corría, haciéndole tambalearse y quedar de rodillas cada pocos segundos. Trató de no caer de bruces al agua, para mantener la pistola lo más seca posible.

Baudet dobló hacia una calle más ancha y fue dando saltos todo el trecho hasta la parte más alta, deteniéndose bruscamente en mitad de la calzada, donde el nivel del agua era más bajo y una vía del tren cruzaba el camino. Luca se preguntó qué estaba esperando y entonces lo comprendió. Oyó un rugido, luego unas luces empezaron a iluminar la oscuridad, relampagueando en la superficie del agua. En un instante el tren estaba delante de ellos, rugiendo al pasar. El *Smokey Mary*, el tren que bajaba por la avenida de los Campos Elíseos desde el centro de Nueva Orleans camino del barrio del placer de Milneburg. Llevaría a Baudet todo el camino hasta casa.

Luca vio que daba un salto, resbalando en el metal mojado y luego consiguió agarrarse y colgarse del espacio entre dos vagones. Cuando Luca llegó a los rieles sólo quedaba un vagón por pasar. Se metió la pistola en el bolsillo, dio un salto y se lanzó contra el costado del tren. Se sujetó a algo, su impulso le lanzó hacia fuera y luego se estrelló de nuevo contra el muro de metal rodante. Resbaló un poco y se deslizó hacia abajo: las ruedas de cien toneladas giraban haciendo mucho ruido. Balanceó las piernas a izquierda y derecha, esperando encontrar algún apoyo, y al cabo de unos segundos sus pies alcanzaron uno de los estribos que sobresalían del costado del vagón sólo a unos centímetros por encima de las ruedas.

Respiró profundamente, miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba a dos ventanillas del final del vagón. Se alzó y forcejeó para avanzar por el saliente al que estaba subido y alcanzar la barra que recorría la esquina del vagón. Se agarró a ella y se balanceó en el espacio del final del tren. Se detuvo un momento para recuperar el aliento, y notó lo deprisa que le latía el corazón. Se buscó la pistola en el bolsillo, respiró unas cuantas veces más, abrió la puerta y entró.

El vagón estaba vacío, con las luces apagadas, y Luca supuso que la compañía mandaba su material fuera de la ciudad para evitar la inundación. Los haces de luz de las farolas oscilaban y se deslizaban por el interior, sombras voladoras como espectros a su paso. Luca anduvo despacio por el pasillo, aferrándose a los reposacabezas para defenderse de los vaivenes del tren. Alcanzó la parte delantera, abrió la puerta de comunicación y pasó al vagón siguiente. Estaba igualmente vacío, y cuando llegó al final, relampagueó la última de las luces de los Campos Elíseos y el vagón se sumió en una oscuridad todavía mayor.

Avanzó hasta el vagón siguiente, tratando de recordar cuántos vagones habían pasado por delante de él en la calle. ¿Cinco? ¿Seis? Registró cada uno, lenta, metódicamente, y por fin, en el último vagón lo vio. Una sombra en el extremo opuesto, apenas visible en la negra oscuridad.

—¡Baudet! —gritó.

Baudet se dio la vuelta y clavó la vista en él, con los ojos brillando en la oscuridad entre el estrépito metálico del tren en los rieles. Observó a Luca un momento, luego se dio la vuelta para mirar por la ventanilla, fijando la vista en el terreno pantanoso. Luca se detuvo, luego avanzó sigiloso por el pasillo con la pistola temblándole en la mano.

Cuando Luca estaba en mitad del vagón, Baudet abrió la puerta que tenía delante y con un único movimiento ágil, saltó a la oscuridad, el abrigo se desplegó en el temporal como unas alas enormes. El fragor de la tormenta resonó dentro del vagón y Luca hizo un disparo que se estrelló en la hoja de madera de la puerta abierta. Con el corazón disparado, abrió la puerta más cercana y siguió los pasos de Baudet, saltando al vacío exterior.

El viento gélido se estrelló contra su ropa mojada un momento antes de chocar con el agua. Y luego todo fue silencio, amortiguado y lleno de paz, ya no más temporal y lluvia, solo una hermosa quietud.

Notó que emergía, y entonces afloró a la superficie, y el mundo rugió de vuelta a la vida. Miró alrededor y vio el tren soltando humo a lo lejos, llevándose con él la última luz. No había luna en el cielo, solo el temporal instalado allá arriba. Había quedado sumido en una oscuridad absoluta, aterradora. Poco a poco sus ojos se adaptaron y pudo distinguir dónde estaba: una balsa de agua negra y, un poco más allá, el tronco de un árbol. Nadó hasta él, se apoyó y se subió encima tomándose un momento para recuperar el aliento.

Se maldijo por haberse dejado llevar por el impulso y saltar del tren. ¿Qué creía que iba a conseguir en una charca oscura, en medio de un temporal? El miedo y el desamparo le dominaron, y también la emoción incomprensible que sintió cuando el hombre le atacó en el pantano: un impulso inexplicable de autoaniquilación. Escuchó el sonido de la inundación precipitándose en la oscuridad, el rugido del viento, el tamborileo de un millón de gotas de agua. Estaba solo en el submundo anegado del pantano.

No estaba seguro de cuánto tiempo permaneció allí, descansando en el tronco de árbol, mientras la lluvia y el viento le azotaban. Pasado un tiempo, volvió la cabeza y distinguió un minúsculo punto de luz amarilla que parpadeaba a lo lejos, una lámpara que flotaba en su propia luz. Se apartó del tronco y se dirigió hacia la luz. Caía en los charcos, tropezaba con raíces, se hacía cada vez más cortes y magulladuras según avanzaba. Poco a poco la luz aumentó de tamaño, se dividió en fragmentos, empezó a iluminarle el camino, y comprobó que era una lámpara de aceite, que su luz procedía de la ventana de una cabaña.

Llegó a unos metros de distancia y se detuvo un momento para recuperar el aliento. La cabaña, oculta en el centro de una densa espesura, estaba construida con ramas y juncos apoyados en pilotes que se alzaban como un metro por encima de la rápida crecida. Los aleros estaban adornados con cráneos de animales que brillaban débilmente a la luz de la lámpara, y de los árboles que rodeaban la cabaña, sujetos por cuerdas, colgaban cuerpos de animales despellejados y putrefactos, que el temporal balanceaba con violencia, haciéndolos chocar contra los troncos y las ramas. A pesar del viento y la lluvia, le llegó el hedor de cadáveres podridos y en descomposición. Y luego vio los monigotes atados a los troncos de los árboles que rodeaban la cabaña: unas cosas extrañas de medio metro de altura hechas con juncos y recubiertas de trapos para que parecieran personas, con ojos oblicuos y bocas que gritaban pintados en sus caras.

Luca se sacó la pistola del bolsillo y rezó para que aún disparara. Avanzó unos pasos, con la pistola sujeta delante de él, y entonces vio a Baudet. Había estado allí todo el tiempo, agachado en las sombras que producía la lámpara. Luca se detuvo y Baudet clavó su vista en él con una sonrisa en los labios. Se levantó y se acercó y Luca vio que tenía en la mano una rama pesada y gruesa, serrada por cada extremo para convertirla en un garrote. Si la pistola no funcionaba, Luca estaba muerto.

Baudet se detuvo aproximadamente a un metro de él y aferró con más fuerza la rama. Se miraron entre la lluvia, los dos empapados y casi sin energías. Luca comparó al hombre que tenía frente a él con la fotografía que había visto en casa de Simone. Baudet todavía se mantenía erguido y era ancho de hombros, era fornido e imponente. Pero ahora había cicatrices y arrugas en su cara y el pelo se le había puesto gris. Sin embargo, lo que más sorprendía de todo era su aspecto, su mandíbula y sus ojos entrecerrados. Había una concentración en su expresión, una determinación tan intensa que le hacía parecer inhumano. Luca comprendió que estaba en presencia de un hombre a la vez meticuloso y loco, héroe de guerra y asesino, un hombre capaz de confundir fríamente a todas las fuerzas policiales y que se había convertido en un demonio vengador de sus padres.

Antes de que Luca se diera cuenta, Baudet avanzó y atravesó el aire con el garrote, alcanzándole en la mejilla y haciendo que saliera despedido en espiral. Luca se golpeó contra el suelo y la pistola se le escapó de las manos desapareciendo en la oscuridad. Se le nubló la visión, la tierra que lo sostenía se desvaneció, y mientras la sangre le entraba en los ojos, sólo pudo distinguir la forma alta que se abatía sobre él. Luego se hundió en el barro blando y frío del pantano y, mientras la lluvia descargaba sobre él, la música del temporal abandonó el mundo.

## SEXTA PARTE





# The Times-Picayune

Miércoles 21 de mayo, 1919

## Noticias locales

### **Los trabajos de limpieza avanzan mientras el alcalde promete cambios**

En una rueda de prensa celebrada ayer en el ayuntamiento, el alcalde Martin Behrman informó de los esfuerzos en los trabajos de limpieza por parte de la administración a causa de la tempestad que descargó sobre la ciudad la noche del miércoles pasado.

El alcalde afirmó que la electricidad y las comunicaciones habían sido restablecidas en la mayoría de los barrios, aunque los trabajos todavía tienen que empezar a reparar los sistemas de bombeo y los diques. Como se han hundido trescientas barcazas de carbón durante la tempestad, el alcalde también se refirió a los planes de la ciudad para conseguir permisos de descarga para las barcazas de fuera de la parroquia y traer así el tan necesitado combustible para los habitantes.

Entre los planes presentados también estaba la elevación de una solicitud a Washington de ayuda financiera para contribuir a realojar a la gran cantidad de personas que dejó sin hogar la tempestad. El alcalde afirmó que solicitaría al Congreso que ampliara los fondos asignados a la ciudad según el Acta Ransdell-Humphreys para el Control de Inundaciones de 1917, con el fin de contribuir a la reconstrucción de los diques, y que estaba en consultas la emisión de bonos municipales para impulsar la reparación de varias líneas de ferrocarril y lugares emblemáticos de la ciudad que quedaron destruidos, en especial la derrumbada iglesia presbiteriana, de la calle Lafayette, y la derrumbada iglesia episcopal de Santa Ana, de la avenida Esplanade.

El alcalde terminó su intervención prometiendo a los habitantes que desastres de este tipo nunca se volverían a repetir en Nueva Orleans.

Después del alcalde, George Earl, superintendente del Consejo de Alcantarillado y Aguas de Nueva Orleans, habló de las posibles causas de las inundaciones. Afirmó que los miembros de ese Consejo que habían estado comprobando los daños a las infraestructuras de la ciudad defendían la teoría de que la tempestad fue la causa de que se desbordase el lago Pontchartrain por los canales de drenaje del ayuntamiento, lo que combinado con cortes de electricidad localizados, impidió que los sistemas de bombeado del centro de la ciudad funcionaran. Aunque se apresuró a añadir que lo anterior debía ser considerado una suposición hasta que se emitiese un informe oficial del Consejo.

El alcalde concluyó la rueda de prensa elogiando a los habitantes de la ciudad por la fortaleza de que habían dado muestra en momentos tan duros.

## TESTIMONIO

Testimonio: Señorita Ida Davis

Fecha: Miércoles, 14 de mayo de 1919

Lugar: Despacho de D. F. Webb, abogado, calle Lafayette, Nueva Orleans

El testimonio siguiente lo escribo de mi puño y letra y ha sido depositado para su custodia en el despacho de Donald Webb, abogado, que colaboró en su redacción. En caso de que muera he dado instrucciones al señor Webb de que haga llegar este testimonio al Departamento de Policía de Nueva Orleans y a los periódicos locales para que hagan con él lo que consideren adecuado.

Mis suposiciones son las siguientes:

1) La serie de asesinatos cometidos en Nueva Orleans por el Asesino del Hacha durante estos últimos meses fue orquestada por John Morval, quien a su vez trabajó siguiendo instrucciones del alcalde Martin Behrman.

2) El objetivo de esos asesinatos era desestabilizar a Carlo Matranga como jefe de la familia criminal Matranga para que Sam «Sylvestro» Carolla le sucediese.

3) El germen de este plan estuvo en la disputa de Carlo Matranga y Martin Behrman previa y posterior a la ordenanza que retiraba la licencia al distrito del placer de Storyville.

4) John Morval fue también responsable personalmente del asesinato de Carmelita Smith, de la calle Robertson, 1503.

Para descartar cualquier posible duda:

Yo, Ida Davis, empleada en la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, he pasado las últimas semanas investigando los asesinatos del Asesino del Hacha, y aunque por el momento no tengo más que pruebas circunstanciales, estoy segura, después de hablar con algunas de las personas implicadas, de que lo anterior es cierto. Es sobradamente conocido el hecho de que antes de que fuera clausurado el distrito de Storyville lo controlaba en su mayor parte la familia criminal Matranga, con la bendición del alcalde. Después de que se ilegalizara el distrito, los Matranga mantuvieron sus operaciones en el distrito, y lo que llevó a que la Comisión de Guerra ejerciera presiones sobre el alcalde. Incapaz de obligar a los Matranga a que interrumpieran sus negocios en la zona, y enfrentándose a reconvenciones de Washington si no lo conseguía, el alcalde Behrman contrató a John Morval para que suprimiera a Matranga como jefe de la Familia y situara a su número dos, Sam Carolla, en su puesto. Carolla estuvo de acuerdo en cerrar los negocios que tenía la Familia en Storyville a cambio de convertirse en jefe de la Familia con la protección del alcalde.

John Morval contrató a un antiguo soldado para que matase a las personas que pagaban a cambio de protección a la familia Matranga, para provocar una situación que obligase a Carlo Matranga a dejar su puesto. Al asesino, que vivía en la zona de aguas estancadas del norte de la ciudad, Morval lo conocía de su época de traficante de pieles cuando compraba a los tramperos que vivían en los pantanos. En cierto momento durante la estancia en el ejército de ese hombre, Morval había perdido contacto con él, y tuvo que localizarle de nuevo con la ayuda de la Asociación de Veteranos, en parte dirigida por el antiguo general de brigada Samuel Kline Junior, un hombre al que anteriormente Morval había chantajeado por sus indiscreciones. Kline se vio obligado a tomar parte en el plan de Morval, el cual contrató a John Lefebvre, también empleado de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, como intermediario.

A cambio de su participación, el alcalde había prometido proteger a Morval reubicando sus burdeles de Storyville en otros lugares de la ciudad cuando cerraran definitivamente el distrito. Con ese objetivo, Morval ya había empezado a comprar terrenos en varios lugares de la ciudad.

Si se necesitan pruebas de primera mano sobre lo arriba explicado, Samuel Kline Junior está dispuesto a testificar que es cierto. Tras hablar recientemente con él, puedo confirmar que está dispuesto a respaldar la veracidad de esas afirmaciones. Además, puede ser de utilidad buscar a un tal Daniel Johnson, empleado

de John Morval, al que se encargó suprimir las pruebas de la relación de los Matranga con las víctimas. Finalmente, puede ser de utilidad investigar el paradero de John Morval la noche en que fue asesinada Carmelita Smith.

Ida Davis,  
Miércoles, 14 de mayo de 1919

Sra. de George Campbell  
Avenida Salome, 3520  
Kenwood Springs,  
Condado de San Luis,  
Missouri

Agente de patrulla Kerry Behan  
Comisaría del Primer Distrito  
Avenida Tulane y calle Saratoga  
Nueva Orleans

8 de mayo de 1919

Querido Kerry:

Espero que por la presente te encuentres bien. No es necesario decir que tu carta me produjo una gran sorpresa y alegría. Saber que estás tan cerca, y que te has tomado tantas molestias para encontrarme, me llena de felicidad. La oferta de un lugar dentro de nuestra familia todavía sigue abierta. Arregla la visita a tu propia conveniencia. Te prepararé una habitación inmediatamente.

Me alegra que hayas encontrado trabajo en el cuerpo de policía y me alegra que utilices los recursos de que dispones ahí para dar con nuestra nueva casa. Ya llevamos dos años viviendo en Missouri, y nuestra situación es mucho más agradable de lo que era en Nueva Orleans. No entiendo por qué has tenido dificultades para dar con nosotros; dejé una dirección de contacto en nuestra antigua residencia por si pasaba algo así; puede que la antigua casa haya cambiado de manos más de una vez antes de que tú llegaras.

Incluyo una fotografía de la familia y mía, y una fotografía de nuestra nueva casa. Para llegar a Kenwood Springs desde San Luis toma cualquier tranvía a Wellston o Suburban Garden entonces cambia al tranvía que pone «Ferguson». Solo hay tres minutos desde Suburban Garden hasta nuestra casa.

Por favor, hazme saber cuándo tienes planes de llegar, cualquier fin de semana vendría bien.

Tu madre, que te quiere mucho,

Sra. de George Campbell

MICHAEL HABÍA ENCONTRADO LA CARTA entre los efectos personales de Kerry, dentro del saco verde de lona que le había entregado el encargado del turno de noche, restos de una vida, recogidos de la taquilla de Kerry del sótano. Michael dejó la carta después de leerla y se frotó las sienes. Con ayuda de lo que Kerry había escrito en su diario, Michael pudo reconstruir la historia. Su madre lo había dejado en el hospicio para evitar a su familia algún tipo de escándalo. Años más tarde ella había venido a América y le había mandado una carta cuando cumplió dieciocho años en la que le decía que sería bien recibido en su nueva casa si quería vivir allí. El chico había pasado su tiempo libre en la sala de registro tratando de dar con ella.

Michael tamborileó con los dedos en la mesa sin entender por qué Kerry nunca confió en él. A su manera había sido como un padre con el chico, y la revelación de que le había mentado nubló el recuerdo de su amistad. Pero entonces Michael recordó que él no había sido sincero con Kerry con respecto a su propia situación familiar, y supuso que existían motivos comprensibles por ambas partes. Tenía que cambiar de tren en San Luis, camino de Chicago, una parada de dos horas, y no sabía si era tiempo suficiente para entregar personalmente las cosas de Kerry. Meneó la cabeza a los lados al pensar en lo desolada que se quedaría aquella mujer cuando le contara lo que había pasado. Volvió a guardar la carta dentro de la bolsa de lona con el resto de las pertenencias de Kerry, colocó la bolsa en la caja de cartón encima de su mesa, y ató la caja con una cuerda.

Michael había presentado su carta de dimisión el día después del ataque a su casa, y cumplimentó su notificación en su mesa, redactando informes, recopilando las pruebas. Había ido al entierro de Hatener y le habían pedido que dijera unas palabras, en las que elogió al viejo por salvarle la vida e ir más allá de la llamada del deber. No le sorprendió que no asistiera Luca. Los hombres que le seguían habían perdido su rastro la noche antes del temporal, y Michael supuso que había aprovechado la oportunidad para largarse de la ciudad.

Los días pasaron sin sobresaltos, pero durante ese tiempo no había tenido valor para examinar las cosas de Kerry. Sólo ahora, el último día, cuando tenía que vaciar su mesa, se vio forzado a hacerlo.

McPherson había hecho una felicitación pública en la planta baja de la comisaría. Todos los inspectores se reunieron alrededor y aplaudieron educadamente como si se hubieran puesto de acuerdo, y a Michael le entregaron un reloj de mesa como regalo de despedida. Sonrió y McPherson le dio un consejo paternal, y todos los inspectores bromearon con él un poco mientras daban cuenta de la tarta de despedida. Volvería a Nueva Orleans dentro de unos meses para la vista en el tribunal, pero eso quedaba muy lejos, y cuando ocurriera él ya no viviría en Nueva Orleans, solo sería un visitante más de la ciudad.

Los días posteriores al temporal, Michael, Gregson y Jones habían hecho informes y explicado lo que sucedió en los términos más claros; Carolla estaba detrás de los asesinatos del Asesino del Hacha; le había organizado una emboscada a Michael la noche del temporal; Michael había matado a Carolla en el tiroteo que siguió, el tiroteo que le había costado la vida al inspector Jake Hatener, el quinto policía que moría aquella noche. El fiscal del distrito había leído sus informes, los había escuchado con impaciencia, para después descartar la relación de Carolla con los asesinatos del Asesino del Hacha, dando a entender que el alcalde quería el fin inmediato de todo el episodio, por motivos desconocidos. El capitán había explicado a Michael que si Carolla había estado al cargo de los asesinatos, y estaba muerto, hacer que se hiciera público todo el asunto provocaría una guerra en la mafia. Michael sabía que McPherson estaba en lo cierto, pero también sabía cómo funcionaba la ciudad, lo corrompida que estaba, y en sus momentos libres se preguntaba hasta dónde llegaba esa corrupción. Era evidente que McPherson y los otros pesos pesados del ayuntamiento sabían más de lo que daban a entender, pero Michael no insistió en su corazonada: se iba a marchar de la ciudad pronto, y los manejos de sus superiores parecían menos importantes que nunca.

Desde el huracán nadie había visto ni oído nada sobre el Asesino del Hacha, y con el recuento de las víctimas del temporal, y los esfuerzos para la reconstrucción, la gente tenía cosas más urgentes de qué ocuparse. Como Carolla quedaba al margen, y las autoridades de la ciudad estaban tan interesadas en poner punto final al asunto, Michael supuso que nunca se oiría hablar más del asesino. El Asesino del Hacha había desaparecido, llevado por las aguas de la inundación de Nueva Orleans, como a tantos otros detritus.

Después de la despedida, Michael dijo adiós, agarró la caja con sus pertenencias dentro y dejó la comisaría. La Compañía Ferroviaria Central Illinois le estaba llamando. No estaba seguro de lo que haría en Chicago —nunca había ido más al norte de Kansas City— pero se sentía contento con la idea de que viviendo allí nadie sabría su nombre. Quizá pudiera encontrar trabajo con los de la Pinkerton, algún tipo de puesto directivo, si tenía suerte. No pensaba mucho en eso; tenía su familia, y en Chicago estaría más segura que en Nueva Orleans.

Bajó al trote los escalones del edificio, con una sonrisa dibujándosele en los labios. El verano llegaba a la ciudad, y el sol calentaba las calles desde un cielo acogedor. Se dio la vuelta y echó una mirada final a la comisaría que se alzaba a sus espaldas, la piedra brillaba bajo los rayos del sol. Recorrió con la vista la adusta fachada y las hileras de ventanas oscuras. No sentía tristeza por abandonar todo aquello. Si acaso, notaba como si se hubiera quitado un peso de encima. Sonreía en su fuero interno, hasta que pasó por el sitio donde había muerto Kerry. Y de pronto se sintió culpable por su felicidad, como si en cierto modo disfrutar porque iba a empezar de cero, significase defraudar al chico. Miró los agrietados escalones donde habían impactado las balas y una sensación de pérdida se abrió paso en su interior.

Sujetó la caja de cartón con una mano y se santiguó. Esperaba que el chico le estuviera contemplando desde algún sitio y lo comprendiera.

Se detuvo un momento, y después se internó en la calle, donde tropezó con un rechoncho chico negro que corría en la otra dirección. La caja con la que cargaba Michael cayó al suelo, lo mismo que un libro envuelto en papel de regalo que llevaba el chico.

—Perdone, señor.

—Nada de eso. Fue culpa mía —dijo Michael, consciente de que no había ido mirando por donde iba—. Tengo la cabeza en otras cosas —murmuró.

Se sonrieron y se agacharon para recoger sus pertenencias. Cuando se arrodillaba, Michael se fijó en que Annette y los niños se acercaban desde el otro lado de la calle, cargando con el equipaje, vestidos con su ropa de los domingos. Annette sonrió y Michael se levantó. El chico negro miró a Michael, y luego a Annette, y luego otra vez a ambos, y Michael podía jurar lo que estaba pensando. Luego el chico sonrió, saludó con el sombrero y desapareció en la abarrotada calle.

IDA OYÓ RESONAR UNAS PISADAS por la sala, y al alzar la vista vio que apartaban la cortina azul que rodeaba su cama y que Lewis aparecía conducido por una enfermera.

—¿Cómo vas? —preguntó, sonriendo, e Ida hizo una mueca. Había estado leyendo el *Picayune* y lo levantó para que lo viera Lewis: un titular en primera página sobre los intentos del alcalde por conseguir fondos de Washington para la reconstrucción.

Lewis asintió avergonzado y se sentó en la silla junto a la cama. Ida supuso por su expresión que todavía no quería volver al asunto. Durante los días de convalecencia de ella habían hablado constantemente de lo que había pasado, y de las posibilidades de acción que les quedaban. Lewis quería dejar las cosas como estaban, pero Ida prefería aclarar algunas. Contemplaba mentalmente todas las perspectivas posibles que se le ofrecían, calculando sus movimientos como un ajedrecista para dar con un argumento que terminara con el alcalde en manos de la justicia. Pero al final, cuando se había dado cuenta de que todas sus opciones llevaban a caminos sin salida, tuvo que dar la razón a Lewis; aparte de ir a atrapar al asesino en los pantanos, no les quedaba más por hacer. Una vez muerto Morval y sin pruebas fehacientes para relacionarle con los asesinatos, acusar al alcalde sería casi imposible. Comprenderlo hizo que Ida se sintiera impotente, y que ahora toda la investigación pareciera inútil. Carecía de sentido cantar victoria, no había arreglado el mundo. Se quedó con la sensación de que todo su esfuerzo sólo había servido para demostrar lo tupidos que estaban los hilos del poder que ataban la ciudad, lo fuerte de verdad que la tenían agarrada las autoridades.

Notó que Lewis miraba el vendaje que cubría un lado de su cara.

—Pareces mucho mejor —dijo.

Ella frunció el labio, sabiendo que todavía estaba amoratada e hinchada, y que a su mal aspecto se sumaba el hecho de que estuviera pálida y con los ojos hundidos por la falta de sueño y la morfina. Todas las noches soñaba con el temporal, con la fábrica de Morval. Revivía mentalmente lo que había pasado una y otra vez. El peso del cuchillo en su mano, la resistencia de la hoja cuando se la clavó, la facilidad con la que el metal se hundió donde debía, la expresión en los ojos de Morval. En momentos tranquilos, cuando no había nada que la anclase mentalmente al presente, los recuerdos se desplazaban dentro de su cabeza y se apoderaban de los pensamientos, haciendo que se le disparase el corazón. Peores aún eran las ocasiones en que no revivía exactamente cómo habían sucedido las cosas: cuando no alcanzaba el cuchillo, cuando las cuerdas que le ataban las manos no se rompían, y Morval se permitía continuar con los cortes todo el tiempo que quisiera. Eso pasaba cuando se despertaba gritando y no se podía volver a dormir, y la enfermera tenía que administrarle una dosis extra de morfina para ayudarla a encauzar en rumbo de su



desvarío.

—¿Algo sobre Morval? —preguntó Lewis, señalando el periódico. Ella negó con la cabeza. Había estado leyendo los periódicos todos los días, pero no había encontrado ninguna mención a él. El temporal había destruido gran cantidad de edificios cercanos a los muelles, la fábrica de Morval incluida, y, por lo que contaban, lo consideraban uno de los desaparecidos. Al final las autoridades limpiarían los restos del almacén y encontrarían su cuerpo, pero eso quedaba para más adelante.

Estuvieron un rato sentados en silencio y luego Ida se volvió hacia Lewis, con la frente arrugada.

—Todo eso no ha servido de nada —dijo, señalando el artículo sobre el alcalde.

—No lo sé —dijo Lewis—. Hemos frenado a Morval. El mundo ya será mejor sólo por eso.

Ella se encogió de hombros. Lewis ya lo había argumentado antes y supuso que tenía razón, pero eso no la hacía sentirse mejor.

—«La casualidad puso en nuestro camino el problema más singular e inaudito —citó Lewis con una sonrisa—, y su solución fue su propia recompensa».

Ida se animó y le devolvió la sonrisa.

—Has estado leyendo —dijo.

—Sí. Imaginé que no podría seguir inventando cuentos para Clarence, así que me dejé caer por una librería.

Ida asintió.

—Es una buena cita, pero no estoy demasiado segura de lo de «inaudito» —dijo.

—No, yo tampoco —contestó él, negando con la cabeza—. Mientras estaba allí, pensé en traerte un regalo. —Sacó un libro muy bien envuelto del bolsillo y se lo entregó. Ida sonrió, agarró el paquete y quitó el envoltorio dejando a la vista un volumen de tapa dura: *Su última reverencia: Recuerdos de Sherlock Holmes*—. Es el nuevo —dijo Lewis—. Acaba de salir el mes pasado.

—Gracias, Lewis —dijo Ida, sonriendo. Se dobló y se estiró en la cama para darle un abrazo, luego dejó el libro en el regazo.

—Bueno, ¿y qué más ha pasado? —preguntó, y Lewis quedó callado un momento y pareció avergonzado.

—Decidí aceptar la oferta de Marable.

—Lewis, eso es estupendo —dijo ella, con orgullo—. Sabía que tomarías la decisión adecuada.

Lewis se encogió de hombros.

—A decir verdad, estoy un poco asustado —dijo—. Nunca he salido de Nueva Orleans, y además mientras esté fuera no podré ocuparme de Clarence.

Ida le lanzó una mirada de reojo.

—Ganarás dinero, Lewis, para pagar a los médicos.

Lewis se volvió a encoger de hombros.

—¿Qué planes tienes tú? —preguntó, e Ida se detuvo a pensar. Se había estado

haciendo la misma pregunta una y otra vez desde el temporal. Entre las pesadillas y los recuerdos, también se abría paso otra sensación: la posibilidad de un nuevo comienzo.

—No estoy segura —respondió—. Estaba pensando en pedir un traslado. A una de las grandes oficinas del norte. Ahora que sé que Lefebvre estaba en la nómina de Morval, supongo que me dará buenas referencias.

Lewis sonrió.

—Mira cómo estás —dijo—. ¿Vas a ser una detective dura?

Ida sonrió avergonzada, y luego se quedó en silencio un momento. Bajó la vista al libro de su regazo y pasó el dedo por el relieve de la tapa.

—¿Te acuerdas de que hace siglos te comenté una cita? —dijo, alzando la vista—. «Hay una combinación de hechos para los que el ingenio humano no puede concebir explicación».

Lewis frunció el ceño.

—Creo que sí —dijo, inseguro.

—Pensé que significaba que por muy difícil que fuese un problema siempre había modo de resolverlo —explicó—. Bueno, pues ya no estoy segura. Me refiero a que todo termine encajando, ¿entiendes? Creo que a lo mejor había algo más.

—¿Como qué? —preguntó Lewis, pero Ida se limitó a mover la cabeza a los lados. No estaba exactamente segura de lo que era, pero le perturbó una sensación confusa de que lo que habían estado haciendo en realidad no era descubrir la verdad, que se había estado gestando algo distinto, un proceso de construcción más que uno de descubrimiento.

—No sé —dijo Ida por fin, casi para sí misma—. Estaba pensando que a lo mejor no encontramos la verdad, que a lo mejor la verdad nos encontró a nosotros.

Lewis la miró ceñudo sin entender del todo e Ida se encogió de hombros, abandonando el asunto.

—No tengo nada que hacer el resto del día —dijo finalmente—. No me importa pasarlo aquí contigo.

—Gracias por el ofrecimiento, Lewis —dijo ella—, pero aquí no hay nada que hacer. Te aburrirías.

—Ya. ¿Y tú qué piensas hacer? —preguntó Lewis, con una sonrisa.

Ella señaló el libro de su regazo con la cabeza.

—Leer, supongo.

—Entonces lee en voz baja —contestó él, sin dejar de sonreírle.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, se llevó uno a la boca y le ofreció otro a ella. Ida lo aceptó y los encendieron, y Lewis se echó hacia atrás en su silla. Ella sonrió, abrió el libro y pasó las páginas hasta el primer relato: «El pabellón Wisteria».

Ida dio una calada a su cigarrillo antes de empezar a leer, y observó el humo que trazaba curvas interminables delante de la cortina azul pálido. Por la ventana que estaba en lo alto oyó la suave cadencia del río. El Mississippi se llevaría pronto a

Lewis hacia el norte, e Ida probablemente lo seguiría, impulsada por la música del río, su ininterrumpido flujo, tan constante y liberador como la cascada de palabras de la página que tenía delante.

## PARTE DE HOMICIDIO

### Departamento de policía

|                                     |  |
|-------------------------------------|--|
| Primer Distrito, Nueva Orleans:     | Viernes 23 de mayo de 1919   |
| Nombre de la persona muerta:        | John Riley   |
| Residencia:                         | Calle Lowerline, 552   |
| Profesión:                          | Periodista   |
| Nombre del acusado:                 | Desconocido  |
| Residencia:                         | Desconocida  |
| Profesión:                          | Desconocida  |
| Lugar del homicidio:                | Desconocido  |
| Día, fecha, hora en que se cometió: | Entre el lunes 12 de mayo y el lunes 19 de mayo (según estimación inicial del forense) (véase abajo) |
| Quién informó:                      | Mark Brennan<br>alle Tchoupitoulas, 750  |
| A quién informó:                    | Cabo David Hall  |
| Hora de la información:             | 8 de la mañana, viernes 23 de mayo   |
| Si se detuvo, a quién:              | Todavía huido  |
| Dónde se detuvo:                    | Sin datos  |
| Si escapó, de qué manera:           | Sin datos  |
| Testigos:                           | Mark Brennan, Calle Tchoupitoulas, 750   |

## Parte detallado

El capitán Paul Coman informa que a las 8 de esta mañana, viernes, 23 de mayo, Mark Brennan, residente en la calle Tchoupitoulas, y dueño de un almacén, acudió a la comisaría y comunicó al cabo David Hall que se había encontrado un cuerpo en el patio de su almacén junto al río en la esquina de las calles North Peters y Marigny. El cabo Hall se dirigió inmediatamente al lugar mencionado y a su llegada encontró el cuerpo encajado en el fondo de un pozo originado por el temporal.

A la llegada de los agentes James Faulks y Reginald Stevens, el cabo Hall consiguió arrancar el cuerpo. A continuación apreció que el cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición y que había numerosas magulladuras y heridas en la cabeza de la víctima. Se encontró una cartera en la chaqueta de la víctima que contenía tarjetas de visita que identificaron al hombre como John Riley, periodista del *Times-Picayune*, de Nueva Orleans.

El cabo Hall lo notificó por teléfono a la comisaría a las 9:15 de la mañana, y también al despacho del forense, Paul Solomon. A continuación el señor John Hunter, funcionario del despacho del forense, llegó a la escena hacia las 10 de la mañana.

Por orden del señor Hunter el cuerpo fue trasladado al depósito de cadáveres del Hospital de la Caridad en la carreta de patrulla del Primer Distrito, a cargo del conductor, William Godfrey y el agente James Faulks.

El informe inicial del señor Hunter (adjunto) señala que, a juzgar por el estado de descomposición, al hombre lo habían matado por lo menos dos semanas antes.

Las ropas de la víctima (una chaqueta de esmoquin negra, unos pantalones, camisa blanca de algodón, faja, pajarita y ropa interior) fueron llevadas a la oficina del fiscal. También sus posesiones: un cuaderno de notas y un lápiz (en el bolsillo superior de la chaqueta), una caja que contenía una pequeña cantidad de opio, una pipa de latón, una caja de cerillas del Haymarket Cabaret (bolsillo interior derecho de la chaqueta) y una cartera (bolsillo derecho de la chaqueta), que contenía: tres tarjetas de visita, dos billetes de dólar y una fotografía de una mujer desconocida.

Copias al carbón de este informe, adjuntas a las declaraciones del testigo, y el informe inicial del forense han sido enviadas al departamento de investigación de la comisaría del Primer Distrito.

Respetuosamente,  
Capitán Paul Coman  
Comisario del distrito  
J. Doyle, escribiente

## EPÍLOGO PARTE



*Chicago, 1 de diciembre de 1919*

CHICAGO ERA UNA CIUDAD CON rascacielos y nieve, dos cosas que Ida no había visto antes, salvo en fotografía. Había tomado el tren nocturno y había llegado a las cinco de aquella mañana, desvelada y un poco aturdida, con las instrucciones en su bolso. Había dejado su equipaje en la consigna de la estación y fue a hacer tiempo tomando café en un bar del nivel inferior. Una hora antes de la acordada para la cita, dejó la estación e hizo el camino a las oficinas de la Pinkerton a pie. Pasó la mayor parte del trayecto estirando el cuello, aturdida por la belleza de los edificios que tenía a cada lado y ascendían como colinas hacia el gélido cielo del norte. La nieve de las calles le llegaba a los tobillos, y aún tenía los pies medio congelados cuando se sentó en la recepción de la Pinkerton, a la espera de que llegase su nuevo jefe.

Las instalaciones de Chicago se extendían por dos pisos de un imponente edificio de oficinas y estaban abarrotadas de gente. Había cuatro recepcionistas en el vestíbulo de entrada, y un interminable flujo de hombres y mujeres se movía entre las hileras de mesas que se extendían más allá de una pared de cristal. Se abrió la puerta principal, entró un hombre alto con impermeable beis y una de las recepcionistas atrajo su atención. Sonrió e hizo un gesto hacia Ida.

—Su nueva adquisición —dijo.

El hombre asintió y se dio la vuelta.

—¿La señorita Davis? —preguntó.

—Sí, señor —dijo Ida, levantándose del asiento. El hombre tendió la mano y ella la estrechó.

—Bienvenida al trabajo duro de verdad —dijo él, con una sonrisa.

—Gracias, señor.

—Ahora póngase el abrigo. Sólo he venido a recogerla.

Sonrió, se dio la vuelta y volvió a dirigirse a las puertas. Ida cogió su abrigo de la silla donde lo había dejado y corrió detrás de él, anduvo otra vez por el pasillo y bajó un tramo de la escalera.

—Esta ciudad tiene una tasa de criminalidad muy alta, señorita Davis, y la ley seca solo empeora las cosas. —Llegaron al pie de la escalera y salieron a un vestíbulo de mármol lleno de ecos—. Así que no tenemos tiempo para quedarnos sentados.

—Entiendo, señor —dijo ella cuando el hombre empujaba una puerta giratoria, otro invento nuevo al que Ida se tendría que acostumbrar. Un par de segundos más tarde estaban fuera, en el viento gélido, y los dos se abrocharon los abrigos.

—¿Va bastante abrigada? —preguntó él, señalando el fino abrigo sureño de Ida.

—Claro —dijo ella, con una sonrisa. El hombre se la devolvió y se giró para mirar las calles cubiertas de nieve de Chicago, e Ida echó una rápida ojeada a las marcas de su cara. Parecía más contento de lo que se había imaginado, más afectuoso de lo que su fama le había llevado a creer, y tuvo la sensación de que disfrutaría trabajando con él.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Estoy en mitad de un caso de una persona desaparecida —dijo él—. Y me han dicho que hablara con... —sacó un trozo de papel del bolsillo y lo consultó—... un tal Alphonse Capone. —Volvió a guardarse el papel en el bolsillo y le sonrió—. Vi en tus informes que también eres de Nueva Orleans —dijo.

—Así es, señor —contestó ella.

—No tienes que llamarme señor —dijo él—. Bastará con Michael.

—Ida.

—Bien, Ida, vamos a ver de qué pasta estás hecha.



## ***Agradecimientos***

Gracias a Shem Bulgin, Nana Wilson, Dave Braga, Robert Long, Mariam Pourshoushtari, Tony Mulholland, William Culleton, Daisuke Tsubokawa, Robert Dupont, Sean McAuliffe, Jane Finigan, Susannah Godman, Juliet Mahory, toda la gente de Lutyens & Rubinstein, Sophie Orme, Maria Rejt, y todos los de Mantle and MacMillan.

